

FALSAS MENTIRAS

BARINOV BRATVA | LIBRO 2

BROOK WILDER

FALSAS MENTIRAS

BROOK WILDER

Esta es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares, sucesos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con hechos, lugares, organizaciones o personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.

FALSAS MENTIRAS copyright @ 2024 por Brook Wilder y Scholae Palatina Inc. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la utilización o reproducción total o parcial de este libro sin autorización escrita, salvo en el caso de citas breves incluidas en reseñas o artículos críticos.

Libro 2 de la trilogía de la Bratva Barinov.

Portada por Angela Haddon Book Cover Design: http://www.angelahaddon.com/

ÍNDICE

1. Paige
2. Andrei
3. Paige
4. Paige
5. Andrei
6. Paige
7. Andrei
8. Paige
9. Paige
10. Paige
11. Paige
12. Andrei
13. Paige
14. Andrei
15. Paige
16. Paige
17. Paige
18. Andrei
19. Andrei
20. Paige
21. Andrei
22. Paige
23. Paige
24. Andrei
25. Paige
26. Paige
27. Andrei
28. Paige
29. Paige
30. Paige
31. Andrei
32. Andrei
33. Paige
34. Paige
35. Andrei
36. Paige
37. Paige
38. Paige
39. Andrei
40. Paige
41. Paige
42. Andrei
43. Andrei
44. Paige

45. Andrei
46. Paige
47. Andrei
48. Paige
49. Paige
50. Andrei
51. Paige
52. Paige
Epílogo

PAIGE

ABRO LOS OJOS LENTAMENTE Y ME DESPIERTO EN UN SUELO FRÍO Y DURO. SIENTO EL CEMENTO húmedo y pegajoso bajo las manos. Aparto la mano de lo que sea, pero el movimiento brusco hace que la cabeza me dé vueltas. Una oleada de náuseas amenaza con invadirme mientras me seco el sudor de la frente húmeda, intentando recordar cómo he llegado hasta aquí.

Lo último que recuerdo es salir del Lamborghini de Andrei. En cuanto se detuvo, unas manos ásperas me sacaron del asiento del conductor y me taparon la boca y la nariz con un paño húmedo.

¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

Mis ojos se adaptan lentamente a la oscuridad y me doy cuenta de que estoy en una celda en un sótano poco iluminado. Los barrotes van del suelo al techo y el espacio interior es estrecho. El único sitio para sentarse es el suelo húmedo. Hay una fila de celdas como la mía junto a la pared, pero las demás parecen vacías.

Se me revuelve el estómago por el olor metálico a vómito que flota en el viciado aire.

Pero, no estoy sola. Hay un hombre atado a una silla a varios metros de los barrotes. Tiene la cabeza gacha y el cuerpo inmóvil.

—¿Andrei?

Me arrastro hasta los barrotes y tiro débilmente de la puerta encadenada, pero apenas se mueve. Mis manos se aferran a los gruesos barrotes mientras miro fijamente al hombre, deseando que levante la vista. Tardo otro momento en reconocer que no es Andrei.

Sólo está vestido para parecerse a él.

El traje es el mismo, al igual que los zapatos. Tiene el pelo grueso y castaño, pero sé instintivamente que no es él. Simplemente lo sé. Y está claro que, sea quien sea, no está en condiciones de ayudarme.

Tengo las palmas de las manos resbaladizas por mi sudor y el corazón se me sale del pecho. Apenas puedo pensar con claridad y no sé si desear que Andrei esté aquí o no. La mitad de mí espera que Andrei aparezca y me salve, y la otra mitad está aterrorizada por lo que pueda pasarle si lo hace.

—Señor —susurro, pero no hay respuesta—. Señor —digo un poco más alto.

Miro a mi alrededor para ver si hay alguien más escondido entre las sombras. No veo a nadie, pero no significa que no nos estén vigilando. Intento llamar su atención de nuevo haciendo sonar la cadena contra los barrotes, pero el hombre responde con gemidos de dolor. Su voz confirma que no es Andrei. Siento que mi estómago se revuelve de nuevo y el cuerpo me duele de miedo.

Soy prisionera de una mujer que me odia, y no tengo ni idea de cómo escapar.

Escucho tacones que chasquean en el suelo de piedra y veo que entra Talia, flanqueada por tres macizos y sombríos hombres.

Luce como una celebridad de primera categoría que entra en un estreno con su séquito. Su presencia me alerta y me alejo de los barrotes. Puede que me mantengan dentro, pero también la mantienen a ella fuera. Talia se acerca al hombre atado y sonríe radiante, como si se alegrara de verle. Le levanta la cabeza por el pelo. Tiene la cara ensangrentada y los ojos hinchados por lo que supongo que ha sido una paliza.

—Te enseñaré a ser la esposa de un Pakhan —me dice Talia, aunque no me mira.

Con fiereza agarra la cabeza del hombre y la sostiene contra su pecho como si estuviera acunando a un niño. Le dan una navaja ya abierta. El hombre grita de agonía cuando ella le introduce la hoja en los labios y empieza a rebanarle la mejilla.

Siento bilis en el fondo de la garganta y empiezo a tener arcadas al ver el rastro de sangre que corre por su rostro destrozado. Me estremezco, las lágrimas nublan mi vista y vomito en el suelo, incapaz de contenerme por más tiempo.

—Parece que ella no puede soportarlo —se ríe Talia.

Sus hombres la secundan, riendo también ante su chiste, imperturbables ante su crueldad.

—Ya deberías ser más dura —dice, limpiando la sangre de la hoja en la chaqueta del hombre—. Esto no es más que una muestra de lo que se espera de ti.

Siento que el cuerpo me pesa demasiado y caigo al suelo. Me quedo allí tumbada, con la ropa manchada de vómito, demasiado asustada para moverme. Miro a Talia, de pie junto a los barrotes, y noto como sus ojos brillan en la penumbra.

—Tendrás que ser fuerte para salir de aquí con vida —dice, con las manos en las caderas—. ¿Acaso no quiere vivir, *Sra. Barinov*?

No contesto. Intento que mis nervios se estabilicen, mirando fijamente a un punto distante.

Llevo mis manos a mi vientre y le cubro, como si pudiera proteger mi secreto. *Si Talia se da cuenta de que estoy embarazada… No quiero ni imaginar lo que me hará*. Gimo mientras me invade otra oleada de náuseas. La dejaré creer que soy débil, si eso protege a mi bebé de esta maldita zorra.

—Tu blando corazón será tu perdición —señala Talia, y vuelve junto al hombre, poniéndole el cuchillo en la garganta.

Cierro los ojos y bloqueo sus gritos pidiendo clemencia.

—Abre los ojos, Paige —me ordena ella—. Si no lo haces, le cortaré más profundo. *Debes* mirar.

—¿Le dejarás vivir si miro? —digo, con mi voz temblando.

—Este hombre quemó una casa y un niño murió dentro —Talia mira de un hombre a otro mientras cada uno se ríe—. Él sabía que el niño estaba en la casa, y aun así lo hizo. El niño no hizo nada malo. ¿Debo dejar que la inocencia sufra mientras el malvado queda libre?

No sé qué decir. Si es verdad, el hombre debería ser castigado, *pero no por Talia*.

—Deberías entregarlo a la policía —le digo.

Esta vez se ríen aún más fuerte mientras yo sigo temblando sobre el frío suelo.

—¿Qué crees que es él, Pequeña Señorita Suertuda? —Talia sonríe mientras levanta el cuchillo.

Sé lo que viene, y estoy impotente para detenerlo. El rostro de ella se convierte en una cruel máscara de rabia. La hoja golpea con precisión y atraviesa la garganta del hombre con un movimiento limpio. El hombre me mira con ojos muy abiertos antes de que su vida se escurra en un chorro de sangre que tiñe su camisa.

Yo me hago un ovillo y empiezo a rezar porque Andrei me encuentre.

ANDREI

CORRO DE UNA HABITACIÓN A OTRA EN EL ÁREA DE URGENCIAS, BUSCANDO A PAIGE, AUNQUE SÉ que ella no estará allí. Pero eso no importa. Tengo otra persona en mente. Un plan que está pendiente. Voy a la habitación que busco y Gerald Reyes está tumbado en la cama, con aspecto de estar ya muerto.

Con gran dificultad, consigo evitar que mis manos aprieten su garganta. Me acerco a su cama, cerniéndome sobre él, el hombre que sin querer trajo a Paige a mi vida.

Para bien o para mal.

Él gime suavemente contra la almohada, parece un esqueleto, con tez enfermiza y boca laxa. Percibe mi presencia y abre los ojos. Me mira sin reconocer quién soy. Pero luego, poco a poco, observa mi parecido con Vasily, y su cara se transforma en respuesta.

—¿Qué haces aquí? —su voz es un áspero susurro—. Vete. Llamaré a la policía.

—No, no lo harás —contesto, sacudiendo mi cabeza.

—¿Dónde está mi hija? —pregunta, mirando hacia la silla vacía.

Dmitri entra en la habitación y sacude ligeramente la cabeza. No hay pistas en todo el hospital sobre el paradero de Paige. Pero me decido por alguien más.

Cojo los tubos que conectan a Gerald a una serie de máquinas y empiezo a tirar de ellos. Él se estremece cuando le arranco la aguja del brazo.

—¿Qué haces? —pregunta Dmitri—. No puedes deshacerte de él aquí.

Le miro fijamente y le contesto:

—Nos lo llevamos con nosotros. Llama antes a la casa para que preparen una habitación y un médico esté disponible a nuestra llegada.

Dmitri hace una pausa, dispuesto a discutir, mientras Gerald utiliza todas sus fuerzas para moverse hasta el borde de la cama. Antes de que pueda caerse de ella, le agarro. Entonces Dmitri cierra la boca y sale por la puerta.

Una enfermera entra corriendo, sin duda alertada por los pitidos de las máquinas.

—Señor, ¿qué está haciendo? —inquiere ella.

Gerald está en mis brazos, lo sostengo con facilidad.

—Me lo llevo a casa —le informo.

—¡No puede hacer eso, señor! El paciente está muy enfermo —señala precipitándose hacia mí, pero yo la aparto—. Señor, ¿es usted pariente? —continúa ella, tras de mí, pisándome los talones —. ¡Voy a llamar a la policía!

—Adelante, hágalo —le respondo sin mirar atrás.

Ella se queda mirando impotente cómo meto a Gerald en el Rover. Puede que dé los números de las matrículas a la policía, o puede que no. Me da igual. Ya había informado a la administración del hospital sobre sacar a Gerald para llevarlo a un centro privado de cuidados paliativos. Una cuantiosa donación posterior cerró el trato.

Gerald hace todo lo posible por mantenerse sentado en el asiento trasero, pero al final se tumba mientras Dmitri y yo nos sentamos delante.

—Sé quién y qué eres —resopla—. Y no me importa lo que me hagas. Dispárame en la cabeza y tírame a una zanja. Me da igual. ¿Tienes un mensaje para tu padre cuando lo vea en el infierno?

—No confíes muy pronto en tu viaje final —miro el tráfico por la ventanilla del coche como si fuera un turista disfrutando del paseo—. Recibirás atención médica donde te llevo.

—La rechazaré. Quiero morir —espeta él.

—Si de mí dependiera, viejo, te dejaría morir. Diablos, incluso te mantendría cerca para presenciar tu lento y doloroso declive. Pero tu hija Paige estaría devastada. Así que estarás bajo el cuidado de un médico.

—¿Cómo sabes lo que ella quiere? —me pregunta—. ¿Qué has hecho con mi hija?

—¿*Qué le he hecho a tu hija*? —repito y le miro por el retrovisor—. Me casé con ella.

—Mentiroso —espeta, e intenta cruzar los brazos sobre su pecho, creando una mueca de dolor.

—Yo no miento —le digo mientras me giro para mirarle a los ojos—. Eso lo hacen los ladrones.

Una sombra de retroceso pasa por su rostro ante la mención de la palabra, y esa sola sombra me dice todo lo que necesito saber.

GERALD TOSE durante todo el camino y me pregunto si morirá antes de que lleguemos a la mansión. Llegamos segundos después que el médico. El doctor Amal Meyer no tiene lealtad por ninguna Bratva. Nos trata a todos por igual a cambio de una buena paga, y se sobreentiende que está protegido por unos y otros para poder seguir curándonos a todos.

El Dr. Meyer mira con curiosidad a Gerald en su bata de hospital.

—Ha estado rechazando su tratamiento contra el cáncer —le informo, respondiendo a su pregunta no formulada—. También es el padre de mi esposa.

El doctor Meyer asiente hacia su enfermera, quien coge su bolsa y ordena a mis hombres que lleven a Gerald a la casa con cuidado.

—¿Crees que durará lo suficiente para decirnos lo que queremos saber? —pregunta Dmitri cuando entramos en mi despacho.

—Un hombre en su lecho de muerte no tiene secretos —le respondo—. Además, Paige querrá ver a su padre cuando la recuperemos. ¿Ya se puso en contacto Talia?

—Seguro está esperando a que vayas a verla —informa Dmitri, negando con la cabeza.

Me apresuraría a recuperar a Paige si pudiera. Voy a perder el control si ella no está de vuelta a salvo en mis brazos. Pero dejar que Talia sepa lo mucho que quiero y necesito a Paige sería fatal para todos nosotros. Ojalá le hubiera dicho a Paige cómo han cambiado mis sentimientos por ella, y no quiero tener que arrepentirme de no haber tenido la oportunidad.

—Infórmale a Talia que, si Paige resulta herida, lo consideraré una guerra.

En menos de una hora, un dormitorio de invitados en el segundo piso, aislado de los demás, se ha transformado en una habitación de hospital. Gerald yace en una cama hospitalaria reclinada y las máquinas emiten un suave pitido a su alrededor. Hay un guardia en la puerta y una enfermera privada está sentada junto a él, mirando su teléfono. Ella suelta el teléfono cuando yo entro y le hago un gesto para que nos deje solos.

Cuando ella sale por la puerta, apunto mentalmente que hay que cerrarla por fuera.

Me coloco junto a él como hice en el hospital, pero ahora estamos en mis dominios. Podría ponerle una almohada en la cara y acabar con su sufrimiento, como él lo pide.

Pero no lo haré. Por Paige.

—No te creo —sus ojos están cerrados, pero él sabe que estoy ahí—. Mi hija no se casaría nunca contigo, a menos que la obligaras. Eso es lo que hacen los de tu clase. Obligar a las mujeres porque no tienen huevos para el rechazo.

—¿Quieres que te cuente cómo la forcé, viejo?

Sus ojos se abren poco a poco y me apuñalan con odio.

—Eres una escoria, como tu padre. Me alegro de que esté muerto, y ojalá tú lo estuvieras también.

Tan débil como está, Gerald intenta defenderse con palabras. Pero no hay nada que pueda decirme que yo no pueda soportar. No después de haber crecido con mi padre. Me alejo de la cama y me dirijo hacia la puerta. Pero él vuelve a intentarlo.

—¿Sabes por qué tu padre le pegaba a tu madre? —inquiere.

Me detengo, antes de alcanzar la puerta.

—Porque ella era una puta a la que él no podía controlar, igual que a mi mujer —dice—. ¿Te ha

enseñado alguna vez la querida Eva la lista de hombres con los que ha estado? Me sorprende que Vasily no le rompiera el cuello aquella noche. ¿Cómo sabes siquiera si eres hijo de Vasily? Tal vez seas un bastardo, igual que tu hermana.

Me abalanzo de nuevo sobre la cama, pero él sonríe ante mi muestra de ira. *Él quiere morir*, me recuerdo. Ahora él ya sabe qué decir, y yo no sé aún cómo meterme en su piel.

—No creo que estés casado con mi Paige —continúa él—. Ella tiene el sentido común de no involucrarse con la inmundicia. Todo el oro y el dinero del mundo no pueden ocultar lo que eres: una basura —suelta una ligera carcajada—. Si ella es tu esposa, ¿dónde está ahora?

—¡Y yo sé quién y qué eres tú, viejo! —me agarro a la barandilla de la cama.

—Pues dilo —una sonrisa retorcida se dibuja en sus enfermos labios—, di mi nombre. No mi verdadero nombre, sino el nombre con el que me habéis marcado.

—Sava Khodemchuk —Respiro hondo y gruño—. El Ladrón.

—No fue tan difícil, ¿verdad, chico? —a pesar de la debilidad de su voz, sus ojos son duros. Arden como los de Paige, pero no hay calidez tras ellos.

—¿Dónde está el dinero de mi padre, Sava?

—Lo mismo que les dije a todos sus amigos, lo despilfarré en el hipódromo y en billetes de lotería. No queda ni un céntimo.

—No te creo, ladrón —siseo, escupiéndole en la cara—. ¡Lo escondiste; lo sé! ¿Dónde está?

—No es más mío que tuyo. Él se lo arrebató a sus víctimas. ¿Quién es el ladrón ahora, hijo de Vasily?

Levanto el puño, pero me detengo cuando él sonríe. Lo ha vuelto a hacer. Me provoca. *Quiere* que le pegue, pero no lo haré. Paige nunca entendería si yo matara a su padre.

Me acerco a la puerta y llamo al guardia. Viktor Krasnov es un soldado no iniciado, un niño de dieciséis años; alto, enjuto, pero despiadado, y está ansioso por demostrar su valía a la Bratva y ganarse su primer tatuaje.

—Tengo un trabajo para ti —saco mi teléfono del bolsillo y me pongo a hojear las fotos—. Este *ublyudok* tiene otra hija. Hermana de mi esposa. Quiero que la traigan aquí. Manténganla en una sola pieza para que él pueda ver.

Viktor mira la foto que he enviado a su teléfono. Emma está sonriéndole al espectador con los labios fruncidos. Por un momento, la mirada de Viktor se detiene en la pantalla, luego asiente y sale de la habitación.

Me vuelvo a mirar a Gerald, quien permanece estoico, aunque con sus manos cerradas en puños. Ahora he llegado a él, pero sus ojos siguen teniendo una mirada desafiante.

—Te arrepentirás de esto, Andrei Vasilyevich —susurra Gerald—. Ya he sobrevivido a tu padre, y te sobreviviré a ti.

PAIGE

ME DAN UN PLATO CON SIMPLE AVENA FRÍA Y SÓLO LA CONSUMO POR LA NECESIDAD DE mantenernos vivos, a mí y a mi bebé. Llevo la cuenta de los días por el número de comidas que me dan. Debe ser mi tercer día aquí, y he tenido tiempo de sobra para arrepentirme de haber salido de la mansión sin guardia. Temía que Andrei se negara si le decía que iba al hospital.

Ahora lamento no haberle dado la oportunidad.

Escucho los tacones de Talia que bajan lentamente los escalones y cruzan las baldosas. Ella se viste para torturar a quien esté atado en la silla. Algunos son arrojados a las celdas. A otros los sacan sin vida. Pero a mí todavía no me ha puesto la mano encima. La expresión de su cara es casi orgásmica cada vez que corta a sus víctimas. Y cada vez que lo hace, me exige que mire, deleitándose en el placer de quitarme la posibilidad de elegir.

Cada vez que inflige dolor, lo narra para mí y me sermonea sobre cómo debe ser una buena esposa Bratva.

Si me atrevo a apartar la mirada, Talia me culpa de cada vida que arrebata, como si fuera yo quien empuñara la navaja.

Al terminar de comer la asquerosa papilla, vuelvo a sentir náuseas. Un olor agrio flota en el aire estancado y me hace vomitar. Uno de sus hombres se atreve a quejarse del olor y casi pienso que lo atará a la silla.

Sus matones llegan arrastrando hasta el sótano a una mujer que grita. Va vestida con un fino pijama cubierto de corazones. Deben haberla sacado de la cama. No parece mucho mayor que yo, y nuestro pelo es del mismo tono castaño claro. Retrocedo hacia la pared de bloques de hormigón, percibiendo perfectamente por qué está aquí.

—¡Por favor, no lo hagan! —grita mientras la atan a la silla—. Mi padre les pagará.

Talia ignora las súplicas de la mujer y ni se inmuta ante el terror de sus ojos. Los matones la rodean y ella forcejea con sus ataduras mientras sigue suplicando. Quiero cerrar los ojos, pero Talia se vuelve hacia mí y me reta en silencio.

La mujer mira para ver qué está mirando Talia. Me ve, sucia y asquerosa, y empieza a temblar.

—Por favor —me suplica—, dile que no lo haga.

La mujer sólo está aquí porque es mi sustituta. Talia no se atreverá a lastimarme físicamente, pero hará todo lo posible para hacerme sufrir emocionalmente. Está funcionando mientras me sostengo y me balanceo. *O tal vez Talia si me haga daño*. Tal vez ella quiera demostrar que nadie está fuera de los límites de su loco odio.

—Talia —me acerco a los barrotes—, por favor, no le hagas daño. Su padre pagará.

Talia ladea la cabeza hacia mí.

—¿Pagará? ¿Me tomas acaso por una puta barata?

Necesito todas mis fuerzas para no decir nada y no echarme la mano a la barriga. Pero lo logro.

—¿Has pensado alguna vez —pregunta Talia mientras me mira—, que algún día tendrás que ver esto si tu marido quiere? ¿*Le dirás a él* que perdone a un enemigo para que tú puedas salvar tu conciencia? ¿Crees que *él te escuchará*?

—Andrei nunca haría esto —protesto. Sé que nunca lo habría permitido. Me llevó a la fuerza y nos obligó a casarnos, pero nunca me obligó a nada más.

Talia echa la cabeza hacia atrás y se ríe a carcajadas.

—Entonces está claro que no sabes nada de nuestro querido Andrushka.

Con ojos desesperados, la mujer me mira a mí y luego a Talia. Talia se vuelve lentamente, y la expresión de la mujer se torna en terror al contemplar la oscura sonrisa de Talia.

—Chicos —levanta Talia la mano y chasquea los dedos—, hora de jugar.

Los matones se abalanzan sobre la mujer, desgarrándole el pijama mientras ella grita. Me mira fijamente, implorándome con los ojos que la ayude, pero no puedo hacer nada.

La culpa me invade al oír sus gritos. Aprieto los barrotes de la jaula con las manos, pero no me atrevo a apartar la mirada.

Talia sacude la cabeza como si todo fuera culpa mía.

Se dirige hacia las escaleras y deja a sus monstruos con su nuevo juguete. Las náuseas se apoderan de mí.

A mí me obligan a mirar, pero a esta pobre mujer le obligan a vivirlo.

Pero en lugar de vomitar, me desmayo en el mugriento suelo mientras los gritos llenan el aire entre el sonido de los botones que son arrancados.

PAIGE

CUANDO DESPIERTO, YA NO ESTOY EN EL SÓTANO, SINO TUMBADA EN UNA CÓMODA Y CALIENTE cama. Por un breve instante, creo haber soñado con la crueldad y el dolor que he presenciado en aquel horrible sótano.

Pero esa fantasía termina en cuanto abro los ojos. No reconozco la habitación en la que estoy. El dormitorio es moderno, con muebles de haya clara y detalles dorados. La ropa de cama y las cortinas son de tonos turquesa y arena, que le dan un toque de sofisticación sorprendente. Una gran ventana se extiende por la pared, atrayendo la luz natural y ofreciendo una vista increíble del jardín. La habitación es luminosa y aireada, increíble para un loco asesino.

Miro bajo las sábanas. Alguien me ha bañado y me ha vestido con una sencilla bata de algodón. Me estremezco al pensar en las manos que me tocaron mientras estaba inconsciente. Toco mi vientre con las yemas de los dedos, con la esperanza de que estemos bien. Me invade una ligera oleada de náuseas, pero cierro los ojos y me concentro. Al menos intento disiparlas. Me levanto rápidamente y me dirijo a una puerta que espero que sea un cuarto de baño.

Me regreso corriendo a la cama cuando alguien sacude el pomo de la puerta. Me meto bajo las sábanas y me limpio la cara con las manos. Observo la puerta, con el cuerpo enroscado como un nervio apretado, lista para luchar o huir si es necesario.

Talia entra y su mirada severa se cruza con la mía. La mirada de odio de sus ojos es igual a la mía. Me pregunto si mi deseo por a Andrei crece más porque ella también lo quiere.

Pero ella en realidad no quiere a Andrei. Sólo le importa lo que él representa. Yo si *lo quiero a él* y encontraré la forma de volver a casa.

La hostilidad de ella parece disimularse con una amplia sonrisa.

—¿Cómo has dormido? —me pregunta, acercándose al ventanal, como una buena anfitriona—. Espero que bien.

—¿Qué le ha pasado a esa mujer? —digo, sin molestarme en sonreír.

—¿Qué mujer? —pregunta inocentemente.

—La que tus hombres atacaron en tu calabozo.

—Estás siendo melodramática, Paige.

—Prefiero que me llames Sra. Barinov.

La sonrisa de Talia se transforma en ceño fruncido. Debo de estar loca para burlarme del diablo. Me estudia con los ojos entrecerrados, pero me niego a girarme. Mantengo la espalda recta mientras mi estómago se revuelve.

—Su padre pagó —responde ella tajante.

—¿Pagó el rescate? —le pregunto.

Talia se acerca a la cama y se sienta a mi lado.

—Me pagó lo que me debía cuando vio lo que le haríamos.

—Querrás decir lo que le hicisteis —le corrijo.

—Fue un espectáculo para las cámaras —explica ella despreocupada—. Sólo llegaría hasta cierto punto con una mujer. Además, ella es más valiosa cuando no la tocan. Mis hombres montan un espectáculo y convincente para las cámaras.

Me recorre un escalofrío, pero por suerte no va seguido de náuseas. Me aparto de ella y me alejo mientras ella mira mis caderas. No debería haber hecho eso. Le he devuelto un poco de su poder.

Sus ojos se cruzan con los míos con el brillo de un depredador.

—Ahí está el truco. Las *amenazas implícitas* suelen ser las más poderosas. Tus víctimas rellenarán los huecos con su propia imaginación. Sólo tienes que darle a esa imaginación suficiente material. Su padre recibió una advertencia. Él escuchó las advertencias, *Sra. Barinov*.

Mi estómago gorgotea lo bastante fuerte como para que lo oigamos los dos, pero lo ignoro. Me obligo a mirarla fijamente a los ojos. No puedo dejar que piense que soy tan débil como cree. Puedo vencerla en su propio juego si es necesario. Asiento con la cabeza.

—Veo que usted también escucha, Srta. Nikitin.

La criada entra en ese momento con el desayuno. *¡Gracias a Dios!* Talia parece haber agotado su paciencia conmigo. Ella junta sus manos y se levanta, centrando su atención en la criada, quien no se atreve a establecer contacto visual con ninguna de las dos.

El olor a beicon y tostadas me llega hasta la nariz. Y una comida que normalmente me haría la boca agua me revuelve el estómago como un coche que no arranca.

Talia coge una tostada y se la lanza a la chica.

—¿Por qué sólo hay un plato?

—Sólo hay una persona en la habitación, señorita.

La mano de Talia es rápida y el sonido de la bofetada paraliza la habitación.

—¿Acaso no soy yo una persona también?

—Lo siento, Srta. Nikitin.

—Cuantos menos errores cometas, menos habrá que corregirte —le dice, empujándola—. ¡Vete!

El labio de la chica sangra. Tal vez se lo cortó con el anillo o sus largas uñas. La chica se toca la cara con cuidado mientras se apresura hacia la puerta. Pero la visión de la sangre, aunque sea poco, es suficiente para hacerme correr hacia el baño, apartando a Talia y alarmando a la criada.

Maldita sea, Paige, ahora ella lo sabrá. Me abrazo al váter mientras vomito, jadeando mientras tengo arcadas. Oigo el chasquido de los tacones sobre el suelo de cerámica y luego unas manos me tocan las mejillas, tirándome del pelo.

—La valiente Sra. Barinov no soporta ver sangre —ronronea mientras frota suavemente mi espalda. Quiero retroceder ante su contacto, pero me causa alivio—. ¿Qué va a ser de ti? —ella ríe cuando mi espalda se tensa por otro ataque de náuseas—. La dulce e inocente Sra. Barinov, casada con el Pakhan más salvaje de todos. ¿Cuánto tiempo crees que puedes permanecer en su torre de marfil antes de saber todo lo que ha hecho tu esposo? ¿Lo que es capaz de hacer?

Talia detiene el frote en mi espalda cuando algo más llama su atención. La criada está en la puerta del baño, mirándonos. De inmediato, Talia se pone en pie y camina hacia ella. Echa un vistazo a la habitación y su tenue calma vuelve a resquebrajarse.

—Te has dejado la puerta abierta.

La criada me señala.

—Pero yo… ella está enferma… he venido a ayudar.

Esta vez, las bofetadas son brutales: Talia agarra a la chica por la cabeza y le propina una lluvia de golpes. A cada golpe le sigue un insulto, maldiciendo a la chica por su pereza y estupidez. No la suelta mientras la chica se escuda débilmente. Se mueven en círculo en un extraño paso de baile mientras Talia golpea a la chica que se resiste. Mis náuseas se olvidan mientras las observo con asco y curiosidad.

Me pregunto si alguna vez *yo* podría ser tan cruel, y una voz en mi interior susurra que *sí*.

Al cabo de un minuto, suelta a la llorosa chica y le grita que traiga otro plato. Talia tiene la cara roja por el esfuerzo y la rabia. Su pulcro vestido está desarreglado mientras se lo cepilla con las manos y se lo vuelve a poner en su sitio. Por primera vez, evita mi atenta mirada. ¿De verdad se avergüenza de haber perdido el control por culpa de una criada?

Talia se coloca un mechón suelto por detrás de la oreja.

—Estás mejor ahora. Me alegro de que no seas tan blanda como había imaginado. Casi esperaba que intervinieras —dice, sin mirarme.

—Ella no necesitaba mi ayuda —le digo, enderezándome.

Talia me mira y luego sonríe, complacida por mi despreocupada respuesta. No necesita saber que estoy mintiendo. Será mejor que haga mi papel, sea lo que eso sea. Ella quiere ver si merezco a Andrei, y para merecer a Andrei, debo ser como ella.

—Comeremos juntas —inclina la barbilla—. Y te explicaré cómo se supone que debe actuar la esposa de un Pakhan.

—Supongo que ya es hora de que aprenda.

—Ya deberías saberlo. Espero que superes tu entrenamiento.

—Y si lo hago, ¿me dejarás ir?

—Todo depende de ti, Sra. Barinov —contesta, y una sonrisa de complicidad se dibuja en sus labios—. Podrás irte de aquí en cualquier momento si solo sabes qué hacer.

ANDREI

—Nuestro informante registró la casa del padre de Talia y la suya, pero no encontró a Paige Geraldovna.

—¿Han comprobado los sótanos, los áticos y los edificios exteriores?

—Han revisado a fondo cada centímetro de ambas casas. Tienen a Paige Geraldovna bien escondida.

—Diles que sigan buscando.

Poco a poco me voy volviendo loco de preocupación, preguntándome dónde puede estar Paige. Amenazo a Talia por mensaje de texto porque no responde a mis llamadas y su padre se niega a decirme dónde está. Les he dejado claro a ambos que Paige debe ser liberada. Ya he ido tan lejos como para recordarles que se trata de un ataque personal.

Aun así… nada.

Principalmente, estoy preocupado por ella, pero también la extraño. Me quedo mirando fijamente nuestra cama vacía, incapaz de conciliar el sueño. La imagino ahí tumbada, fingiendo que no me mira y sonriendo cuando la sorprendo haciéndolo. Mi necesidad de estar con ella es contagiosa, y evoco pequeños recuerdos de ella a donde sea que miro.

Mi personal de inteligencia me informó lo que le hicieron a la hija de un comprador cuando él se negó a pagar un aumento en la mercancía después de cerrar el trato.

Si Talia hiere a Paige, será mejor que corra, que huya bien lejos y muy rápido.

—Andrei Vasilyevich, la encontraremos. Y cuando lo hagamos, ¿qué debemos hacer con Talia Afanasyevna?

—Nada. No voy a pelear una guerra con Igor por ella. Por otras cosas, sí, pero no voy a perder el tiempo dándole una lección a Talia, aunque se lo merezca.

Dmitri se encoge de hombros.

—No estaría mal hacer un disparo de advertencia…

Su indeseado sermón se ve interrumpido por un estridente grito en el pasillo que nos hace correr a los dos hacia la puerta. En el pasillo, Viktor lleva a Emma Reyes colgada sobre su hombro. Él

intenta agarrar el puño de la chica con las manos libres mientras ella da patadas con sus piernas. Viktor lucha por mantenerse en pie y, al final, caen ambos al suelo, desparramados sobre un montón de largos miembros, como si estuvieran jugando. Él agarra rápidamente de nuevo a Emma, antes de que ella pueda llegar a la puerta.

—*Bozhe moi* —susurra Dmitri—, tendrás que enseñarle la forma correcta de llevar a una mujer.

Intento no sonreír mientras me acerco al agotado Viktor, quien sigue luchando por mantener a Emma en el suelo. Entre jadeos, intenta explicarse.

—Tardé un día en encontrarla, Andrei Vasilyevich. No estaba en casa de su hermana, sino escondida en casa de un vecino al otro lado de la calle.

La tomo a ella por los hombros y la pongo en pie. Se queda paralizada cuando me ve, y luego su cara cambia al reconocer quién soy.

—Yo no quería que me encontraran. Me tomé a pecho la advertencia de Paige, así que me escondí —dice ella y le da a Viktor una mirada penetrante —Allí estaba a salvo.

—Solo durante un tiempo —le respondo solemnemente—, pero igual te habrían encontrado.

Emma echa un vistazo al vestíbulo.

—¿Dónde está mi hermana?

Le cojo del brazo. Intenta zafarse de mi agarre, pero la levanto y la arrastro hasta mi despacho. Hago un gesto a Viktor para que nos siga y Dmitri entra también, cerrando la puerta. Con un suave empujón, dejo a Emma en el sofá. Antes de que ella pueda levantarse, Viktor se sienta a su izquierda y Dmitri a su derecha. Nos mira a los tres y decide sabiamente calmarse.

Esta tiene sentido común.

Me acerco a la barra y le sirvo un trago de brandy. Es un remedio anticuado, pero no estoy seguro de que tan bien maneja el licor. Emma se queda mirando el vaso que le tiendo, como si fuera pis en un vaso. Me vuelvo a la barra, me sirvo un chupito, me lo bebo y dejo el vaso vacío sobre la barra.

—Pensé que te apetecería beber algo después de tanto gritar —le explico.

Esta vez toma el vaso, se lo pone bajo la nariz y aspira el líquido. Con mirada insegura, me observa como una leona mientras bebe. Jadea repetidamente cuando el líquido llega a su garganta y dejo que recupere el aliento antes de volver a hablarle.

—Estás aquí para poder protegerte mejor.

—¿De la misma forma que protegiste a mi hermana? —pregunta amargamente—. ¿Dónde está ella?

Mi silencio es su respuesta.

El rostro de Emma se contorsiona de ira.

—Tú no puedes protegerla a ella, y yo puedo protegerme a mí misma. Al menos mejor que nadie. Contrariamente a la opinión popular, no soy una chica indefensa e idiota.

Suspiro. *Es tan testaruda como su hermana*. Empeorada por la falsa sensación de inmortalidad que da la juventud.

—Puedes dudar de la verdad —le respondo.

—¿*La verdad*? —se burla—. Tengo suerte de no estar muerta como mi madre. No teníamos nada de qué preocuparnos hasta que tú apareciste en nuestras vidas. Ahora tenemos un montón de matones rodeando la casa y un muerto en el suelo de nuestra cocina.

—No somos matones —gruñe Víctor, mirándola fijamente—. Cuidado con lo que dices.

Hago callar al chico.

—¿Crees que soy responsable de la muerte de tu madre? —le pregunto.

—¿Acaso hubiera ocurrido si no te hubieras casado con Paige?

No puedo responderle, y el responsable sigue prófugo. Podría haber sido un robo frustrado, pero es más probable que fuera un golpe. Si fue un golpe, ¿por qué ahora y no antes? Cynthia Reyes nunca habló de la Bratva, ¿por qué silenciarla? Debe haber sido por mi culpa, y aún no he hecho nada al respecto.

—Quiero ver a mi padre —espeta Emma y fulmina con la mirada a Viktor, quien se concentra en ignorarla—. Sé que te lo llevaste.

—Eso no va a pasar —respondo con severidad—. Todavía no.

Emma se pone en pie y avanza hacia mí con una furia vengadora antes de que nos demos cuenta. Viktor se levanta mientras Dmitri sonríe ante la escena. En silencio, le hago señas a Viktor para que se siente. Emma levanta la barbilla y me mira fijamente a los ojos, e impasible, le permito esta ofensa porque es mi cuñada.

Pero, su valor flaquea. Traga saliva y se pone firme, pero no se desanima.

—Tengo derecho a verle —insiste. Su desesperación aumenta con sus exigencias—. Se está muriendo, imbécil. Puede que intimides a Paige, pero a mí no me harás esa mierda. ¿Me entiendes? Llévame con él. Ahora.

La miro fijamente durante su diatriba, y la diferencia entre nuestras situaciones me golpea. Ella quiere ver a su padre, y yo no quería saber nada del mío. Quizá si yo hubiera querido a mi padre, sentiría un poco de simpatía por ella. Pero no fue así, y por eso, no puedo empatizar con Emma.

Finalmente, ella se quiebra. El miedo reprimido se transforma en lágrimas. Llora y se abraza a sí misma.

—Cuando aprendas a comportarte, podrás ver a tu padre —le respondo.

Emma me mira.

—Eres la peor persona que conozco —señala.

Yo miro mi reloj.

—Tu padre está ahora con el doctor Meyer —Miro a Viktor, quien enseguida se coloca detrás de ella—. Podrás verle cuando me digas que te comportarás. Eres mi cuñada, pero ésta sigue siendo mi casa. Espero que obedezcas ciertas normas. A cambio, tendrás privilegios.

—¡Ver a mi padre no debería ser un privilegio! —grita—. Estás muy jodido —se burla, indicando su disgusto—. No dejaré que me jodas la vida como hiciste con la de mi hermana.

Al final, me harto de su malcriado comportamiento.

—Viktor te llevará a tu habitación —le informo.

Viktor se esfuerza por sacarla por la puerta hasta que él le susurra algo al oído. Ella se detiene lo suficiente para lanzarme otra asquerosa mirada y camina voluntariamente a su lado escaleras arriba.

PAIGE

DICEN QUE CUANDO SE PRIVA UN SENTIDO, EL RESTO DE TUS SENTIDOS SE AGUDIZAN. NUNCA LO había entendido hasta ahora.

Al salir, noto el brillo de la luz del sol, aunque debería concentrarme en escapar. Pero hace toda una vida que no veo el sol, y el aire fresco me distrae de lo que debería concentrarme: escapar.

Antes de que tenga tiempo de asimilar lo que me rodea, me colocan una venda en los ojos y me meten rápidamente en una limusina. La puerta se cierra tras de mí. Deben confiar en que no intentaré nada. O han decidido que estoy demasiado débil para luchar. Pero el pánico se apodera de mí mientras espero, apretándome la garganta, y palpo desesperadamente el reposabrazos en busca de una cerradura oculta, alguna forma de escapar.

Alguien se aclara la garganta y noto que no estoy sola. Talia nunca me lo pondría tan fácil.

La puerta de enfrente se abre y el fuerte perfume de Talia entra en el coche antes que ella. Habla con su guardia favorito, un hombre llamado Valeri Kozlov. Reconozco su voz grave y ronca, con un ligero acento en algunas palabras. Su cuerpo es tan grande e intimidante como el de los otros hombres Bratva, pero tiene un rostro apuesto, lo que explica su engreída actitud.

Cada vez que Talia le da una palmadita en el brazo, pareciera que está susurrándole a un amante, pero el tema es siempre cómo poder vengarse.

—Has sido una invitada excelente, así que te llevo a mi escapada —dice.

Se me hace un nudo en la garganta. Talia se ríe.

—No iremos muy lejos. Y procura no vomitar en el coche.

Valeri se hace eco de la risa de Talia y ella aprovecha el momento para hablar de mí en tercera persona.

—Si no fuera por el apellido de su marido, no podrías saber que está unida a un Pakhan. Algunos hombres no quieren una mujer fuerte. Quieren a alguien que les haga sentirse grandes en comparación.

—Esos son hombres débiles —interviene Valeri—. Yo prefiero una mujer que pueda salvarme el culo si lo necesito.

—¿Ah, sí, Valeri? —ronronea Talia—. Pero a mí no se me ocurre ningún momento en el que tú

necesites que te salven.

Se me pasa por la cabeza la idea de que ellos tengan una relación romántica, pero la alejo rápidamente. No quiero marearme. Me siento aliviada cuando el coche entra en la autopista. La suavidad de la carretera me indica que ya estamos en ella.

—Ni tampoco me lo imagino de ti —le responde Valeri—. Nadie se atrevería a meterse con una verdadera princesa Bratva.

Talia se ríe como si fuera la cosa más dulce que jamás nadie le ha dicho. Pronto olvido mi miedo mientras ruedo mis ojos en blanco bajo la venda y trato de ignorar sus apenas disimulados insultos. La gente que rodea a Talia acaricia su enorme ego, pero ¿alguno recibiría una bala por ella? Andrei recibió una bala por mí, y al instante vuelvo a echarle de menos.

No debería de extrañar a Andrei, pero no dejo de pensar en él. ¿Sería él diferente si supiera que estoy embarazada? Es ridículo pensar eso. Claro que no lo sería. ¿Podré aceptar todo esto?

El peligro constante al que él me expone para que estemos juntos no parece importarle. Tengo que forzarme a no querer a Andrei, y pensaría que Talia sería suficiente, pero no lo es. No puedo dejar de quererle, aunque él me ponga en peligro constante. Sé que Andrei hará algo para recuperarme, pero me aterra la idea, sabiendo que alguien perderá una vida para devolverme a él.

La limusina se detiene, las puertas se abren y se cierran, pero yo no me muevo. Me quitan la venda de los ojos y miro a mi alrededor. Hemos aparcado delante de una pequeña posada de estilo colonial que forma parte de un complejo turístico más grande. Supongo que no quieren que el personal vea la venda.

Valeri me dedica una sonrisa radiante, como si no hubiera estado hablando mal de mí durante todo el viaje. Le brillan los ojos y despliega su sórdido encanto. Me tiende el brazo y no tengo más remedio que cogerlo si no quiero que me arrastren a la posada.

Sin siquiera mirar, sé exactamente dónde estoy. Estamos en algún lugar de Poconos.

Aunque el edificio que tenemos delante no me resulta familiar, conozco el paisaje y la fantástica vista de las montañas a lo lejos. Papá solía traernos aquí en las vacaciones de verano cuando éramos pequeños, pero no he vuelto desde entonces.

A Talia y a mí nos acompañan a un spa mientras sus guardias nos observan. Cuento cinco en el mostrador y me pregunto por qué habrá traído tantos. El personal bulle a su alrededor en el elegante vestíbulo lleno de antigüedades, y me doy cuenta de que son gente normal.

Me da escalofríos pensar que ahora puedo detectar a un criminal disfrazado. No debería ser capaz de hacerlo.

Unos instantes después, Talia se tumba envuelta en una toalla en la camilla de una masajista, y yo hago lo mismo en una camilla junto a la suya. Hace unos días, estaba cautiva en un frío y húmedo sótano, obligada a presenciar una brutalidad que jamás habría imaginado.

Ahora, me veo obligada a interpretar el papel de la mejor amiga de la loca ex de mi marido mientras juntas recibimos un masaje en un hotel de lujo.

Me pesan los párpados y, de vez en cuando, me quedo dormida. Dormir aquí es seguro y lo

aprovecho, pero la voz de Talia vuelve a despertarme. Me sorprende un poco que hable con franqueza delante del personal. Está divagando sobre lo que Andrei necesita en una esposa y de lo que yo aparentemente carezco.

—Necesita una mujer que no tenga miedo de ser fuerte y alguien que no sea débil y blanda como tú —dice—. Alguien que le apoye y se mantenga firme cuando sea importante. No alguien que le avergüence por hacer lo que sea necesario.

Talia no necesita hacerme sentir inepta. Eso puedo hacerlo por mi cuenta. Se qué esto está lejos de ser el matrimonio que había imaginado para mí, pero pensaba que yo podía hacerlo bien en cualquier situación, incluso esta.

Remendé la herida de bala de Andrei, por el amor de Dios, pero no puedo con esto. No soporto la constante violencia que nos amenaza a diario. La incertidumbre de si alguien vivirá o morirá. Especialmente cuando ese alguien puede ser Andrei.

Debo estar loca por quererlo, sabiendo que su vida destruirá la mía. Ya lo ha hecho. Pero aún lo quiero. Lo único que me hace seguir adelante es pensar en sus brazos rodeándome, sus ojos oscuros mirándome como si realmente yo le importara.

Pero primero tengo que sobrevivir a Talia siguiéndole la corriente en su retorcido juego.

—Quizá yo lo dejaría si pudiera escapar —murmuro en tono cansada—. Después de todo, es un matrimonio falso.

Talia deja de regañarme y me mira como si me hubiera convertido en su nueva mejor amiga y no en su odiada rival. De repente, ha pasado de despreciarme a amarme en un instante. Me he convertido en su última esperanza, y no me importa. Sólo quiero que se calle y poder descansar. Pero Talia aún no ha terminado conmigo. Por la sonrisa de su cara, sé que está a punto de atacarme de nuevo.

—Eso está bien, ya que sólo se casó contigo por dinero.

—Yo no tengo dinero —le contesto.

—Sinceramente no tienes ni idea, ¿verdad? Eres muy simple.

Me acuerdo de lo que mi padre me dijo en el hospital y del nombre que mencionó. El nombre en su teléfono. *Sava Khodemchuk*.

¿Soy la única que no lo sabía? ¿Era esto por lo que Andrei me quería? ¿Para llegar a mi padre y poder interrogarlo sobre el dinero? ¿Pero entonces por qué todavía me mantiene cerca? ¿Para mantenerme en silencio? ¿Para mantener a mi padre obediente?

Tal vez todavía tengo algo que Andrei está buscando. Cuando nos casamos, dejó claro que yo era parte de un plan. Un plan del que aún conozco muy pocos detalles.

Talia me observa, esperando mi reacción. En lugar de eso, cierro los ojos.

—Hacerte la tonta no te salvará. Al final, la verdad saldrá a la luz. Y no te gustará, Sra. Barinov.

Las manos de mi masajista se detienen en mi espalda durante una fracción de segundo, pero no reacciono. Me quedo quieta y finjo no darme cuenta. Ella continúa en silencio, tal vez esté

escuchando a escondidas. O no.

—Ahora entiendo por qué no te has resistido. Por qué no has suplicado que te deje ir. Eres su cautiva, no su esposa —Talia se ríe y continúa—. Quizá te subestimé un poco. Sigues siendo ingenua y débil. Pero tienes razón al querer dejarlo. Debería reconocerte el mérito de querer escapar de él por tu propio pie y no en un cajón.

No me gusta oír la verdad, sobre todo de ella, pero quedarme con Andrei me llevará a la tragedia, por mucho que yo niegue amarle. Me dejé enamorar, y ése es el verdadero peligro.

Talia ajusta su posición mientras su masajista se acomoda en su espalda.

—Me robaste mi lugar al lado de Andrei, y ahora míralo, atrapado en este desastre por culpa de su elección de mujer.

Mi masajista se excusa para salir, y dice:

—Volveré con toallas calientes.

No hago ningún comentario sobre las toallas apiladas cerca del armario, pero a Talia no parece importarle lo más mínimo. Me mira con una curiosidad recién descubierta.

¿Yo?

Me pregunto quién más sabrá lo que hay en el teléfono de mi padre.

ANDREI

La frustración se va acumulando en mí, amenazando con salir a la superficie en una tormenta de ira. Por no saber dónde está Paige o incluso si ella está a salvo. No me atrevo a pensar en otra posibilidad. Eso me hará estallar y debo mantener la calma para poder pensar con claridad. Una acción impulsiva me llevará a algo que tal vez no quiera afrontar.

Me detengo en el segundo piso y decido caminar por el pasillo. El guardia frente a la habitación de Emma me saluda con la cabeza. Pero yo continúo caminando hasta la habitación de Gerald y entro. El guardia sentado dentro se levanta en cuanto entro.

—¿Algo nuevo?

El guardia niega con la cabeza.

—No, lo único que hace es dormir, y la enfermera dice que está cómodo. Es todo lo que se puede esperar.

Asiento, complacido por su atención, y camino hacia la cabecera de Gerald. El anciano tiene ahora algo de color en las mejillas, pero el resto de su cuerpo está espantosamente pálido. Tiene los párpados entreabiertos y la boca abierta, aspirando su precioso aire. Dice que quiere morir, pero se aferra a la vida. Sus ojos se abren y se enfoca en mí... su yerno.

Lo miro con el ceño fruncido, sin ocultar que lo desprecio a él y a lo que ha hecho, no sólo a mi padre, sino a su propia familia. Puede que mostrara amor a Paige, pero sus acciones fueron egoístas. Vivían en la pobreza. Y a causa de sus crímenes, dejó a sus hijas huérfanas de madre.

Mis dedos se cierran en apretados puños e imagino su frágil cuello crujiendo bajo ellos.

El guardia interrumpe mis oscuros pensamientos.

—Andrei Vasilyevich, Dmitri está en la oficina. Te está buscando.

Dmitri sólo me busca cuando es urgente. Me dirijo rápidamente a la puerta y miro a Gerald con el ceño fruncido antes de cerrarla. Puede que quiera la muerte, pero tiene fuerzas suficientes para devolverme la mirada.

—HEMOS ENCONTRADO A PAIGE —me anuncia Dmitri cuando entro en mi despacho—. Está con Talia en un complejo turístico de Stroudsburg, en Poconos.

—¿En un complejo turístico? —inquiero, enarcando una ceja.

Él asiente.

—Natasha tiene una prima que trabaja allí. Es un golpe de suerte. Oyó tu nombre y llamó a Natasha enseguida.

—Tenemos que ir por ella, antes de que Talia la desaparezca de nuevo.

—Ella la tiene ahora en territorio neutral —señala Dmitri con cautela—. Es tierra sagrada.

—No me importa —respondo—. La traeremos de vuelta hoy. Quiero a los hombres y los coches alineados en la entrada. Da las órdenes.

—Andrei Vasilyevich…

—No, Dima. Si podemos rescatarla sin disparos, lo haremos, pero no voy a volver sin Paige.

Me apresuro a subir las escaleras hacia la habitación de Emma y me detengo ante la puerta. Viktor está en posición de firmes, ansioso por demostrar que sus responsabilidades están bajo control. Intento no sonreír ante su entusiasmo, pero estoy más que satisfecho.

—Vamos a salir, y te quedarás aquí con un equipo mínimo. No pierdas de vista a la hermana. Debe permanecer a tu vista en todo momento.

—No escapará —asiente Viktor solemnemente—. Y nadie se la llevará.

Echo un vistazo a la puerta cerrada y me pregunto qué estará pasando detrás. Es poco probable que Emma esté sentada en silencio, esperando.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

Su cara se sonroja, y la respuesta es nunca.

—Lo haré ahora —dice.

—Está desesperada por irse. No subestimes lo mucho que quiere escapar a pesar de su padre enfermo. Aprende de mi propio descuido.

Él asiente antes de que yo baje las escaleras. Gerald Reyes no es una amenaza en su estado actual, así que no me molesto en ver cómo está. El tiempo es oro para los dos, así que me apresuro a bajar las escaleras. Llego al último escalón y algo llama mi atención.

Mi hermana Sonya está de visita y supongo que ha venido a ver a mi madre. Cuando me ve, me mira sin saber si debe decir algo. Decide no decir nada y se aleja de mí por el pasillo. Los asuntos de la Bratva no le interesan, se trate de quien se trate.

Fuera, en el camino, Dmitri y Natasha están informando a los hombres. Afortunadamente, Natasha tiene información de su prima sobre la distribución del complejo. Ella también tiene los números de habitación que necesitamos para encontrar a Paige y a Talia. El plan es simple y debe salir sin problemas. Pero veo incertidumbre en los ojos de los hombres. Las reglas son

estrictas sobre el área a la que vamos a ir. Está fuera de los límites de la violencia, pero yo debo recuperar a mi esposa.

Me pongo de pie ante ellos y hablo con una pasión que rara vez he mostrado.

—Sé que todos ustedes están pensando que esto está mal. Pero asumo toda la responsabilidad por nuestras acciones de hoy. Le mostraremos a la Bratva Nikitin que somos fuertes y que no nos doblegaremos ante los caprichos de su princesa. Soy un Pakhan que no puede ser manipulado por juegos infantiles. Mi esposa está en peligro, y ella es mi reina. La recuperaremos. Perderla a manos de mi enemigo me hará parecer débil. Nos hará parecer débiles a todos. ¿Somos débiles?

—¡No, Andrei Vasilyevich! —gritan al unísono—. Somos fuertes.

El orgullo brilla en mis ojos.

—Entramos y salimos. Disparen si deben, pero sin riesgos descuidados. Demostrémosles que no se puede jugar con la Bratva Barinov.

Los hombres se apresuran a montarse en sus Rover. Yo quiero una demostración de poder, y pronto la tendré.

PAIGE

LAS HABITACIONES AQUÍ SON PRECIOSAS, CON VISTAS A LAS MONTAÑAS, Y SORPRENDENTEMENTE, las puertas del balcón se abren y dejan entrar el aire fresco. En el centro de la habitación hay una chimenea eléctrica de campana. Y aunque no hace frío, la enciendo y me quedo mirando las llamas. La habitación es extraordinaria, excepto porque la comparto con la loca de Talia.

Lleva todo el día regañándome y sermoneándome sobre los deberes de la esposa de un Pakhan. De vez en cuando se le iluminan los ojos, y recuerda que he dicho que quiero dejar a Andrei.

—Yo sugeriría ir a Sudamérica —dice—. Si eliges la ciudad adecuada, él nunca podrá encontrarte. Yo podría prescindir de algunos soldados para mantener alejado a Andrei.

—No —respondo secamente—. Yo prefiero estar sola.

Mi insinuación no cala mientras Talia sigue parloteando sobre el único lugar de Twin Rivers donde se puede conseguir una manicura decente. Desgraciadamente, estar de nuevo secuestrada significa que tengo una limitada muda de ropa. Me proveen con un conjunto de la tienda de regalos de la posada: un conjunto deportivo de punto fino con una rebeca larga. Cuando me siento a desayunar, Talia sonríe y me dice que se me está pegando su gusto impecable.

Valeri reclama su posición en el sofá, estirando las piernas, y nos observa con una sonrisa burlona. A él no parece importarle que Talia esté planeando su boda con *mi marido*. Sigue mirando su teléfono y menciona los mejores lugares para pasar las vacaciones.

—Quizá deberíamos llevarla a México y dejarla en un complejo turístico. Así podrá decidir si quiere volver o no.

Talia me lanza una mirada penetrante, insegura de si yo voy a aceptar el plan.

—No, yo tengo otra cosa en mente —señala.

La miro, pero no dice nada, arrancando con los dientes una rolliza fresa del tenedor. Suspiro y me resigno a no saber nada. ¿Acaso me consumiría en una playa de México, preguntándome si Andrei me echa de menos?

Sé realista, Paige. No puedes estar enamorada de él. Es un criminal sin corazón que te está utilizando.

Pero me temo que es demasiado tarde.

Yo ya estoy enamorada, respondo a la voz de mi cabeza.

De repente, suenan disparos. Valeri se pone en pie con la pistola ya desenfundada, corriendo hacia la puerta del pasillo. Talia también se levanta de un salto, pero en lugar de seguir a Valeri, aplaude con alegría, como si hubiera ganado un premio.

—¡Ya está aquí! —exclama—. Tu marido ha venido a rescatarte.

Me levanto, dispuesta a huir, pero Talia me toma del brazo en un férreo agarre. Lucho por soltarme, pero yo estoy débil por el encierro y la locura le da fuerzas a ella. Tengo miedo de caerme y no quiero arriesgarme a hacerle daño a mi bebé.

—Yo ya *sabía* que mentías —me sisea con maldad en la cara—. Cualquier mujer cuerda querría a Andrei. Eres débil, pero no estás loca.

—Las locas también deben quererlo —le digo.

Talia me fulmina con la mirada y me empuja al suelo.

—¿Sabes lo que él ha hecho por ti? Acaba de violar una regla sagrada de las Bratva de la Costa Este. Poconos es territorio neutral, donde las armas están prohibidas.

Una repetición de disparos la interrumpe, y Talia se queda mirando la puerta que da al exterior. No sabe si ir a mirar o vigilarme. Contengo la respiración, esperando que salga corriendo al pasillo, pero vuelve a centrarse en mí.

—Andrei está destrozando la reputación de la Bratva Barinov, todo por ti, una débil chica don nadie de corazón blando, para recuperar el dinero robado.

Las palabras me golpean y jadeo con fuerza, incapaz de levantarme y huir de ella, aunque pudiera. Satisfecha por haber sembrado la duda en mi corazón, ella se escabulle. Espero a que vuelva y noto que no lo hará. En lugar de correr hacia los disparos, corro hacia el balcón. Los Rover son visibles desde la entrada, y puedo ver a algunos de los hombres de Andrei. Rápidamente, bajo por el balcón, que está a pocos metros del suelo, y caigo sobre la hierba.

Automáticamente, suelto un grito al rodar por una pendiente y miro rápidamente hacia arriba para ver si alguien me ha visto. Miro directamente a Andrei, que está encima de mí, en el balcón. Con habilidad, salta por encima de la barandilla y corre hacia mí por la corta pendiente. Le cojo de la mano y me estrecha en sus brazos.

Sosteniéndome contra su pecho, Andrei corre hacia los Rover mientras sus hombres cubren nuestra huida.

Dentro del todoterreno, me aferro a él como una débil y blanda tonta que no tiene fuerzas para abandonarle. Y por fin, me siento lo bastante segura para llorar.

EN SEGUNDOS, estamos en el primer Rover y conduciendo hacia casa.

Su dedo me acaricia la mejilla y yo me aparto de su contacto para secarme las lágrimas.

—Te he buscado por todas partes —me susurra—. Si Talia te ha hecho daño, la haré pedazos.

—Ella no me hizo daño —replico con rigidez—. Viste dónde estábamos. No me hizo daño.

—Pero si lo hizo…

—Ya para —siseo—. Ya he tenido suficientes muertes.

Andrei frunce el ceño mientras me mira. Probablemente se está preguntando qué ha dicho mal. Cualquier otra mujer estaría en sus brazos, dándole las gracias y diciéndole que nunca la deje ir. ¿Acaso no era lo que yo quería todo el tiempo que Talia me retuvo? ¿No quería yo también estar en sus brazos? Así era hasta que ella me habló del dinero.

¿Soy sólo una parte de su plan y nada más? Coloco mi mano en mi vientre, pero la aparto cuando él observa lo qué hago.

—Ha sido demasiado fácil —dice, y su voz se extiende hacia delante, hablando con Dmitri—. Disparamos a dos hombres, eran malos tiradores. Las habitaciones ni siquiera estaban cerradas.

—Es territorio neutral, Andrei Vasilyevich —contesta Dmitri, y sus palabras cuelgan en el silencio mientras entramos en la autopista hacia casa—. No se supone que estuviera vigilado.

Limpio mis lágrimas. Han muerto dos hombres y, por un momento, me pregunto si uno de ellos era Valeri. No debería importarme. Debería alegrarme que esté muerto. Talia no sólo es enemiga de Andrei; sino también mía. Pero si me importa. Me importa que alguien haya perdido una vida por mi culpa. Jadeo y me esfuerzo por contener las lágrimas, pero no puedo. La miseria y la culpa me abruman y me cuesta respirar.

—Paige, ya estás a salvo —me dice Andrei y desliza su mano entre las mías—. Estás conmigo y yo te protegeré.

Retiro mi mano de su agarre. Sus ojos se entrecierran hacia mí, como si le hubiera pegado.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—No puedo creer que tengas el valor de preguntar eso —mi respuesta suena desagradecida y me avergüenzo de parecer una malcriada ante un hombre que me ha salvado la vida.

Debería ir al grano y preguntarle a Andrei por el dinero. Contarle lo que dijo Talia. Ponerlo en un aprieto. Pero tengo miedo de sus respuestas. Tengo miedo de odiarlo si confirmo mis sospechas.

Pero sé que al final nada cambiará.

Andrei se remueve en su asiento y mira fijamente hacia delante, negándose a reconocer que estoy ahí. Debería estar furioso. Arriesgó mucho para salvarme, pero no le he mostrado ninguna gratitud. La creciente discusión disminuye y el resto del viaje transcurre en amargo silencio.

No puedo evitar pensar en lo que Talia me dijo.

Pienso en lo que dijo mi padre en el hospital.

¿Seguirá vivo mi padre? ¿Lo estará Talia? Alguien me dará respuestas... de un modo u otro.

PAIGE

NO SE DICE NADA MÁS, Y PRONTO EL ROVER SE DETIENE FRENTE A LA ENTRADA DE LA MANSIÓN. Andrei salta antes que yo y se aleja del Rover.

Dmitri me mira por el retrovisor.

—Ha hecho mucho por ti —dice—. Pero es difícil llegar a él. Quizá apreciarías lo que ha sacrificado si pudieras hacer que hablara contigo.

—No es asunto tuyo —replico—. Ya me han dado suficientes consejos.

—Es mi Pakhan, así que sí es asunto mío —responde tajante—. Compórtate durante los próximos días, Paige Geraldovna, por favor. Por el bien de todos.

Dmitri no espera respuesta, y yo no tengo ninguna. Sale también del coche y se dirige hacia la casa. Todos los días debe desear haberse detenido cuando Andrei me tomó por primera vez y me dejó tirada en la acera en vez de traerme aquí.

Permanezco sentada en el Rover y las emociones me dominan. Yo no pedí esto. Si él me hubiera dejado en paz, ninguno de los dos estaríamos en este lío. Ni siquiera sé cómo hacer que Andrei confíe en mí.

Inspiro profundamente y finalmente salgo. Las puertas a mi espalda se abren, pero estoy demasiado cansada para correr. Estoy cansada de correr por mi vida y echo de menos mi hogar. Mi verdadero hogar. Una enfermera sale de la mansión, la veo entrar en su coche y atravesar las puertas abiertas. ¿Qué hace ella aquí?

La puerta principal se abre y Eva sale y me abraza. El calor de su abrazo me transforma. Sonya nos sigue de cerca con una sonrisa luminosa. Se gira y también me abraza fuerte.

—Paige, me alegro mucho de que estés a salvo —me dice—. Me preocupé cuando me enteré.

—Claro que está a salvo —grazna Eva—. Tu hermano no se detendría ante nada para recuperar a su mujer.

La calidez de su saludo me desconcierta. Saber que alguien me echaba de menos y que no se preocupaba que no estuviera cerca para servir a su gran objetivo.

—Me alegro de veros a los dos —les digo. Las lágrimas que contenían salen en un descuidado y feo llanto. Me importa una mierda. Que me vean llorar. No soy débil. He sido fuerte, y aún lo

soy. He visto el infierno, y puedo manejarlo. Siempre lo hago.

Eva me abraza hasta que me separo y me limpio la cara, respirando lentamente. Solo entonces me doy cuenta de que otra enfermera entra en la mansión y se dirige al piso de arriba. No tiene sentido. Los otros hombres llegaron después que nosotros y no se llevaron a nadie. Andrei dijo que no habían perdido a ningún hombre, así que ¿para qué necesitan una enfermera?

Salgo de mi asombro. Me siento lúcida, como si hubiera dormido ocho horas.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué hay enfermeras aquí?

Eva mira a Andrei, que está parado en la puerta de su despacho. Su fría mirada me hace prepararme para lo peor.

—Tu hermana está aquí, junto con tu padre. Él está recibiendo tratamiento —señala él.

No esperaba oír esto. Al principio, estoy encantada, pero luego la verdad me golpea como si mi mundo se derrumbara. *Mi familia no vino aquí por elección propia*.

Andrei tiene a mi familia. Claramente, hay algo más en sus planes. Todavía me necesita. Pero, ¿por qué?

—Quiero verlos.

—Tal vez deberías descansar primero, querida —dice Eva, pero sacudo su mano de mi hombro.

—¡Es mi familia! —espeto.

Me dirijo hacia las escaleras, sorprendiéndome a mí misma con los rápidos movimientos después de mi terrible experiencia. Me dirijo a la habitación donde me tuvieron cuando me trajeron aquí. Un chico alto como una judía está de pie frente a la puerta. El pelo negro le cuelga sobre los ojos mientras me observa. Le ignoro y me dirijo a la puerta.

—*Nyet* —me dice, impidiéndome el paso.

Sucede tan rápido que no me doy cuenta de que lo he hecho. Sin pensarlo, levanto la mano y le doy una bofetada en la cara al joven guardia. Parpadea sorprendido, pero no herido. Doy un tímido paso atrás y recuerdo cuál es mi lugar. *Sigo siendo la esposa de su Pakhan.*

—Hazte a un lado —le ordeno—. ¡Ahora!

Su mirada pasa sobre mí y no necesito volverme para saber que Andrei está allí. El chico abre la puerta y se aparta de mi camino.

Me detengo y le dirijo la mirada más dura que puedo reunir.

—Mantén la puerta abierta.

Tiemblo de miedo y de poder después de llevar a cabo esa escena. Emma está tumbada boca abajo en la cama. Levanta la vista con los ojos rojos e hinchados y se me echa a los brazos de un salto. Le abrazo fuerte, y esto realmente se siente como volver a casa.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Me mira atónita.

—¿Yo? ¿Y qué tal tú?

Riendo, nos desplomamos en la cama.

—Papá está recibiendo tratamiento —me dice.

—He visto a la enfermera —respondo.

—Hablé con ella una vez. Papá está cómodo, pero eso es todo lo que podemos esperar.

—Espera, ¿no has hablado con él?

—Tú esposo no me deja —dice, haciendo una mueca.

La ira burbujea en mí.

—No tiene derecho a hacer eso.

—Quizá tú tengas más posibilidades de convencerle que yo —dice Emma—. Seguro a ti te escucha.

—Eso no lo sé —suspiro—. Sigo enfadada con Andrei por haberte traído aquí.

—¿No te rescató? —pregunta—. Entiendo que es un dominante gilipollas, pero si papá no estuviera aquí recibiendo tratamiento, ya estaría muerto. No me gusta que me obliguen a estar aquí, pero no es tan horrible como podría ser para nosotros.

Mi rabia se desvanece, aunque quiero aferrarme a ella. Me da la fuerza que necesito para enfrentarme a Andrei. Para preguntarle por las cosas que dijo Talia. Miro hacia la puerta y Andrei está ahí de pie, mirándonos desde el umbral abierto. Mi ira cobra una segunda vida.

Me levanto y voy hacia él.

—Tenemos que hablar.

Me lleva al final del pasillo, a una puerta sin vigilante. Pero antes de que pueda abrirla, le cojo la mano.

—¿Por qué trajiste a mi familia aquí? —le pregunto.

—Para protegerlos —responde.

—¿De Talia?

No responde mientras abre la puerta. La habitación está oscura y vacía, salvo por un viejo juego de dormitorio al que hay que quitar el polvo. Yo le sigo y él cierra la puerta.

—¿Ha pasado algo más? —le pregunto—. ¿Cuánto peligro corren ellos?

—Ninguno por mi parte, Paige —responde, abriendo la puerta de un armario—. Tu familia son mis huéspedes.

PAIGE

ANDREI ENTRA EN EL ARMARIO, SE GIRA Y ME MIRA. EL CORAZÓN ME LATE CON FUERZA, PERO LA curiosidad me lleva a seguirle. Empuja el fondo del armario y se abre un panel. Mi rabia se convierte en asombro cuando subo los escalones detrás de él, apresurándome a mantenerme cerca en la oscuridad. Se detiene en un rellano, que parece un callejón sin salida, y presiona la pared con firmeza. Se oye un clic, se abre y entramos en sus habitaciones privadas del piso superior.

—No sabía que esto estaba aquí —digo, estudiando la puerta abierta y anotando mentalmente las juntas.

—Deberías saberlo —dice—. Eres mi esposa.

La ira vuelve en un instante.

—¿Desde cuándo? —le pregunto—. ¿Cuál es tu plan? Nunca me lo has contado. Mi vida se ha convertido en una montaña rusa de terror. Y no tengo ni idea de por qué.

—Paige, te estoy protegiendo a ti y, ahora, a tu familia. ¿Acaso no he mirado por ti?

—¡No tendrías que hacerlo si no me hubieras traído aquí en primer lugar!

Andrei se pasa la mano por la cara. Y es entonces cuando noto sus ojeras. El aspecto demacrado de no haber dormido lo suficiente, la barba oscura en la barbilla y algo que nunca había notado antes: la preocupación en sus ojos.

No. No puedo echarme atrás. Andrei tiene que hablar conmigo.

—¿Recuerdas cuando fui a buscarte? —me pregunta—. Los hombres de Igor estaban esperando fuera. No por mí, sino por ti. En la boda donde nos conocimos, uno de los sicarios intentó matarte —sus ojos se desvían un momento—. Quiero saber por qué.

Mentiroso.

—Entonces, ¿por qué traer a mi padre aquí? ¿A mi hermana?

—Porque está claro que todos están en peligro —responde—. La muerte de tu madre es prueba de ello. Tu familia está a salvo por ahora. ¿Pero qué hay de ti? ¿Qué te hizo Talia?

—Talia me hirió. No tanto físicamente, pero sí de otras maneras. Me encerró en una jaula y me

hizo ver cómo torturaba gente. Algunos vivieron, y otros no. Ella hizo un espectáculo de todo. Una mujer suplicó por mi ayuda, y yo no pude hacer otra cosa que mirar.

Sigo pensando en la mujer que se parecía a mí, con la ropa desgarrada encima mientras la abofeteaban y le decían toda clase de cosas terribles. Empiezo a temblar cuando el calvario por fin me supera. Como en la horrible boda, finjo que le ocurre a otra persona. Alguien que se lo merece. Nada de esto me concierne.

Un día me despertaré en mi antigua vida y Andrei me olvidará.

Sus manos me agarran por los hombros y Andrei me hace girar. Tiene los ojos muy abiertos y desorbitados, y su desesperada mirada me asusta.

—Sus guardias… ¿te han tocado?

Niego con la cabeza. La oscuridad de sus ojos me asusta.

—No. Pero me obligaron a mirar. Talia dijo que ella lo detuvo antes de que fueran demasiado lejos. Pero no le creí.

Él retira sus manos de mis hombros y mira al suelo.

—No, ella es muchas cosas, pero Talia no miente. Mantiene su palabra. Le agradezco que te haya tratado decentemente.

—¿*Decentemente*? —chilla mi voz rudamente mientras sus ojos se levantan hacia los míos—. ¿Decentemente? La loca de tu ex me mantuvo enjaulada mientras torturaba a la gente frente a mis ojos. ¿Llamas a eso decencia?

—Podría haber sido mucho peor, Paige —me dice—. Podría haberte hecho lo que ella quisiera —pone su dedo frente a mi cara—. No debes salir de aquí sin tu guardia o tu teléfono. Debes decirme adónde vas para que esto no vuelva a suceder. ¿Lo entiendes? —me acerca a él y me abraza con fuerza—. No puedo permitirme perderte. No otra vez.

—Curiosa elección de palabras —susurro en su abrazo—. Apuesto a que no puedes.

Me quito a Andrei de encima. Quiero tumbarme y taparme con las sábanas hasta que esto acabe, pero no puedo. Esperan que yo sea débil. Esperan que yo sea blanda.

—No soy débil —digo con una voz tranquila que enmascara mi miedo—, y lo demostraré.

Andrei luce serio, esperando a oír lo que tengo que decir. Nunca antes había estado tan atento a mis deseos.

—Quiero encontrar a la persona que mató a mi madre —añado.

—Paige, me ocuparé de ello a su debido tiempo.

—No —sacudo mi cabeza—. Si no lo hago, todos las demás Bratva pensarán que pueden meterse con mi familia para llegar a mí. Puede que mi padre y mi hermana estén aquí ahora, pero ¿qué impedirá que tus enemigos vuelvan a intentarlo con más fuerza? Todos ellos tienen que saber que soy fuerte. Puede que no sea violenta, pero soy fuerte.

Andrei se acerca.

—Paige, tú no eres una mujer Bratva.

—¿No lo soy? —espeto—. ¿Cómo no voy a serlo si estoy casada con un Pakhan?

Hace una pausa, sabiendo que tengo razón.

—¿Quieres algo más? —pregunta finalmente.

—Quiero hablar con mi padre.

—Está recibiendo tratamiento y a veces delira. No es un buen momento.

Sé lo poco receptivo que puede ser mi padre mientras recibe tratamientos y decido no insistir. Me siento cansada e inútil. Mi plan es discutir con Andrei y confrontarlo por las cosas que dijo Talia. Tal como dijo Andrei: Talia es muchas cosas, pero no miente.

Mi mente repasa todo lo que me dijo, haciendo una lista de cada cruel comentario. Ella dijo que Andrei me quería por el dinero de mi padre, y mi padre confirmó que robó antes de que ella me llevara. ¿Pero cómo puede saber *Talia* lo del dinero si *yo misma* no lo sabía?

¿Quién más puede saberlo?

Me sobresalto cuando Andrei coloca sus manos en mi cintura y tira de mí para acercarme. Me hundo en él, recordando cuánto lo deseaba cuando estaba sola en aquella celda, alejada de él. Mi rabia empieza a desaparecer. Mi cuerpo se desliza entre sus brazos y él me rodea con los suyos. Su aliento me roza la oreja, seguido de un beso. Intento soltarme, pero esta vez no me deja.

—Dormirás conmigo en el apartamento privado —me dice.

—Pensé que podría dormir en la misma habitación que Emma esta noche —le digo.

—La mujer de un Pakhan duerme con él a menos que él decida lo contrario —dice. Su voz retumba en mi oído, caliente e insistente.

—Te odio —susurro mientras sus dientes rozan mi cuello, dejando una marca.

—Pero luego no lo harás —responde—. Ven a la cama, Paige.

No me manipulará con sexo y diamantes. Me suelto y, en lugar de ir a la cama, salgo corriendo por la puerta.

PAIGE

MÁS TARDE, ESA MISMA NOCHE, HAGO LO QUE ANDREI ESPERA DE UNA ESPOSA Y VUELVO A SU apartamento privado. Mi corazón lucha con mi cabeza mientras duermo en la misma cama que mi Pakhan. Por un lado, quiero odiarlo por lo que ha hecho, por controlar mi vida, y ahora a mi familia, y convertirla en un desastre.

Pero, por otro lado, Papá ha vuelto al tratamiento y Emma, a pesar de estar cautiva, está mimada por Eva y Sonya. Su habitación está repleta de ropa y aparatos electrónicos mientras ella se tumba en la cama usando su nuevo portátil. A pesar de mi dolor, no puedo evitar sentirme agradecida por todo lo que Andrei ha hecho por mi familia mientras me recuesto en su cuerpo.

Al final, cierro los ojos, ansiando su calor a mi lado. Sus brazos me rodean, su aliento me roza el cuello y su fuerza irradia contra mi cuerpo. Un escalofrío me sacude por dentro y él me abraza con más fuerza. Coloco la mano sobre mi vientre, acunándolo suavemente en la palma de mi mano.

Mi mente imagina lo que podría haber entre nosotros si nuestra vida fuera normal. Deseo que esta calma dure hasta la mañana.

Al día siguiente, Andrei se ha ido antes del desayuno, así que almuerzo con Emma en la terraza. Tal vez sea por la presencia de Emma, pero el personal me muestra un respeto que antes de su llegada me profesaban a regañadientes. Siempre fueron educados porque tenían que serlo, pero ahora mi estatus parece seguro. Intento no preocuparme y disfrutar de una brisa fresca en un caluroso día de agosto.

—¿Has terminado el semestre? —le pregunto secamente.

—¿Quieres decir antes de que me trajeran a la fuerza? —pregunta—. Paige, me encerraron en un dormitorio, pero obtuve mis notas finales.

Frunzo el ceño ante su sarcasmo, pero era una pregunta estúpida.

—¿Cómo te trajeron aquí?

—No me apetecía volver andando a casa desde el colegio —explica—. Así que llamé a un Uber. Y Viktor me recogió y me trajo aquí.

—Ese es un truco fiable.

—Así es —Emma me mira fijamente, observando algo a mis espaldas. Casi me da miedo mirar, y para cuando me doy la vuelta, sea lo que sea ya no está.

—¿Qué estabas mirando? —le pregunto.

La mirada de Emma está a kilómetros de distancia.

—Eva acaba de colarse en el laberinto —susurra.

—Oh —me río—, le gusta pasear por los jardines. Seguro así se mantiene tan delgada.

—No, Paige, no entra ahí por eso —Emma mira hacia el garaje, y yo también, pero Natasha y sus cigarrillos no aparecen por ninguna parte.

Parece que estamos solas, pero siempre hay alguien vigilando.

Emma se inclina sobre la mesa y baja la voz.

—Un día intenté huir y llegué hasta el laberinto. Supuse que detrás había un bosque. Bueno, Eva estaba allí con un viejo. Un hombre con tatuajes.

—¿Era alguien de la casa? —pregunto.

Emma niega con la cabeza.

—No, no lo había visto ni antes ni después. Pero eso no es lo peor; hablaban de alguien que sonaba como papá. Solo oía palabras sueltas. Dijeron cáncer, bajo cuidados, dinero y armas.

Ella mira de nuevo por encima del hombro antes de continuar.

—Y entonces el hombre la *besó*. Y no me refiero a la mejilla. La besó de verdad. Como si ella lo fuera todo para él: el sol, la luna, las estrellas y todos los planetas del cielo. ¿Sabes algo de eso?

—No sé quién podría ser —susurro—. Sólo sé que Sonya, la hermana, no comparte el mismo padre que Andrei. Pero eso es todo.

—¿Por eso se esconden? —pregunta.

—El padre de Andrei está muerto. ¿Por qué iban a esconderse?

—Shh —Emma baja la cabeza y picotea su ensalada. Mi cuerpo se tensa, pero no me giro para mirar. Por el rabillo del ojo, veo a Eva ir hacia el garaje, rodeando la casa hasta perderse de vista.

Emma y yo nos quedamos sentadas en silencio y esperamos a que sea seguro.

—No le cuentes a nadie más lo que has visto —digo con severidad—. Especialmente a Andrei.

—¿Crees que estoy loca? —Emma parece ofendida de que haya dicho lo que dije—. Tu marido es guapo, pero tiene esa mirada malvada en los ojos. No le voy a decir una mierda.

—Emma, no sé cómo, pero te sacaré de aquí. Lo haré.

Me mira como si preocuparse por su seguridad fuera un insulto.

—Yo no iré a ninguna parte, Paige. Me quedo aquí con papá. Necesito estar aquí para cuidarlo.

—No depende de ti proteger a Papá.

—No tienes por qué decirme lo que tengo que hacer —continúa acalorada—. Además, ¿dónde voy a ir que sea seguro? ¿Con el primo Kenney? Prefiero meterme la cabeza en el culo que pasar tiempo con él. ¿Sabes que limpiaron un cadáver del suelo de nuestra cocina? Tienes el descaro de decirme lo que puedo y no puedo hacer después de meternos en este lío.

—Yo no soy la razón por la que estamos en este lío —respondo—. Yo soy la razón por la que seguimos vivos. Algo ha estado pasando durante años, y yo averiguaré lo que es. Pero mientras tanto, puedo proteger a Papá mejor que tú porque soy la mujer de Andrei.

—¿Acaso no te secuestró él? —se burla ella ante mis ojos muy abiertos—. Los guardias a veces hablan en inglés. Oh, espera, te secuestraron *dos veces*. ¿Ese es el tipo de protección que viene como esposa de Andrei?

—Cuidado con lo que dices, Emma, y ajusta el tono. No toleraré tus tonterías mientras estemos aquí. Puede que creas que es bonito ser brusca, pero tu descaro puede hace daño. Aprende rápido antes de que tenga que enseñarte.

Sus ojos me miran asombrados, con una pizca de miedo. Mis manos se cierran en puños y tengo que respirar hondo para que mi cuerpo no tiemble. No he sido yo misma. Al instante, quiero disculparme y estrecharla entre mis brazos, pero esto no es un juego. Esta es nuestra nueva realidad, una realidad peligrosa. No soy la única que tiene que cambiar.

—Nunca me habías hablado así —cierra lentamente su boca y mira hacia otro lado—. Nunca.

Emma parece bastante pequeña mientras sus hombros se hunden, sin saber a dónde mirar. Deja suavemente el tenedor y se levanta de la mesa.

Yo me levanto también, alargo la mano hacia ella, pero ella me esquiva.

—Emma, lo siento, pero tenemos que tener cuidado.

Ella ya no me mira. Levanta su mano como para detener mis palabras y sube a toda prisa los escalones de la terraza hacia la casa. Viktor aparece en la puerta francesa y Emma parece sobresaltarse. Ella se detiene, retrocede un paso y vacila cuando él abre la puerta. Ella le mira a los ojos y, pacientemente, él hace una reverencia y abre más la puerta. Emma sonríe ligeramente y ambos desaparecen dentro de la casa.

Me siento a la mesa, pero se me ha quitado el apetito por completo. ¿Debo culpar a mis hormonas? ¿O a mi reciente trauma? ¿O a que papá está enfermo?

No, mi marido me está convirtiendo en una perra. Estoy perdiendo los estribos porque el hombre que controla mi vida no me dice nada. No sólo eso, sino que tiene mi vida en sus manos y no hay nada que pueda hacer al respecto.

No me sorprende que Emma sea cautelosa con Andrei. Siempre ha tenido mejor gusto para los hombres que yo. No es de las que se dejan llevar por las apariencias y los flashes. Ella exige sustancia y ser atesorada.

Y está en una mejor posición para ver a papá. Nadie sospecharía de ella.

Vuelvo a la casa y le pido a la criada que recoja la mesa. Abruptamente, sin sonrisas tímidas cargadas de ‘por favor’. Yo señalo y ella va a hacerlo.

Si no puedo tener amor, tendré respeto.

Subo al segundo piso. No veo a Viktor, pero él a veces está sentado dentro de la habitación de Emma. Me pregunto si será prudente, pero ella ya ha tenido suficientes retos míos por hoy. No hay más guardias en las puertas, pero la habitación de mi padre debe de estar en esta planta.

Compruebo cada puerta y encuentro habitaciones vacías hasta que llego a la puerta del final del pasillo. Dentro está mi padre. Y Andrei, sentado junto a la cama, leyendo su teléfono. Levanta la vista cuando me acerco.

Ha pasado una semana, pero papá ha cambiado. Pensé que con el tratamiento parecería más fuerte, pero luce muy frágil bajo las sábanas. Le cae baba por la comisura de los labios, cojo un pañuelo y se la limpio.

Siento a Andrei a mi lado y mi respiración se acelera. Me ha secuestrado, pero me sentiría desolada si me obligara a marcharme. Los ojos de mi padre se abren lentamente, pero cuando me ve junto a mi marido, vuelve a cerrarlos y aparta la cabeza.

Rápidamente, salgo de la habitación, sin saber adónde ir. Los pesados pasos de Andrei me siguen escaleras abajo. Entro en su despacho y dejo la puerta abierta. Se acerca a mí y me pone la mano en la mejilla, pero me aparto.

Me paro firme y erguida.

—Tienes que hacer algo por mí para volver a agradarme.

Él me sonríe y contesta:

—Por supuesto.

Sé lo que piensa: que quiero un vestido o una joya.

Pero mi mente está en las cosas terribles que vi en ese sótano. Y si lo que papá me dijo en el hospital, sobre el dinero y sobre mamá, es cierto, entonces hay algo más que Andrei puede darme.

Justicia, venganza y sangre.

—El asesino no fue el único que lastimó a mi madre —digo, recordando la última conversación que tuvimos en el hospital—. Otros en el pasado también lo hicieron. La violaron. Estoy segura de ello. Quiero que los encuentres.

Su mirada se vuelve pétrea mientras me mira fijamente a los ojos.

—Puedo hacerlo.

—Bien —cierro los ojos—. Creo que ellos nos pueden llevar hasta el asesino de mi madre. Pero quiero que los maten, uno por uno, hasta que encuentren al culpable final. Cada uno de ellos estará obligado a delatarlos para salvar su propio cuello.

ANDREI

ES UN PLAN SORPRENDENTEMENTE PERFECTO PARA ENCONTRAR A UN ASESINO. INCLUSO DMITRI está impresionado con la nueva crueldad de Paige. Sumido en mis pensamientos, me siento en mi escritorio, jugueteando con un bolígrafo, haciéndolo girar en círculos sobre la lisa superficie mientras él desgrana posibles nombres, todos miembros de la Bratva Karamazov.

—Delatarán al asesino para salvar su pellejo —Dmitri asiente con la cabeza—. ¿Lo pensó ella sola?

—Sí —digo, concentrado en el bolígrafo, girando en círculos.

—Tengo que admitir que subestimé a tu mujer, pero…

—Pero ¿qué? —inquiero, levantando la vista.

—Tenemos otros asuntos que tratar, Andrei —dice, luego de cruzar las piernas y reclinarse.

Me meto el bolígrafo en el bolsillo.

—Como ¿las consecuencias en Poconos?

—Sí. Talia estaba tan sana y a salvo como se podía esperar. Sólo dos de sus hombres fueron asesinados. Las otras Bratva creen que estaba justificado ya que Talia llevó a tu esposa contra su voluntad a territorio neutral. Dejé claro que Talia no había contactado contigo para hacer un intercambio o pagar un rescate. Ella te forzó a hacerlo.

—Bien —mi mente sigue negándose a pensar en lo que Paige debe haber pasado. No puedo permitirme conjurar oscuros pensamientos, o haré algo imprudente, tonto y, posiblemente, mortal.

—Sólo funcionó debido a tu historia pasada con ella —continúa Dmitri—. Si hubiera sido cualquier otra persona, habría un precio por tu cabeza. Cometiste un *pecado,* Andrei Vasilyevich.

Levanto el tono e intento sonar optimista.

—Entonces contemos nuestras pocas bendiciones y sigamos adelante. Vengar a la madre de Paige nos da una excusa para ir a por los hombres de Igor Karamazov. Matar dos pájaros de un tiro. Lanza un golpe ahora. Empieza por abajo y luego ve ascendiendo.

Dmitri abre la boca para decir algo y yo le clavo una mirada aguda. Hoy no estoy de humor para

sus bromas.

Las otras Bratva han simpatizado conmigo desde que se enteraron de las circunstancias. Pero los hechos se han alterado ligeramente para que parezca que Paige fue engañada para irse con Talia. No quiero que ella sea de nuevo un objetivo. No quiero que la Bratva Karamazov sepa que mi esposa fue fácil de arrebatar de las calles.

—Andrei Vasilyevich, vengar a tu esposa es importante, pero hay otros objetivos que son igualmente importantes.

—¿Esa es tu forma diplomática de decir que estoy tomando la decisión equivocada?

—¿Su padre ha revelado algo más? —pregunta Dmitri—. Sobre el dinero.

Me levanto y voy al bar, sirviendo un whisky para mí y otro para Dmitri.

—No, no lo ha hecho.

—¿Ni siquiera a sus hijas?

—Ninguna de las dos ha hablado con él desde que lo trajimos aquí —respondo—. Y ella no parece saber nada del dinero. Sigue centrada en el asesino de su madre, y ahora habla de los violadores de su madre de los que nunca antes se había hablado —suspiro—. ¿Crees que tienes otra forma de sacarle información a Gerald?

—Que Viktor cuele a la hija menor en la habitación de Gerald. Y que luego escuche en la puerta.

Asiento, incómodo por el engaño, pero el hombre está enfermo y no tiene mucho tiempo. Tal vez le *dijo algo* a Paige en el hospital. Pero se niega a hablar conmigo o con mis hombres. Tal vez esta idea de Dmitri podría funcionar.

Mi mente se vuelve hacia el nuevo deseo de Paige de ir tras los violadores de su madre. *¿De dónde habrá salido esa información?* Ella nunca me había dicho nada al respecto.

Algo más debió ocurrir mientras Talia la retuvo. El rescate fue demasiado fácil. Y fuera lo que fuera lo que Talia tenía en mente, yo seguí el plan como si ella me hubiera dado órdenes.

—¿Andrei Vasilyevich? —me llama Dmitri, quitando la bebida de mi mano—. Era el plan original. No importa cómo te sientas ahora, ellos están aquí por una razón. Y si logras lo que te has propuesto, debilitarás a los demás. Nadie podrá cuestionar tu dominio.

—Me cuestionan ahora —respondo, tomando de nuevo el vaso y vaciando el contenido—. Incluso mis propios hombres.

—Ellos no entienden tu apego a tu esposa.

—Cuando dices ellos, ¿te incluyes tú?

Dmitri no contesta y le salva un rápido golpe en la puerta. Él la abre, y Paige se encuentra en el umbral vestida con un vestido de punto azul que complementa los diamantes de su muñeca y cuello. Ella levanta la barbilla y entra, y Dmitri asiente en señal de respeto. Pero ella no lo saluda, solo se acerca a la barra y se coloca a mi lado.

Luce como la esposa de un Pakhan, una mujer que guarda sus secretos en secreto, y eso me da

escalofríos. *¿Qué le hizo Talia a mi mujer?*

Dmitri me lanza una mirada de despedida y cierra la puerta.

—¿Qué puedo hacer por la hermosa mujer que está a mi lado? —pregunto en mi tono más encantador.

Ella sonríe con fuerza.

—¿Ya has hecho lo que te pedí?

—Ya Dmitri está trabajando en ello —respondo con seriedad—. Cumplirá mis órdenes.

Paige coloca una mano en mi hombro. No ha sido cariñosa desde su regreso, excepto en la cama, cuando su verdadera naturaleza se impone. Cuando está demasiado cansada para ocultar lo que realmente quiere de mí.

—¿Cómo sabré que él lo ha hecho? —pregunta dulcemente.

—Porque él me lo dirá —la tensión entre nosotros crece y un asfixiante pavor me cierra la garganta. Sólo me he sentido así con otra persona.

—No me expliqué bien —dice—. Quiero pruebas. Quiero verlo por mí misma.

Las palabras me golpean. Ya las había oído antes. Era la forma que tenía mi padre de asegurarse de que un trabajo estaba hecho y bien hecho. Pero nunca pensé que Paige me pediría esto.

La miro fijamente a los ojos, esperando que sea un farol.

—No quieres eso, Paige.

—No puedes decirme lo que quiero y lo que no quiero —rebate. Su boca tiembla mientras se aleja de mí—. Mi madre no se merecía lo que le pasó. Quiero que esta gente sepa que no pueden tocar a mi familia. Que habrá consecuencias.

Me acerco más, pegándome a su cuerpo, obligándola a mirarme.

—Paige, no tienes que llegar tan lejos. Yo me ocuparé de ello.

Ella sacude su cabeza, dejando caer lágrimas por sus mejillas.

—Yo pensaba que mi madre era una puta. Que traía hombres a casa, sin importarle que mi padre estuviera allí y usar su dormitorio. Emma era demasiado joven para entenderlo, y yo la mantenía escondida en nuestra habitación. Pero aun así yo podía oírlos. Mi padre también podía oírlos. Yo le veía sentado en la cocina con una botella, bebiendo y sin hacer nada. Durante diez años creí que ella gritaba de placer, pero ahora sé la verdad.

Abrazo a Paige mientras se derrumba. Su cara se entierra contra mi pecho, sus manos se agarran a mis solapas mientras llora. La invaden fuertes sollozos y sé que lleva días aguantando este dolor. Quizá más. Me avergüenzo. Nunca quise ver a Paige así, y soy yo quien lo ha provocado.

—Ahora quiero justicia para ella —tiembla en mis brazos—. Esa justicia que sólo *tú* puedes dar.

El sonido de su lloriqueo se ralentiza hasta convertirse en respiraciones entrecortadas, pero sigue

abrazándome tan fuerte como yo a ella. Luego, lentamente me mira a la cara y no oculto lo preocupado que estoy. Le dejo que vea cómo me siento realmente. Mi expresión triste queda desenmascarada. Paige separa sus labios y acerca su cara a la mía. Le beso con suavidad y entusiasmo. Mi lengua separa sus labios y su boca está dispuesta. Tiro con fuerza de su cuerpo contra el mío, y esa electricidad que creía desaparecida vuelve a recorrernos.

—¿Qué te he hecho? —susurro en su pelo.

—Nada —responde contra mi pecho—. Solo me has mostrado la horrible verdad de este mundo. Eso es todo.

Paige se zafa de mí y va hacia la ventana. Se queda ahí con la mirada perdida mientras calma su respiración. Me acerco a ella y vuelvo a estrecharla entre mis brazos.

—Lo haré —vuelvo a susurrarle—. Tendrás tus pruebas, Paige.

LOS HOMBRES de Dmitri no tardan en encontrar al primer hombre de la lista negra de Paige.

Nadie se lo espera, así que nadie se está escondiendo. Después de unos tragos en un bar, el tonto se jacta ante mis espías de los viejos tiempos. Se jacta de Cynthia Reyes y de cuántas veces la poseyó. Se jacta de las veces que hizo mirar al pelele de su marido mientras se la follaba en su lecho conyugal.

En el callejón trasero del mismo bar, Seryozha, deseoso de volver a agradarme tras su insolencia en mi boda, le pega un tiro en la cabeza.

Yo espero en el garaje a que vuelva Dmitri. Desde fuera, el garaje luce pintoresco. Una casa de campo con carruajes situada sobre una marea de hierba inmaculada. Una estructura gris con adornos pintados de blanco y puertas dobles que recuerdan a las de un granero. Pero no alberga coches, herramientas ni equipos de jardinería. En el interior, el contenido es bastante lúgubre dentro de las paredes insonorizadas.

Natasha se queda fuera vigilando, fumando en cadena sus finos cigarrillos mientras Dmitri vuelve con una caja. Paige está sentada en la mesa de madera lisa donde normalmente interrogamos a nuestros cautivos. Una única bombilla cuelga de un cable sobre su cabeza. Se frota las manos con nerviosismo y su pie rebota rápidamente contra el cemento. Parece un conejo asustado esperando a que un zorro le agarre el cuello. Me alegro. Espero que solo tengamos que hacer esto una vez.

Dmitri me tiende la caja de cartón, pero niego con la cabeza y hago un gesto hacia la mesa. La única señal de sorpresa es una ceja levantada en su rostro lleno de cicatrices. Entonces él coloca la caja de zapatos frente a Paige y da un paso atrás. Espera, como yo, a que ella quite la tapa.

A Paige le tiemblan visiblemente las manos al tocar la tapa. La levanta rápidamente, como una tirita pegada a la piel. Luego jadea cuando ve el dedo cortado, pero acerca la caja. Lo observa como si fuera una inusual baratija de una tierra antigua. Lo levanta con cautela y, con un rápido movimiento, lo sostiene entre sus dedos.

Lo levanta y estudia el anillo que permanece en el dedo. Y su disgusto es de repente reemplazado por una mirada de triunfo. Entonces ella hace algo inesperado: le quita el anillo al dedo y regresa este a la caja. Me sonríe, con una mirada que curva las comisuras de sus labios de forma salvaje. Luego desliza el anillo del muerto en su dedo índice.

—Gracias, querido mío —dice, me da un besito en la mejilla y sale por la puerta, dejándola abierta. Segundos después, oigo risas mientras ella y Natasha examinan el premio.

Se me hiela la sangre y vuelvo a cerrar la caja de un golpe. Dmitri está mirando al suelo. ¿Está tan conmocionado como yo? La Paige que secuestré aquel día nunca habría actuado así.

Alguien le *enseñó* a ser cruel.

Ahora hay un *salvajismo* en Paige, un salvajismo que solo he visto en otra mujer.

Talia.

PAIGE

NO PUEDO QUITARME ESA HORRIBLE IMAGEN DE LA CABEZA. ESE ASQUEROSO DEDO EN LA CAJA me perseguirá toda la noche. No puedo creer que lo agarrara, pero tenía que hacerlo. Tenía que demostrar que podía ser más de lo que todos esperaban. Ese horrible anillo está ahora en el cajón de mi cómoda. Me lo quité en cuanto me quedé sola, no quería tocarlo más de lo necesario.

Pero además de horror, también hay emoción, al saber que por fin tengo el poder de cuidar de mi familia.

Puedo ser fuerte.

Puedo ser despiadada.

Igual que Andrei.

Toda la noche pienso en ello. Apenas puedo dormir. No sé qué piensa Andrei, pero él permanece en su lado de la cama. *¿Acaso he ido demasiado lejos?*

Cuando salgo a la terraza para desayunar, Eva y Emma ya me están esperando. Observo cómo Eva se deshace en atenciones con Emma, le pregunta qué le gusta hacer y le sugiere que salgan esta tarde. Emma acepta encantada, diciendo que le encantaría pasar tiempo con Eva. Andrei frunce ligeramente el ceño ante la sugerencia de su madre, pero yo sonrío al ver lo dispuesta que está Emma a ganarse la aprobación de Eva.

—Paige, te ves hermosa en tu nuevo vestido —Eva es la única que sonríe cuando me acerco a la mesa.

Andrei me acerca la silla y yo me siento, cruzando las piernas. Me besa el pelo, apenas apretando sus labios contra mí. ¿Es esto? Ahora que soy lo que esperan, ¿me tratará como a una esposa y no como a una amante? Destierro esos pensamientos de mi cabeza y cojo el café.

—¿Cómo están todos hoy? —pregunto alegremente—. ¿Va a venir Sonya?

—Sí, vamos a llevar a Emma de compras —responde Eva, con una sonrisa que se debilita—. Oh, ¿te gustaría venir también?

Veo la expresión hosca de Emma. Aún no está dispuesta a perdonarme.

—No —respondo—. Tengo cosas que hacer aquí.

Se hace el silencio mientras mantienen la boca ocupada con la comida. Andrei me mira y le indica a la criada que llene mi plato vacío. Ella, obediente, lo llena de aguacate, huevos, tostadas y una tira de beicon. Entonces el olor me llega a la nariz y siento un espasmo en la garganta. *Mierda, aquí no*.

La silla cae al suelo mientras yo salto y corro lo más lejos que puedo, pero llega demasiado deprisa. Sólo consigo ir hasta un seto. Jadeo un par de veces y luego vomito, con cara de asco mientras me arrodillo en el suelo. Emma me alcanza primero, exigiendo saber si estoy bien. Luego Eva y Andrei. Las mujeres me atienden mientras Andrei, fríamente, me pasa una servilleta de tela para que me limpie la cara.

Luego se arrodilla a mi lado y su tacto vuelve a ser amable.

—No pasa nada, Paige. No pasa nada. Sé que ha sido duro.

Me sujeto el estómago, sin atreverme a mirarle mientras permanezco arrodillada en el suelo. Emma me ayuda a levantarme y me lleva de vuelta a la mesa. La criada se apresura hacia nosotras con una toallita húmeda mientras Natasha aparece, no sé de dónde. Parezco débil y tonta. *Puf*, la mujer del Pakhan ha desaparecido como por arte de magia y la vieja Paige ha regresado.

—¿Qué ha pasado? —exige Natasha—. Hay que chequear la comida.

—No es la comida, tonta. Es su embarazo —dice Eva, soltando una carcajada.

—¿Embarazo? —Natasha tuerce la boca— ¿Embarazo? ¿Quieres decir con un bebé?

Eva me abraza.

—Por supuesto que con un bebé. ¿Qué otra cosa podría ser? ¿Una jirafa?

Todos me miran fijamente, mostrando una variada gama de emociones en sus rostros.

—Felicidades, Paige Geraldovna —dice Natasha, recuperando la calma—. Y a ti, Andrei Vasilyevich. Que tu hijo te traiga muchas alegrías.

Natasha se apresura hacia la casa y Dmitri le abre la puerta. Veo cómo le da la noticia y su reacción resume lo que siempre ha pensado de mí. Pone los ojos en blanco.

—*Mamechka*, Emma, ¿nos disculpáis? —la voz de Andrei suena como un trueno sobre mi cabeza. Él coge una silla de la mesa y me sienta en ella.

Y la bola de asco se me hace un nudo apretado en el vientre. No me atrevo a mirarle.

—¿Es verdad, Paige? —me pregunta en voz baja—. ¿Estás embarazada?

Asiento con la cabeza y luego resoplo.

—No hace mucho que lo sé. Ni siquiera me he hecho un test. Yo no quería esto… no ahora.

—¿Cuándo ibas a decírmelo? —pregunta.

Mentir sólo aumentaría nuestros problemas.

—Cuando ya no pudiera ocultarlo.

Me levanta la barbilla con la mano y encuentro ternura en su mirada.

—Yo seré un buen padre.

No hay buenos padres. El tuyo y el mío son prueba suficiente.

Así que, sacudo mi cabeza y digo:

—¿Cómo? Todo lo que tú sabes es de la Bratva. No sabes nada sobre amar a un niño.

Mi control se drena al no decir *amar a nadie*. No quiero oír su respuesta. No quiero saber la verdad.

Se supone que este matrimonio es falso, pero ahora es demasiado real.

ENSEGUIDA me doy cuenta de que no tengo que comportarme como una mierda para ganarme el respeto, basta con que Andrei me haya dejado preñada. Me colocan almohadas blandas detrás de la espalda y me apoyan los pies en una otomana. La cocinera me prepara un té especial de jengibre para calmar mis nauseas. Los guardias que antes me miraban con el ceño fruncido, sembrando el terror en mi corazón, ahora me atienden con pies y manos.

Nada de lo que quiero me es negado, excepto mi libertad. Mientras el bebé de Andrei esté en mi vientre, estaré unida a él para siempre. La idea me aterroriza, pero también me ofrece un poco de seguridad. Cualquiera que fuera su plan original para mí, está olvidado. Ahora, voy a ser la madre de su hijo.

Sonya entra en el salón de baile donde una vez me probé mi vestido de novia y, a pesar de todo lo que ha pasado, es mi lugar favorito de la casa. Corre hacia mí y me abraza como un oso mientras un guardia coloca varias bolsas de compras sobre la mesa.

—Andrei ha abierto una cuenta en *Baby Haven* —dice, sin aliento, mientras saca ropa de bebé de una bolsa—. He elegido colores neutros porque aún no sabemos el sexo —agrega, sosteniendo un body contra su pecho—. Es una monada. Tienen muchas cosas.

Paso mi dedo por una camisetita decorada con hojas verdes bordadas.

—Son adorables —digo. Tengo que admitir que mi bebé tendrá todas las cosas que yo nunca tuve.

—Eva le dijo a Andrei que tú deberías hacer una dieta prenatal. Es tan emocionante —dice Sonya con voz arrulladora—. ¿Has pensado ya en un nombre si es niña?

—¿Y si es niño? —pregunto.

—Andrei tendría el derecho a ponerle el nombre. Pero tú puedes elegir el nombre si es niña —me informa, agarrando un osito de peluche.

—No, no he pensado en ningún nombre.

Sonya mete la mano en otra bolsa y saca un grueso libro de bolsillo.

—Aquí hay montones de nombres de bebé. Podemos elegir nuestros favoritos. Pongámosle un nombre moderno y evitemos los anticuados nombres rusos. ¿Te imaginas que tu hija se llamara Vyacheslav u Olga?

Pasamos la siguiente hora eligiendo nombres de bebé mientras comemos galletas *macarrones* importadas desde un plato de cristal. Andrei hace todo lo que tiene que hacer para cuidar del bebé y de mí y, aunque no me guste admitirlo, que Andrei cuide de mí es agradable. ¿Por qué no voy a poder disfrutar un poco de esta fantasía hecha realidad?

Un guardia reacciona rápidamente cuando entra Andrei. La realidad empieza a infiltrarse de nuevo en mi felicidad. Andrei lo expulsa de la habitación y se coloca junto a Sonya, que vuelve a centrar su atención en el libro.

—Sólo estábamos eligiendo nombres, Andrushka —responde ella ante su dura mirada.

Él vuelve su atención hacia mí.

—¿Estás cómoda, querida mía? ¿Quieres algo de la cocina? Mamá ha programado una manicura para ti.

—Una manicura —sonríe Sonya—. ¿Puedo participar?

Andrei sonríe.

—Por supuesto. Cualquier cosa por mi hermana y mi esposa.

Las palabras pretenden ser amables, pero a Andrei aún le cuesta mostrar sus más suaves emociones. Igual que a mí me cuesta mostrar las más duras. Le tiendo la mano y él la toma. Se la lleva a los labios y la besa. Una vez más, me transformo en alguien especial para el hombre más poderoso que conozco.

Sonriendo, le agradezco su generosidad.

—Todo lo que quieras o desees es tuyo, esposa mía —susurra contra mi mano antes de volver a besarla.

Y sin más, siento que mi egoísta corazón vuelve a enamorarse de él. Le rozo el cabello con la mano y no me importa parecer una tonta enamorada. Soy una tonta a la que han vuelto a meter en este lío contra mi voluntad. Sus ojos oscuros ocultan lo que hay en su corazón, pero veo destellos de lo que espero que sea amor.

—¿Andrei Vasilyevich? —llama Natasha, está en la puerta, con una línea apretada en su boca.

Andrei aparta su mano y, al instante, un escalofrío me recorre la espalda. Miro fríamente a Natasha, pero su mirada es más severa que la mía. Ella está aquí por negocios, y los negocios de Andrei son más importantes que el amor. Me deja sin decir palabra y sale con Natasha.

Nunca puedo olvidar por qué estoy aquí. Nunca ha sido para ser su esposa o una madre. Es para servir a un oscuro propósito que quizá nunca conozca. Andrei es un criminal; mi padre robó dinero a las Bratva, y todo ello provocó la muerte de mi madre. Andrei tiene razón. Nunca seré de la Bratva. Sólo seré un peón en su retorcido juego. Y también lo será mi bebé.

—Él está encantado con el bebé —escucho decir a Sonya, interrumpiendo mis sombríos pensamientos—. Será un buen padre. Andrei está decidido a darle todo a sus hijos.

Por supuesto. No puedo tener un solo hijo. Me aclaro la garganta.

—Probablemente debería comer algo sano.

Sonya se apresura a llamar a la cocinera y me quedo sola. Mis pensamientos me desgarran, pero ¿qué puedo hacer? Así que haré lo mejor que pueda y aceptaré los amables gestos. La ropa de bebé quedó esparcida sobre la mesa, junto con algunos juguetes y sonajeros.

Agarro un par de bonitos calcetines y me quedo boquiabierta al ver el precio. Yo nunca podría permitirme todo esto, pero mi bebé sí. Ya me preocuparé de eso más adelante, y espero en silencio que mi bebé sea una niña que pueda terminar como Sonya: alguien que pudo crecer con la suficiente distancia respecto a la Bratva para recibir sus beneficios, pero sin llegar nunca a soportar toda la fuerza de esta horrible vida que gira en torno a la traición, la violencia, los secretos y la sangre.

ANDREI

NATASHA VA CAMINANDO DELANTE DE MÍ HACIA EL DESPACHO DONDE NOS ESPERA DMITRI. ÉL coloca su vaso en la barra, una garrafa de whisky al lado, y espera a que yo me siente.

—Tenemos otro nombre —dice—. Está bajo en la lista, pero es otro Karamazov. ¿Seguimos?

Asiento con la cabeza.

—¿Alguien ha hablado ya?

—Dicen no saber nada. Los hombres mayores están menos involucrados en la Bratva. Los hombres de bajo nivel son demasiado jóvenes.

—Pero puede que hayan escuchado cotilleos —respondo.

—Sus muertes no han asustado a nadie para que hable —añade Natasha, sentada en la silla más cercana al escritorio. No se inmuta cuando la miro con dureza.

—Entonces quizá tengamos que buscar a alguien de mayor rango —respondo con desgano.

—Ya hemos buscado, Andrei Vasilyevich —responde Dmitri—. Los más jóvenes han sustituido a los mayores.

—Busca a alguien que hable —ladro.

Ellos salen del despacho. Y vuelvo a evocar la triunfal sonrisa de Paige cuando retiró el anillo del amputado dedo. Mi pequeña suertuda ha cambiado por mi culpa. El poder corrompe, ¿por qué fui tan ingenuo de pensar que no la corrompería a ella? Yo me jacto de mi poder, y ahora, Paige tiene un gusto por él.

Conozco esa sensación. Esa prisa. Es difícil no quererlo una vez que lo has tenido.

Pero, de pronto, la imagen es reemplazada por otra: Paige con su radiante cara mientras admiraba toda la ropa de bebé. Riendo sobre los nombres con Sonya.

Sigue siendo ella en su corazón. La Pequeña Señorita Suertuda aún no se ha ido.

Tal vez la necesidad de venganza pasará. Si hubiera sido Eva, yo habría castigado al mundo para curar su dolor. No lloré a mi padre. Y nunca lo haré.

Paige significa aún más para mí ahora. Ella será la madre de mi hijo, y yo quiero que sea ella.

Una mujer que es leal a su familia amará a su hijo. Ella ya ama al bebé, o no lo habría protegido al no contarme sobre su embarazo.

Nunca confiará en mí hasta que no hayamos superado eso entre nosotros.

Subo las escaleras hacia la habitación de Gerald y abro la puerta de un tirón. El guardia se levanta al instante y le digo que espere afuera. Gerald está tumbado en la cama, respirando con dificultad, con el tubo de oxígeno bajo la nariz. El hombre luce débil, pero me mira con un odio que podría matar. Puede que su cuerpo esté débil, pero su mente sigue siendo fuerte.

—Dime la verdad sobre tu mujer —me enfrento a él, asomándome sobre su cama—. Sé que no era una puta. ¿Qué le hiciste?

Me mira, pero se niega a responder. Sé que me está oyendo.

—Le mentiste a tus hijas y les hiciste creer lo peor de su madre. Pero fuiste tú quien accedió a prostituirla, ¿no?

—¿Por qué te importa? —susurra con dureza.

—A tu hija le importa. Va tras los hombres a los que *tú* les ofreciste tu mujer. Eligiéndolos uno por uno hasta llegar a su asesino. Ella se está convirtiendo en mí.

—¿Y qué se supone que debo hacer yo, Andrei Vasilyevich? —pregunta retóricamente.

—Dime lo que quiero saber. Dime dónde has escondido el dinero. O morirás.

—¿Eso es todo con lo que intentas amenazarme? —Gerald intenta reír lo mejor que puede—. ¿Acaso no te has dado cuenta ya? *Quiero* morir y ya tienes a mis dos hijas. Mi mujer está muerta. No tengo nada más que perder. A diferencia de ti.

Él sonríe porque sabe que ha ganado.

—Estás enamorado de mi Paige —continúa—, de la misma forma que yo estaba enamorado de mi mujer hasta que la Bratva vino a por mí y la destrozó para darme una lección. Ella lloró y dijo que no había disfrutado. Pero yo aún recuerdo sus gemidos.

—Eres un pedazo de mierda —le digo, y me quedo mirándole fijamente.

—También sé que no aceptarás el dinero de mis chicas. Tomarlo admitiría que nunca amaste a mi Paige. Tal vez no lo hiciste al principio, pero sé que lo haces ahora. Y herir a Emma sólo pondrá a Paige en tu contra. Al final, yo conseguiré lo que quiero, y tú no tendrás nada.

Cuanto más se burla de mí, más mi ira abruma mi razonamiento. Quiero poner mis manos alrededor de su cuello, pero él tiene razón. Lastimarlo lastimará a Paige, no importa lo que haga. No tengo nada con lo que amenazarle, ni siquiera con lo que negociar. Pensé que mi peor adversario me igualaría en fuerza y valentía, pero aquí estoy, enfrentándome a un viejo retorcido, arrugado y enfermo.

Pero aún tengo una cosa.

—Está embarazada de mi hijo.

La mirada de Gerald se posa en la pared que tiene delante mientras respira entrecortadamente.

—Has convertido a mi querida hija en una puta como su madre.

Mi rabia se apodera de mí, agarro al viejo por los brazos y lo zarandeo.

—¿Qué más escondes, Sava?

Su boca se afloja y le suelto. Me recorre un escalofrío. No debería haberle tocado. No debería haberlo hecho. He ido demasiado lejos.

—Los secretos de Sava son de Sava —sus ojos se arrugan, aunque está demasiado débil para reír —. Y Sava murió hace diez años.

El viejo hace un ruido espantoso, una mezcla entre tos y carcajada. Me tiene y él lo sabe. Gerald sabe que morirá antes de decirme nada. Le maldigo mientras salgo furioso de la habitación.

PAIGE

VEO A NATASHA APAGAR SU CIGARRILLO MIENTRAS ME DIRIJO AL GARAJE. ELLA COGE UN VIEJO recipiente de plástico de cinco galones que antes contenía pintura y lo coloca para que yo pueda sentarme. Agito mi mano frente a mi cara para dispersar el humo. Le doy las gracias, me siento, pero no nos decimos nada. El silencio es placentero mientras contemplamos el jardín y el bosque que hay detrás. Me doy cuenta entonces de que, desde el garaje, se ve la entrada al laberinto.

Veo a Emma doblar la esquina apresurada, emocionada por encontrarme.

—Andrei te está buscando. Tiene una caja.

Aprieto la mandíbula para no estremecerme. *Pero no puede ser eso*. Él nunca se lo diría a Emma. Entro en el salón de baile con Emma y Natasha detrás de mí. Andrei tiene una caja de cuero negro en las manos, y sonrío más de alivio que de placer. La tiende hacia mí.

La impaciencia zumba a mi alrededor mientras abro la tapa. Mi sorpresa oculta mi decepción cuando veo lo que hay dentro.

—Oh, es una pistola —dice Emma.

La fulmino con la mirada, sin saber si está siendo sincera o sarcástica.

Natasha saca la pequeña pistola del estuche y felicita a Andrei.

—Es buena para ella. Podrá manejarla.

—Sí —dice Emma—. Un regalo muy práctico. No puedo esperar a Navidad. ¿Está grabada?

En el mango se lee: *Para mi esposa, por darme alegría, A.B.* Es el regalo más raro del mundo que pueda recibirse en un baby shower, pero entiendo la necesidad de tenerla cuando tu esposo es el Pakhan de su propia Bratva. Andrei me da un beso rápido en la frente.

—No puedes ser la mujer de un Pakhan si no sabes apuntar bien.

Natasha murmura algo en voz baja y, en lugar de ir a almorzar, nos lleva a Emma y a mí a un campo de tiro.

MIENTRAS TOMAMOS CAFÉ, Emma y yo nos sentamos en un banco detrás de un cristal blindado y observamos a Natasha disparar. Lleva las uñas cortas y pulidas, y muestra su perfecta puntería mientras traza un impecable círculo alrededor del blanco central antes de volarlo de un disparo.

—Es un bonito regalo —dice Emma, con los ojos clavados en Natasha mientras esta recarga.

—Es un poco espeluznante.

—Eres la mujer de Andrei —me recuerda—. Deberías poder defenderte… y a tu hijo.

No lo había pensado de esa manera. Emma sigue observando atentamente a Natasha, fijándose en sus movimientos. Apunta con los dedos e imita la forma en que Natasha sujeta el arma.

—¿Crees que me enseñará a disparar así?

—Emma, no creo que debas dejarte atrapar por esta vida.

Emma frunce el ceño.

—Demasiado tarde para eso. Nos guste o no, estamos ligados para siempre a la Bratva Barinov.

—Quiero que termines la escuela y vayas a la universidad.

—Ya lo has dicho —responde ella con un resoplido—, y lo haré… a su debido tiempo. ¿Entonces? Tú obviamente te acostaste con él. Y supongo que fue voluntariamente.

Asiento con la cabeza.

—Pero yo no elegí irme *con* él. Estuve encerrada en el mismo dormitorio en el que estás tú, con un guardia en la puerta… ¿Qué tan cercana eres a Viktor?

Emma sonríe y luego se burla.

—Somos amigos de una manera extraña. Ambos tenemos que lidiar con gente que nos dice qué hacer. Y él sabe que no debe tocarme. Yo pongo los límites.

Me sonrojo y me concentro en Natasha con fingido interés mientras cambia la diana de papel.

Emma sacude la cabeza.

—Está bien, Paige. No pasa nada. Andrei es difícil de resistir. Aunque yo no te habría relacionado con el chico malo. No me extraña que tus anteriores relaciones no funcionaran. Necesitas un hombre que pueda cuidarte.

—Yo cuidaba de mí misma, Emma —digo bruscamente.

—Y de Papá y de mí —añade—. He dicho un hombre que *pueda* cuidar de ti, no uno que *tenga* que cuidar de ti. Pero te mereces que te cuiden, y si Andrei era el único hombre que apareció para hacerlo… Bueno, ¿por qué no?

—Es un criminal —respondo.

—¿Quién es perfecto? —contesta ella, encogiéndose de hombros.

Me quedo boquiabierta ante la displicente actitud de Emma, pero ella me ignora.

—¿Por qué no te vas a permitir darte el gusto de que te cuiden? Después de todo, ¿no era esto lo que me dijiste que querías? Y ahora que tienes esta oportunidad, ¿por qué deberías sentirte culpable por ello?

—No sé si mi conciencia me permitirá aceptar su estilo de vida. Y eso es un gran problema —me yergo en mi asiento, debo decirle algo importante a mi hermana—. Emma, tienes que tener cuidado. Hay una realidad muy oscura bajo la superficie dorada de esta vida, y el barniz de lujo es sólo eso. Una superficie llamativa que oculta la fea verdad.

—Lo entiendo, Paige —acepta Emma, tomando mi mano entre las suyas—. Estamos aquí sentadas viendo a una de las sicarias de tu esposo practicar su puntería. Yo también estoy en el viaje, pero cuando Papá se haya ido, planeo desaparecer en algún lugar donde tu esposo nunca pueda encontrarme.

—¿Y yo qué? —le pregunto— ¿Podré encontrarte?

Emma no responde mientras da un sorbo a su café. Mejor cambio de tema.

—No le has mencionado a Eva y a ese hombre.

—Apenas hablo con Andrei. Él no es cariñoso. Me asiente con la cabeza y me dice que hay comida en la cocina si la quiero. Hasta ahí llega su comodidad conmigo. No planeo casarme con uno de estos tipos.

—Pero no te metas en sus asuntos, ¿vale?

—Suenas como Andrei cuando está mandoneando a Viktor —dice Emma riendo.

Natasha abre la puerta, cortando nuestra conversación. Sonríe, pero no cuestiona el repentino silencio ni las miradas de culpabilidad.

—Esta es una buena pistola —dice, equilibrándola en su mano—. Es hora de que os enseñe a las dos a dispararla.

Emma salta del banco primero y se apresura hacia Natasha para su lección. Yo me tomaré mi tiempo.

PAIGE

No tengo ni idea de qué hora es, salvo que es plena noche mientras Andrei me conduce a la escalera secreta.

Cautelosamente, bajo las empinadas escaleras circulares ayudándome de las manos contra la pared de ladrillo para guiarme en la oscuridad. Un escalofrío de terror se adhiere a mi piel y siento como si me hubiera sumergido en la oscuridad de los ojos de Andrei. Él se detiene en el rellano inferior y empuja la puerta oculta para abrirla.

Una tenue luz se proyecta en el hueco de la escalera. Un hombre se vuelve hacia mí. Me sobresalto al ver su mano y el dedo que le falta. Es el hombre cuya muerte ordené.

El camino está bloqueado y él me alcanza mientras grito.

Unos fuertes dedos me agarran de la muñeca y me arrastran a través de la puerta. Tropiezo dentro y, de repente, me encuentro de nuevo en el oscuro sótano de la celda. Hay una figura encorvada sobre lo que parece un cadáver al otro lado de los barrotes. En algún lugar de la oscuridad, Talia está acuchillando a su enemigo mientras éste suplica clemencia.

Se me corta la respiración cuando se gira, porque no es Talia. ¡Soy yo!

Cuchillo en mano, sonrío como una loca mientras voy acercándome a mí misma.

Abro los ojos de golpe y me incorporo en la cama, luchando con las sábanas enredadas en mis piernas. La luz de la mañana ilumina nuestro dormitorio y miro a mi alrededor buscando a Andrei, pero estoy sola. La hora en mi teléfono dice 7:00 a.m. y decido salir de la cama. Es mejor levantarme que intentar volver a dormir.

El seductor aroma del café se cuela en la habitación, una bienvenida distracción tras una noche dando vueltas en la cama. Me pongo un ligero albornoz de algodón y voy en busca del olor. Y para mi sorpresa, encuentro una pequeña cocina que no había visto antes en sus… nuestras habitaciones privadas.

Oculta tras una puerta corrediza, la cocina está equipada con compactos electrodomésticos de acero inoxidable, y tiene algo igualmente sorprendente: *Andrei cocinando sobre la estufa*. Está vestido con vaqueros y, al asomarme por encima de su hombro, lo veo remover copos de avena y arándanos en una olla esmaltada. Nunca antes le había visto hacer algo doméstico y nunca había llevado nada que no fuera un traje.

Parece tan *normal y corriente*, y esta inusual mundanidad me excita más que cualquiera de sus demostraciones de extravagancia y poder.

—Dmitri se ocupará de los asuntos de hoy, así que puedo pasar tiempo contigo —me anuncia, mientras echa un vistazo a una tortilla de claras de huevo que está friendo en una sartén.

—Esto si es una sorpresa —sonrío amablemente, nerviosa por si digo algo equivocado—. ¿Eva te enseñó a cocinar?

Él asiente y contesta:

—De niño ella me tenía cerca siempre que podía —Andrei se aleja de los fogones el tiempo suficiente para besarme, y su mirada desciende hasta mi vientre aún plano.

Pero algo en la amabilidad de Andrei me pone nerviosa: es como si se hiciera pasar por alguien que no es, sólo para seducirme. Para atraerme y atraparme de nuevo, siendo el buen padre que dice ser y no el asesino despiadado que ya conozco demasiado bien.

Tal vez… yo tengo algo más que él quiere.

Mis manos recorren mi vientre. Él se gira de nuevo y esboza una sonrisa que me derrite las rodillas y me deja una mueca tonta en la cara. Cuando vuelve a centrar su atención en los fogones, me quedo mirando sus delgadas caderas y su macizo y bien formado culo. La emoción vuelve a mi corazón, serpentea por mi vientre y revolotea entre mis piernas.

Basta un poco de romanticismo para que yo vuelva a dudar de mí misma. Ojalá Andrei fuera siempre así, pero no durará. Así que, ¿por qué no disfrutarlo?

Comemos en silencio en el salón, cerca de un gran ventanal que da a la finca. La comida está deliciosa, y mi estómago no pone objeciones. Mientras doy el último bocado a mi desayuno, me siento obligada a decir cualquier cosa para animar a Andrei a que su transformación dure.

—La verdad es que eres un cocinero increíble —siento que se me acelera el corazón y un temblor nervioso me hace un nudo en el estómago.

Andrei se termina el café y la conversación se interrumpe de nuevo, su mirada directa me interroga, y me giro para evitar sus ojos. Acerca su silla a la mesita hasta que nuestras rodillas se tocan. Se detiene un momento, como si estuviera eligiendo cuidadosamente sus palabras.

—¿En qué piensas? —pregunta—. ¿Qué te preocupa?

Me río brevemente.

—¿Puedo elegir más de una cosa?

No se ríe de mi pobre intento de broma, y la seriedad prensa su mandíbula. Andrei puede volver a convertirse en ese monstruo oscuro, y el miedo me recorre el cuerpo.

Tengo que detenerlo.

Las palabras salen a toda prisa de mi boca, ansiosa por mantenerlo así, atento e incluso cariñoso.

—Me siento culpable por lo que pasó —confieso—. Nunca imaginé que pediría algo así. Yo pensaba que yo era una buena persona y ahora no sé de qué más soy capaz.

—Porque crees que ¿podrías ser como yo? —desvía la mirada un momento, como si se sintiera incómodo con mi confesión.

Asintiendo con mi cabeza, mi corazón se rompe porque él entiende lo que *realmente* quiero decir. Pero no entiendo por qué parece molestarle más de lo que debería. ¿Acaso él no quiere esto? ¿No quiere que yo sea como él? ¿O como Talia? Que sea ¿la esposa del Pakhan?

—No tienes por qué sentirte culpable, Paige. Algunos hombres son malvados —me coge la mano y su tono se suaviza—. Y sólo hay una solución para ellos.

Me quedo mirando, sorprendida por la evidente ironía. Andrei mata para mantener su poder y su estatus en el mundo. Toda su vida se basa en el mal. Bajo mi mirada, no quiero que vea mi confusión. Pero tengo algo que decir; y mi voz es apenas audible.

—¿No eres tú uno de esos hombres? —pregunto.

Entonces Andrei me estrecha en sus brazos, me agarra con fuerza, pero sin dolor, casi como si tuviera miedo de soltarme. Permanezco entre sus brazos hasta que la tensión de su cuerpo disminuye. Finalmente, se aparta para mirarme con desesperación. Y yo necesito una respuesta.

—¿Lo eres? —inquiero de nuevo en un susurro.

Al principio no me contesta, pero su expresión pensativa demuestra que no está enfadado. Andrei se toma su tiempo para revelarme sus pensamientos.

—Eso es lo que tú ves —me responde—. Pero vivimos en mundos diferentes. Tú vives en uno donde la gente es buena, decente y legal. Yo vivo en un mundo donde el poder a través de cualquier medio es necesario para mi supervivencia, uno donde el poder raramente se obtiene sin hacer cosas malvadas.

Mi sorpresa es palpable y lo miro, estupefacta por su sinceridad. Es la primera vez que no intenta ocultar o desviar sus verdaderos sentimientos. Me pregunto cuánto durará esto.

—¿Necesitas poder? —pregunto con voz temblorosa—. ¿No puedes querer otra cosa?

Andrei suelta su agarre sobre mí y baja la mirada.

—Lo que yo hago —dice en voz baja—, lo hago por deber, por la necesidad de proteger a aquellos de los que soy responsable. No puedo sobrevivir si actúo de otro modo.

Me duele el corazón cuando Andrei revela algo más de sí mismo. Alargo mi mano y tomo la suya entre las mías, dándole un suave apretón.

—No tiene por qué ser lo uno o lo otro, Andrei. Puedes proteger a alguien sin llevar la justicia demasiado lejos.

—¿Te molesta eso? —pregunta sin soltar su mano—. ¿Estar en este mundo? ¿*Mi mundo*?

Antes sentí el inmenso peso de la culpa cuando sostuve aquella horrible caja en mis manos. La culpa me presionaba como una fuerza invisible, atrapándome bajo mi mala decisión. Me impedía ser quien realmente soy: una buena persona. Pero al mismo tiempo, *quería* que me temieran, así que hice algo horrible para conseguirlo. Para probar que podía ser como ellos, de la Bratva. Y

ahora espero que Andrei pueda entenderlo.

Sonriendo, me llevo la mano al vientre.

—Quiero ser feliz. Eso es todo lo que quiero, en cualquier mundo.

Emma me dijo que aceptara los regalos y privilegios de los que Andrei quiere colmarme. Ahora mismo, los aceptaré mientras pueda.

Quizás él elija estar en mi mundo después de que nazca el bebé.

Quizá sea un buen padre y haya más días como éste. Quizá seamos felices juntos. Pero cómo puedo hacer que eso suceda es algo que tendré que averiguar.

PAIGE

TRAS UNA TRANQUILA MAÑANA, SOLOS EN EL PISO DE ARRIBA, ANDREI Y YO BAJAMOS LAS escaleras y, al llegar al vestíbulo principal, miro fijamente la puerta principal. Esa imponente puerta sólo mantendrá al mundo fuera si permanece cerrada.

Con malhumor, espero a que Dmitri irrumpa en la mansión y busque a Andrei, como de costumbre, por una emergencia u otra. Miro la puerta y espero a que aparezca con el móvil en alto y un mensaje urgente. Entonces hablarán en ruso para que yo no me entere y desaparecerán en el despacho. Pero eso no ocurre.

¿Acaso Andrei ha amenazado a todo el mundo para que hoy nos dejen en paz?

La mañana da paso a una tarde serena mientras Andrei y yo caminamos por los jardines. El jardín no ofrece intimidad con sus setos bajos y parterres de flores; no hay nada que crezca más alto que la cintura. Nada que bloquee la vista de la casa al bosque circundante.

Busco a Natasha detrás del garaje, pero tampoco está a la vista. Supongo que tiene algo que hacer en otra parte, y mis hombros se relajan, sabiendo que el sucio asunto del garaje no va a ocurrir hoy. No puedo creer cuántas veces he estado ahí con ella, sin saber lo que pasaba dentro.

—Nunca había recorrido todo el recinto —me río, cogiendo a Andrei de la mano—. Pero lo he intentado.

—Entonces ven —dice Andrei, tirando de mi mano hacia el extenso césped—. Exploremos, siempre que prometas no huir de mí.

—Lo prometo —replico. Pero no me imagino yéndome de aquí. No he pensado más en eso.

Caminamos hacia el perímetro de la propiedad, por el linde del bosque, y admiro la mansión desde la distancia. Nunca me había fijado en el inmenso tamaño de la impresionante estructura de ladrillo aislada en una ladera cubierta de hierba. Ningún lugar donde esconderse, ningún lugar donde huir, excepto por un lugar. Mi mirada se desvía hacia el laberinto, el único obstáculo a la vista, y espero que Eva no aparezca de repente.

Tiro de Andrei hacia delante, dándole la espalda a la casa.

—¿Qué hay en el bosque? —le pregunto.

Sus ojos se oscurecen y yo desearía no haber preguntado.

—No es seguro, Paige —me responde—. El bosque es peligroso y esconde cosas que pueden herir o matar. Incluso yo evito caminar por ellos.

Andrei me da una mirada severa y se aleja mientras yo intento mirar a través de la cubierta de hojas. Con la suave luz del sol de la tarde, distingo un terreno abrupto que parece atractivo. La brisa agita las hojas y desprende un olor dulce y terroso. Los pájaros cantan desde las ramas como un canto de sirena, pero ya me han engañado antes.

Quiero saber qué esconde, pero al mismo tiempo tengo miedo de lo que pueda encontrar. Me doy la vuelta y alcanzo a Andrei, enlazando mi brazo con el suyo.

—Parece como si estuvieras hablando de ti mismo —le respondo con ligereza. Una parte de mí siempre se sentirá atraída por Andrei, a pesar de sus secretos.

Él sonríe, complacido porque le haya escuchado para variar.

—¿Por qué ir al bosque si tenemos una cómoda casa?

Seguimos caminando, rodeando la mansión, cuando me fijo en un garaje adosado con puertas dobles en el lado más alejado del edificio. Delante de las puertas hay un camino de entrada que desaparece tras una verja baja y cubierta de maleza a muchos metros de distancia. Ya me había preguntado dónde guardaban los cientos de Rover que conducen sus guardias.

—¿Has recuperado tu coche? —pregunto mientras nos dirigimos hacia las puertas.

Andrei niega con la cabeza, despreocupado.

—Talia puede quedárselo. Si lo hubiera devuelto, seguro que le habría añadido un dispositivo de rastreo o una bomba.

Andrei se ríe, pero no me le uno. Sonríe ante mi sombría reacción y me da un beso en la mejilla.

—Ven. Te enseñaré mi último juguete.

El tenue interior del garaje es agradablemente fresco en comparación con el exterior. Definitivamente no es como los demás garajes, al menos los que yo conozco. No hay desorden de objetos domésticos no deseados, ni conejitos de polvo escondidos en los rincones. Los oscuros Rover están alineados en filas ordenadas como en una sala de exposiciones.

Aparte hay un Lamborghini plateado que brilla en la penumbra. La luz que se refleja en sus elegantes líneas lo hace parecer en movimiento. Lo recorro con la mano, admirando su superficie lisa y limpia. Andrei toca un teclado en la puerta del conductor y los faros parpadean junto al zumbido del que arranca rápidamente.

Él abre la puerta del acompañante y me dice:

—Vamos a dar una vuelta.

Aunque me advirtió que no me adentrara en el bosque, atravesamos la puerta baja y nos adentramos en él, dejando atrás la seguridad de la mansión. El bosque oculta una carretera estrecha, pero seguimos en sus tierras. El coche serpentea por la sinuosa carretera y yo miro por la ventanilla. A mi derecha, hay un pequeño claro donde la hierba brota entre la tierra oscura. Giro la cabeza y miro al frente.

—¿Qué tamaño tiene la propiedad? —pregunto.

—Setenta acres —responde—. Cada vez que intentabas huir, yo me preocupaba que te perdieras en el bosque, no que te escaparas.

Andrei detiene el coche en un claro cerca del muro que rodea la propiedad. No me había dado cuenta de que habíamos subido una pendiente, y cuando salimos del coche, la casa se ve a lo lejos, debajo de nosotros. Un sendero de tierra desaparece en un mar de denso follaje, ondeando suavemente con la brisa. El sendero conduce a la casa, y pienso en Eva y su amante secreto.

En cuanto a mí, me doy cuenta de que escapar de la mansión habría sido imposible. En cambio, me pregunto ahora cuánto tiempo permaneceré después de que todo haya terminado. No me atrevo a mencionar el dinero oculto, aunque no entiendo del todo el tema.

Andrei contempla la misma vista; su pelo oscuro brilla más castaño que negro bajo la luz del sol. Se mantiene erguido, con las manos en las caderas y los botones de la camisa desabrochados, lo que me permite echar un tentador vistazo a su pecho. No sé por qué, de repente, me da vergüenza mirarle. Hemos pasado por muchas cosas, estoy embarazada de él y, sin embargo, me siento más tímida que nunca ante lo atractivo que es. Lo miro a hurtadillas como si fuera vergonzoso que me pillaran.

—¿En qué estás pensando? —me pregunta de repente.

—En mi cabeza solía llamarte Sr. Magníficamente Guapo —digo, y mis mejillas se calientan al confesarlo.

Riéndose, Andrei se acerca a mí y no sé a dónde mirar.

—¿Por qué tan tímida de repente? —me da un beso en la mejilla y me estrecha entre sus poderosos brazos.

—Creo que es la primera vez que somos románticos y no pasa nada malo —respondo—. No hay guardaespaldas vigilándonos, ni coches persiguiéndonos por la autopista, ni dramas. Sólo nosotros.

—Estamos realmente solos para variar —me susurra—. No tienes que ser tímida conmigo, Paige.

No soy tímida. Me estoy conteniendo. Si admito lo que realmente quiero de Andrei, puede que tenga que dejarle.

Sus grandes y fuertes manos bajan por mi espalda y me aprietan contra su cuerpo. Su expresión se ensombrece, pero no es amenazadora. No me siento amenazada. Siento deseo. Me aprieto contra él con avidez, apartando de mi cabeza los intrusos pensamientos, las preguntas que debería hacerle y todas las razones por las que debería odiarlo.

Pero me guardo esos pensamientos para mí cuando sus labios presionan los míos y su lengua entra en mi boca. Le devuelvo el beso, hambrienta.

Le agarro por los hombros y le insto a que me acepte.

El beso aviva mi deseo de pertenecerle a pesar de lo que él es. Pero, ¿podré contarle lo que oí de mi padre? Desesperada, sacudo mis dudas. Mi coño se hincha y se humedece con cada pasada de

su lengua. Gimo y me empujo contra él. Su bulto me aprieta y yo lo acaricio, moviendo mis caderas lentamente contra él.

Quiero que Andrei me diga que esto es real. Por la manera en que lo siento, tiene que ser algo más que lujuria, pero no me atrevo a preguntar. Mis sentimientos toman el control, poco a poco, y le pido que haga lo mismo. Andrei me aprieta contra el lateral del coche, sus caderas se mueven al febril ritmo de las mías.

—¿Cómo me has llamado antes? —susurra.

—Sr. Magníficamente Guapo —repito sin aliento.

Él pasa sus manos por mis caderas y sube el dobladillo de mi vestido por encima de mis caderas. Sus dedos se clavan en mis muslos, separándolos. Me agarro fuerte cuando sus dedos rozan mis bragas, y Andrei me besa más fuerte cuando nota lo mojada que estoy.

—Por fin solos —dice.

Yo también lo deseo así. Que estemos realmente solos en el mundo, sin la Bratva ni el oscuro secreto de mi padre.

Andrei se arrodilla y con sus grandes manos me baja las bragas por los muslos. Me las quito de los pies y él me abre más las piernas. Me besa suavemente desde las rodillas, a lo largo del muslo, hasta que su lengua roza mi empapada raja. Su aliento abrasador y caliente sobre mi piel es una sensación maravillosa que contrasta con el frescor del aire. Echo la cabeza hacia atrás y me agarro con fuerza a sus hombros cuando siento su boca cerca de mi sexo.

Sus labios presionan mis pliegues y luego su lengua se desliza dentro de mí, saboreándome con lentos y ávidos lametones. Cierro y aprieto mis ojos mientras la sensación aumenta. Su boca me estruja, más voraz que sus besos. Le agarro del pelo, lo acerco a mí y abro más las piernas mientras sus dedos se clavan en mi suave piel.

Gimo tan fuerte como quiero. Nadie puede oírme, y aunque así fuera, no me importaría. Soy la esposa del Pakhan y puedo hacer lo que quiera. Mis dudas me abandonan cuando Andrei me demuestra que soy yo a quien desea. Mi ego crece junto con mi deseo mientras él se traga cada gota de mi excitación. Sus dedos no se mueven mientras mis caderas se agitan temerariamente contra el coche. Jadeo y aprieto los ojos mientras grito mi liberación como una *banshee*.

Me imagino flotando en el cielo como una pluma en el viento y me dejo llevar por la fantasía de que estamos enamorados, de que esto es real y no una estratagema.

Cuando abro los ojos, veo una nueva expresión en su rostro, que me hace sentir que soy lo único que importa en su vida.

Me baja el vestido y me besa el coño hinchado a través de la fina tela. Pero la realidad vuelve demasiado deprisa. Aunque me siento increíble, también me siento deshonesta. Este hombre brutal controla mi vida y mi familia.

Debería usar todo lo que tengo para endurecer mi corazón contra él, pero no puedo.

ANDREI

DÍAS DESPUÉS

LA PUERTA DEL DESPACHO SE ABRE DE GOLPE MIENTRAS ESTOY REUNIDO CON DMITRI.

Sólo una persona se atrevería a entrar sin llamar, y Sonya entra dando tumbos empujando una caja casi tan grande como ella.

Con esfuerzo, la arrastra hasta dentro de la habitación, yo me apresuro a ayudarla, dejando a Dmitri en el sofá. Observo un llamativo logotipo verde y blanco en el lateral de la caja: *silla de coche y sillita de paseo de lujo para bebé*.

Un sonriente Dmitri levanta brevemente la vista antes de volver a su trabajo. Le quito fácilmente la colosal caja a Sonya y la empujo al rincón más alejado de mi escritorio.

—¿Dándote un capricho con tu actividad favorita? —le pregunto.

Mi hermana pasa mucho tiempo en la tienda de bebés, comprando cosas para su sobrinito o sobrinita. No me preocupa mientras lo compre para otra persona.

—Estuve ayudando a Paige con su registro online —dice sonriendo dulcemente. Sonya mira alrededor de la oficina—. No tendrás dónde sentarte cuando lleguen todos los regalos del baby shower.

Así que eso es lo que las mujeres han estado haciendo. Ayer vi a Sonya y a mamá en la cocina, hablando en susurros excitados con el chef.

—No guardaré los regalos aquí —digo con firmeza. Dmitri se ríe y yo lo ignoro—. Puedes ponerlos en el salón de baile.

—No, tonto —responde Sonya—. A Paige le gusta relajarse allí —Sonya abre la puerta—. Buscaré a Vanya y él me ayudará a encontrar un escondite.

—No, yo te ayudaré —respondo con firmeza, bloqueando su salida—. Paige rara vez entra en el comedor. Podemos mantener la puerta cerrada.

Sonya me mira con extrañeza, pero no dice nada.

Recojo la caja y salgo al pasillo. Sin rechistar, me sigue hasta el ala más alejada de la casa, una parte de la mansión donde se guardan la historia y los secretos. Ella abre las puertas dobles que conducen al comedor.

En lugar de ser una habitación luminosa y espaciosa, está completamente amueblada con muebles de caoba, revestimientos dorados y pesados asientos de cuero. En las paredes hay cuadros de antepasados, retratos de poderosos hombres de la Bratva Barinov. Una lámpara de araña parpadea e ilumina la larga y pulida mesa.

Aún puedo sentir la presencia de mi padre en esta sala. Aquí era donde predicaba a sus principales hombres. De niño, me escondía debajo de la mesa y escuchaba hablar de poder, dinero y tratos cerrados en el profundo zumbido de las voces.

Sonya frunce los labios y coloca sus delicadas manos en las caderas.

—Esto está un poco lúgubre para un baby shower. Podemos esconder los regalos aquí, pero definitivamente *no* vamos a celebrar una fiesta en esta cripta.

Asiento con la cabeza. La gran sala no es tan enorme como la recordaba. Pero siento que cada antiguo retrato me observa y juzga mis decisiones con melancólica y desaprobadora mirada.

—¿Dónde está la hermana de Paige? —pregunta Sonya, dirigiéndose a la puerta—. Ella puede ayudarme a recoger el moisés.

—No, su hermana está confinada a su área.

La expresión de Sonya revela su desaprobación, pero no sorpresa.

—¿Qué quieres decir, Andrushka? Es la hermana de Paige. ¿Por qué está confinada a su área?

—Es asunto de la Bratva, Sonya —digo y subo mi barbilla, pero mi autoridad no la disuade.

—¿Y qué soy yo exactamente? —me desafía.

—No hemos hablado de tu posición en la familia desde la muerte de mi padre —respondo con frialdad—. Quizá sea hora de que lo hagamos.

Sonya aparta una de las sillas ornamentadas de la mesa y se sienta. Yo hago lo mismo. Nunca hemos hablado seriamente de nuestra familia, preferimos que nuestras interacciones sean desenfadadas y casi superficiales.

Siempre he sido el hermano mayor que ha protegido su secreto y la ha mimado económicamente a espaldas de mi padre.

Pero siempre será mi media hermana y, por extensión, no pertenece realmente a la Bratva. Su derecho viene a través de mi madre, y Eva no tiene derecho.

El padre de Sonya sigue siendo desconocido para todos nosotros, excepto para Eva.

—No te criaste en la Bratva, pero estás bajo nuestra protección —le digo sin rodeos—. Por lo tanto, tengo derecho a tu respeto y al de Eva, y espero que no cuestiones lo que hago en lo que concierne a la Bratva.

Su mirada aguda transmite sus pensamientos mejor que sus palabras.

—En otras palabras, se espera que Madre y yo no veamos nada, ni oigamos nada, ni digamos nada.

Asiento con la cabeza.

—Por el bien de todos. Tal vez Eva y tú deberíais considerar vuestros planes de futuro. Ahora que Vasily se ha ido, podríais viajar juntas.

Sonya se ríe, sacudiendo la cabeza.

—Madre nunca abandonará a su primer nieto. Así que hacernos desaparecer no será fácil, Andrushka. Pero si no quieres que participe, solo dilo.

Me mira fijamente, como retándome a expresar mis sospechas, pero decido no hacerlo. Confirmarlo sólo haría que insistiera más.

—¿Consideras a Paige miembro de la Bratva? —pregunta finalmente.

—Es mi esposa —le digo, asintiendo con la cabeza.

Sonya se revuelve el pelo por encima del hombro y pregunta:

—¿Es cierto que mataste a un hombre por tu esposa?

—¿Quién te ha dicho eso? —pregunto enfadado.

—Paige es tan Bratva como yo, Andrushka —ella ignora mi pregunta—. Ninguna de las dos posee esa mentalidad.

—¿Qué mentalidad?

—La de asesino a sangre fría —dice Sonya, bajando el tono—. Y si sigues actuando así, la convertirás en algo que no quieres, alguien como Talia.

—Paige nunca podría ser como Talia —le digo en tono de burla.

Pero mientras lo digo, recuerdo la expresión de Paige cuando abrió la caja. Esperaba que Paige retrocediera ante el contenido, y por un momento pensé que lo haría.

Pero de repente algo cambió, y actuó como se espera que actúe una esposa Bratva. Estaba contenta con un trofeo que para ella valía más que los diamantes.

Actuó como lo haría Talia.

—Ella ha tenido pesadillas desde ese día —digo.

—¿Y te sorprende? —inquiere ella—. Le diste una caja con el dedo amputado de un hombre.

No le respondo nada, porque tiene razón.

—Te pareces más a Vasily que a nuestra madre, Andrushka —suspira ella— y eso me preocupa.

Mi ira vuelve a escalar.

—Y yo te recordaré que soy un Pakhan. Eso me obliga a actuar de determinada manera. No puedo dejar que las emociones me desvíen de tomar la decisión correcta.

—Es un buen truco el que estás haciendo ahora —dice ella en voz baja—. En el que mueves los

labios, pero se te escapan las palabras de Vasily.

Elimino la dureza de mi voz cuando agrego:

—Hago lo que puedo para proteger a Paige, pero ella forma parte de algo más grande y poderoso que nosotros. Todos lo somos, y actuar como si no existiera sería fatal.

Sonya se mira las manos y yo abandono mi silla para ponerme a su lado. Ella levanta la vista y deposito un suave beso en su frente.

—Por supuesto, tú sabes mejor que nadie cómo manejar la situación. Pero… —hace una pausa.

—Pero, ¿qué? —inquiero. Le sonrío con fuerza, animándola a terminar su reflexión.

—No tengas miedo de soltar el control de vez en cuando, Andrushka. Puede que te sorprenda no tener que hacer lo que los demás esperan. Vasily era un tirano, y nadie espera que tú seas su doble. Tú eres tú, y siempre has tenido un buen corazón, por mucho que lo ocultes. Serás un buen padre.

Dejamos la habitación y salimos al pasillo. Al cerrar la puerta, noto que el aire me calienta el cuerpo mientras caminamos por el pasillo.

No es fácil dejar atrás el fantasma de mi padre.

—¿Ya sabes lo que quieres, Andrushka? —pregunta Sonya de repente— ¿Un niño o una niña?

—Una niña a la que mimar —respondo, sonriendo.

—¿Como a mí?

—Exactamente como a ti, Sonichka —acepto, igualando la gran sonrisa de Sonya con la mía.

Sonya acaricia mi mejilla antes de salir corriendo por la puerta principal hacia su coche. Veo su BMW descapotable cuando sale por la entrada con la capota abajo y su cabello rubio atrapado por el viento mientras sale corriendo por la puerta.

Sí, quiero una hija. Una que tenga la opción que Paige y yo nunca tendremos. Quiero que pueda elegir si se queda o se va.

Pero al mismo tiempo, un oscuro escalofrío me recorre al pensar en tener una hija.

¿Y si se encuentra con un monstruo como yo?

ANDREI

LAS ALTAS PUERTAS SE CIERRAN SILENCIOSAMENTE Y VUELVO A MI MUNDO CON TODA MI RABIA. Entro en el despacho y cierro la puerta de un portazo. Natasha está sentada con Dmitri en el sofá. Los fulmino con la mirada, intensa y llena de rabia, como si pudiera hacerlos pedazos mentalmente.

—¿Quién le ha contado a mi hermana lo del golpe? —inquiero.

Natasha parece sorprendida por la pregunta, pero Dmitri no pierde la compostura. Dirijo toda la fuerza de mi rabia hacia él. Me observa con expresión cautelosa, sabiendo que debe responder a mi pregunta. Dmitri debe aprender a acatar mis órdenes verbales y tácitas como los demás.

—No sabía que Sonya no debía ser informada —me dice con calma.

—Y ¿por qué te has encargado de informarla de eso? —le exijo. Natasha también lanza una mirada inquisitiva a Dmitri.

—Sonya podría ser un problema si se la mantiene en la ignorancia —señala en tono razonable—. Ahora que Vasily está muerto, ¿por qué excluirla?

Los dos me miran, esperando una respuesta. La razón para mí es evidente. No conozco la paternidad de mi hermana. Eva lo ha mantenido en secreto, y probablemente seguirá así. El padre de Sonya podría ser un amigo o un enemigo. Prefiero que sigan pensando que no tengo ni idea.

Así que, rápidamente, cambio de tema.

—¿Alguien ha dicho algo ya? ¿Hemos sabido algo más sobre el asesino de Cynthia Reyes?

Ambos apartan la mirada, avergonzados de no poder darme resultados. El silencio aumenta la pesadez del ambiente y me acerco a la ventana para que entre el aire fresco que necesito. De espaldas a ellos, no pueden ver el alivio que me invade cuando la conversación se aleja de Sonya. Más tarde habrá otra charla con Dmitri sobre su interferencia, pero me concentraré en la tarea que tengo entre manos.

Natasha se mantiene gallarda a pesar del tenso ambiente. Se descruza y cruza sus largas piernas con elegancia antes de responder.

—El segundo hombre dijo no saber nada, y el siguiente de la lista ha desaparecido. Parece que se han dado cuenta de que estamos en ello, pero al final alguien se quebrará. Siempre lo hacen.

Suelto un fuerte suspiro, mi voz se vuelve más áspera a medida que hablo.

—Sigan buscando.

Natasha no se inmuta ante mi duro tono, y se mantiene erguida, enfrentándose a mi mirada sin un ápice de emoción.

—Haré lo que quieres, Andrei Vasilyevich.

—Espera, Natasha —digo, lamentando mi precipitada dureza, pero no puedo demostrarlo—. ¿Qué tal han ido las prácticas de tiro?

Natasha sonríe lentamente.

—Tu mujer necesita más práctica. Pero la pequeña, tiene un talento natural. La niña podría llegar a ser leal con orientación. Y tiene fuego —continúa Natasha, a pesar de mi intento de cortarla—. En su posición, Emma podría descubrir cosas que otros no pueden.

Dmitri niega con la cabeza.

—Paige Geraldovna nunca permitiría que convirtamos a su hermana pequeña en una imagen especular de ti, Natasha.

Natasha se encoge de hombros.

—Entonces, no se lo digas. Los maridos y las esposas siempre tienen secretos, Dima.

No me gusta oír la verdad, sobre todo cuando se aplica a mí. Desde que hablé con Gerald, el secreto que guardo ha crecido más de lo que podríamos tener juntos. Si le hubiera dicho a Paige inicialmente, tal vez ella aceptaría lo que tengo que hacer. Pero ha pasado demasiado tiempo, y Paige no se ha encontrado aún, aunque lo ha intentado. Espero que ella acepte lo que va a suceder y encuentre la paz con ello. Pero sus pesadillas son implacables, y cuando la despierto, sus ojos están llenos de miedo.

Sólo ella puede darme *lo que quiero*, pero aún no he descubierto lo que *ella* realmente quiere. Sé todo lo que no le gusta a Paige, y ella nunca querría que su hermana se convirtiera en un peón.

Pero Natasha tiene razón; usar a Emma podría acelerar el proceso.

—Recuérdame. La enfermera de noche es una de las nuestras, ¿no? —pregunto.

—Inessa. Estuvo vigilando a Paige Geraldovna en tu suite durante la boda —asiente Natasha.

—Infórmale, Natasha. Deja que Emma piense que se está saliendo con la suya —indico.

Ella asiente antes de salir de la habitación.

Dmitri aparta su teléfono y se echa el pelo hacia atrás, dejando al descubierto su cicatriz.

—Natasha ha estado ahí, Andrei Vasilyevich. Buscando con ahínco en todos los rincones y grietas que ha podido encontrar. Pero no puede hacerlo todo.

—Natasha siempre hace lo que le pido, incluso antes de que se lo pida —hago una pausa, dejando que mi rostro muestre mi disgusto—. Tú no eres como ella.

Su mirada gélida no me desanima.

—¿He hecho algo más para disgustarte?

—Has adoptado un enfoque diferente tras la muerte de Vasily —me burlo—. Dejaste claro que no estabas de acuerdo con mis prioridades. Pero nunca antes me habías desautorizado.

—¿Contándole a Sonya lo del golpe? —expresa su confusión con las manos levantadas—. Como he dicho, ella puede ser un problema si se la mantiene en la ignorancia. Ella tiene acceso a los terrenos. Es amiga de los guardias…

Me giro rápidamente.

—¿Qué significa eso? —muy tarde, revelo demasiado.

Dmitri entrecierra los ojos, inseguro de lo que acaba de ver.

—¿Sobre qué? —pregunta con cautela.

—¿Le contaste también lo de que Emma estaba confinada a los terrenos?

Él asiente.

—Sonya no entendía por qué la niña no podía salir de la finca con ella —hace una pausa—. ¿Te incomoda que tu hermana sepa cómo tratas a tu mujer y a su familia?

—Cuidado, Dmitri.

—Quizá he ido demasiado lejos.

En un tono gélido, respondo:

—Quizá.

Vasily trató brutalmente a Eva, y juré que yo no le haría lo mismo a Paige, pero aun así ella ha sufrido. Todo sin saber por qué. Puede que no haya tocado a Paige con ira, pero mental y emocionalmente, ha recibido muchos golpes.

No me importaba una mierda cuando era un medio para un fin, pero ahora, me importa.

Nuestra boda puede haber sido falsa, pero ella se ha convertido en una esposa muy real para mí. Y no estoy seguro de cuánto más puedo someter a Paige, especialmente ahora que está embarazada.

He intentado ser sincero con Paige, pero sé que sigo sin decir lo que hay que decir.

Hago un gesto hacia la barra y Dmitri se une a mí mientras sirvo dos vasos del whisky más añejo de Vasily. Podemos hablar y despejar el ambiente sin que las emociones se entierren demasiado hondo, a la espera de reaparecer como heridas supurantes.

—Sonya es más perspicaz de lo que pensaba —digo—. Me dio un buen consejo.

Levanta su copa hacia mí, y yo hacia él.

—¿Sobre qué? —pregunta.

—Sobre tener el control.

—Y ¿piensas seguir su consejo? —él se ríe y yo sonrío, asintiendo con la cabeza.

—Cada día creo que estoy más cerca de terminar lo que he empezado. Pero el final no llega.

Dmitri me mira a los ojos, sin asustarse de los hechos.

—Lo hará cuando Gerald Reyes muera.

—Y entonces sus secretos morirán con él —respondo, terminando mi bebida—. Te das cuenta de que, si yo no hubiera acogido a su familia, Igor probablemente ya lo habría hecho.

Él asiente.

—Ellos están mejor aquí, aunque no se den cuenta. Pero al final, quizás todos nos beneficiemos de la codicia de Gerald Reyes.

Lo dudo. El dinero nunca cambiará a Paige, pero el miedo si podría.

PAIGE

La lluvia golpea suavemente las ventanas del salón de baile, creando una banda sonora para nuestra conversación. Andrei y yo llevamos horas aquí, yo tumbada en uno de los nuevos sillones mientras él deambula sin rumbo mirando hacia el césped. Me alegro de volver a tenerlo para mí sola, pero me gustaría que se calmara.

—¿Sabes? —le digo medio en broma—, no se deben cometer crímenes con mal tiempo.

—Mi crimen, como tú lo llamas, no puede detenerse por el clima —sonríe Andrei débilmente.

Hago una pequeña mueca.

—Dime qué te preocupa —inquiero. Sé que algo pasó el otro día, Sonya me envió un mensaje disculpándose por el mal humor de Andrei antes de que yo notara que estaba de mal humor.

Andrei se pasa una mano por el pelo y se sienta en el sofá a mi lado. Acerco mis pies al cuerpo, como si a mi lado se sentó una pantera mal educada. Él me mira a los ojos con solemnidad y yo contengo la respiración.

—He cedido algunas funciones importantes a Dmitri. Espero sorprenderme de no tener que mantener todo y a todos bajo mi control. Sonya dice que debería hacerlo para poder pasar más tiempo contigo.

Sonrío, elogiando en silencio a Sonya por interferir.

—Confías en los hombres y mujeres de tu Bratva. Confías en que Dmitri y Natasha tomen las decisiones correctas, ¿verdad?

Una expresión contemplativa se instala en su rostro.

—Hay una forma correcta y una incorrecta. Y está la mía. A mí me gusta más la mía.

Me pregunto si esta es la norma para otras esposas Bratva, decirles a sus maridos que no controlen excesivamente sus actividades delictivas. Pero me abstengo de bromear al respecto, segura de que, si lo hago, Andrei no me hará confidencias la próxima vez.

Froto su amplia espalda reconfortantemente, aliviando los músculos tensos debajo de su camisa. Es lo único que se me ocurre hacer. Nuestras experiencias de vida nos han moldeado de forma diferente, pero quizá pueda intentar comprender sus luchas sin juzgarle. Tendré que hacerlo si quiero seguir siendo su confidente.

—Sonya puede tener razón —señalo—. No tienes que asir todo y a todos con puño de hierro. Dmitri es una elección sensata.

—Dmitri —murmura él, pero no dice nada más.

Soy su verdadera esposa, a pesar de lo que pueda creer su Bratva. No una impostora. Ya no lucho ni aprendo de mis errores en el camino. Me he ganado mi lugar al lado de Andrei. Nadie podría encontrarme defectos, especialmente Talia. Siento una sensación de victoria por todo mi duro trabajo, como si me hubieran concedido un premio simplemente por aguantar.

—Pareces satisfecha de ti misma —dice él sonriendo—, como si supieras todas las respuestas a todas las preguntas.

Me inclino hacia él y apoyo la barbilla en su fuerte hombro.

—Puede que sí.

Andrei mira hacia la ventana y algo llama su atención. Se ríe al ver a Eva corriendo bajo la lluvia hacia el laberinto, con la cabeza agachada bajo el paraguas, sin duda ansiosa por llegar al abrigo del alto seto.

Me siento un poco culpable por saber lo que sé. No puedo contarle a Andrei el secreto de Eva, o le hará daño a ella y quizá a Emma. Probablemente sea inofensivo que Eva tenga un amante secreto. No sé cómo manejar todo, pero fingir que lo sé es más fácil.

—No sé cómo manejar esto —dice él.

—¿Manejar qué? —respondo fríamente.

—La situación que hemos creado —responde—. Que yo he creado.

—No te culpo de nada —respondo suavemente—. Ya no lo hago.

—Paige, juntos encontraremos un camino —dice Andrei, tomando mi mano.

—Confiar en mí significa que tienes que contármelo todo —digo, esperando que él diga lo que quiero que diga. En lugar de eso, se calla y el muro que nos separa vuelve a levantarse lentamente.

Encuentro consuelo en el momentáneo silencio, en el suave golpeteo de la lluvia en las ventanas, la quietud de la casa, su mano cogiendo la mía y la sensación de que nos estamos convirtiendo en lo que deberíamos haber sido aquel día que subimos al altar y colocaron las coronas de oro sobre nuestras cabezas.

Pero también nos estamos convirtiendo en otra cosa. Algo peor: un marido y una mujer que se guardan secretos.

—No hemos hablado sobre mi embarazo —digo un poco demasiado alto, cambiando de tema—. Nunca te he pregunté cómo te sentías.

Su mano aprieta la mía.

—Quiero ser padre y que tú seas la madre de mi bebé.

El corazón late de alivio en mi pecho, sabiendo que Andrei no piensa en su bebé como otra de sus responsabilidades. O peor aún, como una carga. Nuestro hijo tendrá dos padres que lo quieren. Si están enamorados o no, solo puedo hablar por mí misma.

Me sube a su regazo y me besa el cuello con suavidad, pero con ganas. Le sujeto la cara, besándole con fuerza, como si todo lo que ocurre fuera mi elección, no la suya.

—Yo también puedo tomar el control —le desafío y él sonríe.

—Entonces demuéstramelo.

Las fuertes manos de Andrei recorren mi cuerpo, provocándome escalofríos mientras me tumbo encima de él. Su tacto hábil me hace jadear cuando sus manos suben más por mi cuerpo. Intento mantener el control, pero cada vez me resulta más difícil a medida que me recorren las sensaciones. Mi respiración es agitada y entrecortada, y lo único que puedo hacer es agarrarme con fuerza al sofá mientras él levanta mi vestido.

Tira de mi hacia él y mi corazón se acelera cuando sus labios se acercan a uno de mis pezones a través de la sedosa tela. Jadeando, inclino la cabeza hacia atrás de puro placer.

Me tenso al sentir su mano en mi empapado coño; entonces muerde mi demasiado sensible pezón mientras desliza dos dedos en mi humedad. Intento morder el cojín para controlar mis gritos mientras una oleada de intenso placer me atraviesa.

—¿Te gusta? —dice. Su voz es más grave, más áspera. Sus labios se clavan en mi pecho y las vibraciones de sus palabras me transmiten ondas eléctricas por todo el cuerpo.

—Sí —susurro contra el cojín, intentando contenerme para no frotarme contra su duro vientre mientras el calor que irradia me abrasa el clítoris. Levanto la cabeza y jadeo—: Mucho.

Sin embargo, aunque anhelo su contacto, una parte de mí sabe que debería resistirme. No me atrevo a admitir lo que siento por él. No hasta que sepa que las cosas han cambiado de verdad.

Los dedos de Andrei se mueven más dentro de mí mientras sigue acariciando mi pezón con los dientes. Quiero gritar, pero reprimo mis gemidos y vuelvo a enterrar la cara en el cojín. Sus dedos presionan mis pliegues, explorando y provocando mis doloridas profundidades. Trago saliva, intentando reprimir el gemido que me sube por la garganta.

Quiero que me haga venirme, pero al mismo tiempo tengo miedo de lo que pueda pasar si me entrego por completo al amor. Andrei sigue enloqueciéndome con sus firmes caricias hasta que estoy tan cerca del orgasmo que sería un crimen negarme el placer por más tiempo. Con un último empujón de sus dedos, Andrei me libera hacia un dichoso olvido.

—Sigo esperando a que tomes el control —sonríe Andrei mientras recupero el aliento.

—No sonreirás cuando lo haga —expreso, y desciendo por su duro cuerpo hasta que me siento a horcajadas sobre sus piernas. Lo miro hambrienta, asombrada por el tamaño de su erección a través del grosor de sus vaqueros.

Grito de sorpresa cuando con una mano me agarra contra su pecho y con la otra se baja los vaqueros. Miro hacia la puerta, preguntándome si nos pillarán como a dos adolescentes que se quedan solos en casa. Y no me importa.

—¿Lista? —pregunta, colocándome de nuevo sobre sus caderas.

Asiento y levanto las rodillas por encima de él. Despacio, desciendo sobre él y, con la mano firme de Andrei en mi culo, deslizo mi cuerpo lentamente sobre su rígida longitud.

Sus manos me agarran las caderas, firmes e inflexibles, mientras me pongo a horcajadas sobre él, empujando mi cuerpo ferozmente contra el suyo con cada embestida. Mi vestido húmedo se adhiere a mi pecho, donde él succionó. Noto el calor de su cuerpo mientras sus manos suben y bajan con avidez por mi culo.

Me arremango el vestido en torno a la cintura y sus manos recorren mi piel, enviando descargas a lo largo de mi carne hasta que finalmente toca mi clítoris. Con un movimiento de sus dedos, echo la cabeza hacia atrás y jadeo de placer.

—Quiero que te corras otra vez —murmura. Sus dedos se mueven cada vez más deprisa y noto que la presión aumenta en mi interior hasta que estalla en un torrente de deseo tan intenso que me cuesta recuperar el aliento.

Gimo cuando la dura polla de Andrei me llena por completo. Mantengo el ritmo, sintiendo que mi placer aumenta de forma casi insoportable. Sus dedos se mueven con precisión, incitándome hasta que grito. Arqueo la espalda y pongo los ojos en blanco mientras el deseo recorre mi tembloroso cuerpo. Mis músculos se contraen cuando otro orgasmo me desgarra, pero sigo moviéndome, empujando a Andrei más cerca de su clímax.

Jadea mientras muevo el culo, sus caderas giran hacia arriba en frenéticos empujones hasta que sus ojos se aprietan y brama de placer, sus manos me sujetan mientras me llena. Me aferro a Andrei y finalmente nos derrumbamos el uno sobre el otro, exhaustos, mientras la lluvia cae y los truenos resuenan en la lejanía.

ANDREI

SONYA ME MANDA UN MENSAJE PARA QUE NO LLEVE A PAIGE A CASA DEMASIADO PRONTO.

—Podemos evitar a la gente si salimos pronto —le explico a Paige al salir por la puerta.

Parece escéptica, pero teniendo en cuenta las locas acciones de Talia, no lo pone en duda.

He elegido un pequeño restaurante a una hora de distancia para una cena temprana, que promete un refinado menú con un ambiente romántico a juego.

Dos Rover con mis mejores hombres nos siguen detrás. Desde el día de mi boda, Seryozha se ha esforzado por caerme en gracia. Antes de salir, me asegura que nadie molestará a mi esposa.

Paige se aparta y contempla el paisaje mientras nos adentramos en el campo. Yo también permanezco en silencio, pensando en todas las cosas que han ocurrido en muy poco tiempo y que nos han unido. No puedo negar la sensación de calma que me transmite cuando hablamos de la situación. Mis manos se tensan sobre el volante. *Yo no seré como mi padre*.

Aparco el coche en Twin Mills. Antes era un molino en funcionamiento a orillas del río, ahora es un restaurante de cinco estrellas. Luce encantador, enclavado tranquilamente junto al río a pesar de mis hombres y sus Rover aparcados alrededor.

—Más tarde podemos pasear junto al río —le ofrezco mientras la ayudo a salir del coche.

—Me encantaría —responde Paige.

El tosco exterior de madera del edificio probablemente no ha cambiado mucho desde el siglo XIX, pero el interior está amueblado con un estilo maximalista y confortable. La sonriente anfitriona nos conduce a un rincón privado con vistas al agua.

Me sorprende lo guapa que está Paige con su vestidito negro. Su elegancia sin esfuerzo eclipsa a todos los demás clientes. Siempre consigue sorprenderme y me cuesta apartar la mirada de ella.

Pedimos una botella de agua con gas y dos de los platos estrella de marisco del restaurante. El mero es sencillo, pero la ejecución es impresionante, y nuestra conversación fluye sin esfuerzo. No hablamos de la Bratva. Nos entretenemos con historias de nuestras vidas antes de conocernos. A medida que avanza el día y la comida desaparece lentamente, siento que el corazón me da un vuelco que nunca antes había sentido. Entonces sé que estoy enamorado.

Pero en lugar de compartir mis pensamientos, me meto la mano en el bolsillo.

—Tengo algo para ti.

Paige vacila cuando dejo la caja de terciopelo sobre la mesa. La mira fijamente, esforzándose por mantener la sonrisa en su rostro.

—Ábrela —río suavemente—. Te gustará.

Paige me mira con calma y acerca la caja. La abre y da un grito de sorpresa; sus mejillas se sonrojan al mirarme, con los ojos abiertos de placer. Es la primera vez que la veo aceptar que la mimen tan abiertamente, y me siento bien. Parece que por fin he acertado.

Es la joya perfecta para ella, costosa pero no ostentosa. Un elegante collar de plata con un delicado colgante de zafiro en forma de lágrima. Con cuidado, le aparto el pelo y le fijo el collar detrás del cuello. El colgante descansa en su escote mientras ella coloca las yemas de los dedos sobre el zafiro. Le doy un beso en el cuello y recorro con los dedos sus hombros desnudos, sintiendo cómo se estremece al contacto.

—Eres preciosa —susurro mientras crece el calor entre nosotros—. Te quiero siempre.

—Gracias, Andrei —dice y suelta una risita avergonzada, pero la expresión de agradecimiento en su rostro me dice lo que ella está demasiado nerviosa para decir. A pesar de todo lo que ha pasado y pasará, Paige merece la pena.

EL SALÓN DE BAILE está repleto de gente y de mobiliario; muebles con estilo medio moderno hechos de madera pálida y adornos de colores llamativos llenan los huecos entre los animados invitados. Un agradable olor a hierba recién cortada entra por las puertas francesas abiertas mientras el sol se pone en el cielo.

La sala se llena de voces alegres y risas de adultos y niños. Las sillas están llenas de bolsas de regalo y papel de seda, mientras una pila de regalos para bebés, desde peluches hasta sonajeros, bodis y patucos, crece rápidamente sobre una mesa cercana.

Las damas de honor de Paige también están presentes, pero la Paige de hoy es diferente de la novia asustada que se vio obligada a caminar hacia el altar meses atrás. Parece una reina en su tumbona, y se me levanta el pecho de orgullo al verla.

Paige se ha puesto un vestido rojo de fiesta y sonríe mientras abre cada regalo con un coro de ‘ohs’ y ‘ahs’ de admiración por parte de los invitados reunidos. Los regalos para el bebé se reparten a su alrededor mientras los niños corren por la habitación, maravillados por los globos de colores y jugando los inventados juegos de fiesta. Una alegría estridente que es inusual en una reunión de la Bratva.

Evito a la entusiasta muchedumbre de mujeres que rodea a mi esposa y me sitúo en la pared opuesta con los demás hombres, que se sirven comida y bebida. La algarabía me distrae sólo un momento, cuando noto que Vanya hace todo lo posible por evitar a Sonya.

Sólo la mira furtivamente cuando ella está hablando con otro hombre y luego aparta rápidamente la vista cuando sus ojos se cruzan. Sonya parece estar radiante de felicidad mientras ríe y habla

con los demás invitados. Sin embargo, noto cierta melancolía cada vez que mira a Vanya.

—Felicidades, Andrei Vasilyevich —dice Dmitri al ponerse a mi lado y rápidamente centro mi atención en él—. La fiesta ha sido un éxito. Hasta Natasha parece contenta.

—Le han dado instrucciones estrictas de no hablar de trabajo —asiento con la cabeza.

—Entonces esperaré hasta más tarde —dice Dmitri, y sonríe satisfecho.

—¿Hay algo que debas decirme?

—Encontramos un informante dispuesto a hablarnos de Cynthia Reyes.

Finalmente, hay progreso. Por qué tomó tanto tiempo, no lo sé.

—Hablaremos después de la fiesta —señalo.

Él asiente con la cabeza y se marcha a mezclarse con los demás invitados.

De nuevo solo, observo la habitación. Natasha y Dmitri tienen mi permiso para tomarse el día libre, pero no puedo mirar a mi alrededor sin pensar en los planes que tengo en marcha.

Mi mirada se posa en Viktor y Emma, escondidos en un rincón, sentados cerca en un sofá. El chico se ha hecho demasiado amigo de mi cuñada, sus voces son bajas e íntimas. Ella le apoya la mano en la rodilla y le susurra algo al oído, lo que provoca en él una carcajada.

Viktor ha empezado a comportarse de forma diferente con Emma, le habla en tono familiar. Ella ya no se resiste a estar aquí y no se queja de pasar tiempo en su habitación. Rara vez está sola. No es que estar en su habitación sea una dificultad. Emma está suscrita a todos los servicios de *streaming* posibles, los cuales ve en su portátil y en su teléfono.

Y como si fuera un compinche, Viktor le lleva Starbucks todas las mañanas cuando llega. Madre también ha mimado a la niña con abundante maquillaje y ropa, hasta el punto de que su suite empieza a parecer un centro comercial.

Los matrimonios concertados siguen siendo comunes en la Bratva entre familias adecuadas, y estoy en mi derecho de negociar un matrimonio para Emma. Por supuesto, no con un recluta o guardia de bajo nivel, pero un marido adecuado, con conexiones, puede ser una buena solución antes de que empiecen los problemas.

—¿Por qué estás enfurruñado junto a la comida, Andrei?

Paige me rodea el cuello con los brazos y nos besamos entre los aplausos de los invitados.

—¿Estaba enfurruñado? —le respondo—. Solo estaba sumido en mis pensamientos. Me preguntaba si necesitaré una segunda casa para todos estos increíbles regalos.

Paige sonríe, contenta de que los invitados se rían de mi broma.

—Ven a cortar la tarta conmigo —me dice, agarrándome de las manos y guiándome hacia la mesa de los postres—. Después podré agradecértelo *como es debido*.

Una bulliciosa ovación se levanta cuando nos besamos de nuevo, para deleite de la fiesta. Había una vez, una extraña Paige con un peligroso secreto que ni siquiera ella conocía. Pero ahora, las

cosas han cambiado, y mi vida nunca volverá a ser la misma.

PAIGE

VESTIDA CON LYCRA Y NAILON, EMMA PASA CORRIENDO A MI LADO EN LA TERRAZA, RODEANDO la mansión con los auriculares puestos y las zapatillas deportivas. Corre por la hierba, sin molestarse en correr por uno de los numerosos senderos.

La llamo tres veces antes de darme por vencida y hacer todo lo posible por perseguirla. Llevo un vestido de punto sin mangas, no estoy vestida para esto. Al doblar la esquina hacia la entrada, por fin me ve antes de que pueda alcanzarla.

—Tenemos que hablar —le digo.

—¿Sobre qué? —pregunta recelosa, retirando sus auriculares.

—Estoy preocupada por ti —digo, recuperando mi aliento mientras ella corre en su sitio—. ¿Viktor y tú os estáis acercando demasiado?

Andrei hizo un comentario fuera de lugar anoche, una broma sobre Viktor divirtiéndose. Por desgracia, supe al instante a qué se refería.

Emma responde indignada.

—¿Eso es lo que te dicen tus espías? —me pregunta.

—No seas así, Emma —respondo con más dureza de la que me gustaría—. He visto las miradas que os echáis. Y las bromas internas, los susurros y los toques…

—¿Qué esperabas? —se detiene para gesticular salvajemente con las manos—. ¡Pasamos tiempo juntos! Es la única persona de mi edad. Aquí todos son mayores. Sólo somos amigos.

—No, no lo sois —le respondo—. Reconozco el flirteo cuando lo veo.

Me fulmina con la mirada y cruza los brazos sobre el pecho. Pero Emma ha hecho menos intentos de huir, y papá no es la única razón por la que se queda. No me echo atrás, y esta vez, gano el enfrentamiento.

Emma suspira.

—Vale, pasamos mucho tiempo juntos. Más de lo que pensaba. Es guapo y medio rudo a la vez.

Refuerzo la mirada y respondo con severidad:

—Emma, él no es como los chicos con los que vas al colegio… es peligroso.

Suspira y suelta un largo respiro.

—El padre de tu bebé no es diferente —me dice.

Deseo desesperadamente contarle a Emma la verdad sobre el dinero robado, pero sé que, si lo hago, sólo conseguiré que me interrogue más. Una vez más, me doy cuenta de que mi hermanita está creciendo, y será más difícil guiarla mientras *no me vea hacer lo que digo*.

Esto me hace echar de menos más que nunca a mamá. Aunque nunca estuvo cerca, al menos pude experimentar lo que era tener una madre durante un tiempo. Por mucho que Eva adore a Emma, no es nuestra madre. Miro al cielo en busca de fuerzas.

—Emma, no es lo mismo.

—*Tú no eres la misma* —dice ella, entrecerrando sus ojos—. Sólo serás una amateur. Hablan de ti, sabes. Dicen cosas a tus espaldas. No eres tan buena como crees.

Las palabras escuecen. Pensé que me habían impresionado. Pensé que me habían aceptado. ¿Estaban fingiendo de nuevo en mi baby shower? No lo parecía, pero recuerdo la mirada taciturna de Andrei, de pie junto a la pared, observando a todo el mundo.

Quizá ellos tenían que actuar felices por el bien de su falsa esposa, o si no.

Los ojos de Emma se abren preocupados cuando nota lo profundo que calan sus palabras.

—Paige, estás exagerando. Le gustas a la gente, especialmente a Eva y Sonya. Todo irá bien.

No, no irán bien a menos que yo haga algo. Papá es una causa perdida, pero Emma no. Y todavía tenemos una oportunidad. Antes de que corra otra vez, le agarro del brazo y la hago girar.

—Dime. ¿Has hecho algo con Viktor? —le exijo—. ¿Te ha tocado?

Emma se sonroja.

—Sólo nos hemos besado. Lo juro. Fue una vez y no volverá a ocurrir.

No le creo. Pero no tengo oportunidad de presionarla.

En ese momento, Natasha sale por la puerta principal vestida con una ajustada ropa de correr negra. Emma se lanza hacia ella con impaciencia y Natasha le regala una de sus escasas y esquivas sonrisas. Antes de que pueda volver a llamar a Emma, ambas corren por el camino hacia la puerta abierta.

Suspiro, prefiero a Emma con Natasha que con Viktor.

Me acaricio el estómago, preguntándome si estoy preparada para ser madre. Definitivamente, no estoy preparada para lidiar con una adolescente.

—Espero que la vida no sea tan complicada cuando nazcas —digo en un suspiro—. Pero probablemente si lo será, si no más.

La puerta principal vuelve a abrirse y, sonriendo, Eva me hace señas para que entre a tomar el té.

Espero que Andrei sea un buen padre, pero ¿cómo? ¿Cómo puede él enseñar a nuestro hijo a ser una buena persona entre negocios deshonestos y ordenando golpes? Andrei puede ser amable, pero su mundo nunca le dejará ir del todo.

Emma tiene razón. Este lugar me ha cambiado.

PAIGE

SIGO SIN PODER DORMIR. EMPIEZO LA NOCHE ACURRUCADA CONTRA ANDREI, CONTENTA Y SEGURA entre sus brazos. Él también quiere a nuestro bebé y se esfuerza por cumplir su promesa de ser un buen padre. La cama es acogedora y me siento querida, aunque él no me ha dicho ni una palabra. Ahora él comparte más cosas conmigo, pero yo se las oculto.

Tal vez sea esa pequeña cuña, la pequeña distancia que nos separa, lo que hace que en algún momento de la noche vuelvan a empezar las pesadillas. En lugar de los brazos de Andrei, la jaula me rodea en sueños, y tengo que decirme a mí misma que no está ahí antes de volverme loca.

Temerosa de volver a dormirme, salgo de la cama. Son casi las tres de la madrugada. Tengo horas por delante antes de que el resto de la casa despierte. Me pongo la bata, me acerco a la ventana y miro el bosque a lo lejos. Me pregunto si alguien más se habrá levantado. Siempre hay alguien despierto, vigilando para que no nos asesinen en la cama.

Ese pensamiento me produce un escalofrío. *¿Cómo puedo fingir que esta vida es normal?*

Un destello de luz aparece en el exterior y espero a ver si se repite. El garaje se ilumina durante un segundo y luego vuelve a estar oscuro. ¿Quién estará ahí fuera? Volver a la cama y meterme bajo las sábanas parece una buena idea, pero ya no me escondo de los problemas. No puedo.

La luz vuelve a encenderse y dos figuras se acercan a la puerta del garaje. Hay luz suficiente para distinguir a un hombre y a una mujer.

En segundos, corro hacia la habitación de Emma. La puerta no está cerrada y la cama está vacía. Nunca durmió en ella. *Mierda*. Le dije que no intentara salir de la propiedad. Le dije que hay gente peor ahí fuera. Me detengo cuando me doy cuenta de lo que he dicho. Andrei me dijo eso una vez. ¿Cuándo empecé a creerle?

Desactivo el código de seguridad, salgo por la puerta de la terraza y me apresuro en la oscuridad, vestida sólo con el camisón y la bata. El calor sofocante me golpea y respiro con dificultad mientras me apresuro hacia el garaje. Tengo que impedir que Emma haga lo que sea que esté haciendo. Dios, ¿y si se están teniendo sexo? Tengo que detener a mi hermana, aunque piense que le estoy arruinando la vida.

Dos pares de ojos se abren de par en par cuando abro la puerta. Emma y Viktor están juntos en el garaje, pero no es lo que yo esperaba. Viktor está sentado en un taburete con un feo corte en la frente. Hay un botiquín de primeros auxilios sobre la mesa, y Emma le está aplicando alcohol en

la herida. Él retira rápidamente su mano de la cintura de ella cuando cierro la puerta tras de mí.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —espeto.

—Nada, Paige. ¿Qué haces fuera de la cama? —contesta Emma, la primera en recuperarse.

¿Acaso me está tomando el pelo? Está curando a un recluta de la Bratva y se atreve a reclamar.

—Hice una pregunta. ¿Qué demonios está pasando aquí?

Emma se queda callada y me ignora, limpiando cuidadosamente la sangre de la fruncida frente de Viktor. Es entonces cuando me doy cuenta del estado de sus manos. Tiene los nudillos hinchados y la piel rota. Su piel está enrojecida por su sangre y por la de otra persona.

Ha estado luchando… pero ¿con quién?

Miro fijamente a Viktor y él me devuelve la mirada, culpable. Enderezo los hombros y subo el tono de voz, como haría Andrei cuando quiere algo que la otra persona no quiere hacer. Viktor no se atreverá a desobedecer mi autoridad como esposa del Pakhan.

—Contéstame.

—Nos escapamos a una fiesta —murmura él.

Casi grito, pero me contengo.

—¿Qué? ¿Dónde? ¿Están locos?

Emma se da la vuelta y me mira a la cara.

—Nos escapamos a una fiesta y hubo una pelea, Paige. Ya se acabó. Estamos en casa sanos y salvos. ¿De acuerdo?

No me gusta para nada la cara de malcriada que pone. Como sí que los haya pillado fuera culpa mía y no suya. Cruzo las manos sobre el pecho para evitar zarandearla. Ella se vuelve hacia Viktor y se niega a mirarnos a ambos a los ojos. ¿Acaso está enfadada con él por haberlo dicho?

—¿Qué fiesta? —le pregunto fríamente—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué se peleaba la gente?

Emma pone los ojos en blanco, y yo estoy a punto de ponerme furiosa cuando Viktor habla, sabiamente calmando una pelea entre hermanas.

—La de Gleb Novikov —me dice.

¿Por qué me suena? Doy un paso hacia él.

—¿De quién? —inquiero de nuevo.

—Le dispararon a su novia en la boda.

Un escalofrío se instala en mi cuello a pesar del calor. No conocía el nombre de pila del novio en la fatídica boda que me llevó hasta Andrei. Por supuesto. *Los Novikov son gente reservada*, me dijo Andrei cuando nos conocimos.

—Un amigo suyo se propasó con Emma —sigue explicando Viktor—. No quiso escuchar un no,

así que la defendí. Empezó una pelea, y pronto todos se pelearon. Saqué enseguida a Emma de allí —me mira a los ojos con una mirada más dura que la mía—. Es mi trabajo protegerla.

—¿Estás loco? ¿La llevas a escondidas a una fiesta llena de Bratva? —respondo seria—. ¿Y luego te sorprende que haya una pelea? Si quisieras protegerla, la habrías dejado aquí en casa.

—¡Paige! —espeta Emma, intenta detenerme, pero levanto la mano para silenciarla. Estoy demasiado enfadada para escuchar lloriqueos, y no me importa que ella se avergüence.

—Mi hermana tiene *dieciséis* años y la estás corrompiendo —me coloco a su lado mientras él sigue sentado en el taburete. Mi cara se tensa con un ceño fruncido—. Si te vuelvo a pillar haciendo algo con mi hermana, te mandaré a esos bosques.

No sé lo que digo ni si es una amenaza. Quizá tengo curiosidad por ver cómo reaccionaría Viktor. A él se le tuerce la mandíbula y su boca se tensa. Me mira, silencioso y pensativo, guardándose sus opiniones.

Solo entonces me doy cuenta de que tengo la mano levantada como si quisiera golpearle. Bajo mi mano, y otro recuerdo llega a mi cabeza, un recuerdo que me sacó de mi seguro lecho: *Talia*.

—Paige, ya para —dice Emma, y me mira como si fuera un monstruo—. Yo hice que me llevara. Seguí pidiéndole que me llevara. No fue su culpa. Le dije que yo iría sola si él no lo hacía. Sólo estaba allí para vigilarme. Si no fuera por Viktor, las cosas habrían sido peores.

Cojo el botiquín de la mesa y se lo pongo a Viktor entre las manos.

—Vete, y termina de curarte. Necesito hablar con mi hermana a solas.

Viktor toma el botiquín de mi mano y sale del garaje, cerrando suavemente la puerta. Emma lo mira marcharse, con su alto cuerpo encorvado tras haber sido regañado por algo de lo que probablemente no es culpable. *Pero igual, es responsable.*

Emma me mira cuando la puerta se cierra. Espero ver mal genio, pero está a punto de llorar.

—Por favor, no se lo digas a nadie, Paige —me suplica—. Viktor se meterá en muchos problemas. Él no quería llevarme, pero yo le dije que me iría sola. Lo siento. No sabía que habría una pelea. Estuvimos en una esquina todo el tiempo hasta que ese tipo se me acercó.

Quiero estrecharla entre mis brazos, pero no puedo hacerle creer que está bien lo que ha hecho. Porque cada vez que se porte mal, me sacudirá con lágrimas y súplicas.

—Emma, tenemos que tener cuidado. *No somos* como esta gente. Son asesinos y no perdonan fácilmente. Todo esto puede parecer glamuroso, pero no es una película de Hollywood en la que el bueno gana sólo por ser bueno. Esto no es un juego.

Mis palabras son sinceras, pero la mirada fría de Emma dice otra cosa: Ella cree que soy una mentirosa.

—Eres un hipócrita —espeta, mirándome de pies a cabeza—. Tu marido mafioso te viste con ropa de diseño, te envuelve en diamantes y te lleva en un Lamborghini. Pero si yo hago una cosita que quiero, está mal, y he hecho algo perverso.

—No es eso.

—¿No es eso? ¿Por qué crees que eres mejor que yo? ¿Que tú puedes con la gente mala? ¿Crees que eres una de ellos? Porque no lo eres, Paige. Sé que yo no lo soy, pero tú estás a punto de quemarte.

Contengo las lágrimas, a pesar de lo mucho que me escuecen sus palabras.

—Emma, aléjate de Viktor.

Ella no habla. Choca contra el taburete y lo agarra con los hombros tensos. En lugar de asentarlo, lo levanta y lo tira por el suelo antes de cerrar la puerta del garaje tras de sí. Por un momento me preocupa cómo va a entrar en la casa. Porque nosotras no hemos sido precisamente sigilosas. Quizás toda la casa ya nos haya oído gritarnos como gatas callejeras en un combate a muerte.

Me replanteo ir detrás de Emma para asegurarme de que entra sana y salva, pero entonces oigo pasos al otro lado de la puerta. No sé cómo explicar por qué estoy aquí, y ya es demasiado tarde para pensar en una excusa.

Natasha entra en el garaje y, con la mirada fija en la habitación, se detiene en el taburete. Me mira en camisón y sonríe.

—¿Te importa si fumo, Paige Geraldovna? —me pregunta.

—No. Pero me quedaré aquí si no te importa.

Enciende su mechero y el destello ilumina su impresionante rostro. Coge el taburete del suelo y se sienta.

—He oído un alboroto. No estarás intentando huir otra vez, ¿verdad?

Mi cuerpo se tensa hasta que ella sonríe y muy tarde me doy cuenta de que está bromeando.

—No podía dormir, así que salí a dar un paseo —señalo.

—¿Así que saliste al garaje en pantuflas? —me pregunta.

Mis hombros se hunden mientras me agarro los brazos. No tengo ningún amigo, y quizá por eso admito lo que siento.

—Las cosas empiezan a complicarse sin remedio.

—No me debes una explicación, Paige Geraldovna —dice, con tono de genuina preocupación—. Yo ya no soy tu carcelera. Puede que no quieras hablar abiertamente conmigo, pero siempre debes hablar con tu marido. No trates de manejar todo tú sola. No es tan frío como podemos imaginar. Si tienes una crisis, díselo y evita el desastre.

Asiento con la cabeza, pero no digo nada más mientras salgo del garaje.

ANDREI

—*¡Yob tvoyu mat!* ¡Debería meterte una bala en la cabeza por esto! —espeto.

Viktor está de pie ante mí, con las manos a la espalda, mostrando respeto, pero sin miedo. Sin expresión y sin miedo, como si ya se hubiera resignado a su destino.

Dmitri recorre el garaje, apretando y soltando las manos mientras Natasha mira en silencio. Me siento en una silla recta ante una mesa metálica, donde normalmente esposamos a los prisioneros y les hacemos hablar por cualquier medio. El garaje está a oscuras, salvo por una abrasadora luz sobre la cabeza de Viktor; los tres lo miramos con el corazón encogido.

—El chico nos ha deshonrado —dice Dmitri entre dientes apretados, blandiendo su pistola hacia Viktor—. Fue golpeado por miembros de la Bratva Novikov. ¡Por ese mierdecilla de Gleb Novikov! ¿El mismo puto Gleb Novikov?

—¿Por qué exactamente se abalanzaron sobre ti? —le exijo bruscamente—. ¿Estabas en su territorio?

—No, me agarraron y me llevaron a su bar —responde Viktor sin levantar la vista de sus zapatos —. Me desnudaron y se rieron de mí por no tener tatuajes. Dijeron que no era más que un farsante.

—¿Por qué?

—No lo dijeron. Simplemente me agarraron.

—Puedo notar que estás mintiendo. ¿Crees que ocultar la verdad te facilitará las cosas? —señalo. Mi voz está llena de desprecio mientras coloco mi pistola sobre la mesa.

Él duda antes de hablar, incapaz o no dispuesto a enfrentarse a mi furiosa mirada.

—¿Puedo hablar, Andrei Vasilyevich? —inquiere Viktor.

—Mírame a los ojos si quieres hablarme —le contesto.

Levanta la mirada para encontrarse con la mía, con una expresión dura como la piedra.

—Quiero ser iniciado para poder enmendar mi error. Para poder reclamar el honor de la Bratva. Y el mío.

Respiro hondo, reprimiendo mi furia por el insulto de los Novikov. Puede que Viktor fuera su presa, pero mi autoridad era su verdadero objetivo. Pero, ¿por qué? ¿Desde cuándo los Novikov han tenido un par de pelotas para hacer algo tan audaz como esto?

—No tienes honor que redimir —le digo—. No eres aún un soldado.

Viktor asiente.

—Pero quiero demostrar que merezco serlo, Andrei Vasilyevich.

Dmitri golpea el pecho del chico con su arma, y su voz es amenazadora.

—Puedes hacerlo diciéndonos la verdad. ¿Por qué te agarraron los Novikov?

Viktor se mantiene erguido, con los labios fruncidos. Ha aceptado el destino que le espera.

El teléfono de Natasha suena y la luz de su aparato se refleja en sus ojos. Levanta el teléfono para indicar que tiene que coger la llamada, y yo asiento con la cabeza, excusándola.

Vuelvo a centrar mi atención en Viktor. Una gota de sudor se desliza lentamente a un lado de su cara y yo no puedo decidir qué hacer con él. ¿Debería llevarlo al bosque y hacerle cavar su propia tumba con sus propias manos?

Le miro fijamente, recordando cuando yo tenía esa misma edad y Vasily me usaba como blanco de tiro. Las balas rozaban mi piel, y aún hoy conservo leves quemaduras de cada una de ellas. Pero nunca me acobardé. Nunca mostré debilidad.

Paige irrumpe de repente en el garaje, con los ojos muy abiertos por el miedo.

—¿Qué está pasando aquí?

Su rostro está pálido pero hermoso. Su pecho se levanta con cada respiración mientras mira fijamente la pistola de Dmitri apuntando a Viktor, y valientemente se coloca delante de Viktor como su escudo.

—¿Qué haces aquí? No deberías estar aquí —dice Dmitri, y su expresión pasa de rabia a confusión.

Dmitri ha argumentado continuamente para mantener a Paige sin saber, pero me siento obligado a hacer un punto. Él decidió por su cuenta incluir a Sonya en el funcionamiento interno de la Bratva, y ahora, yo voy a incluir a mi esposa.

—Mi mujer tiene derecho a saber lo que pasa —respondo con frialdad y me giro hacia ella—. ¿Recuerdas a los Novikov? Nos conocimos en su boda. Viktor me ha deshonrado al ser avergonzado públicamente por ellos. Y él se niega a decirme por qué lo hicieron. Por eso, debe ser castigado. Con la muerte.

El único indicio de que Paige está angustiada son sus temblorosas manos.

—Andrei, no lo hagas —suplica Paige—. Emma había desaparecido. Pensé que había vuelto a nuestra antigua casa y estaba preocupada. Le pedí a Viktor que fuera a buscarla, y luego le juré que guardaría el secreto.

Tal vez no le habría disparado a Viktor, pero lo habría enviado lejos. Pero la súplica de Paige

hace que sea más fácil cambiar de opinión y perdonar al chico sin perder un buen recluta.

Esta reunión ha demostrado que Viktor está hecho de una pasta más dura que los reclutas que suelen venir a nosotros. Así sin más, él demuestra que puede guardar tanto secretos como juramentos. Todavía puedo usarlo.

—Dale las gracias a mi mujer por perdonarte la vida —digo bruscamente.

—Gracias, Paige Geraldovna —murmura Viktor.

Ella le pone una mano en el hombro, y lo encamina hacia la puerta.

—Cuida de Emma; si lo haces, se te perdonará todo lo demás que hayas hecho mal.

¿Todo lo demás? ¿De qué está hablando ella?

—Puedes irte —le digo a Viktor, despidiéndolo con un gesto de la mano. Pero él vuelve a la mesa de metal, negándose a irse.

Le dirijo una mirada larga y apreciativa antes de decirle por fin:

—¿Qué pasa?

—Si me iniciaran, podría proteger mejor a Emma.

—Proteger a una chica no es suficiente —le digo—. Si quieres unirte a nuestras filas, debes demostrarme tu fuerza cumpliendo una misión especial.

—Cualquier cosa que necesites que haga, yo la haré.

—La Bratva Barinov valora la lealtad y el valor por encima de todo —le respondo—. Así que sea cual sea el reto que te propongamos, deberás afrontarlo sin rechistar.

—Lo haré —asiente Viktor de nuevo—. Gracias por confiar en mí. No te defraudaré, Andrei Vasilyevich. Nunca.

Natasha entra en el garaje mientras Viktor se escabulle. No se inmuta ante la presencia de Paige, que está de pie junto a un furioso Dmitri. Paige se acerca a un taburete y se deja caer en él con cansancio. La tensión de lo ocurrido empieza a agotarla.

—Todo el mundo fuera —ordeno—. Excepto mi mujer.

Espero a que Dmitri y Natasha hayan salido del garaje antes de acercarme a Paige. Me arrodillo a su lado y ella se apoya pesadamente contra mi pecho. Rodeo su tembloroso cuerpo con mis brazos y beso su suave mejilla.

—Andrei, no ibas a disparar a ese chico ¿verdad? —me dice—. Apenas es mayor que Emma.

Le respeto por ser lo suficientemente valiente como para mostrar miedo.

—Los Novikov nos han sido leales hasta ahora. Incluso si se les hubiera provocado, no habrían hecho algo así. Pero ahora se están poniendo desafiantes. Si no tomo medidas ahora, su rebelión puede desencadenar un motín —la acerco a mí y apoyo mi mano en su plano vientre.

—¿Vas a resolver la situación con los Novikov? —Paige responde en voz baja y suave, poniendo

su mano sobre la mía.

—Dmitri y Viktor vendrán conmigo —asiento con la cabeza.

—Por favor, ten cuidado, Andrei.

—¿Por qué no me dijiste que Emma había desaparecido?

Paige se aparta de mi hombro y se sienta erguida.

—Supuse que se había colado en la habitación de nuestro padre.

No me está diciendo la verdad, pero no se lo digo. Tiene que haber pasado algo más y Viktor me dará los detalles.

—Quiero ser más útil. Quizá ocuparme de las cosas de la casa —dice y hace una pausa—. Pero necesito hacer algo primero. Quiero hablar con mi padre a solas.

—Deberías —le respondo mientras la ayudo a levantarse—. Por la mañana. Por ahora, vayamos a la cama —le beso en la frente y recuerdo que no he hecho nada para ganarme su confianza.

Sigue viéndome como un criminal, no como al padre de su hijo.

PAIGE

POR LA MAÑANA, ANDREI SE QUEDA EN LA CAMA MÁS TIEMPO DE LO HABITUAL Y SU MANO SE posa en mi vientre. Me pregunto si puede sentir el corazón martilleándome salvajemente en el pecho.

Anoche, el pánico inundó mis venas cuando Natasha me dijo que Andrei estaba interrogando a Viktor, y corrí al garaje. Cuando entré, Dmitri tenía una pistola apuntando al chico. *¿Qué habría pasado si yo no hubiera ido?*

Salgo de la cama en un santiamén y me dirijo al baño para vestirme. Antes de cerrar la puerta, miro a Andrei y sus ojos están abiertos, mirándome. Cierro la puerta de un golpe y me visto en unos minutos.

—Te acompaño —dice Andrei, levantándose de la cama. Su teléfono suena—. Dame un minuto.

Sacudo la cabeza y corro hacia la puerta.

—Puedo arreglármelas. Es mi padre.

—Vale —luce preocupado—. Pero estás pálida. Es por eso. Bajaré más tarde.

—Estaré bien —digo y salgo corriendo de nuestra suite como si mis secretos me persiguieran.

Ya sola en el pasillo, me detengo y apoyo la espalda contra la pared, cerrando los ojos. Andrei debe saber que anoche mentí. Lo siento. Todos lo saben. Natasha se hurgaba los puños de la camisa, negándose a mirarme. Dmitri esbozaba una pequeña sonrisa y la nuez de Adán de Viktor subía y bajaba mientras tragaba saliva con nerviosismo.

Y Andrei…

Vi un destello de algo que parecía alivio en su rostro. ¿Podría ser que el mentía, que no tenía intención de disparar al chico? En silencio, deseé que fuera cierto. Habría sido demasiado cruel, incluso para él. Viktor sólo cometió un estúpido error, como haría cualquier otro chico en sus circunstancias.

Y si hubiera sido nuestro hijo, enfrentado a su padre, ¿Andrei, habría tomado una decisión difícil? Bloqueo esa imagen de mi mente y abro la puerta de la habitación de mi padre.

—Pueden retirarse.

Inessa me mira desde la puerta abierta. Vacila, quizá preguntándose si está bien que yo esté allí, y luego sale en silencio de la habitación.

La cama parece grande e imponente, engullendo el frágil cuerpo de mi padre. Las máquinas que hay junto a la cama zumban suavemente y su pitido es el único indicio de que sigue vivo. Me acerco para verlo mejor y se me hace un nudo en el estómago al verlo oculto bajo las pesadas mantas a pesar del calor del verano. Se me hace un nudo en la garganta, esperando cualquier señal de vida, cuando sus ojos se abren de repente.

Recupero el aliento.

Por fin me dejan hablar con mi padre a solas, y la visión de su rostro devastado por la quimioterapia me retuerce el corazón. Sé que Andrei está haciendo lo correcto al proporcionarle tratamiento, pero también me doy cuenta de que mi padre sufre.

Me siento en una silla que está cerca de la cama y apoyo las manos en mi regazo.

—Papá, ¿estás despierto?

Él empieza a toser, y yo me levanto inmediatamente, frotándole la espalda hasta que se le pasa el ataque de tos.

—Eleva un poco la cama —jadea él. Cuando está lo más cómodo posible, abre los ojos por completo y me sonríe con desgana.

—¿Quieres algo, papá?

—Me gustaría escuchar música —responde—. A la enfermera no le gusta mi gusto. La apaga cada vez que cierro los ojos, alegando que debería descansar.

Le hablo al altavoz para que ponga ‘yacht rock’. Inmediatamente empieza a sonar ‘*What a Fool Believes*’ (Lo que un tonto cree) de Michael McDonald. Sonrío taciturna ante la ironía, como si la canción fuera una advertencia, como sugiriendo que despierte a los hechos que me rodean y deje de ser una tonta.

—Así está mejor —dice él. Su dolor parece disminuir mientras suspira, complacido de escuchar su música favorita.

—Sé que esto no es lo que querías —mis palabras no son fáciles de decir—. Pero espero que al menos estés cómodo.

—Quiero morir, Paige —sus palabras cuelgan en el aire y se adhieren a mí con tanta fuerza como mi culpa.

—¿Tanto te duele, Papá? —pregunto tímidamente.

—No es el dolor. Son los recuerdos. Es lo que sé. Quiero llevármelo a la tumba, pero tu marido está empeñado en mantenerme vivo —escupe la palabra *marido* como si fuera una maldición.

—Lo siento. Es culpa mía que estés aquí.

Su risa me sobresalta.

—Esto no tiene nada que ver contigo, Paige.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Esto empezó hace mucho tiempo —continúa él—. No todo fue codicia. Esta gente vivía como la realeza, pero yo, un hombre honrado, apenas podía mantener un techo sobre la cabeza de mi familia. Necesitaba el dinero para pagar el alquiler. Y luego el coche necesitaba reparaciones. Y entonces me obsesioné con ver crecer los números de mis cuentas.

¿Cuentas? ¿Cuánto dinero robó él realmente?

—Pero alguien se dio cuenta, ¿no? —pregunto, ansiosa por saber más.

—¿Acaso puede alguien tener alguna vez suficiente dinero? —pregunta con una sonrisa irónica —. La respuesta es no. Es como una droga. Algo que tienes que poseer. Miles de millones que no se pueden gastar en toda una vida. No son las cosas que podrías comprar. Es el dinero en sí mismo. El poder de tener más.

Los ojos nublados de mi padre me absorben. O más bien, el obsceno diamante de mi dedo. Coloco mi mano sobre él, cubriendo infantilmente mi alianza, pero esa acción sólo coloca, al frente y al centro, mis anillos de oro en mi otra mano a la vista.

El matrimonio es falso.

He sido una tonta. Engañada por mi padre, y ahora, por mi criminal marido. No soy una reina. Nunca lo fui. Solo soy un peón en el juego que estos dos hombres han estado jugando, con mi vida. Bastardos.

—Escondiste el dinero, ¿verdad, Papá? —Mi voz es suave, ocultando las emociones que se agitan en mi interior.

Él se ríe suavemente.

—Ellos recuperaron parte, pero no todo. Ni cerca. Emma y tú os quedaréis con el resto. Tu madre habría recibido su parte si no se hubiera marchado.

Me trago mi rabia.

—¿*Mamá* sabía dónde estaba escondido el dinero? —inquiero.

—Ella no sabía dónde, pero ella quería que lo devolviera —responde—. Pensó que si lo hacía nos mantendría a salvo, pero me habrían matado si lo devolvía. Y si yo moría, Dios sabe lo que les pasaría a ustedes tres. Yo era un cobarde entonces. No quería morir.

—Pero ahora sí quieres hacerlo —le digo suavemente.

Mi mundo se hace añicos. Papá no es el hombre honesto y honrado al que admiré toda mi vida. Es un ladrón. Un monstruo igual que Andrei y los demás. Aunque mantengo la esperanza de que todavía es un ladrón honorable. Que lo hizo por nosotras, pero fue demasiado lejos.

Pero de alguna manera, siento que él todavía me oculta algo. Sigue queriendo que le mire como siempre le he mirado: como el padre que estuvo a nuestro lado y no como el monstruo que destruyó nuestra familia.

—¿Alguien más lo sabe? —inquiero suavemente. Espero a que confirme mis sospechas y diga el

nombre de mi marido. Que me cuente el plan de Andrei para mí, si sobrevivo a esta pesadilla.

No contesta y canta suavemente al ritmo de la música mientras pierde lentamente el conocimiento. Mi ira aumenta al ver a papá encontrar una paz que nos eludirá a Emma y a mí una vez que nos deje atrás.

No puede irse antes de que le diga lo que siento de verdad.

—Ya ni siquiera te conozco —digo llorando—. ¿Cómo has podido hacernos esto? Yo creía que nos querías. Pero eres peor ladrón que los ladrones a los que robaste.

Las palabras parecen despertar a papá, que delira por los efectos de la quimio. Me planteo llamar a la enfermera, pero decido ocuparme yo misma de él. Soy una tonta, me usan siempre. Debería salir de esta habitación y no volver a verle, pero no puedo. En el fondo, espero que papá me diga algo que me haga volver a creer en él.

Alargo la mano para tomar la de él y es entonces cuando vuelve a despertarse. Pero la expresión de su rostro se endurece y el padre que conocí, el que amé, desaparece.

En su lugar está el hombre que solía ser para las Bratva.

—Tú —dice y sus ojos brillan de rabia mientras me agarra de la muñeca—. Zorra.

—Papá —su agarre es más fuerte de lo que debería ser para un hombre en su lecho de muerte—. Me haces daño.

Su rostro se transforma en una máscara sádica y me mira con asco. Ante mis ojos, mi apacible padre se convierte en una persona que no conozco. La tensión en mi muñeca aumenta.

—¡Puta! ¡Zorra! Tú *querías* que pasara. ¿Por qué acudiste a tu sobrino? ¿Por qué tuviste que decirle nada? Podríamos haberlo tenido todo, pero tenías que abrir tu puta bocaza.

Jadeo con horror. *Él cree que soy mamá…*

Y por mucho que este cambio me asuste, es una oportunidad para mí de saber la verdad.

La verdad real.

La que mató a mamá.

La que él aún me oculta.

—¿Decirle qué, Gerald? —pregunto, haciendo lo posible por imitar la voz de mi madre.

Él sigue apretando mi muñeca fuertemente.

—No deberías haberle dicho a Kenney que esos cabrones te tocaron. No deberías haberle dicho que te follaron. ¿Pensaste que él podría ayudar? ¿Un policía contra los Bratva?

—Gerald —suplico—, me lo debes. Lo hice por ti y por las chicas. ¿Dónde escondiste el dinero?

—Maldita puta cazafortunas, yo te oí ahí dentro. En *nuestro* lecho matrimonial —me mira fijamente con intenso odio—. Eso es todo lo que te importa. *Mi dinero*. Se lo dejaré a las chicas, pero a ti no te daré ni un puto céntimo. Ese dinero es mío, no tuyo. ¿Quieres ese dinero?

¡Gánatelo como la puta que eres!

—Eres mi esposo —digo las palabras que mamá le dijo tantas veces. Pero las siguientes palabras son de las dos—. Es como si ya no te conociera.

—Nunca me conociste —mi padre me mira con intenso odio, haciendo que se me erice la piel de miedo—. Sólo conociste a Gerald Reyes, el patético contable que podía mantenerlas. Nunca conociste la versión de mí que realmente significó algo en su vida.

—¿Y quién sería ese? —pregunto.

—Sava Khodemchuk.

Su agarre disminuye hasta que por fin puedo retirar mi mano de la suya.

Miro fijamente a esta persona arruinada. Él me crio, rio conmigo, lloró conmigo. Pero ya no le reconozco. La máscara que él llevó durante toda mi vida, ha caído, y todo lo que veo es un villano del que no puedo huir.

Fue mi Padre. Una expresión apacible sustituye a la vileza de su rostro mientras se duerme y empieza a murmurar la letra de ‘Minute by Minute’ de The Doobie Brothers.

¿Siempre ha sido así? ¿Me ha estado mintiendo toda la vida?

PAIGE

ME ALEJO LENTAMENTE DE LA CAMA, COMO SI MI PADRE FUERA A LEVANTARSE DE ELLA Y perseguirme. No le quito los ojos de encima mientras busco con la mano el pomo de la puerta y, con un movimiento rápido, vuelvo al pasillo vacío. Todo mi cuerpo empieza a temblar mientras ordeno mis pensamientos dispersos.

—¿Paige?

La voz de Andrei me hace dar un respingo, y no puedo disimular rápidamente mis agitados nervios. Me coge de la mano e intenta abrazarme, pero yo me alejo. Apoyada contra la pared, apoyo la frente en el duro muro.

—Lo siento, pero sentí claustrofóbica —le explico.

Andrei frunce el ceño, preocupado.

—Me preocupaba que vieras a tu padre a solas —me dice, limpiando las lágrimas de mi cara con los pulgares mientras me sujeta el rostro con suavidad. Me siento entumecida. Puedo salir por la puerta principal, pero sigo atrapada en una trampa.

Miro a Andrei a la cara y no sé qué pensar. Es un experto en enmascarar sus emociones, así que para que luzca preocupado, debe importarle, pero ¿qué le preocupa? ¿Todo esto es por su dinero? ¿O es por su heredero? ¿Alguna vez me amó?

¿Es alguno de todos estos?

Andrei abre la puerta de golpe. Y mientras estamos allí, la música de la habitación de papá llega hasta el pasillo. Estamos perdidos en este solitario juego. Estamos perdidos en una mascarada.

Paso junto a él y cierro la puerta, silenciando la música. No quiero saber dónde está ese dinero. Se llevó la vida de mi madre y ahora está arruinando la mía. ¿Acaso acabaré abandonando a mi hijo para salvarlo como hizo ella? Abrumada por mis sospechas, sollozo entre mis manos.

Andrei me abraza, y esta vez no me resisto. Su apuesto rostro destila una fuerte presencia, con una expresión que transmite a la vez confianza y amabilidad. ¿O es lástima?

Cierro los ojos y me dejo llevar por su fuerte cuerpo. Huele a una mezcla de colonia con el calor de su piel, una combinación relajante que alivia mi dolor de cabeza. Su cuerpo es fuerte, y su traje es caro y suave contra mi mejilla. Sus hombros son como el acero bajo las yemas de mis

dedos cuando alzo la mano y toco su espesa cabellera.

Sollozo con más fuerza. ¿Por qué Andrei? ¿Por qué me enamoré de él? Supe desde el principio lo que él era, pero caí de todos modos. ¿Soy superficial y codiciosa como mi padre por tener las cosas que nunca tuve pero que secretamente deseaba? ¿Desesperada por encontrar a alguien que cuide de mí?

Maldita puta cazafortunas. Las amargas palabras de mi padre resuenan en mi cabeza.

Andrei me levanta en brazos y me abraza con ternura. Entierro mi cara llena de lágrimas en su cuello y me dejo abrazar. Por un momento, renuncio a ser la justa, la que hace lo respetable. No puedo irme de aquí. No puedo dejarle. Una vez quise, pero ahora, siempre perteneceré a él.

—Tal vez deberías acostarte —dice él—. ¿Has comido hoy?

—Estaré bien —contesto, mi voz se quiebra—. Todo irá bien.

—Sí, después de que descanses —acepta Andrei, él no entiende lo que quiero decir mientras me sube a nuestra suite. Con cuidado, me coloca en la cama como si fuera una de las pequeñas figuras Dresden que Eva tiene en sus habitaciones.

Me agarro a su chaqueta, impidiendo que se vaya.

—Hazme olvidar —susurro—, acuéstate conmigo.

—Paige, necesitas descansar —dice él, negando con la cabeza.

—¡No! —espeto, sacudiendo mi cabeza—. Te necesito a ti. Necesito que me ayudes a olvidar.

—¿Olvidar qué? —pregunta solemnemente—. ¿Olvidar lo que yo te he hecho?

Me agarro más fuerte a su chaqueta, pero no puedo decirlo. No puedo decirle la verdad a Andrei. En lugar de eso, lo atraigo hacia mí, susurrándole.

—Úsame —le suplico—, hazme sentir algo de nuevo.

Una palabra especial de Andrei me haría recuperar el control. En lugar de eso, su boca presiona la mía, y yo respondo con avidez, atrayéndolo encima de mí.

ANDREI

NUNCA HABÍA VISTO A PAIGE TAN ATORMENTADA, NI SIQUIERA CUANDO FUE MI PRISIONERA encerrada en una habitación. No estoy seguro de lo que pasó con su padre. Cuando la enfermera me dijo que Paige la había echado, era demasiado tarde para intervenir. Demasiado tarde para protegerla.

Gerald debe haberle dicho algo que no debía. ¿Debería exigirle saber lo que él dijo? Ahora no. Puedo mirarla y saber que Paige ya ha sufrido bastante. ¿Cuánto más puede soportar?

Me besa hambrienta, sin dejarme bajar de la cama. Le devuelvo los besos, aumentando la intensidad con cada uno. Sé que necesita descansar, pero mi deseo nubla mi juicio mientras me cierno sobre ella.

—No te contengas —me murmura.

Paige se aparta el vestido, dejando al descubierto lentamente su escaso sujetador de encaje y luego su tentador cuerpo lleno de curvas. El tacto en su suave piel me hace olvidar la mierda con la que tengo que lidiar cada día cuando estoy lejos de ella.

Su mano recorre mi espalda por encima de mi camisa de crujiente algodón; sus dedos siguen las líneas de mis músculos y su tacto me tranquiliza. Me hace olvidar el odio que siento por mis enemigos.

Le beso suavemente, pero ella aparta la cara y maniobra los botones de mi camisa.

—Por favor —me suplica Paige.

Nuestras ropas se van amontonando en el suelo y yo deseo su cuerpo desnudo, acercándolo al mío. Sus adorables curvas sostendrán a mi hijo y, más tarde, lo amamantarán. Mi erección se pone rígida y dura mientras estrecho su exquisita figura entre mis brazos, chupando y lamiendo su piel desnuda.

Paige gime, aprieta sus pechos contra mí y rodea mi cintura con sus piernas. Cae de espaldas sobre la cama e intenta arrastrarme con ella. Cuando no la sigo, abre las piernas de par en par y sin pudor coloca la mano entre sus piernas y se acaricia. Empapando sus dedos hasta que brillan con su humedad, y me suplica de nuevo que la folle.

—Por favor —su cuerpo tiembla con una urgencia que no comprendo. Cuando nos peleamos, me mira como si fuera el último hombre que ella quisiera. Entonces me burlo de ella para que me

deje, pero no me atrevo a preguntarle si quiere irse.

Jadeando, me subo sobre ella y me coloco en posición. Está deliciosamente mojada y me deslizo dentro de ella, abriéndola. La penetro con mi polla hasta que ya no puedo ir más allá. Pierdo el aliento por su estrechez y sigo empujando mientras sus pies se cierran en mi espalda.

Paige gime desesperada de placer mientras levanta sus caderas hacia las mías, pero esto es diferente de lo que conozco. Hay una desesperación en ella que nunca había visto antes.

—Por favor —gime, moviendo su cabeza de un lado a otro—. Fóllame, Andrei. Fóllame tan fuerte como puedas. Hazme gritar. Haz lo que quieras conmigo. Sólo fóllame.

Intento contenerme, pero cada vez que me alejo, ella se aprieta más a mi alrededor. Me contengo, negándome a darle lo que me pide.

Todo mi cuerpo tiembla por la fuerza del esfuerzo. Sus pechos se agitan con cada fuerte embestida. Nuestro sexo se vuelve primitivo: gruñidos, gemidos y nada de vergüenza. Me inclino, atrapo su pezón con la boca y chupo con fuerza. Sus manos agarran mi cabeza y sus uñas pinchan mi cuero cabelludo. Su expresión es voraz; sus ojos desorbitados se clavan en los míos mientras su boca se retuerce con cada embestida en sus dulces profundidades.

¿Le estoy lastimando? ¿Qué ha provocado esto? ¿Un deseo desesperado que hierve a fuego lento bajo la superficie? ¿Una chispa de lo que tuvimos cuando nos conocimos? Sea lo que sea, su cuerpo tiembla de necesidad y sus ojos me suplican por más. Deslizo mi mano entre nosotros y mis dedos bajan hasta rodear su hinchado clítoris. Ella gime y su rostro se tuerce, pero no me dice que pare.

Siento cómo sus músculos se contraen, castigando mi polla, y empujo más adentro mientras saboreo su boca. El calor aumenta en mi interior mientras mantengo el ritmo.

De repente, abre mucho los ojos y respira entrecortadamente. Jadea rápidamente y todo su cuerpo vibra. Me paralizo, temiendo haber ido demasiado lejos. ¿He sido demasiado brusco? ¿He vuelto a pensar sólo en mí? Sus ojos brillantes se llenan de lágrimas.

Se muerde el labio y pregunta:

—¿Me deseas?

—Por supuesto —respondo con una confusión que raya en la frustración.

Agarra mi mano y la saca de entre nosotros, entonces mueve sus caderas fuertemente contra mí. El cabecero cruje al chocar contra la pared. Mis gemidos se vuelven guturales mientras ella se aferra a mí. Mueve las caderas a un ritmo entrecortado mientras yo inclino la pelvis y me froto contra su clítoris.

Su orgasmo recorre su cuerpo a medida que nuestros cuerpos se mueven descuidadamente y Paige se acerca al límite. Entonces grita, un grito profundo y desgarrador que parece arrancado de su interior, mientras su cuerpo tiembla por las oleadas de liberación. Agarra una almohada y se la pone sobre la cara, ocultando sus emociones a mis ojos. Se balancea contra ella y suelta un aullido.

Me mira, sus ojos están duros, como mi corazón.

—¿Cuánto me deseas? —me pregunta.

—Con cada fibra de mi ser.

—Mentiroso —su mirada gélida podría haberme destrozado el corazón, si yo lo tuviera—. Demuéstramelo. Fóllame como si lo dijeras en serio.

Me meto entre sus piernas y la aprisiono contra la cama. Su cuerpo se siente suave bajo el mío, su aliento está caliente contra mi oreja mientras separo más sus piernas. Paige intenta levantarse de la cama, pero la agarro por el pelo y atraigo su boca hacia la mía. Me golpea el pecho con los puños mientras forcejea, pero pronto me devuelve ávida los besos. Me agarra por los hombros y tira de mi hacia ella.

—Te dije que me usaras, así que úsame —sus manos golpean mis hombros con frustración—. ¡Fóllame como un hombre!

Pero no lo hago. Tengo miedo de lastimarla si pierdo el control. Se agarra a mí con fuerza mientras nos movemos juntos. La sensación aumenta hasta que la siento temblar debajo de mí. Le agarro por su redondo culo y la levanto con cada embestida, acercándonos al inevitable clímax. Noto la expectación en su cuerpo cuando llego al clímax, entierro mi boca en su pelo y gruño. Continúo hasta que ella se aprieta más a mí y me suelta con un tembloroso grito cuando pierdo mi último y tenue control.

Cuando nos separamos, ella se envuelve en la sábana y se aleja de mí sin decir nada más.

Jadeando, me desplomo sobre la cama. La miro, pero ella me ignora con toda su concentración.

¿Qué demonios ha provocado esto?

PAIGE

DORMIMOS EN LADOS OPUESTOS DE LA CAMA Y, CUANDO LLEGA LA MAÑANA, ANDREI SE LEVANTA temprano mientras yo me quedo en la cama, echándole la culpa al bebé. Eventualmente, me siento junto a la ventana, mirando el césped, pero no asimilo nada. El corazón se me acelera mientras mis uñas se clavan en las palmas de las manos.

Ayer, cuando estábamos en la cama, pensé que Andrei lo diría. Hubo momentos en los que creí ver amor en sus ojos mientras me miraba. Yo quería que perdiera el control y lo dijera. Quería que me dijera que me amaba, aunque fuera mentira.

En lugar de eso, él solo hizo todo lo que le pedí. Le exigí que cruzara la línea, y lo hizo.

Un suave golpecito en la puerta me saca de mis pensamientos, y Emma la abre lentamente, asomándose.

—Pasa —le digo—. Hablemos.

La expresión tímida de su rostro es sustituida por una de espanto cuando entra en la habitación.

—La criada me ha dicho que seguías en la cama, así que he subido a ver cómo estabas —dice y mira a su alrededor—. Nunca había estado aquí —Emma se sienta en un sillón cerca de mí—. No me importaría quedarme así.

Frunzo el ceño.

—Es una broma, Paige.

—¿Se ha llevado Andrei a Viktor con él esta mañana? —pregunto, sólo para confirmar mis sospechas.

Ella asiente.

—Él… Viktor no quiso hablar de ello. No es que deba —se apresura a añadir—. Yo no me meto en sus asuntos.

—Emma, yo debería haber evitado que ustedes dos se acercaran.

—No otra vez, Paige —dice y pone los ojos en blanco, totalmente recuperada de nuestra última charla—. Sólo he subido para ver cómo estabas —añade y empieza a levantarse.

—Siéntate —la atajo y la miro fijamente hasta que ella vuelve a sentarse—. No quiero que te lastimen. Y voy a seguir recordándotelo hasta que lo comprendas, ¿me entiendes?

—Lo entiendo, Paige —se cruza de brazos—. Ellos son gente peligrosa, y nosotras no. Puedo salir lastimada.

Le sostengo la mirada, mi voz severa y desesperada al mismo tiempo.

—Podrías morir —espeto.

Emma se muerde nerviosamente el labio inferior.

—Natasha me está enseñando a disparar.

—¿Tienes idea de lo que hace Natasha? —pregunto con incredulidad—. Ella mata gente, Emma. Es su trabajo.

Murmurando, Emma empuja la puntera de su zapatilla en la alfombra.

—Ya lo sé. Tu amiga mata a la gente que tu marido quiere que desaparezca.

Me enfurezco y tiro la taza de café contra la ventana. El líquido caliente rueda por el cristal, pero este no se rompe. Emma se queda mirando y la taza rota se esparce por el suelo. Sus ojos se tiñen de preocupación, pero guarda silencio.

¿Es así como me veía ayer?

—¿Sabes por qué no se rompió la ventana? —no espero su respuesta sarcástica, y sigo—. Es a prueba de balas. Esto no es un hogar, Emma. Es una fortaleza para mantener a la gente tanto fuera como dentro. La Bratva quiere algo de nosotros, ¿qué pasará cuando no podamos dárselo?

Los ojos de Emma se abren de par en par mientras se agarra con fuerza a los reposabrazos de su silla.

—¿Qué quieren ellos, Paige? —susurra.

—No puedo decírtelo porque no lo entiendo del todo. Te lo juro, Emma. Pero da gracias de no saber nada. Tu ignorancia podría ser lo que te salve.

Emma aparta la mirada, su respiración es intensa mientras una lágrima resbala por su mejilla.

—Paige… ¿qué ha pasado?

—Emma —extiendo mi mano hacia ella, pero salta de la silla como si yo fuera una araña intentando atraparla en su tela—. Emma, te prometo que te protegeré.

—¡Pero no puedes! —me grita—. ¿Quién mató a mamá, Paige?

Sacudo la cabeza.

—No lo sé —respondo en voz baja.

—¿Por qué no puedes preguntarle a tu marido? —su voz se hace más fuerte—. Él tiene que saberlo, Paige. Tiene que saberlo.

Los dos nos sobresaltamos cuando se abre la puerta del dormitorio y aparece Andrei. Utilizó las escaleras secretas para entrar en nuestra suite, algo de lo que Emma no sabía nada. Emma y yo estuvimos unidas una vez, pero siento que la distancia crece entre nosotras cuando ella sale corriendo de la habitación.

Quiero impedir que corra hacia Viktor, pero me paralizo al ver el desaliñado estado de Andrei. Tiene la chaqueta rota, le falta la corbata y lleva la camisa abierta hasta la cintura. Tiene un moratón en la mejilla y sangre en los labios. Corro hacia él, pero me detengo cuando levanta la mano.

—¿Qué ha pasado, Andrei? ¿*Te has peleado*? —me encojo ante mi pregunta obvia, pero él no me lanza una mirada mordaz. Solo entra en el dormitorio y se quita con cuidado la chaqueta hecha jirones. Los puños de su camisa blanca están manchados de sangre.

—Andrei, ¿qué ha pasado? —le suplico.

Pero él sigue sin responder mientras se despoja con cautela del resto de su ropa, sucia y rota.

—Estoy molesta —le explico desesperada—. Porque nunca te había visto así.

—¿Así cómo? ¿Golpeado? —su mirada se estrecha, oscureciéndose con cada palabra—. Mis oponentes tienen peor aspecto que yo, querida. ¿Eso te hace sentir mejor? —retira su camiseta y su cuerpo sigue luciendo sólido y fuerte. Su piel tiene algunas marcas, y me alivia que sus heridas sean sólo superficiales.

Pero la amargura de su tono y su desprecio por mis sentimientos no hacen más que aumentar mi ira.

—Lo que haces afecta a nuestro hijo, Andrei. Tengo derecho a saber qué ha pasado —digo.

Deja de desvestirse y se queda mirándome fijamente hasta que me estremezco.

—Entonces, ¿por qué me ocultaste tu embarazo? —inquiere.

Trago saliva, pero no contesto.

Él se burla.

—¿Planeabas irte con mi hijo? Sabes que nunca lo permitiría ¿verdad?

Mi voz encuentra fuerza.

—¿Por eso no fuiste duro conmigo anoche? ¿Por el bebé? Significa él más para ti que para mí.

Su boca se tuerce y frunce el ceño.

—Nuestro bebé es importante para los dos.

Trago saliva, sabiendo que es la verdad. El bebé nos mantendrá unidos hasta que nazca, aunque no creo que Andrei desee nada más de mí aparte de su dinero robado y nuestro hijo nonato.

—¿Está Viktor a salvo? —pregunto, cambiando de tema.

Me mira con un destello peligroso en los ojos.

—¿Te preocupa que lo haya matado?

Niego enérgicamente con la cabeza, esperando que esté bromeando.

Entonces, Andrei se explica:

—Igor Karamazov asistió a la reunión privada que organicé con los Novikov. Dijo que sólo era un mediador y que no tenía nada que ver con la masacre de la boda. Nos peleamos después de que yo me negara a creerle.

—Eso fue una imprudencia —le digo—, ¿y si te hubieran matado?

—Entonces serías libre.

—Eso no es lo que quiero —respondo—, ya no.

—¿Por qué has cambiado de opinión? ¿Es por el bebé? —sonríe con sarcasmo—. Serías una viuda rica si mis enemigos me atrapan.

Me estremezco, pero no discuto. Que piense lo que quiera. No voy a confesar cuánto han cambiado mis sentimientos, pero temo que mi mirada ansiosa me delate. De pie frente a mí, en calzoncillos, su cuerpo está en forma y es poderoso como un guerrero, pero grácil, sin la musculatura hiper desarrollada que caracteriza a la mayoría de sus guardias. Andrei es firme, hábil y más peligroso por ello.

Empiezo a alejarme de él, pero entonces me aprisiona contra el marco de la puerta del baño. Su erección, caliente y dura, me aprieta el cuerpo mientras sus manos empiezan a tirar de mi ropa.

—No —dice—, tú lo pediste y ahora lo tendrás.

PAIGE

Huelo el sudor de Andrei y veo la sangre ungida en su brillante piel. Me excita saber lo que ha hecho, aunque diga odiarlo. Tiene el efecto contrario: su piel sudorosa y ensangrentada toca la mía y funciona como un afrodisíaco.

Andrei tira de mis caderas contra su pelvis y yo me relajo, deseando que vaya más lejos. Desliza sus grandes manos por mis caderas hasta que sujeta firmemente la curva de mi culo. Andrei me levanta e, instintivamente, rodeo su cintura con mis piernas y sus hombros con mis brazos.

—Cuidado con el moratón —le susurro mirándole a los ojos—. No quiero lastimarte.

Él sonríe cruelmente.

—No puedes hacerme daño, aunque lo intentes.

Andrei me lleva fácilmente al dormitorio, y sus duros músculos me hacen sentir femenina. Me baja sobre la cama y se coloca sobre mí, con sus enormes brazos aprisionándome bajo él. Su intensa mirada recorre mi cuerpo y me siento desnuda a pesar de la camiseta y los leggins de punto. La excitación aumenta mi expectación mientras espero su próximo movimiento.

A pesar de mis dudas sobre lo nuestro, mi cuerpo responde de buen grado a la sexy visión de él sobre mí. Intento mantenerme quieta, pero la excitación me humedece el coño y empiezo a retorcerme. Mi mirada permanece clavada en la suya mientras mi pecho sube y baja en mi fina camiseta. Ahora mismo, no estoy en condiciones de negarle nada a mi marido.

Y lo más jodido es que no quiero negarle nada.

Andrei se inclina para besarme. Pero se mueve un poco y me dibuja una línea en el cuello con la punta de su nariz. Aspira el aroma del jabón de limón y el sudor de mi piel. Inclino la cabeza hacia atrás y gimo cuando su boca toca la sensible piel de la base.

—Percibo tu aroma —me susurra—. Me dan ganas de devorarte.

Me pellizca el cuello y siento escalofríos. Me quito la camiseta, me desabrocho el sujetador y los tiro al suelo. Su mano acaricia mi pecho mientras baja su boca hacia mi pezón. Me muevo debajo de él, y la excitación me hincha el coño con cada contoneo de mis caderas.

Mis dedos se aferran a sus anchos hombros, sintiendo la suave textura de su piel y los tendinosos músculos que hay debajo. Mis manos se deslizan hasta su espesa cabellera y hundo los dedos en

ella. Mis fuertes suspiros me piden más mientras separo los muslos.

Andrei se arrodilla junto a la cama y su boca baja hasta mi cintura. Mete sus manos por los leggins y me los baja. Jadeo cuando me da un beso fuerte bajo el ombligo. Levanto las caderas y me contoneo cuando me quita los leggins de un tirón, llevándose también las bragas.

Andrei se levanta y se eleva sobre mi cuerpo desnudo. El bulto de su bóxer es grande y pesado, presionando contra la fina tela. Sonríe y me mira, indefensa y dispuesta. Veo cómo se quita los calzoncillos y abre más mis piernas, exponiendo lo empapada que estoy.

—De rodillas —su voz es más grave—, muéstrame tu precioso culo.

Me sorprende oír a Andrei hablar así. Sólo habla con rudeza cuando amenaza a un rival con hacerle daño. Pero no me sorprende tanto como para desanimarme, no con esa hambrienta mirada en sus ojos.

Me hace sentir sexy y dispuesta a montar un espectáculo para él. Sin dejar de mirarle, me pongo a cuatro patas, levanto el culo y le miro por encima del hombro con ojos sugerentes.

Su mano recorre mi cuerpo desnudo y se detiene en mi culo. Chillo cuando me azota una vez y luego me da un posesivo apretón en la nalga. Es tan grosero, pero me mojo más así.

Recupero el aliento y siento cómo mete dos dedos en mi empapado coño. El acto endereza mi espalda mientras él bombea en mi interior con sus dedos. Andrei me hace jadear mientras meneo el culo, simulando que es su polla la que está dentro de mí.

—Buena chica —gruñe él.

Tardé un tiempo en darme cuenta de que tengo que actuar como si apreciara que Andrei fuera posesivo. Desde entonces, mi vida aquí ha sido más fácil. Las joyas, la ropa de diseño, los guardias personales y los innumerables regalos: me colma de todo menos de lo único que realmente quiero: su amor.

Gimiendo, meneo el culo sobre sus dedos en lo más profundo de mi coño. Gimo fuerte mientras balanceo mi cuerpo y le digo que ojalá fuera su polla. Miro por encima del hombro y su mano aprieta su gruesa polla mientras me observa. Una gota de líquido preseminal está en la punta, y al instante relamo mis labios.

A cada segundo, mi placer se amplifica con cada caricia de sus dedos. Observo la expresión de inquieto deseo grabada en su rostro. Su mirada hambrienta es intensa y mientras él observa mis movimientos, me pregunto si admitirá sus sentimientos esta noche.

Añade otro dedo y siento oleadas de placer que recorren mi piel y me ponen la carne de gallina. Se me acelera la respiración y no tardo en jadear mientras me invade un feroz orgasmo que sacude mi cuerpo sobre la cama.

La intensidad se desvanece hasta dejarme sin aliento, pero Andrei no se rinde. Su tacto sigue siendo insistente, presionando contra mi dulce punto hasta que vuelvo a perder el control. Siento que me aprieto alrededor de sus dedos como si mi cuerpo estuviera atado al placer.

Mis mejillas se ruborizan y mi pulso se acelera mientras grito.

Me tumbo en la cama, agotada y hecha un ovillo. Pero él no me deja en paz. Sus manos me agarran por las caderas, tirando de mí de nuevo hacia arriba, y siento su dureza entrar en mi coño, estirándome hasta que ya no puedo pensar.

Un murmullo de placer se escapa de mis labios cuando se empuja dentro de mí, y ajusto la mano para apoyarme en el cabecero. Sus embestidas son firmes y profundas, mi cuerpo es deseado por el único hombre que quiero y al que nunca podré dejar.

Andrei empieza a moverse a un ritmo rápido, su polla dura se desliza dentro de mi humedad, llenándome por completo. Sus ojos están ardientes, voraces y posesivos. Sus fuertes manos se mueven de mi culo a mi cintura, aprisionándome y tirando de mí hacia él.

Otro clímax en lo más profundo de mí se enrolla como un resorte. Jadeo cuando su sudorosa frente toca mi espalda y sus dientes rozan mi resbaladiza piel. La proximidad me lleva al límite y grito cuando me libero, de nuevo.

Él me suelta de la cintura y me empuja hacia delante hasta que mi cara descansa sobre la cama mientras sigue follándome. Obedezco su silenciosa orden y estiro los brazos hacia delante. Sus gemidos aumentan y él apoya la mano junto a mi hombro, añadiendo más fuerza a sus embestidas.

Las aceleradas respiraciones eclipsan el dolor. Ya no aguanto. Aprieto el coño alrededor de su polla y él maldice en voz alta, agarrándome de nuevo por la cintura y manteniéndome inmóvil. Entonces se desboca y se corre salvajemente.

Me desplomo por segunda vez sobre la cama, sintiendo que he recuperado un poco el control en esta desigual relación. Nos tumbamos uno al lado del otro, en silencio, y espero a ver si Andrei se abre de nuevo a mí. Pero él está ensimismado y yo quedo fuera. Suspiro más fuerte de lo que deseo mientras coloco una almohada bajo mi cabeza.

—Viktor será recibido con los brazos abiertos en nuestra Bratva en cuanto tenga su ceremonia de iniciación —dice.

Le miro fijamente mientras sigue tumbado en nuestra cama, hablando ociosamente de asuntos de Bratva. Me invade la ira. Sólo tiene tres temas conmigo: la Bratva, la Bratva y la Bratva. Ignora lo que yo debo estar sintiendo. *¿Acaso le importa?*

Me siento completamente ignorada. Andrei me lleva a cotas de placer que nunca antes había experimentado, pero cuando termina, nunca piensa en nosotros a menos que eso tenga que ver con la Bratva.

—Mejor vete a tu oficina —mi voz está ronca de tanto gritar—. Hoy no me interesa el crimen.

Permanece inmóvil como si no me hubiera oído, sin decir nada. Como si no acabara de follarme hasta descerebrarme. ¿Así será cuando él encuentre una amante? ¿Tumbada a su lado, hablando de armas, drogas y gilipolleces? Espero a que diga algo más, pero no lo hace. Y la duda vuelve a invadir mi cabeza. El pánico intenta apoderarse de mí y no puedo respirar. ¿Qué he hecho apartando a Andrei?

—¿Recibirá Viktor los tatuajes que se ha ganado? —le pregunto, intentándolo de nuevo.

Entonces se levanta y desaparece en su armario, y cuando regresa a la habitación, está

completamente vestido con traje y corbata.

—Yo soy el Pakhan, no tú —dice.

Me mira fijamente hasta que me siento tímida. Entonces sale, cierra la puerta y yo vuelvo a caer en la cama, llorando.

PAIGE

ANOCHE, ANDREI NO DURMIÓ EN NUESTRA CAMA. SON CASI LAS DIEZ DE LA NOCHE Y NO LE HE visto en todo el día.

Miro por la ventana del salón hacia el bosque, con el corazón en un limbo mientras observo la oscuridad. Mire donde mire, recuerdo el peligro que ha entrado en mi vida desde que conocí a Andrei. En todas partes siento pavor y veo brutalidad. Incluso en mí misma.

¿Por qué me quedo entonces? La pregunta surge en mi cabeza. Mis manos acarician mi vientre y aprieto mi frente caliente contra el cristal frío.

¿Acaso estoy aquí sólo por el bebé? En todo caso, eso debería motivarme para huir. Si realmente amara a mi bebé, intentaría protegerlo. Pero, ¿cómo puedo protegerlo si apenas puedo protegerme a mí misma?

Se oye ruido en el otro extremo de la mansión y me apresuro a mirar por la ventana del dormitorio de invitados. Abajo, distingo el camino de entrada que sale del otro garaje. El Lamborghini de Andrei sale primero y gira bruscamente hacia la puerta principal. Cuatro de los Rover le siguen y desaparecen.

Miro fijamente la acera vacía, como si pudiera hacerle volver sólo con mi fuerza de voluntad.

El corazón se me acelera y la ansiedad me oprime la garganta. Intento respirar, pero siento que las náuseas aumentan y entro a trompicones en el baño más cercano. Con la cabeza apoyada en el váter, espero a que me den arcadas. Jadeando, me deslizo por el suelo, llorando sin consuelo, deseando que Andrei dé la vuelta con su coche y vuelva a casa.

No soporto saber que ha salido. Sobre todo, porque sé lo que hace cuando no está en casa. Con el puño cerrado, me acurruco en el suelo y me reprendo con saña. Aprieto la frente contra el azulejo del baño. Mis uñas arañan el suelo mientras se me escapa un gruñido. Tiemblo de rabia porque amo a Andrei. *Como una estúpida.*

Un ruido procedente del exterior de la habitación capta mi atención y espero a oírlo de nuevo. Me apresuro a entrar en el salón y sonrío al ver cómo el pomo plateado de la puerta se sacude. Nadie más tiene las llaves de la suite de Andrei, ni siquiera yo.

Antes me dejaban entrar y ahora yo los dejo fuera. Me dirijo a la puerta mientras el picaporte vuelve a temblar. La abro inclinando la barbilla, orgullosa de haber recuperado una pizca de

control sobre mi loca vida.

Natasha me mira fijamente, mi cara manchada de lágrimas, y siento cómo se me sonrojan las mejillas de vergüenza. Debo de estar hecha un desastre después de estar tirada en el suelo del baño llorando por él.

—¿Qué pasa? —mi tono es cortante mientras miro fijamente su expresión insegura.

—¿Puedo pasar, Paige Geraldovna?

Me alejo de la puerta, dejándola abierta, y Natasha entra en la habitación. No mira disimuladamente a su alrededor como de costumbre. Sabe que estoy sola.

—¿No te fuiste con mi marido? —pregunto, dejándome caer en un sillón giratorio y cerrándome la bata sobre las rodillas.

—No —dice. Su máscara es ilegible mientras me observa atentamente—. ¿Te encuentras bien?

Me burlo.

—¿Acaso mi marido te ha enviado aquí para ver cómo estoy?

—Yo estaba preocupada —responde lentamente—. He venido por voluntad propia.

—Qué curioso. Porque suenas igual que él. Él hace algo que no me gusta, y de alguna manera, yo estoy siendo irracional y emocional.

—*Estás* embarazada de él —responde ella.

—Entonces, ¿son las hormonas? —entrecierro la mirada y descargo mi frustración en ella—. ¿Esa es la única razón por la que puedo estar actuando así?

Natasha suspira. Probablemente desearía haberse ido con Andrei en lugar de tener que lidiar con la escamosa de su esposa, que apenas entiende a la Bratva. Natasha no maneja las emociones de la misma manera que maneja un arma. Entonces, aparto mi mirada.

—¿Por qué no te sientas? —le digo, tratando de contener mis emociones.

Natasha vacila, su mirada vacila entre el sillón a mi lado y la puerta abierta.

—Sólo si puedo hablar con franqueza —responde.

Asiento con la cabeza y ella se sienta a mi lado. Hace una pausa, considerando cuidadosamente cómo expresar lo que quiere decir.

—No me gustaste cuando te conocí —confiesa—. Pensaba que eras débil, pero me has demostrado lo contrario muchas veces. Trato de simpatizar con lo que estás experimentando. Todos lo hacemos. Pero es difícil de imaginar. Sólo hemos conocido esta vida. Esta es nuestra norma, y no la tuya. Alguien debería haberte guiado desde el principio…

—¿Cómo estás guiando a mi hermana? —pregunto con voz desafiante.

Los ojos de Natasha se abren de par en par y se me queda mirando, brevemente sorprendida. Es un momento único que espero recordar para siempre. El momento se desvanece y ella recupera la

compostura.

—¿Por qué piensas eso? —pregunta con cautela.

—Ya para, Natasha —la interrumpo—. No hay otra razón para que una persona como tú pase tiempo con una chica de dieciséis años. Emma está hipnotizada por toda la emoción y el dinero. Cree que estamos jugando a ser gánsteres y que nada puede salir mal.

Natasha arquea una ceja.

—No nos haces ningún favor a tu hermana y a mí.

—Entonces, ¿me equivoco? —pregunto, desafiándola a mentir—. ¿No estás utilizando la ingenuidad de Emma en beneficio de la Bratva?

Natasha me mira fijamente antes de responder finalmente.

—Puede que tú no estuvieras dispuesta a venir aquí —dice con severidad—. Pero ahora has elegido quedarte como esposa de Andrei Vasilyevich. Se te han concedido privilegios por tu lealtad. Tu hermana también está tomando las decisiones necesarias para adaptarse a su nuevo entorno.

Ambas conocemos los oscuros secretos de la otra, no insisto más.

En la fatal boda de los Novikov, supe enseguida que Andrei era un hombre peligroso. Lo vi en sus ojos y lo oí en su suave voz. Pero me sentía irresistiblemente atraída por él de una forma que no podía comprender. Me sentía atraída por él de una forma que me daba miedo.

Luché obstinadamente contra esos sentimientos, pero sabía que perdería si volvía a verle.

En aquel momento, cualquier cosa era mejor que mi antigua vida. E incluso conociendo todos los riesgos, mi corazón ansiaba la emoción de ser su única mujer.

Ahora lo *siento* como amor, y me permito creer que *es* amor. La forma en que él me mira cuando es amable. La forma en que dice mi nombre cuando estamos en la cama. El escalofrío que siento cuando me toca… ¿Acaso no lo siente él también? Si es así, ¿por qué no lo dice? ¿Por qué se niega a decirme lo que quiero oír?

—Estás empezando a aceptar la realidad —la suave voz de Natasha corta mis pensamientos—. Andrei Vasilyevich nació siendo un hombre peligroso, y eso excita a la niña buena que hay en ti. Nunca cambiará, ni por ti ni por tu hijo. Tendrás que ser tú la que cambie. Eso te enfurece porque sabes que puedes ser tan fuerte como él. Pero esa misma fuerza también te aterroriza, porque sabes lo que puede llevarte a hacer.

Vergonzosamente, vuelven los recuerdos de mi vértigo al ver el dedo cortado. Natasha tiene razón.

Mi voz tiembla al hablar.

—No es una fortaleza ser un asesino de corazón frío —digo.

—Lo es si quieres sobrevivir —responde ella.

Mi voz es apenas un susurro mientras mi poca confianza se esfuma y me deja temblando.

—Tengo miedo, Natasha. Pero no por lo que tú piensas.

El peligro se cierne sobre mi vida y, ahora, sobre la de Emma. Mire donde mire, recuerdo la vida criminal que llevamos. Los tratos ilegales son conversaciones rutinarias en la mesa del desayuno. Los golpes dados son citas programadas en una aplicación. Las amenazas se hacen como promesas que hay que cumplir.

Y en el centro de todo está Andrei. El hombre que me robó el cuerpo y, ahora, el corazón.

¿Cómo puede existir el amor en un lugar tan corrupto?

—Es difícil de creer —murmuro para mis adentros—. Hace apenas unos meses, era completamente inconsciente. Lo único que quería era cuidar de mi familia. Estaba comprometida con otra persona… —sacudo la cabeza al recordarlo—. Entonces conocí a Andrei, y todo cambió de la noche a la mañana.

Natasha agarra una de mis manos y yo la dejo.

—Tienes la mano fría —dice ella, y me frota ambas manos con sus cálidas palmas. Su preocupación me inquieta más que su mirada pétrea.

—Andrei nunca se ha enamorado —continúa ella—. Ama a Eva, pero ella es su madre. Nunca ha tenido una relación sentimental seria. Y quizá esté siendo precavido. Tiene miedo de hacerte daño, y me doy cuenta.

Resoplo.

—¿De verdad crees eso? Él no es el tipo de hombre que tiene miedo.

—Su amor no pudo proteger a su madre de su monstruoso padre. Un padre que odiaba a su hijo.

—¿Por qué Vasily odiaba a Andrei? —pregunto.

—Porque Andrei se atrevió a defender a su madre —responde—. Tienes suerte de tener a Andrei, pero debes aprender a aceptarlo tal como es. Andrei te cuidará y querrá a tu hijo, pero no debes esperar más.

Suertuda chica, afortunada. Las palabras resuenan como un tamborileo sordo.

No hablo mientras Natasha sigue frotándome las manos hasta que por fin se calientan. Lo que más me aterra es cómo han crecido mis sentimientos por Andrei a pesar de todo. Nunca esperé sentir una conexión tan profunda con ningún hombre. Pensaba que ese tipo de amor era un invento para las películas o para otras personas. Gente mejor, gente entera, gente desilusionada. Pero esto que siento es real, y crece en intensidad cada día.

—¿Salieron a asesinar a alguien? —inquiero en voz baja.

Natasha aparta las manos.

—No —hace una pausa—. Esta noche no. Tienen otros asuntos.

—¿Por qué no fuiste con ellos? —le pregunto.

—Pensé que tú me necesitarías más —dice y se levanta, sacando un delgado cigarrillo del paquete que guarda en el bolsillo trasero—. Voy a fumar.

Y sale de la habitación antes de que yo pueda responder. *Mentirosa.*

Respiro hondo y cierro los ojos, intentando desechar los vertiginosos pensamientos que se arremolinan en mi cabeza. Debo ser más fuerte. Debo ser más inteligente. Debo proteger a Emma, pase lo que pase.

Esto no es bueno, no es sano, y desde luego no es lugar para mi hermanita. *Ni para mi bebé.*

Me levanto despacio y cierro la puerta, viendo mi reflejo en el gran espejo que hay al lado, sobre la consola tallada. Contemplo mi asustada expresión y todo lo que está ocurriendo en mi vida.

Antes me limitaba a seguir adelante, hacer el tiempo, hasta que, de repente, me vi arrastrada a este mundo.

Se me tuerce la cara de rabia y golpeo el espejo como si me estuviera abofeteando a mí misma. Este vibra, pero no se cae de la pared. Levanto el puño para darle otro golpe, pero vacilo al contemplar el odio que se refleja en mí.

Yo podría ser lo que Andrei quiere, pero *¿puedo vivir con ello?*

Bajo la mano, suspiro y me sacudo la rabia. Todo es confuso y exasperante. Andrei me importa, pero también me aterroriza. Parece que, haga lo que haga, no puedo ganar.

Si Andrei me hubiera dicho anoche que me amaba, hoy no estaría dudando de mí misma. Estoy en un lío y nunca podré salir de aquí si Andrei no me echa.

Pero estoy decidida a hacer lo que sea necesario para mantener a salvo a mi bebé y a mi hermana. Eso es lo único de lo que estoy segura. Mi padre, queda por su cuenta. Pienso en nuestra conversación. Cómo su enfermedad le hizo decir cosas para herirme, cosas que me hacen preguntarme si soy una buena persona. *¿Cómo puedo serlo si fue él quien me crio?*

Tal vez sí pertenezco a este mundo cruel. Quizá mi destino siempre fue ser la mujer de Andrei.

Miro mi reflejo por última vez y me doy la vuelta. Pase lo que pase, seré fuerte. Mantendré a Emma a salvo, y mantendré a mi bebé a salvo. Son las únicas personas que importan ahora. No dejaré que Andrei ni nadie los arrastre a la Bratva.

Y justo entonces, un plan entra en mi mente.

Como una respuesta a mis plegarias, veo una salida.

ANDREI

DMITRI Y VIKTOR ENTRAN CON PASO SEGURO EN EL CLUB PRAVDA, PAVONEÁNDOSE DETRÁS DE mí. Las sombras de los guardias nos siguen a lo largo de las paredes, apenas visibles entre las luces parpadeantes de la abarrotada pista de baile. El exclusivo club es el lugar donde la Bratva Barinov se relaja lejos de nuestros enemigos.

Mis soldados lo hacen con estilo, sentados en taburetes y bebiendo licor con sus mejores galas. Cada copa que beben, cada mujer que se llevan a la cama y cada palabra que pronuncian es un acto de desafío contra nuestros enemigos.

Vivimos la buena vida esta noche, sin importarnos si morimos mañana. Pero el club es popular por derecho propio. Los clientes adinerados fingen no darse cuenta de lo que ocurre aquí y nos echan discretas miradas cuando pasamos. La música retumba al compás de nuestros pasos y, antes de llegar a mi reservado, empieza a resonar el rumor de que he regresado.

Estamos rodeados de gente que baila y se divierte, ajena a mi sombrío estado de ánimo. A pesar de su curiosidad y admiración, me siento incómodo a medida que nos adentramos en la multitud.

Algo no va bien.

Puedo sentir los susurros, preguntando si sigo en la cima. Estoy aquí para demostrar a todo el mundo que no me echaré atrás. Y para demostrarle algo a la mujer que dejé en casa.

Paige no puede cambiarme.

Nos dirigimos a la sección VIP de la planta superior. Mis ojos recorren el club desde el balcón, observando las luces parpadeantes que revelan a chicas con poca ropa mientras estas se mueven y se retuercen al ritmo de la música en directo.

Mire donde mire, la gente ebria ríe y se divierte entre la multitud. Me siento fuera de lugar en mi propia guarida de placer: *esto ya no es lo que quiero*.

Una parte de mí quiere volver a toda velocidad a casa, con Paige, pero otra parte está decidida a quedarse. ¿Acaso intento demostrarme algo a mí mismo? ¿O a ella?

Mantengo la mirada al frente mientras Dmitri observa a una mujer que toca mi mano, intentando llamar mi atención. Dmitri la aparta rápidamente y, sonriendo, niega con su cabeza. Ella se aleja a trompicones, encogiéndose de hombros ante el rechazo, y busca a alguien más que esté dispuesto.

Yo ignoro todo mientras pienso en Paige, pero no me voy. Que me vean, fuera y disfrutando de la vida, es la mejor forma de demostrar a mis enemigos que sigo siendo invencible.

En el momento en que supe que estaba enamorado de Paige, ella cambió las reglas. Estoy aturdido por la rapidez con la que ella cambió de opinión sobre mí. Ella quería estar conmigo hasta que echó un vistazo más de cerca de mi vida y se dio cuenta de la verdad.

No encajo en su imagen del hombre perfecto. No soy el príncipe azul de reputación intachable que Paige quiere. Soy el caballero negro que la salvó pero que sigue poniéndola en peligro. Lamento no haberle contado a Paige lo de su padre ladrón desde el principio y haberla mantenido desinformada. Pero si lo hubiera hecho, ella se habría resentido conmigo y luego me habría odiado al descubrir que yo le estaba diciendo la verdad.

Ella nunca me habría perdonado por revelarle que su amado padre es un criminal más insensible que yo.

—Andrei Vasilyevich, has vuelto —dice Clyde, el gerente del club, quien se acerca a toda prisa a nuestra cabina privada—. Y Dmitri, amigo mío, qué alegría verte.

Los zapatos de Clyde chirrían contra el pulido suelo mientras nos acomodamos. Clyde lleva el pelo teñido de negro sobre la calva y una americana verde oliva con aros de sudor húmedo bajo los brazos.

—Vodka —le dice Dmitri a Clyde—. Del bueno, o te pego un tiro.

El hombre se ríe del chiste de Dmitri, aunque se habría orinado si lo hubiera dicho yo. Mi actitud distante no demuestra que realmente me guste Clyde. Me interesan las personas que muestran abiertamente sus emociones y no me importa que me teman, *salvo ella*.

Otra mujer se acerca. Un tipo de mujer diferente a Paige, de las que yo solía perseguir y olvidar a la mañana siguiente. El aroma de su perfume llena mis fosas nasales. En otro tiempo, me habría excitado. Pero ya no.

Observo por el rabillo del ojo cómo ella se acerca con confianza. Siento el calor de su cuerpo cerca de mi silla y luego el suave roce de su mano en mi hombro.

Estoy a punto de ser un gilipollas. Ella se inclina y roza suavemente mi oreja con sus labios.

—He estado esperando a que volvieras, mi querido Andrei —susurra con voz sensual.

Se llama Fátima y está deslumbrante con un vestido cobalto ceñido a sus curvas como un guante. Su cabello rubio cae en cascada, cubriendo el profundo escote, y sus labios brillantes se curvan en una sonrisa seductora y tentadora.

Es una de las pocas mujeres a las que se le permite decidir con quién se relaciona en el club. Pero no puede proponer un encuentro sin el consentimiento previo del hombre.

Retiro su mano de mi hombro. Hago un gesto a Viktor y el joven se inclina hacia delante para escucharme.

—Llévatela —ordeno, señalando a Fátima—. Como recompensa.

Fátima se endereza y su postura refleja de inmediato mi fría traición. Su expresión es una mezcla

de indignación e incredulidad. Tiene demasiada clase para tirarme una copa por la cabeza.

Viktor se estremece e intenta hablar, pero le interrumpo antes de que pueda articular palabra.

—Haz lo que te digo —siseo con los dientes apretados.

Viktor se remueve en el asiento y carraspea, parece incómodo. Dmitri lo mira fijamente, preguntándose por qué tarda tanto. Viktor balbucea:

—No puedo —dice, con la voz cargada de emoción—. Siento algo por otra persona.

Mi cara se tuerce de rabia. El camarero deja apresuradamente su bandeja con nuestro vodka y nuestros vasos sobre la mesa y sale apurado.

No se me puede contradecir, y menos por algo tan tonto como esto.

Emma es la *otra persona*, pero él no puede tenerla. Le ofrezco a este chico una diosa, y él ofende a Fátima peor que yo, suspirando por una niña tonta. Emma se casará con un príncipe de la Bratva, no con un subordinado con apenas pelo en el pecho.

Contengo la respiración, tratando de contener mi ira.

—Viktor, conoces las reglas —digo. Mi voz es baja y amenazadora mientras recito el juramento Bratva—. *No te importa nada o nadie más que la Bratva, y no amarás a nada o nadie más que a la Bratva*. No insultes a mi amiga. Te lo ordeno.

Viktor se niega a mirarme. Su mirada recorre la habitación, buscando una escapatoria. Su ridícula angustia me enfurece y me pongo lentamente en pie. Con un rápido movimiento, le doy un fuerte golpe en la cara con el dorso de la mano. El ruido de carne contra carne llama la atención de las mesas que nos rodean.

Una huella roja y furiosa se extiende lentamente por su pálida mejilla. Me trae vergonzosos recuerdos de cuando yo era adolescente y trataba desesperadamente de ocultar a mis compañeros los abusos de mi padre. Me echaba agua helada en la cara para disimular las recientes marcas y no volvía a casa en horas.

Vasily me enseñó que la violencia es la forma de conseguir lo que quieres de cualquiera. Y aquí estoy, usando las mismas tácticas despiadadas con Viktor. No se supone que yo sea mi padre, pero este chico lo saca de mí.

Por suerte, Dmitri se interpone rápidamente entre nosotros y coloca una mano en mi hombro en señal de advertencia.

—*Spokoino*, Andrei Vasilyevich —me dice con severidad—. No olvides por qué estamos aquí.

Mi pecho se agita y doy un paso atrás, intentando contener mi temperamento, sin conseguirlo. Miro directamente a Viktor.

—Si quieres que te inicie —digo amenazadoramente—, harás lo que te ordeno. Olvídate de la otra chica y vete a follar a la puta. Pero antes, dime, ¿a quién eliges: a la Bratva o a Emma?

Viktor baja la mirada y duda unos instantes antes de hablar.

—Emma es la hermana de tu esposa —me dice en voz baja.

Mi rabia estalla ante la mera alusión a Paige. La pistola que llevo en la funda me aprieta el costado, y el esfuerzo por no cogerla y dispararle al chico hace que me arda la palma de la mano. Él sabe exactamente lo que dice: yo he roto el juramento de la Bratva al casarme con una mujer que no me corresponde.

Ella se opone audaz y abiertamente a mí. En un momento, Paige actúa como si yo fuera lo único que ella quiere, y al siguiente, me quiere fuera de nuestra cama para poder compartirla con sus remordimientos. Ella es una buena razón por la que un hombre no debe romper el juramento.

Que se joda ella y que se joda este chico por restregármelo por la cara. Quiero arrojar a Viktor por el balcón, dispararle por la espalda mientras cae al piso de abajo, pero consigo mantenerme agarrado por un muy delgado hilo.

Mi autoridad cuestionada y la noche arruinada… *este fue un mal plan*.

—Marchaos todos —gruño, con los ojos encendidos por la furia—. Llévatelo de aquí, Dmitri.

Dmitri hala a Viktor por el cuello y ambos salen rápidamente de la zona VIP. Fátima hace tiempo que ha desaparecido. Los veo marcharse y siento un escalofrío. El viejo juramento de la Bratva se repite en mi cabeza como un gusano: *No te importa nada o nadie más que la Bratva, y no amarás a nada o nadie más que a la Bratva*. Ese es el modo forma de la Bratva, y estoy decidido a mantenerlo ahora y siempre.

¿Cómo puedo ser diferente del monstruo que me crio?

ANDREI

COJO LA BOTELLA DE VODKA QUE HAY SOBRE LA MESA, NO NECESITO UN VASO, Y ME DIRIJO A UNA habitación privada. Estoy solo. El ambiente se vuelve aún más tenso a mi paso. Ni un alma mira en mi dirección. Hacen como si no estuviera. Imagino la expresión de mi cara. Debo de parecer el diablo en un día de mierda en el infierno. Doy un portazo y me desplomo en un sofá de cuero.

La ordinaria habitación de espejos es apenas más grande que el armario de mi casa, pero lo que suele pasar aquí no requiere mucho espacio. Bebo unos tragos de la botella y saboreo la forma en que el buen licor acaricia mi garganta como la seda.

¿Debería recompensar la valentía de Viktor al hablar con una bala? No. En lugar de eso, me felicito con otro trago por no haberle disparado al chico. Mi boda tenía un propósito. Pero todo cambió después de dejar embarazada a mi falsa esposa. Y ahora, parezco un hombre débil.

Doy otro trago a la botella, que ya está casi vacía, y pienso en la decisión que habría tomado si Vasily me hubiera hecho la misma pregunta. No, no puedo dispararle al chico, o sería un hipócrita. Prefiero parecer débil al no actuar que ocultar el fracaso con una mentira.

¿Acaso enamorarse es un pecado tan terrible en nuestro mundo?

Termino las últimas gotas, echando mi cabeza hacia atrás, y arrojo la botella al otro lado de la habitación. Esta se rompe contra la pared y vuelan fragmentos de cristal. Debería estar en casa con mi mujer, y ella debería hacer lo que yo le digo.

En lugar de eso, estoy hurgando en mi alma y cuestionándome quién soy. Paige ha conseguido algo que ninguna otra mujer ha sido capaz de hacerme. Ha roto mis defensas y ha hecho que me interese por ella. No es algo bueno. Paige es una distracción, y el amor es algo peligroso. Hace que te preocupes por otra persona, y tener corazón puede ser mortal.

Levanto el teléfono fijo con extensión directa al bar.

—¿Sí, Andrei Vasilyevich? —inquiere una voz de hombre al otro lado.

—Otra botella.

—¿Quiere que le sirva una de las chicas?

—No —espeto y cuelgo el teléfono de golpe.

Debo parecer el mayor gilipollas del club. Un hombre que no puede engañar a su falsa esposa.

Pero no puedo apartar mis pensamientos de Paige, no importa cuánto lo intente. No puedo permitirme estar enamorado de ella, aunque esté embarazada de mi hijo.

Yo tengo el control, no ella. Y seguiré controlándolo todo, me cueste lo que me cueste. Suspirando, me paso la mano por la frente, secándome el sudor. Mis pensamientos me arrastran. Me he enamorado de una buena persona, una que nunca pensé que yo querría o que ella me querría. Y yo no puedo ser lo que Paige quiere. Me destruirá.

Puedo luchar contra mis sentimientos por ella si estoy alerta. Mi corazón tiene que convertirse en piedra, fuertemente envuelto en un alambre de púas. No puedo dejar que el amor me derrote, no cuando tengo lo que necesito a mi alcance. Gerald Reyes se está muriendo, y no puedo dejar que mis sentimientos por Paige me impidan obtener el dinero que él robó. No puede importarme que él sea el padre de Paige. Lo sé, fingiré que él es el mío.

Llaman a la puerta antes de que esta se abra. Entra una atractiva pelirroja, vestida con el uniforme de camarera: camisa negra y pantalones a juego. No es una de las putas, pero estoy seguro de que no diría que no si yo se lo pidiera. Pero no tengo intención de hacerlo.

Ella ignora el vaso roto en el suelo y pone una fría botella de *Grey Goose* en la mesa frente a mí.

—¿Le sirvo, Sr. Barinov? —su suave mirada se cruza con la severa mía.

Niego con la cabeza, estoy a punto de decirle que se largue cuando ambos nos quedamos inmóviles. Nos giramos hacia la puerta abierta y permanecemos quietos, alertas, escuchando de nuevo el sonido.

—¿Qué es…? —empieza ella a preguntar.

La hago callar. El fuerte chasquido de los disparos se repite mientras saco mi pistola de la funda.

—Escóndete —le digo mientras corro hacia el infierno.

PAIGE

Doy unos golpecitos en la puerta del dormitorio de Emma antes de entrar, sé que está ahí y, lo que es más importante, sola. Vi a Viktor entrar en el garaje momentos después de Andrei, y debe de haberse marchado en uno de los Rover.

Sigo diciéndole a Emma que se mantenga alejada de él mientras ignoro sus exagerados ojos en blanco. Sólo me queda esperar que escuche mis repetidas advertencias antes de que Andrei los descubra. Pero dudo que me haga caso.

Emma está profundamente dormida en su cama, sobre una pila de ropa arrugada, libros de bolsillo y una enorme bolsa morada que tiene al lado. Apenas hay sitio para ella en la gran cama.

Su portátil está abierto y la luz brillante de la película que se está reproduciendo proyecta un angelical resplandor sobre su rostro. Una mullida almohada está bajo su mejilla y sonrío al verla dormir. Recuerdo cuando éramos jóvenes y compartíamos a veces la cama a pesar de tener cada una la nuestra. Sus gruesas pestañas resaltan sobre sus rosadas mejillas y sus carnosos labios se entreabren ligeramente mientras ella respira.

En mi corazón, Emma no ha cambiado. Sigue siendo mi dulce hermanita y estoy decidida a mantenerla a salvo.

En silencio, cierro el portátil y busco un lugar donde colocarlo sobre su mesilla de noche. Su teléfono está en medio y, cuando lo agarro para moverlo, este vibra con un mensaje. El teléfono de Emma nunca está bloqueado, al igual que el mío. Andrei no permite contraseñas. No debería mirar su teléfono, pero ya lo tengo en la mano, tentándome a pasar el dedo por la pantalla. Esta se enciende con un mensaje de Viktor.

—Llegaré tarde esta noche —se lee. Lo firma con un emoji de corazón rojo.

Quiero borrar su mensaje, pero no lo hago. Un mensaje borrado no los separará. Con todas mis fuerzas, bajo el teléfono a la mesa para no dejarlo caer y pisarlo. Cierro los ojos fuertemente y calmo mis emociones.

¿Estoy enfadada porque ella me ha estado mintiendo? ¿O porque un hombre peligroso la ama? Es un tonto corazón, pero Viktor está dispuesto a decirle a mi hermana lo único que mi marido no me dice a mí.

Andrei se ha abierto más a mí, pero no me dice si me ama. Parece dispuesto a decirme casi todo

menos lo que yo espero oír cada día. Y tal vez él no puede decirlo porque simplemente no lo siente. Quizás estoy dispuesta a confundir su deseo con amor. Tal vez estoy celosa de que mi hermana pequeña tenga lo que yo quiero.

No, no puedo ser mezquina. Tengo que ceñirme al plan. No puedo convencerme de lo contrario. Las dos tenemos que irnos de aquí. No puedo criar a un niño en esta casa. Y no permitiré que la Bratva corrompa a mi hermana. La idea de ser mentirosa me enferma, pero tengo que hacerlo. No puedo esperar a que alguien más nos salve. Tengo que hacerlo yo misma.

Desde el dormitorio de Emma, camino a zancadas por el pasillo hasta la habitación de mi padre. Abro la puerta de un empujón e Inessa está encaramada a una silla junto a la puerta como una gárgola. Me mira como si fuera un roedor saliendo a hurtadillas de una grieta oscura.

Nunca le he caído bien a Inessa. No es que me importe, pero ella tampoco me respeta. Aún recuerdo sus dedos clavándose en mi brazo el día de mi boda. Me dejó un moratón a propósito. Me pongo a su lado, con los labios apretados y las manos en las caderas, desafiándola con una mirada dura a que vuelva a maltratarme así.

—¿Deberías estar aquí? —me pregunta, como si fuera una niña difícil.

—Fuera, Inessa —sonrío con fuerza—. Por favor.

Ella hace una pausa, debatiéndose en actuar o si debo salirme con la mía. Luego se levanta y me mira fijamente a los ojos, pero yo no me inmuto. En lugar de eso, abro y sostengo la puerta para que ella pueda salir.

—Estaré fuera —me dice, como una advertencia.

Con moderación, cierro la puerta con firmeza, sin dar un portazo ni maldiciendo. Son las once y mi padre está tumbado en la cama, con los ojos cerrados y la boca abierta, respirando entrecortadamente.

Me quedo mirando a mi padre, al que una vez amé con todo mi corazón, un corazón que él ha contribuido a destruir. Ha roto mi confianza con un acto impensable que ha arruinado nuestras vidas. E incluso en sus últimos momentos, su codicia se interpone para hacer lo correcto.

Mis entrañas se retuercen cuando me pregunto si Andrei hará lo mismo por mí. ¿Le importo lo suficiente como para no utilizarme como había planeado? Andrei juró protegerme, pero ¿son sus promesas condicionales, como las de mi padre?

Cierro los ojos mientras la culpa intenta detenerme. Me obligo a enfrentarme a mis demonios, empezando por mi padre. Si no puedo hacer esto por mí, tengo que hacerlo por Emma. Ojalá que ella nunca sepa lo que es realmente nuestro padre.

—¿Gerald? —digo y camino suavemente hacia su cama, me siento en la silla junto a él—. ¿Puedes oírme? —trago saliva y me meto en mi papel—. Soy yo, Cynthia. He vuelto.

Sus ojos se abren y miran al techo. Sus manos se mueven y tiemblan al levantarlas de la cama.

—Gerald —susurro dulcemente—. ¿Estás despierto?

No dice nada y sigue levantando la mano izquierda, como buscando algo. Le tiendo la mano y

aprieto la suya. Intento recordar cómo se comportaban el uno con el otro antes de que empezaran los problemas. Lo cariñosos que podían llegar a ser, cogidos de la mano, sonriendo con bromas tontas, sentados uno al lado del otro mientras ambos veían la tele.

—¿Por qué lo hiciste? —me pregunta.

—Pensé que era lo correcto —me inclino más hacia él—. No quería que te hicieran daño.

Él jadea ante un invisible dolor.

—Me mata cada vez. Cada vez que pienso en ello.

Ignorando la punzada de rabia, intento no apretarle la mano.

—Perdóname, Gerry.

—Cyndy —mi padre aprieta mi mano contra sus secos labios y una lágrima se desliza por su mejilla hasta caer sobre la almohada.

Él ha sido un monstruo, pero en algún lugar de él, aún la ama. Yo sigo amando a mi padre y espero que muestre remordimiento. Mamá hizo un sacrificio que él se niega a aceptar.

Respiro hondo antes de volver a hablar.

—Gerald, las chicas necesitan tu ayuda. Necesitan el dinero.

—¿Qué pasa? —pregunta, alertándose en su delirio. ¿Es porque he mencionado el dinero o porque todavía Emma y yo le importamos?

Trago saliva.

—Hay hombres quieren lastimar a las chicas. Los mismos que me lastimaron a mí. No quiero que a ellas les hagan daño.

Me suelta la mano y un sollozo lastimero sale de su garganta.

—Es demasiado tarde —gime—. Es demasiado tarde para nosotros.

—No para ellas, Gerry. Por favor, ellas necesitan el dinero para poder escapar.

—No te lo diré, Cyndy —aprieta los puños—. ¿Cómo sé que no te lo quedarás para ti?

—Por favor, Gerry —suplico—. Sólo quiero ayudar a nuestras hijas. Ayudar a Emma y a Paige.

Silenciosos sollozos sacuden su cuerpo mientras sus huesudos hombros tiemblan.

—¿Qué le he hecho a esta familia? —gime.

Mi conciencia empieza a removerse, pero tengo que seguir presionando.

—¿El dinero, Gerry?

Él permanece en silencio durante lo que parece una hora, pero en realidad es sólo un minuto. No tengo tiempo que perder si quiero que mi retorcido plan funcione. Escucho su respiración y me pregunto si se habrá quedado dormido. Mis ojos miran nerviosos hacia la puerta y temo que me

descubran. Salto cuando papá habla.

—Tú conoces el lugar.

—Yo no… —intento, un escalofrío me recorre al contemplar el dolorido rostro de mi padre.

—Siempre escondías cosas allí, Cyndy. Lejos de las chicas.

Dios, ¿cuánto sabía mi madre? Creía que era una víctima inocente, una espectadora de su crimen, pero ¿*sabía* acaso dónde lo escondía? ¿Papá se lo está imaginando o mamá lo sabía de verdad?

¿Era eso lo que ella quería decirme aquel día?

—Lo olvidé, Gerry. Dímelo otra vez.

Sus labios se mueven, pero sólo un gemido sale de ellos.

La puerta se abre e Inessa entra con un guardia, el mismo que intentó atacarme en mi boda. Me alejo de la cama, con el corazón acelerado como si me hubieran pillado rebuscando en los cajones y metiéndome el dinero robado en los bolsillos.

Inessa me mira con desconfianza. Debe de estar preguntándose qué he estado haciendo. Por qué parezco tan culpable. Si papá vuelve a hablar, estoy jodida. Ellos no pueden oír lo que él podría decir a continuación.

—¡No se queden ahí como tontos! —grito—. Necesita oxígeno. Se está poniendo azul.

Se apresuran hacia la cama, y el estado de agitación de papá oculta mi mentira. Inessa pierde interés en mí rápidamente. Está más preocupada por lo que pueda hacer Andrei si mi padre muere antes de volver a casa.

—Mi mujer —dice papá, sacudiendo la cabeza.

—Tu mujer está muerta —le responde Inessa con dureza, tratando de colocarle la máscara en la cabeza.

—No, estás mintiendo —Papá empieza a toser cuando Inessa por fin le coloca la mascarilla de oxígeno. Sus palabras se apagan cuando el oxígeno le llena las fosas nasales y la boca. Los ojos de papá se cierran y se queda dormido.

Sin dudarlo, salgo precipitadamente de la habitación. La culpa me persigue, pero le digo a mi mente que me deje en paz. Tengo que hacerlo. Tengo que sacarnos de esta pesadilla. Ahora solo tengo que descubrir el escondite de mamá. ¿Dónde pondría algo tan pequeño como una cuenta bancaria?

Él nunca te perdonará por esto, Paige.

Si. Andrei podría llamar una traición a lo que estoy a punto de hacer.

Pero, *¿cómo puedes traicionar a una persona que nunca te ha amado?*

PAIGE

ANDREI SIEMPRE LLEGA A CASA ANTES DE LA UNA DE LA MADRUGADA, Y SIEMPRE SÉ CUÁNDO HA vuelto por los sutiles ruidos de la casa: las voces bajas y los suaves pasos de sus guardias al entrar en la mansión. Y sé que Andrei siempre viene a mirarme, aunque duerma en otra habitación.

Al principio pensé que era para asegurarse de que no me había escapado, pero una noche me tocó. Él no sabía que yo estaba despierta, y sus dedos rozaron mi mejilla, apartándome el pelo. Esperé a que se metiera en nuestra cama, pero al cabo de unos segundos, la puerta se cerró con un clic y él desapareció.

Esta noche, todo está apagado. Siento en lo más profundo de mis entrañas que algo va mal. Andrei no es mezquino, no tiene tiempo para esas tonterías pasivo-agresivas. No se quedaría fuera toda la noche solo para fastidiarme.

No. Algo va mal.

Abro la puerta de nuestra suite y escucho el movimiento abajo. Parece como si toda la casa ya se hubiera levantado y mi primer pensamiento es de pánico, pero lucho contra él.

Soy la mujer del Pakhan y le dije a Andrei que me ocuparía de los asuntos de la casa. Me apresuro a volver al dormitorio y me visto adecuadamente, con el uniforme de una esposa Bratva: un envolvente vestido de Victoria Beckham, unos zapatos de tacón de Prada ridículamente caros y diamantes de Tiffany, antes de bajar las escaleras.

—¿Paige? —me llama Emma, está de pie en su puerta, asomándose—. ¿Qué pasa?

Le pongo una mano en el hombro y la empujo suavemente hacia su habitación.

—Nada. Cierra la puerta y espérame.

Emma frunce el ceño, dudosa, pero hace lo que le digo. Mi familia está a salvo. Ahora a ver cómo está mi marido.

Vanya y Natasha dejan de hablar y me observan mientras desciendo por la gran escalera. Con la cabeza alta, me acerco a ellos con confianza. No me atrevo a preguntar qué está pasando. Finjo saberlo.

—Estaré en el despacho de mi marido. Díganle que estoy allí.

Sé poco de Vania, aparte de que es de Twin Rivers y de que sus abuelos eran inmigrantes. Carece de la rudeza de los otros guardias; su pelo castaño claro y sus ojos color avellana se parecen más a los de un universitario que a los de un asesino.

Él asiente con la cabeza. Sólo me conoce como la mujer de Andrei, no como su cautiva.

Me paseo por el despacho de Andrei, esperando a que él regrese. Arranco el esmalte de mis uñas, estropeando otra costosa manicura, mientras escucho pasos en la puerta que siguen por el pasillo.

El crujir de la grava bajo los neumáticos me hace salir al pasillo y correr hacia el salón. Me asomo a una ventana sin luz y mi piel se hiela de alivio. El Lamborghini de Andrei está en la entrada.

Me apresuro hacia la puerta principal. No me importa lucir como una esposa pegajosa. Le echaré los brazos al cuello y le diré cuánto le he echado de menos. Se acabaron estas tonterías hoscas, esperando a que el otro se derrumbe y suelte sus sentimientos. Pero la mano de Vanya alcanza primero el pomo de la puerta, impidiéndome abrirla de un tirón.

—Por favor, Paige Geraldovna. Permítame comprobar primero.

Mi frustración sale en un gemido.

—Es el coche de *mi* marido.

Vanya no se mueve, obedeciendo en silencio las órdenes tácitas de mi marido. Sabe lo que Andrei esperaría, a pesar de lo que yo quiera.

Me tranquilizo y vuelvo a la ventana, asomándome por un espacio entre las pesadas cortinas. Vuelvo a mirar el coche: es azul eléctrico, no plateado. Una mujer sale del lado del conductor. Su silueta es alta y esbelta cuando los focos inundan de repente el camino.

Reconozco ese andar. Talia agita su larga melena oscura antes de subir con confianza los escalones que conducen a la puerta principal, equilibrándose sobre unos altísimos tacones.

Mi mirada agitada se cruza con la de Vanya antes de que él abra la puerta.

—Déjala pasar. Tráiganla aquí, al despacho de Andrei.

Me escabullo detrás del escritorio de Andrei como si fuera una fortaleza de piedra. Escucho cómo se abre la puerta principal y las voces se alzan en acaloradas palabras. Talia entra en el despacho con Vania detrás. Ella intenta dar un paso adelante, pero Natasha aparece en un instante y agarra a Talia por el hombro, deteniéndola en el acto.

—*Dobriy noch*, Natasha —ronronea Talia mientras me mira—. Me alegro de volver a verte.

Natasha no dice nada y comprueba el pequeño bolso de Talia. Sin expresión, se lo entrega a Vanya para que lo vuelva a comprobar. Natasha se arrodilla frente a Talia y revisa el ajustado *catsuit* de lycra que viste.

Talia se ríe.

—Cuidado, chica. No querrás que me excite. O esperaré que uses la lengua —expresa Talia.

Natasha ignora la burda burla y le lanza una sutil propia.

—Sin armas, *Sra. Barinov*. ¿Pido por más seguridad?

Talia le frunce el ceño.

—Cuidado con lo que dices, zorra.

Me obligo a no moverme ni jugar con mis joyas. Quiero correr hacia ella, golpear a Talia mientras mis guardias me observan. Sí, *mis guardias*, no los suyos. Pero una pizca de miedo renace en mi cuerpo cuando Talia me mira como un tiburón.

Me revuelvo el pelo antes de sentarme con elegancia en la silla de Andrei.

—Gracias, Natasha. Quédate conmigo y vigílala. Si se mueve en la dirección equivocada, dispárale.

No soy una amenaza para ella, pero no le cederé el control de la situación. Talia se ríe como si yo estuviera fingiendo. Ya no me conoce. No después de lo que me ha hecho. Me ha cambiado y voy a demostrarlo.

—No llevo armas, niña tonta —gira en círculo, mostrando su tonificada figura en un traje más que ceñido a su piel. Sus tacones son de charol brillante y su pequeña bandolera choca contra su cadera al entrar en la habitación—. ¿Dónde escondería un arma?

Natasha persiste junto a Talia mientras otros dos guardias permanecen junto a la puerta abierta. Talia se sienta en el sofá, cruzando las piernas, actuando como una invitada.

—Cambió los muebles desde la última vez que estuve aquí. Lo habrá elegido Eva —su mirada recorre mi atuendo—. Ella tiene buen gusto.

—¿La última vez que estuviste aquí? —me burlo—. Te refieres a cuando te arrastraron, pateando y gritando, hasta la puerta principal.

—¿Está Andrushka? —contesta, echándose hacia atrás, sacando pecho—. ¿O pasa las noches con sus putas?

—¿Por qué estás *tú* aquí? —pregunto—. No has venido en coche en mitad de la noche para proferir débiles insultos.

—He venido a devolverle el coche a su marido —contesta despreocupada—. Se lo ha dejado olvidado.

Sonrío.

—Quédatelo, Talia. Es tu premio por haber quedado de segunda.

Ella sonríe con más fuerza.

—Puede que quieras enterrarlo en él, Paige. Si esta noche va según lo planeado, serás viuda por la mañana.

—Engañarme una vez fue fácil. Pero si crees que puedes volver a hacerlo, entonces eres muy tonta —me levanto y me paro frente a ella—. Estoy aburrida de tus amenazas vacías. Puedes salir por tu propio pie o mantendré la puerta abierta mientras mis guardias te echan.

Talia asiente con aprobación, con una sonrisa en los labios.

—Bien, suenas convincente. Te he enseñado bien.

—Tú no me has enseñado nada.

—Ya no eres tonta ni asustadiza —dice, y luego se encara con Natasha—. Deberías haberla visto. Vomitando y llorando ante cada gota de sangre. No es la esposa de un Pakhan, me temo.

Me elevo sobre ella.

—Según tú, no lo seré por la mañana… ¿Por qué querrías a Andrei muerto cuando lo quieres de vuelta tan desesperadamente?

Talia se estremece, pero disimula rápidamente su reacción sacando un cigarrillo de su bolso. Se lo lleva a los labios, esperando a que lo enciendan. Ella observa a Natasha, quien me mira a mí. Yo tiendo una mano hacia Natasha y ella coloca el mechero en ella. Le enciendo el cigarrillo.

Una fina línea de humo sale de los labios de Talia, dirigida hacia mí.

—He oído el rumor de que estás embarazada. ¿Es de uno de los guardias?

—Es de mi marido —respondo, apartándome de ella—. Me folla muchas veces al día. Él puede ser muy decidido cuando quiere algo.

Talia frunce el ceño, tirando su cigarrillo encendido a la alfombra.

—¿Crees que él quiere a ese cabrón en tu vientre? Tu boda fue una farsa, y lo sigue siendo. Estás aquí por una razón y cuando él lo consiga, tú estarás fuera. Nada en tu vida es real excepto el hecho de que te está utilizando. Nadie quiere ese horrible bebé que llevas. Salva tu figura y deshazte de él ahora. Yo conozco a alguien.

Piso el cigarrillo, aplastándolo bajo mi pie. Talia habrá ganado este asalto si dejo que sus palabras calen. Asiento hacia Natasha, y ella agarra a Talia por los hombros, inmovilizándola. Enciendo el mechero y lo acerco al largo cabello de Talia, hasta que un mechón arde.

—Vuelve a amenazar a mi bebé y te quemaré hasta dejarte calva.

Talia estira la pierna, rozándome la rodilla. Dejo caer el mechero en su regazo, de donde Natasha lo toma, lo tira al suelo y lo aparta de una patada.

—Aprendes rápido —sonríe Talia—. Pero aún estás muy atrasada.

—Sáquenla —hago todo lo que puedo para no gritar, pero mi voz se eleva a pesar del intento.

Talia se mueve rápidamente, zafándose del agarre de Natasha, y dice:

—Disfruto de nuestras charlas, Paige. No seamos extrañas.

Fuera de la oficina, los guardias Bratva están alineados en el pasillo a ambos lados, y caminamos entre ellos. Yo camino detrás de Talia, la conduzco hacia la puerta principal, y me pregunto cuánto ellos habrán oído.

Pero no importa. Yo soy un miembro, pero ¿por cuánto tiempo más? Mi determinación vuelve a

flaquear y me maldigo en silencio. Sé que lo correcto es marcharse, pero no ahora. Me quedo parada en el primer escalón mientras el Lamborghini sale por la entrada. Las puertas se abren automáticamente; deben responder a su coche. *Talia puede entrar cuando quiera*.

Natasha echa un vistazo a su teléfono.

—Debemos subir, Paige Geraldovna.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Andrei?

Ella no responde a mis preguntas.

—Debemos mantenerte a salvo —dice en cambio.

Los guardias empiezan a correr por la mansión. Revisan y cierran las ventanas, cierran las puertas, atenúan las luces interiores y los focos de los árboles iluminan todo el patio como si estuviera saliendo el sol.

Natasha me empuja hacia un armario en la parte trasera de la mansión. Nunca había pensado mucho en ello. Mis rodillas se doblan cuando el panel se mueve, revelando la escalera oculta.

—¿Dónde está Andrei? —intento correr hacia la puerta principal, pero Vania me agarra en brazos con facilidad y me lleva escaleras arriba.

—¡No! —grito y le golpeo el pecho con los puños mientras mis ojos se llenan de lágrimas—. ¡Dime dónde está mi marido!

—ESPERAREMOS en la habitación del pánico —dice Vanya, quien se para dentro de la suite junto a una puerta por la que nunca he ido, aunque sabía que existía. Me alejo de él como si él quisiera encerrarme.

Levanto la barbilla, pero me tiembla la voz.

—Esperaré en el dormitorio de invitados.

Natasha hace callar a Vanya cuando él vuelve a intentarlo. Ella le guía fuera de la suite y cierra la puerta tras ellos. Sé que no irán muy lejos. Les dije a los guardias que no movieran a mi padre, no por rencor, sino porque está demasiado frágil. Y Emma decide sentarse conmigo junto a la ventana. Su cuerpo recto sobre la silla, pero ella está inclinada hacia el cristal hasta casi tocarlo con la nariz. No está esperando a Andrei, sino vigilando por Viktor.

Tengo miedo de que Talia no estuviera mintiendo.

—Me has visto, ¿verdad? —le pregunto. Mientras Talia y yo salíamos antes del despacho, vi movimiento por el rabillo del ojo en la escalera. No me atreví a girarme para mirar, pero quienquiera que fuese, se apresuró a desaparecer de mi vista.

Emma sigue mirando por la ventana, sin atreverse a girar la cabeza, ni siquiera un poco.

—Sí —susurra.

—¿Me crees ahora? —pregunto, negándome a reconocer las preguntas que ella debe tener.

Veo el reflejo de Emma asintiendo solemnemente en la ventana. No dice nada mientras sus ojos lo buscan en la oscuridad. Yo también miro, esperando el regreso de Andrei. Todo se solucionaría si estuviera muerto.

Yo sería una viuda opulenta. Pero yo no quiero eso.

La idea es demasiado horrible incluso para pensarla. Quiero mi libertad en mis propios términos, no en los de nadie más. Quiero saber que Andrei está en alguna parte, aunque no vuelva a verlo.

—¿Entiendes ahora que tenemos que irnos? —inquiero en voz baja.

Emma aún no me mira. En cambio, se mira las manos cuando responde.

—No puedo.

Antes de que yo pueda responder, luces atraviesan los árboles cuando el Lamborghini de Andrei gira y entra en el garaje.

El alivio que siento hace que se me caigan los hombros como si hubiera estado aguantando la respiración. Emma se levanta de un salto de la silla y corre hacia la puerta, saliendo del pequeño dormitorio.

—¡Emma! —grito—. ¿Por qué no lo entiendes?

—Lo entiendo, Paige —y la expresión de su cara me convence—. Pero no quiero irme de aquí contigo.

ANDREI

Los ojos que antes me evitaban ahora me miran fijamente, suplicando en silencio por sus vidas mientras los hombres Karamazov disparan a la aterrorizada multitud abajo. El nivel VIP está fuera de su alcance por ahora, pero nuestra seguridad no durará una vez que esos bastardos suban las escaleras.

Miro por encima del balcón mientras los hombres Karamazov disparan a los clientes que huyen, eliminándolos como si fuera un juego. Agudos gritos atraviesan el caos mientras los cuerpos caen al suelo.

Los vasos caen de las mesas y la gente se pone a cubierto para evitar las balas. La Bratva Karamazov no tiene piedad. No les importa quién muera. No perdonan a nadie en su afán por matar a mis hombres.

Dos de los hombres Karamazov suben las escaleras hasta la planta VIP. La gente, gritando, huye a mi lado hacia las salidas traseras para escapar de la masacre. Pero los asaltantes no llegan al nivel superior antes de que yo los elimine.

Bajo las escaleras a toda velocidad y mato a todos los hombres armados que no reconozco. Mis hombres han bebido y están mal preparados para la lucha, pero siguen las órdenes y devuelven el fuego.

Al pasar por encima de los cadáveres, los disparos suenan tras de mí y más de mis hombres son alcanzados y caen al suelo. Llego a la barra principal cuando más soldados Karamazov entran a raudales por las puertas de frente del club. Pisotean las espaldas de los porteros muertos, que yacen boca abajo sobre su propia sangre.

Una bala pasa volando junto a mi cabeza cuando salto detrás de la barra y me uno a algunos de mis hombres que se han puesto a cubierto. La manga izquierda de Dmitri está empapada en sangre. Hace una mueca y recarga su automática.

—Se suponía que iba a ser una noche divertida —grita por encima del tumulto—. ¡*Suka blyat*!

Le sonrío.

—¿Ya no te divierten los asesinatos y el caos, Dmitri?

Me levanto rápidamente, apuntando a nuestros enemigos, y bajo de nuevo. Las tenues luces del club hacen difícil calcular cuántos hay ahí fuera.

—¡Igor debe de haber enviado un almacén lleno de sus hombres! —grita Dmitri, haciendo un disparo.

—¿Cuántos hemos perdido? —inquiero.

—Seis hasta ahora, pero es todo lo que pude contar antes de ponerme a cubierto —responde—. ¿Sabes lo molesto que es beber y disparar al mismo tiempo?

Joder. ¿Qué estará pasando en casa? ¿Quién les impedirá ir allí? Quizás ese sea el plan: mantenernos aquí mientras atrapan a Paige.

Más vale que Igor no esté allí, y más vale que no se atreva a tocarla. Busco mi teléfono en los bolsillos, pero debe haberse caído en la confusión. Me obligo a mantener la cabeza fría porque una acción precipitada en esta situación tendrá resultados mortales. No puedo tontamente morir si ella está en peligro. Hay buenos hombres custodiando a Paige. Y Natasha es mi mejor opción. Pero tienen que ser advertidos.

—¡Dmitri, llama a la casa! —le grito.

Él coloca su pistola a los pies y, con su mano sana, busca a tientas su teléfono. Una sombra se eleva rápidamente sobre la barra. Los ojos de Dmitri se abren de par en par cuando el hombre le apunta. No tengo tiempo de disparar mientras el hombre apunta con su arma. El soldado Karamazov sonríe con la certeza de una preciada presa.

El tiempo se ralentiza mientras Viktor salta por encima de la barra hacia nosotros y derriba al hombre de un disparo en la cabeza. El chico aterriza con fuerza, con el ceño fruncido contra un estante repleto de vasos que se rompen ante el impacto. Su pierna sangra mucho. Yace sin aliento y retorciéndose de dolor. Me saco la corbata, me arrastro hacia él para vendarle la pierna y atenderle la herida de bala.

En ese momento, el recuerdo de Paige poniendo un tampón en mi propia herida de bala me llega de improviso. Me sacudo el recuerdo de mi cabeza, antes de perderme en él.

—Por eso usamos corbata —le digo a Viktor, quien me mira con expresión angustiada—. ¿Estás bien?

—Viviré —contesta, apretando los dientes—. Ya están retrocediendo. Alguien ha llamado a la policía.

—Probablemente uno de los clientes, *blyat* —dice Dmitri, levantándose con dificultad—. Pero no tendremos idea de quiénes son los policías que vienen, hasta que lleguen.

Habrá problemas si llega la policía y no son amigos de la Bratva Barinov. Lo último que quiero es que le disparen a un policía honesto.

—Tenemos que limpiar y salir de aquí. Yo haré de cebo. Escógelos, Dmitri. Viktor, mantente agachado —digo y salto rápidamente, corriendo hacia fuera del bar. Las balas me siguen mientras me cubro tras una columna metálica. Devuelvo el fuego y elimino a otros dos hombres. Mi dolor de cabeza se ha ido. Vuelvo a pensar con claridad mientras regreso a mi elemento.

Esto es lo que sé hacer y lo que mejor se me da.

Corro hacia otra columna, esquivando balas mientras disparo. Las luces de emergencia se encienden, iluminando los oscuros rincones, yo vuelvo a apuntar mientras se escuchan sirenas a lo lejos. Rápidamente, recuperamos el control, nuestros enemigos retroceden y se retiran.

Hago una señal a Dmitri y él levanta el teléfono. Hace la llamada y ya están avisados. Pero Viktor está desplomado contra la barra, respirando con dificultad, y claramente puedo ver que sus vaqueros están empapados con sangre. No sobrevivirá si esperamos.

Miro a mi alrededor hasta que mis ojos se posan en un bolso de mujer manchado de sangre. Llego hasta él. El alivio me invade cuando encuentro un tampón. Ágilmente, se lo lanzo a Dmitri.

—Tápale la herida con esto —le explico—. A mí me funcionó.

Dmitri asiente, con cara de verdadera preocupación, mientras hace lo que le digo. Cuando termina, agarro al muchacho y me lo echo al hombro como si fuera un saco, y salgo corriendo hacia el coche. Se desploma en el asiento del copiloto y sus ojos se cierran lentamente mientras me dirijo a toda velocidad a casa del doctor Meyers.

—Despierta, Viktor —le digo para que se mantenga alerta—. Me decepcionarás mucho si te pierdes tu iniciación.

¿Creerá Paige que no tengo nada que ver si Viktor muere? Otros hombres están heridos, pero yo agarré a este chico en particular. ¿Por qué? ¿Porque su hermana lo ama?

Sacudo la cabeza y resuelvo dejar de pensar en Paige para concentrarme en el camino. He perdido buenos hombres. Aún sigo cerrando el puño cuando pienso en Oleg.

No puedo perder a este.

—¿Lo hice bien, Andrei Vasilyevich? —me dice el chico, sonriendo débilmente. Su largo pelo le tapa los ojos.

Hace un gesto de dolor cuando giro bruscamente en la entrada hacia la casa del Dr. Meyers. Llevo a Viktor hasta la puerta principal y me apoyo en el timbre. Como no viene nadie, empiezo a golpear la puerta. Las luces exteriores se encienden y el mismo doctor abre la puerta con una expresión airada que se convierte en conmoción cuando me ve.

Lo empujo y llevo a Viktor hacia la parte trasera de la casa, a la cocina. Lo tumbo en la larga mesa de madera. Nada se dice mientras el Dr. Meyers corta el pantalón ensangrentado.

—¿Vivirá? —pregunto mirando la pierna de Viktor.

El doctor asiente.

—Se habría desangrado de no ser por el tampón que tiene en la pierna. Pero no esperes mucho de él en las próximas semanas.

El Dr. Meyers me mira brevemente, pero ¿qué más puedo decirle? Luego vuelve a centrar su atención en Viktor. Empiezo a pasearme hasta que el Dr. Meyers vuelve a tranquilizarme, pero ya no pienso en Viktor. Estoy pensando en Paige. No tengo mi teléfono para comprobarlo, pero no puedo evitar la sensación de que me necesita.

Ella me necesita.

Miro a Viktor, satisfecho de que saldrá adelante.

—Tengo que irme —señalo, y así como así, salgo por la puerta.

PAIGE

—¿ANDREI? —BAJO CORRIENDO LAS ESCALERAS HASTA EL VESTÍBULO PRINCIPAL CON LOS PIES descalzos. Mi alegría se mezcla con alivio y preocupación. Pierdo el equilibrio en las resbaladizas baldosas y me agarro a una mesita junto a la pared. El gran arreglo de rosas de esta mañana se tambalea ligeramente mientras recupero el equilibrio. Demasiado para lucir genial.

Andrei no contesta. Ni siquiera estoy segura de que me escuchó, cuando cierra la puerta. Le falta la corbata y tiene sangre en la ropa, la cual tiñe su traje gris con un apagado granate. Cuando él levanta los ojos, retrocedo al instante.

El monstruo me mira desde la oscuridad. Ya Andrei había estado enfadado antes, pero ésta es una rabia indescriptible. Natasha rodea mi brazo con una mano, advirtiéndome que no me acerque, y Vania permanece valientemente a mi lado.

El miedo nos une al instante. Nos sentimos solidarios en este momento, mientras dejamos una distancia de seguridad entre nosotros y mi marido.

Andrei se tambalea hacia nosotros, sus ojos se entrecierran, yo me quedo congelada.

—¿Qué ha pasado aquí esta noche? —inquiere.

—Estaba preocupada por ti, eso es todo —respondo, con la voz entrecortada por la mentira—. Estaba esperando a que llegaras a casa.

Natasha y Vanya se adhieren a mi mentira manteniendo la boca cerrada. Ahora no es el momento de decirle a Andrei que Talia estuvo aquí. O de preguntarle por qué está solo. ¿Dónde están los demás? ¿Dónde están Dmitri y Viktor?

Dios, ¿los volveremos a ver?

Contengo la respiración, esperando que Andrei no se quede allí y se convierta en alguien a quien odiaré por siempre. Él no lo hace, pero igual me aguanto las ganas de preguntar por los demás. Estoy dispuesta a preguntar por Viktor, por el bien de Emma, pero mantengo la boca cerrada.

Andrei respira con dificultad, baja la cabeza y parece a punto de caer al suelo. De repente, me doy cuenta de que Andrei no me asusta. Mi miedo es porque algún día Talia tenga razón.

Me zafo del agarre de Natasha y me dirijo rápidamente hacia mi marido. Mis emociones me llevan hacia él y lo rodeo con mis brazos. Él me abraza con fuerza y me inmoviliza en su agarre.

Pero Andrei se tambalea y su cuerpo oscila de un lado a otro.

Me aferro a él mientras apoya su pesada cabeza en mi hombro. Permanezco completamente inmóvil, asustada de arruinar el momento en que él está mostrando que me necesita.

—¿Andrei? —le susurro finalmente.

Él levanta la cara y la expresión de sus ojos me revela por lo que ha pasado.

Coloco mi mano suavemente en su mejilla.

—Subamos a la cama —le digo.

PAIGE

DOS SEMANAS DESPUÉS

AQUELLA NOCHE DE HACE DOS SEMANAS TODAVÍA PONE UN DURO NUDO DE ANSIEDAD EN MI garganta.

Sigo desempeñando mi papel, manteniéndome ocupada con las responsabilidades de la casa. Y me esfuerzo por no perder el respeto que me gané aquella noche. Mi intento de aparentar que pertenezco aquí se ha vuelto más fácil.

Poco a poco, dejo de comportarme como una invitada que se ha quedado más de la cuenta. Al fin y al cabo, soy la mujer del Pakhan, la domadora de leones. Pero es una fachada, y ellos deben saberlo. Mi crítico interior regresa con venganza, burlándose de mí.

Andrei permite que lo domestiques; pero no lo tienes domado. ¿De verdad luzco acaso como una aspirante con diamantes?

Cuando salgo de una habitación, el personal susurra en ruso. Piensan que no los escucho. Pero sé que están hablando de mí cuando la conversación termina entre risas.

Y aunque eventualmente pregunto por aquella noche, nunca me dicen nada.

—¿Qué pasó aquella noche? —le pregunto a Andrei—. ¿Adónde fuisteis?

Estamos ahora en una habitación de invitados que se ha convertido en un salón de juegos. Hay trozos de pintura pegados a una pared y una nueva alfombra beige en el suelo. El tema es un jardín, para niño o niña, y un oso de peluche ridículamente grande está sentado en una cuna de madera diseñada para lucir como una antigüedad.

Andrei se desliza detrás de mí y me abraza. Su mano toca mi vientre y sus labios rozan mi mejilla.

—Ya no pienses en ello, Paige.

—Intento no hacerlo, pero…

—Entonces no lo hagas —me dice con severidad.

Me besa el cuello una y otra vez hasta que siento ese familiar revoloteo en el estómago.

Mi plan de marcharme se ha aplazado de nuevo. Es *fácil* estar decidida cuando Andrei *no* está cerca, cuando *no* me toca, cuando *no* me mira de esa forma que hace que mi corazón dé un

vuelco.

—Tengo algo para ti —dice y saca una caja del bolsillo de su chaqueta. No sé mucho de joyas, pero reconozco la caja azul de Tiffany. No puedo evitar un ahogado grito cuando la tomo de su mano y sonrío, admirando los pendientes de diamantes y perlas que hay dentro.

Me los pongo mientras Andrei sonríe, complacido por mi reacción.

Toco su mejilla con mi mano y me quedo absorta en su mirada, con el corazón bailándome en el pecho, convencida de que *él debe amarme*.

Espero, mirándole fijamente. *Él debe amarme*. Entonces, ¿por qué no me lo dice?

¿Por qué no me revela los secretos que sé que me esconde?

Se me llenan los ojos de lágrimas y aprieto la cara contra su pecho para ocultarlas.

—¿Te quedas hoy en casa? —pregunto. Siento que asiente y me trago las lágrimas.

¿Por qué ha tenido que venir Talia?

Ya sabes por qué, Paige. Porque ella te odia.

Le conté la verdad a Andrei al día siguiente. La expresión de su cara me hizo tartamudear una razón poco convincente por no habérselo dicho antes. Andrei me interrogó sobre todo lo que ella hizo y dijo, y luego interrogó a todos los demás. Yo no quería repetir las cosas horribles que ella dijo. Pero no se me está permitido salir corriendo o negarme a hablar. Andrei lo sabe todo, mientras que a mí me mantiene suponiendo.

El dolor me inunda, arruinando mi felicidad. *¡Talia la arruinó!* Diciendo cosas que yo sólo había pensado. Diciéndolas en voz alta y haciéndolas realidad. Dejando que todos las oyeran.

Yo los había engañado diciéndoles que mi matrimonio era más que una fantasía, una estrategia. Pero, cada día, las dudas acosan mi corazón. Una mujer cuerda se habría marchado hace tiempo, pero una mujer enamorada no puede marcharse.

Ya no me es tan fácil huir. Y Andrei lo sabe. Tal vez los regalos sean para tranquilizarme y hacerme ignorar lo que quiero. Pero tengo miedo, demasiado miedo para pedir lo único que me haría quedarme.

Él cuelga un diamante frente a mis ojos y, como un frívolo perro de juguete, me deslumbra y me entretiene.

—Andrei, tenemos una llamada en la oficina a mediodía —dice Dmitri, apoyado en la puerta abierta. Aunque él me incomoda con su condescendiente mirada, me alegré de verlo volver de aquella noche. Su brazo izquierdo sigue en cabestrillo, y hoy, le hace juego con su corbata azul marino.

Me acerco despreocupadamente a Dmitri y le miro a los ojos.

—Aún no me has contado cómo ocurrió —le digo.

—Ya te lo he dicho, Paige —dice Dmitri riendo—. Las mujeres se pelean por mí. Me agarraron como en un tira y afloja, tirando de mí de un lado y a otro hasta que casi me destrozan.

Andrei se interpone entre nosotros.

—Dmitri, encárgate de la llamada —dice.

—No, Andrei —digo—. Ve y búscame cuando termines. Voy a ver cómo está mi padre.

Me observan atentamente mientras yo salgo de la habitación, jugando mi papel mejor de lo que ellos piensan que yo puedo.

ANDREI y yo pasamos el resto del día juntos. *Paige, uno, y el crimen, cero*. Pero enseguida recuerdo que aún no he ganado. Caminamos cogidos de la mano por el jardín y pasamos por delante del separado garaje, el que me produce escalofrío. La puerta está abierta y está vacío. Qué bien. Pero escucho voces cerca.

Cuando doblamos en la esquina del edificio, Natasha está de pie hablando con Emma mientras Viktor está sentado en un cubo de cinco galones, con la pierna estirada hacia delante mientras finge que no existimos.

A varios metros hay una diana de brillantes colores, clavada contra un árbol que tiene agujeros de bala chamuscados. Emma sostiene una pistola en la mano.

Van a convertirla en uno de ellos.

Andrei les sonríe.

—¿Cómo lo está haciendo ella? —inquiere él.

Natasha pone las manos en las caderas y levanta la barbilla.

—Está mejorando. Pronto será capaz de disparar con una sola mano —le contesta.

Emma evita mi sorprendida mirada, pero le sonríe con dulzura a Andrei. Lo hace como solía sonreírle a papá.

—Gracias, Andrei —dice Emma.

Él asiente, y entonces me doy cuenta de que él le ha dado a ella su propia pistola.

El estuche de cuero negro está abierto sobre el regazo de Viktor, y la gomaespuma negra, donde antes estaba la pistola, está vacía. Sin duda, la cajita de adentro tiene un cartucho extra.

Andrei tira de mi mano y me aparta rápidamente. Tropiezo un poco para seguirle mientras él camina hacia el laberinto. No he visto a Eva en todo el día y no sé dónde se esconde.

Le devuelvo el tirón a Andrei, sujetándolo.

—No, prometiste dejarme conducir tu coche —le digo.

Parece sorprendido, pero luego sonríe.

—Por supuesto. Si te gusta, compraré uno para ti —me dice.

—La verdad es que me gustaría un Mercedes —asiento con algo de alivio.

Me obligo a no mirar detrás. Porque mis hombros y cuello se tensan al pensar en mi hermanita y esa pistola. Me molesta, junto con todos los otros jodidos secretos de esta casa.

—No lo hagas —me dice él, leyéndome de nuevo la mente.

—No lo haré. No quiero estropearnos el día —respondo tensa—. Esperaré hasta esta noche.

Él me estrecha entre sus brazos, pero yo doy un respingo al escuchar un disparo. Andrei ríe, como si Emma solo estuviera jugando con petardos. El sol del mediodía nos cubre, pero yo siento un frío glacial. Me abraza con más fuerza, tanto como lo hizo aquella noche, pero yo me agito en sus brazos.

—Suéltame —siseo.

Andrei lo hace y yo empiezo a correr, sin saber hacia dónde me dirijo. Corro hasta que llego a la verja que conduce al bosque. Podría escalarla fácilmente. Podría llegar a la autopista. Podría hacer lo que debí haber hecho hace meses. Ir a la policía y decirles lo que esta gente está haciendo aquí.

—Paige, detente —me dice y sus músculos se tensan mientras me sujeta, evitando que yo caiga sobre la valla—. ¿qué paso con que no estropearíamos el día de hoy?

—Qué amable de tu parte cargar con parte de la culpa —le respondo fríamente. Sigo agitándome en sus brazos hasta que Andrei se ve obligado a tirarnos al suelo.

Me abraza con fuerza y me susurra:

—No dejaré que te pase nada, Paige.

Su cálido aliento roza mi cuello y me relajo entre sus fuertes brazos. Andrei se separa un poco para que yo pueda mirar sus ojos. Su mirada es sincera, como si quisiera ahuyentar mis dudas. Se inclina hacia mí, con sus labios a un suspiro de los míos.

Yo cierro los ojos, perdida, mientras el beso de Andrei se profundiza y mi cerebro se desvía. Mi aprensión se nubla cuando me acerco a él y nuestros cuerpos se presionan el uno contra el otro.

El aire está impregnado del dulce olor de la tierra húmeda del bosque, mientras las hojas se mecen en lo alto. La luz punteada del sol forma un caprichoso dibujo que cubre nuestros cuerpos. El suave tacto de Andrei me transmite una sensación de alivio, me tranquiliza hasta que mis miedos vuelven a resurgir, luchando contra la sensación de seguridad que siento entre sus brazos.

Entonces me zafo de su agarre, corro hacia la casa y de pronto me abalanzo hacia la puerta del garaje, antes de que él pueda atraparme. Tiro de ella, me apresuro a entrar, pero no llego a cerrarla. Andrei se interpone.

Me agarra del brazo con demasiada brusquedad. Un momento de rabia se escapa de su máscara y me recuerda quién es él en realidad. Lo que hizo para traerme aquí. Yo no soy lo que él quiere. Soy lo que tuvo que tomar.

—¿Qué te pasa? —gruñe, mirándome como si yo estuviera loca.

—Y tú tienes la desfachatez de preguntarme eso —hago lo que puedo para mirarle fijamente, aunque él se eleva sobre mí—. Eres un criminal, un ladrón, un asesino. Yo no soy la que ha hecho mal.

—Ya te lo he explicado…

—No lo acepto; no quiero aceptarlo.

—¿Qué tengo que hacer, Paige? No puedo hacerlo si no me lo dices —le tiembla la mandíbula.

—¿Desde cuándo es mi elección? —le digo, y mi labio inferior se estremece.

Él se encoge de hombros a la defensiva antes de volver a estrecharme entre sus brazos.

—Lo es ahora. Entonces dime, ¿qué tengo que hacer? Sabes que no puedo renunciar a mi mundo, pero tiene que haber algo que yo pueda darte.

Los pendientes de diamantes me pellizcan los lóbulos de las orejas.

—Tu no harás lo que yo quiero.

Su ceño se frunce en señal de concentración.

—¿Qué es? Hacer, ¿qué?

—Decirme la verdad: ¿por qué yo estoy aquí?

Él desvía la mirada y yo rezo para que no se atreva a mentir.

—Igor Karamazov te quiere a ti y a tu familia —me dice.

—Y, ¿esa es la única razón? —le insisto a pesar de mi miedo.

—No.

Andrei acalla mis preguntas con un beso que me recorre la espalda y me hace doblar los dedos de los pies. Él no se detiene, lleva su mano a la espalda y abre la puerta del Rover que tenemos más cerca. Da unos golpecitos en el panel del coche y el motor zumba.

Con delicadeza, me ayuda a subir al asiento trasero y sonrío tontamente mientras nos escondemos en el garaje, donde a nadie se le ocurriría buscarnos. Mis dudas se disipan cuando me atrae hacia sí y vuelve a besarme.

Lentamente, me reclino hacia atrás hasta que él queda encima de mí, y recuerdo cuando llegué aquí por primera vez. Él me protegió con su cuerpo mientras, por la ventanilla, apuntaba a nuestros perseguidores con una pistola. Me sentí protegida entonces y sigo sintiéndome igual ahora.

Me doy cuenta que no volveré a mi antigua vida. Prefiero estar con Andrei que soñar con él.

—Alexa, pon Yacht Rock —ordena él, y yo suelto una risita cuando empieza a sonar ‘Baby, Come Back’.

—Paige, yo quiero que te quedes conmigo —susurra, mordisqueando mi oreja—. ¿Es eso lo que estás esperando escuchar?

Su cuerpo sigue moviéndose sobre el mío, desplazando su peso sobre mí mientras tira del dobladillo de mi vestido. Él sonríe como un niño, al igual que mis sentimientos de cuando me abrazó en la pista de baile. Me concentro en el momento del flechazo, antes de que empezaran los disparos. Mis dudas no pueden alcanzarme mientras sus manos están sobre mi cuerpo.

Abro las piernas, todo lo que puedo contra el asiento, dejando que él se cuele entre mis rodillas, y entonces lo beso con afán. Sus manos viajan lentamente por mis caderas, apenas rozando mi piel.

Andrei me provoca con suaves toques mientras mordisquea mi labio inferior. Lo muerde suavemente antes de meter su lengua en mi boca. Se mueve deliberadamente contra mí, pero sus manos agarran mi cintura con fuerza, como si yo fuera a desaparecer.

Su calor contra mi cuerpo me hace romper el beso y gimo profundamente mientras me agarro a su musculosa espalda. Toco sus extendidos músculos bajo su camisa de algodón, siento su fuerza cuando me hace sentir deseada, su peso cuando me inmoviliza. Lleva su mano a mi nuca y me acerca a él, para poder volver a besarme.

Su lengua sigue luego la curva de mi cuello hasta mis pechos, mientras yo desabrocho con rapidez la parte superior de mi vestido. Sus pacientes y suaves caricias me provocan salvajes escalofríos, los cuales aterrizan entre mis piernas.

Tiro del dobladillo de su camisa, impaciente por sentir su piel desnuda. Él hace una pausa y me mira a la cara, observando cómo me muerdo el labio y mis ojos revolotean de necesidad.

Andrei sonríe, está seguro de que lo deseo, sin importar cuantas veces yo le diga que se vaya. Desliza su mano bajo la empapada tela de mis bragas. Empieza a explorar mi coño con delicados toques que me hacen llevar la cabeza hacia atrás y jadear en silencio. Las yemas de sus dedos se deslizan por mis pliegues y gimo ruidosamente, pensando en lo bien que me siento tumbada debajo de él.

La canción cambia a algo más suave y lento: una voz sexy canta algo sobre las segundas oportunidades, como si nos estuviera sermoneando para que no lo echemos a perder esta vez.

Cada una de sus caricias despierta el deseo en mi piel, y aprieto mis caderas contra él hasta perderme en una neblina. Él se empuja contra mí y siento su dura polla contra mi muslo mientras nos estrujamos el uno contra el otro al ritmo de la conmovedora música.

—¿Qué más quieres, Paige? —me susurra con malicia, sabiendo lo que quiero.

—¿Me obligarás a decirlo? —le pregunto, respirando agitadamente.

Él entierra la cabeza contra mi cabello e inhala antes de besarme la oreja y susurrar.

—Quiero que te quedes.

Mi corazón se acelera y levanto las caderas hacia él.

—Y yo te quiero dentro de mí.

Su boca choca contra la mía y no puedo pensar con claridad, sabiendo que lo estoy haciendo desearme. No puedo creer que todo esto fuera falso alguna vez. No cuando Andrei me mira así.

Se separa de mí el tiempo suficiente para que yo recupere el aliento. Abre sus pantalones y yo bajo mis bragas. Me tenso y gimo cuando él acaricia mis pliegues, haciendo que se hinchen y se preparen. Mete un dedo antes de sacarlo y embestirme. Suspiro cuando me llena y me siento flotar.

Andrei se mueve despacio, luego más deprisa, y yo rodeo sus caderas con mis piernas, me impulso y siento cómo mi cuerpo choca contra él. La sensación es abrumadora, y no puedo evitar gritar cuando sus embestidas se vuelven más potentes e intensas en cada profundo gemido.

Él aguanta hasta que yo me corro con un grito, y entonces su propio clímax sucede y explota, desde un lento ascenso hasta una completa liberación. Sin aliento, Andrei se aparta de mí y nos sentamos uno al lado del otro en el coche.

Apoyo la cabeza en su pecho, sintiendo cómo sube y baja. Toma mi mano y entrelaza sus dedos con los míos. Es tan inocente estar sentados así, juntos en la parte trasera de un coche. Pero en el silencio, me asaltan de nuevo las dudas y vuelvo a preguntarme qué habrá planeado él para mí.

—¿Cenamos más tarde? —dice, besándome la mano.

—Sí —le respondo, sonriendo débilmente y asintiendo con la cabeza.

No quiero otro regalo caro ni una cena elegante.

Quiero la verdad, aunque sea dura.

Pero, sobre todo, quiero su amor.

PAIGE

MI CORAZÓN LATE CON FUERZA CADA VEZ QUE REPASO LA CONVERSACIÓN QUE TUVE CON PAPÁ.

Trato de pensar bien qué pudo llevarse mamá de la casa. Tengo el vago recuerdo de que se marchó con unas pocas maletas, sin apenas mirar atrás mientras Emma aullaba en la puerta de la cocina. Sólo me importaba que no íbamos con ella, que papá ya no hablaba con mamá y no me decía adónde había ido ni cuándo volvería.

No voy a ver cómo le pasa eso a mi hijo. No sabré qué decir cuando ella o él pregunte por su padre. Mentiré si es necesario y les diré que su padre ha muerto. Es un pensamiento horrible, algo horrible en lo que pensar, incluso como una terrible mentira. Me paso la mano por los ojos para borrar la imagen. Amo demasiado a Andrei, incluso para solo pensarlo.

—¿Le apetece un almuerzo ligero, Paige Geraldovna? —me pregunta un miembro del personal de cocina que está parado junto a la puerta con un largo delantal. No tengo hambre, pero es el bebé quien decide cuándo y qué comemos.

—Solo un té de hierbas, por favor —Odio las infusiones. Apestan como calcetines viejos. Pero se supone que hoy tengo que descansar por el bebé. Y el salón de baile es el lugar perfecto para relajarse. Una pintura del cielo en lo alto, música suave que suena en altavoces ocultos y la temperatura perfecta en el interior en un día caluroso.

Andrei está en algún sitio con Dmitri, creo, y la casa está demasiado silenciosa. ¿Qué pasa conmigo? No me gusta andar escondiéndome, ni gritar mientras las balas pasan. Suspiro de aburrimiento. Tal vez solo sea algo molesto hasta que oigo sollozos por el pasillo. Emma entra corriendo en el salón de baile, con la cara roja de llorar.

El corazón se me atraganta. Mis sentimientos hacia mi padre han cambiado drásticamente desde que supe su secreto. Pero, de pronto, me doy cuenta de que aún le amo. Quiero que papá vuelva a ser como antes. Y podemos culpar de la crisis a su enfermedad. Pero nada de eso sucederá si él muere primero. Y Emma y yo no podremos ir a ninguna parte sin encontrar antes su dinero.

Me levanto para abrazarla y Emma se lanza a mis brazos, tirándonos a las dos sobre el sofá. Le abrazo fuerte, odio verla llorar. Pero me invade un sentimiento al tocar su cara febril contra mi mejilla. Emma sigue necesitándome, no importa lo que haya pasado entre nosotras. Mi hermana vino corriendo a mí y siempre me necesitará.

Retiro el pelo de su cara húmeda.

—Emma, cariño, sé que es duro, pero sabíamos que esto pasaría.

—¿*Sabíamos que pasaría*? —Se le saltan las lágrimas y me mira fríamente—. ¿*Sabías* que Viktor iba a dejarme?

Parpadeo. Nunca pensé que ocurriría sin intervención divina.

—¿Viktor te dejó?

Ella suelta un sonoro hipo.

—¿Qué creías que había pasado?

—Creí que llorabas por papá —le digo.

Emma sacude la cabeza y vuelve a llorar más fuerte.

—No, Viktor ha roto nuestra… —hace una pausa mientras busca la palabra adecuada— amistad.

Frunzo los labios, sabiendo muy bien que no es solo una amistad.

—Quizá sea lo mejor. Ustedes sois tan diferentes.

Emma se aparta de mí y me lanza una mirada malévola. Sé que ha sonado poco sincero, pero es difícil consolarla cuando por dentro estoy sonriendo. Viktor es peligroso, y quizá esto también sea el fin de sus prácticas de tiro en el patio trasero.

Puede que yo no pueda salvar a mi hijo, pero aún puedo salvar a mi hermana.

La voz de Emma se eleva a un gemido desgarrador.

—Tu marido le dijo que me dejara.

Me quedo de piedra al oírlo. Sabía que Andrei lo desaprobaba, ¿por qué si no Emma y Viktor mantenían su relación en secreto?

—¿Por qué razón? —le pregunto.

—Como parte de su iniciación —Emma se desploma hacia atrás en el sofá—. Él no puede estar conmigo si quiere estar en la Bratva, porque yo no soy Bratva.

Yo tampoco, pero no lo digo en voz alta. Me casé con la Bratva, pero siempre hay algo que me diferencia de los demás. Me toleran porque tengo otro propósito en la vida de Andrei. ¿Es esto un atisbo de mi futuro? ¿Me tratarán con la misma frialdad que a mi hermana? Me siento ofendida y a la defensiva por Emma. ¿Es acaso un capricho de Andrei? ¿El hecho que Viktor deje a mi hermana pequeña?

—Emma, sé que es duro —digo, haciendo lo posible por sonar comprensiva—. Créeme, lo sé. Pero es mejor averiguarlo ahora que después.

—¿*Después*? —frunce el ceño—. Ya es demasiado tarde. Hemos hecho más que besarnos, Paige.

Mis manos se cierran en puños. No estoy enfadada con ella. Estoy furiosa es con él. Viktor se aprovechó de mi inocente hermana. No puede salirse con la suya follándosela y luego dejándola tirada.

—¿Qué te ha hecho? —pregunto, mi voz es más dura de lo que esperaba.

—Bueno, todavía soy virgen… técnicamente —dice Emma y su cara se pone escarlata mientras su mirada estudia el suelo—. Y yo que pensé que tenía buen gusto para los hombres —suspira—, pero resulta que mi gusto es tan malo como el tuyo.

Eso me escuece, pero ignoro la burla y atraigo a Emma hacia mí, dándole un abrazo asfixiante. No sé qué pensar. Quizá este deseo de unirse a la Bratva se haya acabado ahora que Viktor la ha dejado. Tal vez Emma deje de discutir conmigo y mi determinación se fortalezca. Cuando llegue el momento de partir, ella estará conmigo, no peleando conmigo.

Pero hay algo que me molesta, algo que me hace querer enfrentarme a Andrei.

Eva entra en la habitación y su sonrisa se convierte rápidamente en miedo. Se ve tan pálida como el vestido de lino blanco que lleva puesto, cuando ve a Emma llorando y a mí al borde de las lágrimas, por la rabia.

—Dios mío. ¿Qué ha pasado? —dice Eva, se precipita hacia mí y me estrecha en sus brazos—. No. Ahora no. Ahora no puede pasar nada malo —Eva se emociona tanto que tengo que preguntarme qué más está pasando.

—A Emma le han roto el corazón —señalo.

Emma frunce el ceño entre lágrimas, y dice:

—No. Sólo mi orgullo.

Los labios de Emma tiemblan mientras nuevas lágrimas caen. Eva la estrecha en sus brazos, acariciándole el pelo, mientras me mira con complicidad.

—Llora y olvídate de él —le dice—. Los hombres pueden ser desconsiderados, pero estoy segura de que él no quería ser cruel. Solo piensan diferente a nosotras.

—Yo creía que le gustaba —susurra Emma—. Pensé que estábamos juntos en esto.

Emma se aferra a Eva mientras salen del salón de baile, en dirección a la cocina.

—Te prepararé un té y podrás contarme todo lo que sientes. Te escucharé y entenderé donde otros no lo hacen.

La ira se apodera de mi cuerpo y me dirijo al despacho de Andrei antes de que la razón pueda detenerme. No me molesto en llamar antes de entrar. Está solo, tecleando en su portátil sobre un escritorio lleno de papeles. Su pensativa concentración parece fuera de lugar, sobre todo en comparación con las espeluznantes amenazas que suele proferir a gritos por teléfono.

—¿Sí, esposa mía?

Avanzo hacia él, ansiosa por empezar una pelea.

—¿Le dijiste a Viktor que dejara a Emma por la Bratva?

La mirada gélida que me dirige me hace bajar los humos.

—¿No es eso lo que querías?

—Viktor no tenía por qué hacerlo tan cruelmente —digo, tartamudeando.

—¿Entonces de qué otra forma podría haberlo hecho? —pregunta Andrei con frialdad—. Pensé que estarías bailando por los pasillos. Tu hermanita no será atraída a la Bratva —hace una pausa para mirar un trozo de papel—. A veces siendo cruel se consigue lo que se quiere. Ella lo superará.

—Yo debería habérselo dicho —digo, esforzándome por aclarar el punto.

—¿Te habría hecho caso? —me pregunta.

Le fulmino con la mirada, desconcertada, pero Andrei permanece indiferente y se niega a dejarme tener la última palabra.

—Yo soy el Pakhan, no tú —dice, levantándose—. Víctor era el guardia de Emma, no su amante.

—¿Es así? —muerdo, dejando que resurjan las viejas heridas. ¿Acaso está insinuando que nuestro matrimonio no es más que un acuerdo similar? — ¿Piensas lo mismo de mí?

—¿Es eso lo que quieres creer? —me pregunta.

—Dejaste claro que nuestro matrimonio era falso. ¿Acaso ha cambiado algo?

Él entrecierra los ojos, pero no contesta. No necesito una respuesta, no cuando ya tengo una. Salgo furiosa de la habitación, cerrando la puerta de un portazo.

ANDREI

EL CIELO DEL ATARDECER ESTÁ DESPEJADO MIENTRAS DMITRI Y YO CONDUCIMOS POR LA autopista hacia la iniciación. Es un honor para Viktor Vasiliev que se celebre en la casa de Radomil Sorokin, amigo de confianza de mi difunto padre. La casa es una réplica de un castillo histórico de piedra y estuco, con vistas a un acantilado que va directo al Atlántico.

He intentado comprársela a Radomil varias veces, sólo por su solitaria posición.

—Esta noche no tendremos que preocuparnos por Igor —señala Dmitri, mientras conduce hasta el puesto de guardia. Les entrega nuestras armas, son las normas de la casa, y veo un montón de ellas en el suelo, detrás del guardia de seguridad.

—¿Sabemos por qué lo hizo? —pregunto.

—Él jura que no tuvo nada que ver —responde Dmitri, subiendo por el serpenteante camino.

—Siempre lo dice, pero reconocí a algunos de sus hombres.

—Sigue negándolo todo —afirma Dmitri, negando con la cabeza

Hago una mueca.

—Se habría atribuido el mérito si yo hubiera acabado muerto.

La iniciación tiene lugar en el sótano, a escondidas. La enorme habitación no es un oscuro agujero en la tierra cubierto de telarañas. Es un sótano bien acabado, pintado en apagados colores de gris y azul, con adornos y muebles de madera oscura y moqueta de pared a pared. Sólo se utiliza para reuniones privadas y nada más.

Viktor se quita la fina camiseta negra y se recoge el pelo en una coleta. No se le permite hablar a menos que se le formule una pregunta. Esta noche, Viktor es el más bajo rango de la Bratva, pero por encima de un civil. El primer guardia, Anatoli Popov, coloca las tijeras sobre el cuero cabelludo de Viktor y le corta el largo pelo. No se le permite dejárselo largo hasta después de su primer año. La coleta queda limpiamente en la mano de Anatoli. Sonriendo, arroja la coleta al regazo de Viktor.

—Un recuerdo de tu pasado —le dice Anatoli, poniendo la mano en el hombro de Viktor—. *Idi suda, synochka*. Un trago, y luego el momento de marcarte.

Hace un tiempo, Anatoli era un hombre brutal con una historia que se remontaba hasta el viejo

continente. Ahora está retirado, la araña tatuada en su hombro ya no mira hacia arriba. Pero, si se quitara la camisa, su currículum criminal bastaría para lograr el respeto del Pakhan más bestial.

Recibir la aceptación de un viejo *starukhi*, como él, es un honor para un chico como Viktor.

No, ya no es un chico, me recuerdo a mí mismo. *Ahora es un hombre*.

Viktor mira la coleta de pelo que tiene en las manos y la arroja sobre la mesa. Se levanta firme de la silla. Las heridas de bala de su pierna se están curando bien. Incluso herido, ha conseguido abatir a tres hombres Karamazov. Ha demostrado ser leal y letal.

Esto es menos una prueba y más una celebración.

Slava, el tatuador, de pelo castaño despeinado y expresión seria, deja su fardo de cuero, adornado con intrincados diseños y símbolos, sobre la mesa junto a Viktor. Tira de la fina cuerda de cuero y lo desenrolla en horizontal, mostrando sus herramientas. Sus ojos se centran en las agujas estériles antes de mirar a Viktor, claramente orgulloso de sus posesiones.

Vemos con solemnidad cómo Grigori Schevchenko recita la ceremonia. Ante los primeros pinchazos, Viktor ni se inmuta.

Dmitri se apoya en la barra sin una copa en la mano. Beberemos después para brindar por Viktor.

—No fuimos los únicos en revisar el apartamento de Cynthia Reyes —me susurra Dmitri—. Lo han peinado.

—¿Por la policía y alguien más? ¿Igor quizás? —pregunto.

—Sin duda.

Grigori nos lanza una mirada penetrante, silenciándonos antes de continuar su liturgia para el nuevo soldado de la Bratva. El escudo Barinov aparece lentamente en el omóplato de Viktor. Recibirá otra marca por su primera muerte en el otro hombro.

Inspecciono el arte de Slava, asintiendo con satisfacción antes de que lo cubra con un amplio vendaje de algodón.

—¿Cómo está tu hombro, Viktor?

Su voz se entrecorta de no hablar.

—Está bien, Andrei Vasilyevich.

—Entonces te asignaré tu primer asesinato —asiento con la cabeza—. El hombre que te desnudó en su intento de humillarnos. ¿Sabes dónde encontrarlo?

Viktor asiente; su mandíbula se tensa mientras su cara se enrojece.

—Que sea limpio —le digo—, sin teatro —le entrego un estuche de plata inoxidable, que él abre, revelando una nueva pistola: una Glock similar a la que yo tengo. Es un signo evidente de favoritismo después de haber salvado la vida de Dmitri.

Su rostro estoico por fin muestra emoción y sus labios se curvan en una sonrisa.

—Considéralo hecho, mi Pakhan.

Empiezan los gritos cuando las copas se alzan en el aire en honor de Viktor. Pero Dmitri y yo subimos al piso principal para hablar de negocios en el comedor. La primera planta está vacía, salvo por los guardias y un escaso personal. Nos han preparado una mesa, pero dudo que comamos mucho. Bueno, yo no, Dmitri pide un filete de buey. Se quita el cabestrillo para comer con las dos manos.

Levanto una ceja mientras traga un bocado de vino.

—Llevo el cabestrillo para ganarme la simpatía de Natasha —me explica.

—Y ¿consigues algo? —le pregunto.

—Ni un poco —se encoge de hombros—. Creo que quiere que mi otro brazo coincida con este.

—¿Qué más has averiguado sobre el caso de Cynthia Reyes?

—El primo de tu mujer, el agente Kenney Grant. No va a aflojar. Está evitando que el asesinato se convierta en un caso sin resolver —dice Dmitri, entre bocados de su filete—. Y ahora está amenazando a las Bratva… a todos nosotros. Si seguimos interfiriendo en una investigación policial, reunirá suficientes apoyos para venir a por nosotros.

—¿*Él* nos está *amenazando*? —me río.

Dmitri se limpia la boca con la servilleta de tela.

—Sabe quiénes somos y nos tiene vigilados.

—No dedicaron tanto tiempo a investigar la muerte de Oleg en casa de los Reyes.

—Mi suposición es que allí no hay nada de valor —responde Dmitri—. Kenney Grant tiene una mala reputación en las calles. Está dando largas al asunto y no se echará atrás.

Cierro el puño para que mi mano tenga algo que hacer.

—Puede que intente usar a Paige como peón.

Dmitri no dice nada mientras me mira.

Entiendo la mirada que me dirige. Paige es un peón, era un peón, *en mi plan*. Se lo dije con atrevimiento. *Eso era todo lo que ella sería para mí*. Pero Dmitri sabe que no es así, en especial ahora que está embarazada. Sabe que protegeré a Paige, aunque solo sea para proteger a mi hijo. No le confío lo que siento ahora. Es mi trabajo protegerla, aunque eso signifique mantener mis sentimientos en secreto.

—Tal vez debería tratar con él como lo habría hecho Vasily —digo.

—La policía no es un rival de la Bratva a la que podamos amenazar —sacude él su cabeza—. Tenemos que poseerlos. Ya lo sabes.

Sorbo un poco de vino, pero me sabe a serrín en la boca.

—Las balas serían más sencillas.

—Empiezas a sonar como tu viejo —Dmitri levanta su copa hacia mí.

Le dirijo una mirada mordaz.

—Es algo bueno, Andrei Vasilyevich —se apresura a explicar—. A la Bratva le vendría bien otro Vasily ahora mismo.

—Cuidado, Dmitri.

—He tenido cuidado, Andrei Vasilyevich —aparta su plato—. Todos hemos sido cuidadosos. Un poco demasiado cuidadosos. Y puede que no esté dando sus frutos. El padre de tu mujer se está muriendo, y no estamos más cerca que el día que te casaste con ella.

Me levanto, cansado de sus consejos no pedidos.

—¿Qué sugieres, Dima?

—Quizá necesites un nuevo peón —sonríe Dmitri, pero es el brillo de sus ojos lo que llama mi atención—. Alguien a quien verdaderamente se pueda comprar.

PAIGE

—Podríamos echarles una carrera con este coche —me dice Emma, mirando por el retrovisor del acompañante al Rover que nos sigue mientras conducimos en mi nuevo Mercedes coupé.

Me llegó el día después de que dijera que quería uno. Un biplaza blanco, reluciente, nuevo y mío. El interior de cuero beige es al tacto como suave mantequilla, y el olor a coche nuevo me da la bienvenida cada vez que abro la puerta. El llavero lleva un monograma: una elegante P en metal sobre una lengüeta de cuero beige que hace juego con el color del interior.

¿Es otro soborno para contentarme? Quizás, pero ya no me importa. Hubiera sido feliz con un coche de diez años de antigüedad que funcionara. Cualquier coche mío me devuelve la libertad.

Pero en lugar de eso, recibí otra dorada jaula.

Agarro el volante con mis guantes de conducir de cuero rojo y aporreo el pedal, acelerando.

—Necesitamos que se queden con nosotros —le recuerdo a Emma.

—Es una broma, Paige —contesta ella.

Esta mañana, encontré a Emma arriba, observando a Viktor desde la ventana de un dormitorio vacío. Los de la Bratva habían estado fuera toda la noche, pero no se podría decir por cómo estaban listos y dispuestos.

Vestido con traje negro y corbata, Viktor estaba de pie en la entrada junto a un Rover, con el pelo rapado y gafas de sol oscuras que le ocultaban los ojos. Emma tenía los ojos enrojecidos y las uñas mordidas hasta la base.

Decidí sacarla, lejos de él. Ella necesitaba salir y que le recordaran que existe un mundo mejor lejos de este lugar.

Nos dirigimos a las afueras de Twin Rivers, al Key City Diner, junto al río. Key City es famoso por sus enormes desayunos, servidos durante todo el día. El edificio es de doble ancho y se asemeja a un vagón de ferrocarril antiguo, con su metal pintado de rojo y plateados adornos en las esquinas. Está lejos de la carretera, rodeado por un aparcamiento lleno de baches y vehículos.

La comida es la razón de la afluencia, no la decoración.

Aparco cerca de un Lexus y me tranquiliza saber que aquí come todo el mundo. Mis guardias

aparcan al otro lado de la calle, en el aparcamiento que sobra. Los cuatro hombres fornidos no destacan tanto desde que insisto en que lleven ropa deportiva cuando salen conmigo. Puede que refunfuñen entre ellos por verse obligados a vestirse con el mal estereotipo de los rusos con Adidas, pero aun así cumplen.

Encajan con el resto de la gente que come en recipientes para llevar en sus coches y en el campo de hierba cerca del agua en un día tan caluroso como este.

No quiero que me sigan como si asistiera a un velatorio perpetuo.

La música del altavoz de un coche llega hasta la cafetería y la brisa del aire me refresca la piel mientras Emma y yo entramos. Elijo un reservado desde el que yo pueda ver a los Rover desde la ventana, para que ellos nos vean fácilmente. Mi mirada recorre la ruidosa sala y busco caras reconocibles, deseosa de evitar a cualquiera que pudiera conocer.

Pero la cafetería parece inofensiva: padres jóvenes con sus hijos. Parejas de ancianos conversan con café y tarta por los codos. Adolescentes comparten platos de patatas fritas con salsa mientras miran sus teléfonos.

Nada más que la normalidad a la que estaba acostumbrada.

Nada más que la normalidad a la que nunca podré volver.

Intento relajarme y fingir que he vuelto a casa. Nadie se interesa por mí. Nadie me conoce. Aquí no tengo nombre entre los demás. Aquí puedo no ser nadie, ni la mujer del Pakhan.

Dejo el bolso en el largo banco de madera que hay a mi lado mientras Emma se sienta en el lado opuesto de la mesa. Me remuevo en el asiento, intento ponerme cómoda, miro el menú y me estoy decidiendo por unas tortitas o un bocadillo de beicon, lechuga y tomate.

Emma hojea su menú y lo deja sobre la mesa. Echa un vistazo al Rover, que se eleva por encima de los demás coches.

—¿No confías en que Kenney me mantenga a salvo? —pregunta, abordando por fin el verdadero tema que nos ocupa.

Kenney me envió un mensaje hace unos días y me sorprendió recibirlo. En primer lugar, no sabía que tenía mi nuevo número. Dos, no lo había visto desde la muerte de mi madre. Le pregunté a Kenney si había averiguado algo, pero se disculpó por no tener ninguna información nueva. Me aseguró que la investigación seguía su curso y que solo quería saber cómo estaba.

Hoy debí cambiarme de ropa veinte veces antes de salir de casa para venir aquí. Aún recuerdo cómo Kenney me miró aquel día en el bar, calculando el coste de cada prenda que llevaba. Hoy hago todo lo que puedo para no destacar, y evito llevar nada que valga más que los bienes inmuebles que me rodean.

Aunque no me molesto en esconder mi anillo de casada.

Hay otras mujeres en este lugar luciendo grandes anillos como el mío. Vuelvo a mirar a mi alrededor y suspiro, dándome cuenta de que ya no encajo aquí. Por mucho que me esfuerce.

A Emma le da igual encajar. Lleva las uñas perfectamente cuidadas en azul pálido y sus endebles

sandalias de surf cuestan varios cientos de dólares. Toca su nuevo reloj Apple mientras unos finos brazaletes de oro suben y bajan por sus brazos. Cada brazalete tiene una piedra preciosa incrustada en el centro. Regalos de Andrei tras la iniciación de Viktor. Se pasó un día entero hablando mal de Andrei a sus espaldas hasta que Natasha la convenció para que lo perdonara.

—Confío en que no huirás —respondo finalmente.

Ella enarca una ceja.

—¿Mientras estoy con nuestro primo el *policía*? ¿Hasta dónde podría llegar?

Capto su atención.

—Sé que preferirías ir a por tus amigos y estar con ellos. Pero aún no es seguro.

Encogiéndose de hombros, suaviza su tono.

—Está bien, Paige. Te lo agradezco. Salir para ir a cualquier sitio ya es agradable.

—¿Has hablado con él? —le pregunto en voz baja, esperando que hablar de Viktor no sea tabú entre nosotros.

—No. Tengo un nuevo guardia —dice con burla y mira por la ventana hacia el Rover—. Más viejo, más gordo, más peludo. Uno del que nunca me enamoraré.

Las dos nos reímos, pero la conversación decae cuando Emma se sumerge en sus pensamientos y se queda mirando por la ventana. Vuelvo a mirar mi menú, sin querer pensar en su angustia.

Mi mente me lleva de nuevo a Andrei cuando mi mirada se posa en una pareja de padres jóvenes en un reservado diagonal al nuestro. El padre tiene el pelo oscuro, como Andrei, y la madre es rubia como la miel. El padre sostiene en brazos a su adorable bebé, vestido de amarillo, mientras la niña se queja y trata de alcanzar a su madre.

Parecen tan felices y normales que no quiero ni pensar en mis decisiones.

Hubo un tiempo en que quería una vida diferente de la que tenía. Quería dinero para no tener que trabajar tan duro para sacar a mi familia adelante. Y ahora que tengo dinero, todo lo que mi corazón desea es volver a mi vida normal y a todas sus cargas.

Suena la campanilla de la puerta y el primo Kenney entra en la cafetería. Permanece inmóvil un momento. No sé si está mirando el local o dejando que los comensales le miren a él.

No soy la única que ha cambiado. Él ha cambiado la chaqueta de su traje por una de mejor calidad. No tan caros como los trajes de Andrei, pero definitivamente no de un centro comercial. Los vaqueros siguen siendo Levi’s y las gafas de aviador que lleva en la nariz son Ray-Ban. Suspiro y miro fijamente a Kenney hasta que se baja las gafas y me devuelve la mirada.

Emma se levanta de un salto cuando él llega a nuestro reservado y le da un fuerte abrazo de oso. Se balancean el uno contra el otro antes de soltarse. Emma no recuerda a Kenney como yo. No fue al instituto con él como yo. Kenney me mira, su cálida sonrisa desaparece lentamente en una tensa mueca. Le ofrezco mi mejilla, que él besa ligeramente antes de sentarse a mi lado.

—¿Qué tienes planeado para hoy? —le pregunto a Kenney con indiferencia.

Kenney golpea ligeramente la mesa con los dedos mientras habla.

—Pasaremos por el apartamento y luego iremos al viejo barrio. A ver viejos amigos —.

—Bien, necesito algunas cosas de la casa —El entusiasmo de Emma se apaga rápidamente cuando me mira—. Es decir, ¿quieres algo de la casa, Paige?

Niego cualquier interés con un movimiento de cabeza.

—¿Estás seguro de que ir al apartamento es lo correcto, Kenney? —no mencionamos el nombre de mamá, y agradezco que no se hable de mamá delante de Emma.

Kenney se encoge de hombros con indiferencia, haciendo frente al involuntario desaire.

—Estaré con ella, Paige. Ella estará bien. Te lo prometo.

—No quería decir… no importa —me apresuro a añadir—. Claro. Gracias por ocuparte del apartamento.

—No hay problema —responde—. Seguiré yendo hasta que puedas encargarte.

Kenney hace señas a la camarera, quien toma nuestros pedidos. Yo pido café. Emma quiere una pequeña pila de tortitas, y Kenney pide tostadas con su café. Tenía poco apetito cuando llegamos, y ahora se me ha quitado por completo.

Emma retoma la conversación.

—Me parece un desperdicio tirar todo lo que hay en casa, Paige. Podemos revisar las cosas de papá y deshacernos de lo que sea basura en vez de esperar.

—¡No! —espeto. Me ganan los nervios y mi vozarrón corta las conversaciones, la gente se gira a mirar. Me aclaro la garganta y fijo la mirada hacia nuestra mesa, esperando a que la gente vuelva a ocuparse de sus asuntos.

No puedo decirles que no podemos deshacernos de nada hasta que registre esa casa.

No puedo dejar que ninguno de los dos conozca los secretos de papá. Ni los de mamá.

—Lo siento —murmuro—. Es que ahora mismo no puedo pensar en ello.

Los ruidos ambientales comienzan de nuevo mientras la camarera nos sirve en silencio. Kenney decide encantar a la mujer con una cursi charla, haciéndola sonreír. Pero yo me quedo allí sentada, sin atreverme a mirar por la ventana, esperando que Kenney no se dé cuenta del Rover.

Emma se sobresalta y se queda mirando la puerta, y yo espero que no sea nada. Se levanta de su asiento y corre hacia un grupo de niños de su edad. Abraza a una niña vestida con una camiseta rosa de tirantes y unos pantalones cortos a juego. El chico se queda atrás y luego toca la espalda de Emma, dándole un ligero abrazo. Ella hace un gesto hacia nosotros y luego camina hacia una cabina vacía con ellos.

—Hace tiempo que no ve a sus amigas —dice Kenney con expresión astuta, como si su mente elaborara una detallada lista—. ¿Dónde se ha estado quedando, Paige?

—Conmigo, Kenney —digo, apretando los labios, sin ofrecer más.

—¿Y hay algo más que quieras decirme? —pregunta en voz baja.

Por un momento, me pregunto si debería. Kenney podría ser mi mejor oportunidad. Pero, ¿para hacer qué? Desde que conozco a Kenney, nunca ha hecho nada por ser amable o simpático. Siempre hay un motivo, aunque sólo sea sentirse superior a los demás. Sacudo la cabeza.

Y entonces recuerdo lo que dijo papá. *¿Por qué acudiste a tu sobrino? ¿Por qué tuviste que decirle nada?*

No repetiré el error de mamá.

—¿Necesitas protección? —susurra—. Sólo dilo.

—¿Al igual que protegiste a mi madre? —respondo bruscamente.

—Hicimos lo que pudimos —su expresión se vuelve defensiva con un toque de arrogancia—. Calculamos mal el peligro que corría.

Cierro los ojos para disimular mi asombro. Papá dijo que ella había ido a la policía y Kenney acaba de confirmarlo.

—Fue un robo que salió mal —digo en voz baja.

—Paige —se inclina hacia mí, bajando la voz—, no puedes estar casada con tu marido y creer eso. La Bratva ha estado merodeando por el viejo apartamento de Cynthia. No lo dejarán en paz.

Coloco las manos en mi regazo para ocultar el temblor.

—¿Quiénes? ¿Tienes nombres?

Se echa hacia atrás, estirando el brazo a lo largo del respaldo de la cabina.

—No. Pero sabemos que buscan algo.

—No mi marido. Él no ha estado allí —digo. Por un momento, siento la tentación de confiar en Kenney, aunque sólo sea para obtener más información.

Pero la mirada fríamente calculadora en el fondo de sus ojos me hace desconfiar.

—No, tu marido no —asiente con la cabeza—. Pero *alguien* está vigilando, probablemente esperando a tu marido. Tu marido está involucrado en cosas que no quieres saber. Confía en mí, Paige. Él no es el héroe de esta historia.

—Gracias por la advertencia —digo, con voz dura.

—Tienes que hacer algo más que agradecérmelo.

Me remuevo en el asiento y me replanteo que Emma pase el día con Kenney. Miro a Emma y veo cómo se ríe y actúa como tonta con niños normales que no están mezclados con la Bratva. Necesita recordar lo feliz que era antes de que yo la involucrara en mi jodida vida. Es demasiado tarde para mí. Mi corazón está enredado con un hombre al que quiero más que ser una persona honesta, y mi cerebro no puede convencerme de que estoy cometiendo un error mortal.

—Puedes irte, Paige —Kenney saca su cartera y coloca su tarjeta de débito sobre la mesa—.

Esperaré aquí hasta que Emma esté lista para irse.

—Gracias, Kenney —digo, pero dudo, tomando mi bolso del asiento—. Has sido de gran ayuda desde que murió mamá.

—Seguimos siendo familia, Paige —dice—. Alguien tiene que velar por nuestros intereses.

No me gusta cómo sonríe, como si supiera que tarde o temprano lo necesitaré. Me hace sentir como si le debiera un favor. Me pregunto si me usará para llegar a Andrei. Si aparecerá en nuestra casa y se llevará a Andrei esposado porque yo, por accidente, diga una tontería que le incrimine.

Miro a Emma con sus amigos. Ella empieza a levantarse, pero yo alzo la mano sonriendo para impedir que ella lo haga.

—Diviértete —le hago señas, mientras me voy—. Mándame un mensaje cuando necesites que te recoja.

PAIGE

LA CASA ESTÁ INQUIETANTEMENTE SILENCIOSA A MI REGRESO. ANDREI HA SALIDO A TRABAJAR Y siento una ominosa inquietud mientras camino sin rumbo por los pasillos vacíos. Todo es demasiado silencioso, como una cripta llena de los fantasmas de los hombres que nunca volveré a ver.

A veces me pregunto quién no volverá. ¿Cuándo me volví tan melodramática? No me asusta estar sola. Aun así, alguien debe estar aquí. Busco abajo hasta que encuentro a Natasha sentada en la cocina, charlando con el chef. Aún no han preparado la comida; es demasiado pronto para cenar. Y rechazo la amable oferta del chef de prepararme algo ligero para comer.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunto.

—En obras en el Bajo Manhattan, cerca de Canal Street —responde Natasha—. Volverán pronto.

Ahora sé leer su lenguaje corporal y, por su despectivo gesto, me doy cuenta de que me está diciendo la verdad. Natasha rompe el contacto visual justo antes de mentir.

Así que sigo caminando por los pasillos, incapaz de deshacerme de esta inquietante sensación. Miro el móvil y me sorprendo al darme cuenta de que Emma ya lleva tres horas fuera. ¿Quizá Kenney la dejó ir con sus amigas? Pero ella ya debería haber vuelto. He dicho al Rover que se quede en Twin Rivers para que la recojan.

Mis dedos vuelan sobre la pantalla, mientras le escribo un mensaje. Casi inmediatamente, ella me devuelve la llamada.

—Emma, ¿dónde estás? —pregunto con urgencia—. Deberías pensar en volver ya a casa. ¿Dónde está Kenney?

La voz de Emma es apenas más alta que un susurro, y hay pánico en su voz.

—Estamos en el apartamento de mamá. Kenny está buscando algo, Paige. Pero no sé qué. Está registrando la casa, buscando papeles.

Las alarmas empiezan a sonar en mi cabeza.

—¿Buscando *qué* papeles? —pregunto.

—No lo sé —responde ella—, pero llevamos aquí más de una hora y él no se ve bien. Está cabreado y no para de repetir que está aquí.

El pavor que me ha acompañado todo el día se convierte en miedo.

—No le digas nada, Emma. Solo sal fuera y espera al Rover. ¿De acuerdo?

Pero, antes de que ella pueda contestar, se escucha un ruido sordo y la llamada termina de repente. Le marco, pero no contesta. Vuelvo a llamar. El nombre de Emma se ilumina y estoy desesperada por que ella conteste. Pero salta al buzón de voz. Vuelvo a llamar y esta vez salta directamente al buzón de voz.

Doy un respingo cuando oigo pasos por el pasillo de mármol que hay detrás de mí. Me llevo las manos al pecho mientras un preocupado Vanya se me acerca.

—Paige, me ha llamado uno de los guardias —me dice—. Han perdido a Emma.

—¿Estaba un policía con ella? —pregunto.

—Vieron a uno llevándosela —me explica Vanya—. Un policía arrastró a Emma hasta un todoterreno de la Marina. Ella forcejeó con él, pero cuando los guardias llegaron al lugar ya se habían ido. Ella opuso resistencia para no irse con él.

Lo dice como si yo debiera estar orgullosa. Pero todo lo que puedo sentir es mi mundo apagándose en los bordes de mi visión. *Kenney se llevó a Emma porque yo no la traje conmigo*.

—Quiero que todos los guardias en la propiedad se reúnan conmigo en el vestíbulo —digo, luchando por mantener mi voz uniforme.

HAY un silencio tenso mientras considero un plan y los guardias permanecen en posición de firmes. Disimulo mi nerviosismo mientras comprendo mejor a mi marido. El poder que Andrei debe sentir está al alcance de mi mano, y empieza a calmarme mientras observo a los guardias. Ya no estoy indefensa ante la gente que quiere hacerme daño. La Bratva me protegerá.

—Encontrad a mi hermana —les digo con voz firme—. No luchéis. No quiero que le hagan daño. Ahora mismo, sólo quiero saber dónde está.

Mientras ellos se marchan, me vuelvo hacia Natasha.

—Andrei no contesta al teléfono. ¿Por qué no contesta? —le pregunto.

Natasha desvía la mirada, y luego la devuelve, fría y tranquila.

—Vuelve a intentarlo, Paige. Quizá no pueda oírlo.

Mi respiración se acelera y vuelvo a intentar llamar a Andrei, pero no responde. El silencio se vuelve enfermizo mientras me pregunto qué estará haciendo que no puede atender.

ANDREI

EL PANORAMA DESDE EL ALTO EDIFICIO DE OFICINAS ME LLENA DE ORGULLO AL ADMIRAR UNA vista que sólo el dinero puede comprar. El horizonte de Manhattan está iluminado por el sol del atardecer, humillándome en medio de su vasto imperio de cristal y acero. Ajusto mi corbata.

La Bratva no puede funcionar sólo con el crimen. Los negocios legítimos protegen a los turbios, y mis empresas constructoras e inmobiliarias también requieren atención si quiero que sigan siendo rentables. Por eso me reúno semanalmente con todos mis trabajadores, sean Bratva o no, en mi oficina del centro.

Honesto o no, saca al competidor que hay en mí. Soy esclavo de mi ambición, incapaz de escapar a sus ataduras.

Un golpe en la puerta me devuelve al presente. Entra mi secretaria, Greta, sonriente y totalmente ajena a lo que hago a altas horas de la noche.

—¿Señor Barinov? Le esperan en la sala de juntas.

Es una morena recién salida de Baruch, licenciada en empresariales. Puede que esté ansiosa por aprender, pero no puedo permitirme que sepa demasiado. Hoy, la necesito fuera del camino para que los de la Bratva puedan hablar en privado y discutir nuestro próximo movimiento.

—Gracias, Greta —le respondo—. Puedes hacer otras diligencias esta tarde. Esto llevará un rato.

—Por supuesto, jefe —asiente ella.

Entro en silencio en la sala de juntas y cierro la puerta con un clic. Todos los hombres sentados a la mesa esta tarde son Bratva. Dmitri está sentado a un extremo de la mesa de la sala de conferencias y yo me siento en el otro. Es hora de informar sobre los progresos de las órdenes que cumplimos anoche.

Dmitri empieza la reunión yendo al grano.

—Viktor, danos primero tu informe.

El joven se inquieta antes de hablar al grupo y parece como si prefiriera enfrentarse a un enemigo armado.

—El piso franco de los Karamazov se encuentra a una distancia prudencial de su vecino más cercano —comienza, titubeante al principio, pero su voz gana confianza con cada palabra—.

Hacia las cuatro de la madrugada, salí de un coche alquilado y me acerqué sigilosamente a la casa por las calles vacías. Me dijeron dónde estaban las cámaras de seguridad, así que cruzar el césped y escalar la valla fue fácil. Nadie me vio.

—Subí al segundo piso y abrí con facilidad la ventana de un dormitorio —se aclara la garganta varias veces—. No estaba cerrada. Mi objetivo estaba profundamente dormido en una cama de matrimonio, desarmado, con una mujer a su lado. Ella pasó la noche durmiendo en la cama junto a un cadáver, ajena a lo sucedido.

Un murmullo de aprobación llena la sala, y los hombres reconocen de corazón el primer asesinato de Viktor.

—*Molodets, molodoi chelovek* —dice Dmitri y aplaude varias veces—. Bonito y limpio.

El resto del día lo paso en mi oficina. Los negocios legítimos son un trabajo duro, pero no es peligroso barajar papeles y escuchar a los subordinados recitar cifras. Al final del día, ya estoy harto. Mis pensamientos vagan de vuelta a casa, y me pregunto hasta qué punto es segura.

Me juro a mí mismo que Paige nunca se despertará y me encontrará muerto a su lado. Sacudo la cabeza ante ese pensamiento.

He aceptado que la muerte ocurre, pero estoy decidido a protegerla a ella de la realidad. Paige quiere que sea normal y honesto. Que guarde mi pistola y siga derecho. Paige quiere que muera de aburrimiento, no de una bala.

¿Valdría la pena hacerla feliz? La haría eso más feliz que otro collar. Me abrazó cuando le di las llaves del coche el otro día.

Dmitri mete la cabeza en mi despacho.

—Estoy listo para salir cuando tú lo estés. Un papel más y puede que le dispare a algo.

Suspiro, pensando en la mirada de alivio de Paige cada vez que vuelvo a casa. Estoy deseando ver esa mirada hoy.

—Yo también —respondo, cogiendo mi chaqueta—. Vamos.

EL SOL YA ESTÁ BAJO, proyectando un cegador rayo de luz en el horizonte, y el tráfico en la autopista se ha detenido. Millas más adelante, un accidente ha bloqueado todos los carriles, y el tráfico se arrastra desde hace veinte minutos. Los conductores permanecen sentados en sus coches, sin saber cuánto durará el retraso ni qué ha ocurrido exactamente.

Un hombre alto, de mediana edad, con gorra de béisbol, sale de su camioneta para mirar la carretera. Se para en la línea amarilla entre los coches parados, protegiéndose los ojos mientras se quita la gorra.

Una mujer en un Honda al ralentí baja la ventanilla.

—¿Qué pasa? —le pregunta.

—No lo sé —responde él pasándose la mano por la frente—. No veo más allá de la curva. Sólo veo las luces de freno.

—Será mejor que ahorre gasolina —murmura ella una maldición y apaga el motor.

Siento su frustración, sin saber cuánto tiempo estaremos atrapados aquí. Puedo hacer muchas cosas con un ejército Bratva a mi alcance, pero no tengo control sobre los desastres provocados por el hombre o los actos de la naturaleza. Tengo que sentarme y esperar como el resto.

Poco a poco llegan por la radio noticias de una colisión con un camión de dieciocho ruedas, pero los detalles son escasos. El camión volcó, bloqueando todos los carriles, y la policía detuvo el tráfico a ambos lados. No hay informes sobre los otros vehículos implicados, cuánto durará el retraso o qué ocurrió realmente.

—Los Rover pueden con el terreno accidentado —dice Dmitri—. Podemos ir por el arcén hasta la siguiente salida.

—¿A qué distancia está? —pregunto.

—Unos dos kilómetros —dice. Se encoge de hombros, frunce el ceño y mira a lo lejos.

Niego con la cabeza.

—No, podríamos acabar atascados detrás de un lío mayor o de un policía.

Miro por la ventanilla la pendiente rocosa que nos rodea. Más allá, altos árboles limitan el acceso a las calles suburbanas. El centro de la carretera está separado por una hilera de separadores de hormigón colocados allí por obras.

Mi mirada escudriña, buscando cualquier camino que pueda proporcionar una escapatoria de este atasco, pero no puedo atravesar la fiesta en la piscina de algún extraño, por mucho que quiera llegar a casa.

—No tengo barras en mi teléfono —le digo a Dmitri—. Debe ser que todo el mundo está mirando el móvil.

—Podrías salir y agitarlo en el aire como los demás idiotas —me mira

Me vuelvo a meter el teléfono en el bolsillo y miro el tráfico.

—Paige dejó que Emma saliera hoy con su primo —continúo—. No me gustó, pero ella me dijo que un Rover las seguiría.

—Por fin ella está aprendiendo —responde Dmitri.

Entiendo por qué ella se llevó a Emma. La chica me odió durante un día entero, pero ahora ella y Viktor mantienen las distancias. Me alegro de que ella haya aceptado mi decisión. En definitiva, más rápido de lo que Paige lo habría hecho.

La chica es inteligente, valiente y dispuesta a arriesgarse. Y está dispuesta a ser como nosotros. Yo también quiero lo mejor para Emma, pero Paige y yo tenemos ideas diferentes sobre cómo lograrlo.

—Y—después de una pausa, Dmitri pregunta—, ¿por qué no te gusta Kenney Grant?

—Él puede ser su familia y un policía, pero he aprendido a mirar bajo la superficie. Es demasiado orgulloso para ayudar a los demás sin esperar algo a cambio. Lo veo en su cara. Esos ojos son como los de una rata: vigilantes y sospechosos, y su sonrisa es tan tensa que podría resquebrajarse.

—¿Corrupto? —pregunta Dmitri—. ¿O simplemente desilusionado?

—Ni lo uno ni lo otro —respondo—. Es un cabrón sediento de poder. Simplemente eligió la ley mientras que nosotros elegimos la Bratva.

—La Bratva nos eligió a nosotros —Dmitri mantiene la mirada al frente—. ¿Crees que podría convencer a Paige para huir?

Me río.

—Aunque ella quisiera irse, no correría hacia *él*. Es un cabrón engreído. Le recordaría veinte veces al día: 'Te lo dije'.

Nuestras risas se interrumpen cuando un fuerte estruendo llena el aire. Nada se mueve delante de nosotros, pero un todoterreno oscuro ruge por el arcén desde detrás. El todoterreno adelanta con facilidad a los vehículos detenidos, dejando a su paso una nube de gravilla y tierra suelta. Dentro del vehículo hay varios hombres con ropas oscuras y los ojos fijos en nosotros.

Reconozco las caras de los hombres de Karamazov dentro del todoterreno. Y donde hay un todoterreno, habrá más. El accidente del camión debe ser una trampa. Si nos alcanzan, no será para preguntarnos si necesitamos ayuda.

—Tenemos que movernos —dice Dmitri, rígido a mi lado

Cogemos nuestras armas mientras las ventanillas del todoterreno que se acerca bajan. Con las luces, Dmitri hace una señal al otro Rover y pisa el acelerador rápidamente. Nos siguen por la pendiente hacia los árboles. Los Rover esquivan los árboles estrechamente espaciados mientras nos dirigimos a cubierto.

Al todoterreno pronto le siguen tres más que suben a toda velocidad por la pendiente rocosa.

—¡Sin duda son los hombres de Igor! —grita Dmitri mientras yo apunto con mi arma—. La venganza llegó rápido.

El muerto de Viktor estaba en la línea de ascenso a brigadier en la Bratva Karamazov. Un hombre prometedor, pero demasiado lleno de orgullo y alabanzas como para practicar la cautela. Podría haber vivido más tiempo si la ventana de su habitación hubiera estado cerrada.

No hay balas disparadas. Por ahora.

Sólo se oye el crujido de los neumáticos al rodar sobre las raíces de los árboles mientras unos cuantos imitadores nos siguen en sus camiones y todoterrenos. Estas personas suponen que conocemos una salida y nos siguen tontamente, formando un escudo entre nuestros enemigos y nosotros. Los hombres de Igor empujan sus todoterrenos, pero pierden tracción cuando los coches luchan contra las rocas. No pueden ir más lejos y nos persiguen a pie cuando ven que estamos bloqueados por los árboles.

No nos queda más remedio que salir y luchar.

Los disparos resuenan en el bosque y los insensatos conductores intentan retroceder colina abajo, provocando más caos. Evito disparar durante unos segundos, con la esperanza de darles la oportunidad de huir. Pero los hombres de Igor no son tan compasivos y abren fuego sin remordimientos.

Las balas vuelan y se estrellan contra los árboles que nos separan. Esquivamos y disparamos, intentando liberar a los Rover. Nos intercambiamos gritos y maldiciones mientras damos un mortal espectáculo. Los disparos suenan como petardos en julio, mientras los insensatos abandonan la seguridad de sus coches para contemplar el espectáculo.

—¿En qué estaba pensando Igor? —maldigo y pego un tiro—. Ahora tenemos muchos testigos.

—Si viven. Quizá podamos pasar —dice Dmitri—, pero tendremos que embestir una valla.

Miro la alta valla de madera que oculta la vista de un cuidado césped desde la autopista.

—Hazlo —le digo.

Los hombres de Igor nos persiguen, disparando en nuestra dirección mientras intentamos escapar. En medio del caos, Seryozha se desploma ante el volante del Rover con una mueca de dolor en la cara. Un hilo de sangre recorre su sien, manchando su cuello blanco. Tiene la cara inmóvil y los ojos vacíos por el impacto de bala.

Arrojamos su cuerpo inerte a la parte trasera. El recuento de las pérdidas tendrá que esperar.

Seguimos disparando mientras embestimos la valla. La valla gime, luego se hace añicos en una erupción de madera, y nos alejamos a toda velocidad por un estrecho camino. Pronto, el caos que dejamos atrás queda amortiguado por los sonidos ambientales de los suburbios. La rabia de perder a otro hombre hace que mi corazón lata con fuerza contra mi pecho mientras me quito la corbata. Me culpo por haberme dejado engañar.

—¿Cómo demonios se ha enterado Igor de que estábamos allí? —pregunto.

Dmitri agarra el volante con fuerza.

—No teníamos cobertura. Nuestra rutina rara vez es la misma. Nuestros hombres nunca lo dirían. ¿Quizá suerte?

—Ha tenido mucha suerte últimamente —sacudo la cabeza

Afortunadamente, nos dirigimos a casa. Nadie en las pintorescas casas por las que pasamos sabe por lo que acabamos de pasar. En un césped perfecto, los niños corren por un aspersor, gritando de felicidad, no de miedo. Puedo entender por qué Paige piensa que esta vida es más segura y mejor. Pero cualquier cosa puede pasar en cualquier sitio, y es mejor estar preparado para ello.

Tan pronto entra la señala, me sobresalto al ver la lista de llamadas perdidas de Paige en mi teléfono.

—¿A qué distancia estamos de la casa? —pregunto.

—Menos de diez minutos —responde Dmitri—. ¿Qué está pasando?

Escudriño los mensajes.

—No lo dice —decido esperar. Un móvil puede ser algo mortal cuando intentas esconderte. Mi puño se aprieta con fuerza mientras un escenario vívido y mortal tras otro pasa por mi cabeza.

Igor solo ha mostrado interés por mí, no por mi familia. Me aferro a ese pensamiento. Es lo bastante listo como para dejarlos en paz, o eso significaría que no tendré piedad de él.

Entramos en el portal y no parece haber nada raro. No hay vehículos en el camino ni gente corriendo. La casa parece tan tranquila como las que vimos en la calle de las afueras. Las persianas de la ventana de mi madre están abiertas.

Qué raro. Suelen estar cerradas, pero nunca hablamos de usarlas como señal.

Salto del Rover antes de que se detenga por completo, y la puerta se abre antes de que la toque. Paige se lanza a mis brazos. Le abrazo con fuerza y siento cómo tiembla. Le acaricio el pelo con la mano mientras las cálidas lágrimas de Paige mojan mi camisa. Mataré a la persona que la hizo llorar.

—¿Paige? —susurro.

—Intenté llamarte —resopla—. Andrei, ¿dónde has estado? —sus siguientes palabras son ahogadas por un sollozo.

Natasha sale por la puerta y sus ojos desorbitados me hacen sentir pánico. Natasha nunca muestra miedo, pero ahora está asustada.

Me inclino hacia ella.

—Paige, no te he oído. Repítelo. ¿Qué ha pasado?

Ella respira hondo y habla con claridad.

—Kenney se llevó a Emma.

ANDREI

LAS PALABRAS DE PAIGE ME GOLPEAN COMO UN LADRILLO EN LA CABEZA. MI MENTE DA TUMBOS mientras intento comprender una situación que nunca esperé ni imaginé. ¿Por qué Kenney se llevaría a Emma?

—Nada de esto tiene sentido —susurro para mis adentros.

Paige va vestida con vaqueros, se parece más a la mujer que conocí en lugar de la esposa Bratva en la que se ha convertido. Su rostro está limpio de maquillaje, pero sonrojado por el llanto. Inmóvil, la miro fijamente, recordando lo que sentí cuando la vi por primera vez. Una mujer que no podía tener porque era demasiado buena para mí. Lo intenté de todos modos, un poco aliviado cuando me rechazó. Pensé que andábamos mal juntos hasta que Paige me curó el brazo.

No era el ángel inocente que pensé. Resultó que bajo la sana superficie se ocultaba una historia más oscura.

Paige ya no huye de mí. Se apoya en mi brazo mientras la ayudo a entrar en casa.

Eva baja corriendo las escaleras y su voz tiembla a cada paso.

—Es horrible, Andrei. Emma no sabe nada. ¿Por qué alguien le haría algo así? Ella no está involucrada.

Paige tampoco estaba involucrada al principio. Pero las mentiras de *alguien* cambiaron eso. Miro hacia arriba, pensando en ese egoísta hombre que miente, inconsciente de la desconfianza y el dolor que se extienden a su paso.

Eva se apresura hacia Paige y la agarra del otro brazo. Su fuerte apretón enrojece la piel de Paige.

—Se la han llevado, Andrei —continúa mi madre—. *Tienes* que recuperar a la niña —profundas arrugas marcan su frente y sus ojos me miran fijamente, como si yo pudiera chasquear los dedos y hacer que Emma apareciera.

—Llevémosla al despacho —respondo con severidad.

Ayudamos a Paige a sentarse en el sofá mientras Natasha y Dmitri entran en la habitación.

Un gemido bajo escapa de la boca de Paige.

—Kenney ha secuestrado a Emma —repite para sí. Paige mira fijamente a lo lejos y luego sus ojos se centran en mí—. ¿Dónde estabas, Andrei?

Estoy demasiado aturdido para responder, como si me hubiera clavado un cuchillo en las tripas. Traje a su familia aquí para mis propios fines, pero también les prometí seguridad y protección. Ahora, esa promesa no significa nada, y sus ojos tristes me acusan de traición.

Ella tiene razón: yo no estaba aquí.

—¿Cuándo ocurrió? —pregunto, sin responder a la pregunta de Paige, pero aferrándome con fuerza a sus manos. Necesito de esa conexión, tanto como ella. Necesito que me asegure que no se dará por vencida conmigo—. ¿Se la llevó de la casa?

—Según los guardias, Emma y Kenney estaban en el apartamento de Cynthia. Él buscaba algo, y cuando Emma intentó alertar a Paige, él se la llevó —Natasha completa los detalles rápidamente.

—¿Sabemos qué buscaba él? —pregunto. Natasha niega con la cabeza.

Estoy desconcertado, pero no del todo sorprendido. Su primo no es tan limpio como pretende ser, y ahora tiene a Emma. Todos estamos a oscuras. Es entonces cuando noto el inusual silencio en la casa.

—¿Dónde están todos? —pregunto.

Natasha responde por Paige. Su aplomo vuelve con seguridad.

—Ella los mandó a buscar, pero no a participar.

Fue una decisión inteligente, y estoy orgulloso de su rapidez mental en una mala situación.

No importa a lo que se enfrente, Paige es sensata.

—¿Ya te contactó? —le pregunto a Paige amablemente—. ¿Estás *segura* de que la secuestró?

La tristeza perdida en sus ojos desaparece al instante y es reemplazada por rabia. Paige se me queda mirando como si no pudiera creer que le hiciera una pregunta tan estúpida.

—Los guardias la vieron patalear y gritar mientras él la sacaba del apartamento y luego la metió en un todoterreno blindado contra su voluntad y se la llevó.

Trago saliva y le suelto las manos. La alusión a su propio secuestro es clara, y ella aparta la mirada, secándose las lágrimas con rabia. Paige sigue sin entender que, si la hubiera dejado en su apartamento, ahora no estaría viva.

—La traeré de vuelta, Paige —me levanto y miro a Natasha—. Llévala a la suite y asegúrate de que se acueste.

—¡No! —grita Paige, saltando hacia mí—. Ella es *mi hermana* y voy a participar. ¡No me quedaré encerrada en mi habitación para tu conveniencia! Conozco a la gente que Kenney conoce, y ellos me conocen a mí. Puedo hacer preguntas. Tiene que haber *algo* que yo pueda hacer —se le escapa un sollozo y su expresión se oscurece—. No podemos dejar que Kenney se salga con la suya.

Le agarro por los hombros con mis manos.

—Primero tenemos que averiguar *por qué*. ¿Qué más ha pasado? Debes saber algo sin saberlo.

Su expresión revela su persistente temor hacia mí, y Paige hace una mueca bajo mi fuerte agarre. *¿Qué estoy haciendo?* Le suelto rápidamente y recupero el control. Ella no es el enemigo y nunca lo ha sido. Siempre ha sido la gente que rodea a Paige. ¿Qué sabrán ellos?

—Él siempre ha sido turbio —responde ella, abrazando su cuerpo—. Pero nunca pensé que Kenney se volvería contra nosotros. Odia a papá, apenas habló con él después de que mamá se fuera. Siempre supuse que Kenney se había puesto del lado de ella.

Paige tiene razón. Kenney tomó a Emma como ventaja. No pedirá dinero. Quiere información que cree que tenemos. Y tengo la fuerte sensación de que no la dejará ir si lo amenazo.

Alguien se aclara la garganta para llamar nuestra atención, y vemos Viktor plantado en la puerta. Tiene la piel más pálida que de costumbre y la boca ligeramente abierta. Sus ojos van de una persona a otra, buscando palabras, mientras sus manos se aprietan y se desencajan nerviosas.

Rompo el insoportable silencio.

—¿Sabes algo, Viktor?

Viktor mira a Paige y respira hondo. Sus palabras salen vacilantes, como si temiera decir algo equivocado. Pero habla con determinación. Debe saber algo vital para resolver la desaparición de Emma.

—En la fiesta a la que Emma y yo nos escapamos hace un mes —dice—. Gleb Novikov estaba allí, fanfarroneando.

—Pensé que mi esposa te había enviado para encontrar a Emma —digo y me acerco a él—. ¿Me mentiste?

—Lo hice para proteger a Emma por orden de Paige Geraldovna —suspira Viktor con pesar—. Lo siento, Andrei Vasilyevich.

El joven se ha quedado sin segundas oportunidades. Camino hacia Viktor, aunque él retrocede. Rápidamente, mis manos rodean su garganta mientras la ira alimenta mi cerebro. Eva suelta un aullido mientras sacudo al chico como si no tuviera columna vertebral.

Paige se mueve rápidamente para detenerme, pero no puede apartar mis dedos de la garganta de Viktor. Sólo cuando Natasha y Dmitri intervienen consigo soltarlo por fin.

—Andrei, yo le dije que no lo contara —Paige pone sus manos en mi pecho para retenerme—. Lo siento, pero no quería meter a Emma en problemas. No quería que supieras que se había escapado. Pensé que yo podía manejar esto —agrega, presionando su suave mano contra mi acalorada cara—. Por favor, no más.

Estrecho a Paige entre mis brazos y entierro mi cara contra su cuello, ignorando las miradas de asombro y reproche por intentar matar a Viktor con mis propias manos. Le abrazo con más fuerza, sintiendo los latidos de su corazón contra mi pecho, y ella me estrecha, calmándome con su presencia. Tienen que pensar que estoy loco. En un segundo, estoy listo para matar con mis manos, y al siguiente, estoy tranquilo como un bebé en sus brazos.

—¿Qué dijo Gleb exactamente? —le pregunto a Viktor.

—Él dijo: '*¡Quiero brindar por mi brillante nuevo futuro!*' y luego dijo: '*Cuando sea el rey de las Bratva, rodarán cabezas*'.

Paige frunce el ceño mirando a Viktor como si nunca hubiera oído esto antes.

—¿Qué más dijo?

—Él reía cuando dijo que no podía creer lo fácil que le resultó matar a esa tonta zorra —suspira Viktor—. Fue entonces cuando la fiesta se puso de mierda. El hombre de Igor estaba pasando el rato con Gleb. Se tropezó con Emma y trató de hablar con ella. Diciéndole que era la próxima.

—¡Basta! —le ladro—. Fuera de aquí.

Los oigo salir arrastrando los pies por la puerta. Dmitri está en el pasillo dando órdenes, diciendo a los hombres que no holgazaneen. Viktor tose para aclararse la garganta. Huelo el humo del cigarrillo de Natasha desde fuera. La mano de Eva me toca suavemente la espalda durante un segundo, y un escalofrío me congela.

¿Acaba de ver ella una sombra de mi padre? Mantengo los ojos cerrados hasta que la puerta se cierra suavemente.

Levanto la cabeza y miro a Paige a los ojos. A pesar de los estragos, veo que no me está juzgando. El calor abandona mi cerebro y la acerco a mí. Su suavidad contra mí es como si la bondad y el perdón me tocaran. Paige se relaja y necesito que se quede conmigo. Pero eso significa decirle la verdad, por destructiva que sea.

—Tenemos que hablar en privado —le susurro.

—NO ENTIENDO por qué Kenney haría esto —señala ella.

No le contesto a Paige, pero es la única que no sospecha lo que es obvio.

Alguien ha comprado a Kenney, pero ¿quién? Supongo que Igor, pero hay otros, los Novikov entre ellos. O tal vez nadie sea su dueño, y Kenney simplemente vio una oportunidad. Debe haberse enterado de lo del dinero. Los cotilleos son moneda de cambio, como dice el refrán, especialmente para las fuerzas del orden. Cualquier buena pista es valiosa, y ésta es de oro.

Kenney tiene que saber sobre el dinero. Es lo único que tiene sentido.

En nuestra suite, Paige y yo nos sentamos en el salón alrededor de una pequeña mesa oculta por platos de comida. Insisto en que coma y, cuando se niega a hacerlo, quitándole importancia, le recuerdo al bebé. Ella cede y picotea un plato de pasta y guisantes con mantequilla de ajo.

Después de unos bocados, volvemos al lío. Por la expresión confusa de Paige, me doy cuenta de que Kenney no la tiene completamente engañada. Ella sabe más de lo que deja entrever, pero ¿me revelará lo que realmente piensa?

—Mi padre sabrá por qué lo hizo Kenney —dice en voz baja—. Me mencionó algo cuando lo vi.

Dejo el tenedor y me inclino hacia ella hasta que tiene que mirarme. Busco en su rostro cualquier señal de engaño.

—¿Mencionó el dinero? —pregunto.

Y entonces me doy cuenta de mi error. Nunca le había mencionado el dinero a Paige.

—Entonces, ¿estamos listos para hablar de esto ahora? —responde Paige—. ¿Después de todo este tiempo?

Admitir la verdad después de tanto tiempo ¿acabará con nuestra incierta confianza? ¿Se convertirá nuestro matrimonio en un completo fraude? Decido arriesgarme y decir la verdad.

—Sí —digo—. El dinero que robó tu padre. No conozco los detalles, pero estoy seguro de que mucho dinero Bratva está depositado en varias cuentas en el extranjero.

—¿Y sabes dónde está? —pregunta con la voz un poco temblorosa.

La observo atentamente y niego con la cabeza.

—No, no lo sé.

—Pero tú crees que yo sí —responde ella en voz baja.

Paige aparta la mirada y cierra la boca con fuerza. Intenta ocultar su alivio, pero sus hombros se hunden ligeramente. Nunca antes había hablado del dinero, y las dudas que he tenido en el pasado vuelven a aflorar. El corazón me late con fuerza en los oídos.

—¿Cómo te enteraste de lo del dinero? —pregunto con indiferencia, cogiendo el tenedor.

Paige me observa, con los ojos atentos a mis movimientos.

—Talia me lo contó —inhala ella profundamente, como si dejara salir un secreto—. Me dijo que por eso tú me habías traído aquí. Que por eso querías acercarte a mi padre —su mirada no se aparta de mi cara mientras me desafía—. Que esa es la razón por la que te casaste conmigo. Que por eso mi familia está aquí, y que por eso me estás utilizando.

—¿Y por qué no me preguntaste sobre eso cuando volviste?

—¿Nos habría servido de algo? —responde ella—. Lo habrías negado y me habrías recordado que tus negocios son tuyos, y que todo esto forma parte de tu plan.

—¿Así que le creíste? —pregunto simplemente—. ¿Le creíste a Talia?

—¿Siempre supiste lo de mi padre y el dinero, Andrei? —se burla Paige, apartando su plato—. ¿Por eso bailaste conmigo en aquella horrible boda?

—No sabía quién o qué eras cuando nos conocimos —respondo—. Y no tenía ni idea de que tu padre era el ladrón que he estado buscando.

De repente, un nuevo pensamiento entra en mi cabeza, encendiendo una luz y haciéndome sentir como un tonto tanteando en la oscuridad.

—¿Te contrataron los Novikov para la boda? —pregunto—. ¿O fue la novia?

Paige se me queda mirando, con una expresión de perplejidad en la cara al ver por qué debería importarme eso ahora mismo.

—Los Novikov. Ellos pagaron todo. ¿Por qué?

—¿No te reuniste con nadie más? —le pregunto.

—No. Andrei. ¿Por qué?

—No fue casualidad —digo mientras las fuerzas parecen drenarse de mi cuerpo—. Se suponía que siempre ibas a estar en la boda. No se suponía que salieras de allí con vida. No dejaba de preguntarme por qué fueron también a por ti, alguien tan normal y corriente. Pero ahora, todas las piezas están encajando.

Pongo la cara entre las manos, frustrado y avergonzado por mi ego.

—Esto… —suspiro—, esto no se trata de la Bratva —continúo—. Se trata de tu familia. Siempre ha sido así. Las Bratva solo son participantes en el juego de tu padre. Tenemos que hablar con él si queremos respuestas, así como encontrar a Emma.

Paige se muerde el labio. Me mira con los ojos muy abiertos, con cara de culpabilidad.

—Sí, tenemos que hablar con él. Pero sería mejor que le hablaras tú.

—¿Por qué? —me inclino sobre la mesa y agarro sus manos firmemente entre las mías—. ¿Qué otros secretos me ocultas, querida esposa mía?

Se suelta de mi mano y se levanta.

—Vamos a hablar con él antes de que sea demasiado tarde.

PAIGE

NO FUE FÁCIL MENTIRLE A ANDREI, Y ME ALEGRO DE QUE NO INSISTIERA EN LA VERDAD CUANDO le dije que Talia me había hablado del dinero. Aunque lo hizo, mi padre ya lo había confirmado antes de que ella me llevara.

Antes de salir de la habitación, mi teléfono suena. Finalmente, es un mensaje de texto de Kenney, alegando haber perdido su teléfono. Una fina mentira, pero es más seguro seguirle el juego.

—¿Dónde está Emma? —respondo al mensaje.

—No disponible. Estoy en ello. Te llamaré —responde él.

—Kenney, será mejor que me llames esta noche —escribo y espero una respuesta. Nada más llega. Me tiembla la mano cuando le paso el teléfono a Andrei.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —le pregunto.

Sacude la cabeza y deja el teléfono sobre la mesa.

—Esto sólo le hace parecer más culpable. Vamos abajo.

Yo he guardado secretos. Todos lo hemos hecho, pero he fingido ser una buena persona cuando he sido tan mala como el resto. La forma en que Andrei me mira me hace sentir vergüenza. Si hubiera dicho la verdad sobre tantas cosas en lugar de dejar que mi desconfianza me llevara a mentir, quizá esto no le habría pasado a Emma.

¿Acaso estoy loca? Lo que hace Andrei cada día de su vida tampoco está bien.

¿Tengo que recordarme constantemente cómo acabé aquí? Andrei no me subió a un caballo blanco y me llevó lejos. Me metió en la parte trasera de un todoterreno negro. Pero ahora le creo. Le creo cuando dice que querían matarme el día que me secuestró.

Inessa levanta la vista cuando entro en la habitación de papá. En lugar de su descarada mirada, su expresión muestra genuina preocupación. A todo el mundo aquí le gusta Emma, y hay consuelo en saber eso. Harán todo lo posible para que ella vuelva ilesa.

Cuando Andrei entra, Inessa se levanta de la silla y sale silenciosamente de la habitación. Dmitri no tarda en entrar y ocupa su lugar junto a la puerta. Se mantiene atrás, lejos de la cama, con el teléfono apagado y una brillante luz en sus ojos.

—Pensé que ibas a hablar con mi padre —le digo a Andrei.

—Lo haré, pero Gerald puede decir algo sobre lo que tengamos que actuar rápido —me responde, asintiendo en dirección a Dmitri—. Los guardias esperan las órdenes.

Me siento mejor sabiendo que Emma finalmente estará a salvo. Kenney se niega a responder a su teléfono o a mis mensajes. Cuando lo vuelva a ver, le voy a meter el móvil por el culo.

Mi padre está tumbado en la cama, plácidamente dormido y ajeno al caos que se desarrolla a su alrededor. Su cuerpo luce delgado y frágil, y la piel se estira como pergamino sobre sus huesos. Su rostro está sereno, a pesar de la dureza de las luces LED fijadas al armazón de la cama.

Todavía siento ternura por él, sobre todo cuando lo veo así. Quiero extender la mano y tocarle, quitarle las arrugas de preocupación de la frente y alisárselas.

En lugar de eso, permanezco en silencio cerca de la puerta, con los ojos ardiendo en lágrimas. Intento recordar cómo eran nuestras vidas antes. El amor que sentía por él y cómo todo cambió cuando su vida secreta nos lanzó al peligro.

Estoy rodeada de gente que quiere lastimarnos a mi hermana y a mí por culpa de los secretos de mi padre.

Natasha entra en la habitación y se coloca a mi lado. Me pone la mano en el hombro y me guía suavemente hacia una silla vacía. Es un acto genuino de ternura y compasión, no un gesto para mantenerme a raya. Sonrío levemente en respuesta, reconociendo su amabilidad como lo que es. No es una estratagema, sino una muestra de verdadera amistad.

Aunque todo el mundo está quieto, el ambiente vibra de expectación. Comparto su entusiasmo, un entendimiento silencioso de que ya no soy una extraña. Por el momento, tenemos un objetivo común, y me siento como si me hubieran aceptado plenamente en la Bratva.

Miro a Andrei, observo sus rasgos, su fuerza y el coraje que lo mantiene bajo control a pesar de los peligros que ve a diario. Es un hombre capaz de enfrentarse a cualquier cosa, y ahora, me siento afortunada de estar a su lado. Puede que, después de todo, yo sea la Pequeña Señorita Suertuda. Rezo por Emma, y rezo para que este sentimiento de unidad dure.

Andrei se acerca a la cama de mi padre, y su expresión no traiciona la rabia que debe sentir. La oculta tras una máscara de paciencia, pero tiene las manos apretadas mientras habla.

—¿Sabes dónde estás? —pregunta Andrei.

Mi padre abre los ojos y suelta un bufido burlón. Gerald Reyes desaparece y Sava Khodemchuk vuelve a estar vivo. Vuelve la voz fría que antes me conmocionaba.

—Estoy en el infierno. Y no me sorprende verte aquí —dice.

Andrei sonríe satisfecho y aprieta el puño.

—No, estás a salvo mientras respondas algunas preguntas.

—¿Qué te hace pensar que quiero hablar contigo? —desafía papá, con su voz ronca y ceñuda.

Pero Andrei insiste.

—¿Qué sabes de Kenney Grant?

—¿El policía, sobrino de mi mujer? —reconoce papá, levantando una ceja—. ¿Por qué quieres saber sobre él?

—Tiene a tu hija, a Emma —afirma Andrei sin rodeos, con voz cada vez más urgente—. Él la retiene por tu dinero.

—No —los ojos de papá se entrecierran, no dispuesto a creer nada de lo que Andrei ha dicho—. *Tú* la retienes por mi dinero.

Me levanto y doy un paso adelante, suplicando desesperadamente.

—Papá, por favor, Emma está en peligro. Tienes que contárselo todo a Andrei, o puede que no la recuperemos.

Papá me mira y contengo la respiración, esperando que abandone la fachada de Sava por mí. Y espero aún más que no me confunda con mamá y revele lo que he hecho.

Pero, él no hace ninguna de las dos cosas.

—Kenney es un pedazo de mierda. Cynthia le contó todo, pensando que él podría ayudar. Él se enfadó conmigo porque no quedaba nada y apenas me habló después de eso. Lo que hizo fue chantajearme para que lo pusiera en mi testamento para suavizar las cosas. Me dijo que a cambio vigilaría a mis hijas. Así que hice lo que tenía que hacer para proteger a mis hijas. Supongo que aún le molesta que me aferre.

Espera, ¿Kenny hizo que papá pusiera su nombre en su testamento? ¿Esos son los papeles que él está buscando? ¿Acaso nos llevará a las cuentas donde está escondido el dinero?

—¿Sabes para quién trabaja? —pregunta Andrei.

Gerald niega con la cabeza.

—No, pero sé que no se junta con los traficantes de la calle. Tiene aspiraciones, como mi hija.

Me alejo de la cama y vuelvo a sentarme. El corazón me late tan fuerte que me duele respirar. Siento alivio cuando no vuelve a mencionarme, pero temo qué más voy a escuchar.

Odio que mi padre sea un sinvergüenza a quien no le importaba nadie.

Pero ya ni siquiera le importa él mismo.

—¿Cómo conociste a Ivan Sidorenko?

—Era el puto pitbull de Igor —ríe secamente papá—. No sé cómo lo descubrió. Yo creía que era cuidadoso, escatimando céntimos a escondidas. Pero Iván se dio cuenta y convirtió mi vida en una mierda. Me tendió una trampa y me propuso llevar a mi familia de vacaciones a Los Poconos. Me tropecé con la mayor reunión de Bratva que había visto nunca: había robado a cada una de las personas que había allí.

Papá guarda silencio un momento, y yo me preparo, preguntándome qué dirá a continuación. Me agarro con fuerza a la silla para que no me tiemblen las manos. Quiero taparme los oídos como una niña hasta que deje de hablar. Pero no puedo.

Tengo que oír la verdad.

—Así que Iván me hizo llamar a mi mujer. Le dijo que trajera a mis hijas a Los Poconos. Una vez que ella llegó, me dio a elegir: me dijo que podía elegir ver con cuál de ellas se iban a turnar. Y fue entonces cuando Cynthia se ofreció a ellos a cambio de dejar en paz a mis hijas. Él aceptó el trato. Nunca más volvió a ser mi mujer después de aquello.

Y ahí está. La admisión final que me destruye.

Todas esas palabras terribles que yo la llamé a ella en mi mente y la forma en que la traté cuando finalmente la volví a ver.

Ella me dijo que me amaba, y yo le eché todo eso en cara.

Ella era la única persona buena en mi vida, además de Emma.

Mamá lo sacrificó todo para mantenernos enteras y vivas.

Andrei suspira y luego gira bruscamente la conversación en otra dirección.

—El testamento. Cuéntame más sobre eso.

—Es sólo un testamento estándar, con una distribución regular de los beneficios desde el principio —se burla papá—. Cualquier idiota contable puede preparar eso.

—Pero ¿dónde está escondido el dinero? ¡Seguro que hay una manera de conseguirlo!

La cara de papá se tuerce de rabia.

—El dinero es para mis hijas. No lo conseguirás.

—Se lo robaste a mi padre —dice Andrei—. ¿Y esperas quedártelo?

—El dinero de tu padre fue el único que no me quedé, tonto —dice respirando agitadamente, papá se agarra a la sábana e intenta incorporarse—. Se lo di a tu madre.

El silencio en la habitación se convierte en otra entidad, como si pudiera asfixiarnos bajo su peso. Miro a Andrei, y su expresión es de incredulidad. Nunca lo había visto tan inseguro mientras su mente repasa lo que ha dicho mi padre. Siempre ha sabido qué hacer a continuación, pero ahora se queda ahí como si lo hubieran convertido en una estatua.

—Mentiroso —sisea Andrei—. Robaste ese dinero para ti. Lo admitiste.

—Le di extractos bancarios de Cooperativa de Crédito Fall River —responde papá—. Un banco pequeñito que nadie sabe que existe a menos que vivas cerca. Eva tiene los extractos. Sólo su nombre figura en la cuenta.

La ira de Andrei se desata y levanta la voz por primera vez desde que entró en la habitación.

—¡No te creo! —gruñe, y antes de que podamos reaccionar, Andrei golpea con fuerza la puerta hacia la pared y sale.

Avanza por el pasillo hacia el lado opuesto de la mansión. La gran escalera divide el pasillo en dos. Mi familia está en el lado izquierdo, mientras que Eva ocupa las habitaciones de la derecha.

Su suite se extiende a lo largo de la fachada de la mansión, con vistas a la puerta principal. Nunca he estado en sus habitaciones, pero tenía la impresión de que no pasaba mucho tiempo aquí. Últimamente, Eva ha encontrado razones para no pasar demasiado tiempo en la casa.

Andrei no llama y la puerta golpea contra la pared. Eva se levanta del sofá y nos mira entrar en su salón privado. Su largo vestido lila se arremolina alrededor de sus piernas y, en unos minutos más, habría salido por la puerta para pasar la noche.

—¿La has encontrado, Andrushka? —pregunta, mirándole con mezcla de esperanza y sorpresa.

La espaciosa suite de Eva está llena de obras de arte y antigüedades únicas, desde cuadros de colores hasta esculturas de porcelana. El tema común es una madre con sus hijos, y admiro un cuadro impresionista de una mujer bañando a su hijo. Una colección de iconos rusos cuelga de su propia pared como si fuera un santuario de la maternidad. Cortinas de seda, sofás de terciopelo y muebles de madera finamente pulida añaden el buen gusto que impide que el lugar parezca un viejo museo polvoriento.

Es una muestra de la devoción de Eva por sus hijos. Y yo miro a mi alrededor con asombro, preguntándome si es aquí donde se ha gastado el dinero.

Cuando Andrei no contesta, Eva vuelve a decir:

—¿Has encontrado a Emma, Andrushka?

Él ignora la pregunta y respira hondo.

—Sabes que Gerald Reyes era Sava Khodemchuk.

Los ojos muy abiertos de Eva revelan demasiado.

—No sé a qué te refieres.

—No era una pregunta, madre —dice Andrei sombríamente—. Tú sabías quién y qué era antes de que él viniera aquí. Robaba dinero para ti.

Eva aparta la mirada, recuperando lentamente la calma.

—No tienes por qué saberlo. No te concierne.

—¡Sus robos han traído problemas a nuestra puerta, madre! —grita Andrei con incredulidad—. ¿Por qué no me lo dijiste antes? ¿Lo hiciste por despecho? ¿Para vengarte de papá?

Eva se queda mirando a Andrei como si la hubiera insultado sin remedio. Se sienta, cruza los tobillos y endereza la espalda. Está preparada para enfrentarse a la ira de Andrei sin echarse atrás.

—No, Andrei. No lo hice por una razón tan mezquina.

—¿Entonces por qué? —pregunta él, suavizando la voz al acercarse lentamente—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Eva se queda callada, sin duda pensando en una razón que él acepte.

—Andrei, no lo hice por mí. Lo hice por Sonya, para que no se quedara sin dinero. Tú tienes

negocios, pero ¿qué medios de subsistencia tiene ella aparte de ti? Tú tienes el dinero de tu padre, pero ella no tiene nada propio.

Suspirando, sus hombros se relajan, y me pregunto si Eva comprende lo que le ha hecho a él al guardarle secretos. Lo que nos ha hecho a nosotros. Puede que él nunca confíe en otra alma después de esto.

—Tendrá el dinero de su padre con el tiempo, estoy seguro —responde el solemne—. Y ahora, también el mío.

Es un tema prohibido quién es el padre de Sonya. Nadie en la casa se atreve a adivinarlo. Y nunca se habla de ello, ni siquiera en susurros. Eva mira fijamente a Andrei como si la hubiera traicionado y avergonzado por algo que ocurrió hace mucho tiempo. La conversación termina cuando cada uno mira al otro como si fueran enemigos.

—Te quedarás aquí —exige Andrei.

—No, Andrei —responde Eva levantando la barbilla—. Voy a salir.

Andrei señala a Eva y brama, levantando firme el dedo con cada palabra enfadada.

—Te quedarás aquí hasta que averigüe qué has hecho. Esa es mi decisión.

—Y me dices que no eres diferente de tu padre —Eva sacude la cabeza mientras una lágrima rueda por su mejilla—. Pero todo lo que oigo son sus mismas palabras saliendo de tus labios.

Andrei no dice nada, se da la vuelta y sale de la habitación de Eva. Me apresuro a seguirle, pero la mirada de traición de Eva se me queda grabada a fuego.

Andrei espera fuera de la puerta cerrada mientras una solemne Natasha va obedientemente a por la llave. Me siento mal, sabiendo que Eva se quedará encerrada en su habitación como una vez lo estuve yo.

—Andrei, por favor, no lo hagas —susurro, sin querer que me oigan.

Él cruza los brazos sobre su pecho.

—No puedes tener un corazón blando en un momento así —señala.

MÁS TARDE, esa misma noche, vuelvo al segundo piso y miro a Natasha sentada frente a la puerta de Eva. Hace caso omiso de mi mirada y me pregunto qué estará pensando. Por su expresión indiferente, no sé si Natasha me juzga o me apoya. Quiero preguntarle lo que piensa, pero rápidamente decido no hacerlo.

De repente, vuelvo a ser una intrusa.

Entro en la habitación de Emma, observo el desorden y la echo aún más de menos. Recojo su chaqueta vaquera y me la aprieto contra la cara mientras rompo a llorar. Una oleada de dolor me invade el alma y hace que me tiemblen las rodillas. Me dejo caer en su cama, sin importarme el desorden. Es un consuelo, en todo caso, estar cerca de sus cosas. Es como si Emma nunca se

hubiera ido.

No me doy cuenta de que me he dormido hasta que la puerta se abre y entra Andrei. Su expresión es un choque de emociones, sus ojos enfadados pero llenos de dolor. Durante unos instantes, nos miramos en silencio, negándonos a hablar, pero sintiendo todo lo horrible que ocurre a nuestro alrededor. ¿Siente él también una pérdida de control?

Andrei se aclara la garganta y responde a mi pregunta.

—Envié a Natasha a la cama. Se ofreció a seguir cuidando de Eva, pero le dije que no.

Asiento con la cabeza. Me preocupo por esta gente, y él entiende por lo que he pasado con mi padre. No podemos hacer esto solos, y quizá la traición de Eva nos haya unido más. Quizá decida confiar en mí.

Andrei se sube a la cama desordenada y se tumba a mi lado. Me abraza con fuerza y yo no quiero que me suelte. Quiero quedarme en este capullo a solas con él, segura, deseada y necesitada. Pero esta sensación no durará cuando el mundo exterior vuelva a entrometerse. Cuando él por fin se separa, me da un tierno beso. Me aferro a él y el beso se hace más profundo. Quiero que se quede conmigo. No quiero perderlo a él también.

Me aparta con suavidad y se levanta.

—Tengo que irme, vamos a buscarla.

Me incorporo, tragando saliva y evitando las lágrimas.

—Regresa a casa conmigo, Andrei. Prométeme que volverás conmigo.

No recuerdo si alguna vez se lo había dicho antes.

ANDREI

LLEGAMOS VEINTICUATRO HORAS SEGUIDAS BUSCANDO A EMMA, PERO NADIE HABLA, Y NO SE trata de un encubrimiento de los Novikov.

Tal vez él realmente está trabajando solo, y la codicia es su única motivación. Eso cambió a Gerald Reyes de un esposo y padre amoroso a una escoria. Gerald Reyes puede haber escondido no millones sino miles de millones, especialmente si robó a *todos*.

Estoy tentado de pedir información a las otras Bratva, pero no estoy loco. Hasta ahora, parece que sólo Igor y yo estamos tras el dinero.

Tal vez Kenney encontró algo ese día que nosotros no. Tal vez encontró el testamento. Yo no lo tengo, y Paige dijo que no sabía nada de eso. ¿O quizás sí? Sus secretos son como niveles. Cada vez que alcanzo uno, sólo me lleva a descubrir varios más debajo.

Ella no ha regresado a nuestra suite. Ha preferido quedarse en la habitación de Emma o con Eva. Sus acciones muestran deslealtad. Y aunque nadie dice nada en mi contra, percibo expresiones de desaprobación cuando me cruzo con el personal de la casa en los pasillos.

Están del lado de Eva por cómo he tratado a mi propia madre.

¿Acaso era así cómo veían a Vasily?

No me molesto en ir a mi suite al entrar en la casa. Voy directamente a la de Eva, y la puerta no está cerrada. Natasha ha decidido sentarse dentro de la habitación de mi madre y vigilarla. Dejan de hablar cuando entro y me miran por encima del borde de las tazas de porcelana mientras sorben café.

Eva lleva un vaporoso vestido de flores y se levanta para saludarme como si fuera un invitado a su fiesta privada.

—Andrei Vasilyevich, ¿le apetece un café?

Su formalidad no pasa desapercibida.

—No. He venido a ver tus papeles.

Mi mirada se posa en su salón, donde ha guardado varios muebles antiguos de Vasily. Yo los quería fuera, tirados a la basura o llevados lejos, pero ella los trajo aquí. Parece un homenaje a él. No digo nada, recordando que el comedor no ha cambiado. Pero yo pensé que ella quería olvidar.

Mi mirada se posa en un cuadro de una madre y su hijo, una representación de una vida que nunca tuvimos. El niño sonríe mientras su madre lo abraza, un recuerdo feliz que Vasily nos arrebató.

En sus habitaciones, ella ha reescrito la historia en lugar de buscar una nueva vida sin él.

—¿Por qué quieres registrar mis papeles? —pregunta inocentemente, fingiendo delante de Natasha que somos una familia feliz.

Miro a Natasha y ladro:

—Fuera de aquí.

Natasha luce muy cómoda, sentada junto a mi madre. Pero ahora tiene el sentido común de moverse rápidamente y dejar su taza de café en el suelo. Se niega a mirarnos mientras se apresura a salir por la puerta.

Eva retira la taza de la mesa lacada y la coloca en la bandeja. Limpia con calma el anillo húmedo de la superficie de color rojo intenso mientras mi mal genio crece dentro de mi pecho.

—Madre, yo nunca habría dejado a Sonya sin un céntimo.

Deja la servilleta en la bandeja, pero se niega a mirarme.

—Puede que tu intención fuera no dejarla sin dinero —dice, desapareciendo toda pretensión de cortesía—. Pero, ¿y si hubiera ocurrido algo que cambiara tu situación, Andrei Vasilyevich?

—¿Cómo qué? —pregunto con sarcasmo—. ¿Como que me dispararan?

Eva me mira con la misma dureza que yo.

—Tienes una esposa, y pronto, tendrás un hijo. Sonya recibirá cada vez menos. Un día, puede que te vuelvas igual que Vasily y decidas separarte de ella por completo.

—Nunca seré como mi padre.

—Sin embargo, me has confinado aquí, esperando con la respiración contenida tu inevitable regreso, sin saber de qué humor podrías estar —se toma un momento para serenarse—. Como lo haría él, Andrei Vasilyevich.

Ignoro su intento de convencerme.

—¿Dónde están los extractos bancarios, Madre?

Con elegancia, me conduce a una pequeña habitación junto al comedor.

Su suite no fue diseñada como un apartamento con pasillos que conducen a cada habitación. Originalmente, era sólo un dormitorio, que ella tomó cuando Vasily dejó de compartir el suyo con ella. Se colocó una puerta que conectaba el dormitorio con el contiguo. Cada año, se añadía otra puerta a la habitación contigua hasta que tuvo un apartamento que terminaba en la última habitación del pasillo.

La pequeña habitación era probablemente un armario, pero se ha convertido en un pequeño despacho. Sin ventanas y claustrofóbico, me siento como un gigante atrapado en una casa de

muñecas. Eva abre el delicado escritorio con volutas que está pegado a la pared y deja al descubierto unos huecos llenos de papeles. Coge un fajo y me lo entrega.

El remitente es de la Cooperativa de Crédito Fall River, un pequeño banco local que nunca se me habría ocurrido comprobar. *Exactamente como dijo Gerald.*

—¿Le apetece un café, Andrei Vasilyevich, mientras busca? —dice Eva, con la barbilla arriba y, a pesar de su baja estatura, desafiándome. Nunca levanta la voz ni se pone histérica. Su dignidad es un escudo contra hombres como mi padre y como yo.

—Madre, yo no soy tu enemigo.

—Ni yo el tuyo —responde ella—. Pero insistes en tratarme como tal, Andrei Vasilyevich. Tu falta de confianza…

—*Mi falta de confianza* —espeto, poniéndole un fajo de cartas frente a la cara—. ¿Y la tuya? Las pruebas están aquí.

Ella se estremece y se niega a mirarme a los ojos mientras se dirige rápidamente hacia la puerta.

—Llámame si necesitas algo, Andrei Vasilyevich.

—Sólo necesito la verdad, Madre.

Eva vacila y me deja solo en la habitación. Me siento pesadamente en una silla escuálida con patas delicadamente talladas y asiento de terciopelo. Cruje bajo mi peso mientras arranco la goma elástica que sujeta el fajo. Los extractos bancarios de Fall River sólo se remontan a unos pocos años atrás; tiene que tener más escondidos, pero la cantidad total depositada supera el millón y medio. Es una cuenta conjunta a nombre de Madre y Sonya. Todo está bajo el apellido Kuzmina, su nombre de soltera.

No hay patronímico para Sonya. Madre ha cubierto bien sus huellas.

Mi mirada recorre los demás fajos de papeles de su escritorio, pulcramente organizado. Me pregunto si habrá una carta, una nota, una libreta de direcciones o incluso un certificado de nacimiento que revele la paternidad de Sonya.

De repente, me distraigo y saco papeles, examinando cada uno en busca de una pista de otros engaños y mentiras. Pero no hay nada más allá de unos pocos años; ella ha ocultado cuidadosamente las pruebas más condenatorias. Estoy debatiéndome entre darle la vuelta al escritorio y buscar en él un cajón oculto cuando me interrumpen.

—¿Andrei Vasilyevich? —dice Viktor de pie en la puerta, parece indeciso al hablar mientras observa los montones desordenados de papeles esparcidos a mis pies.

—¿*Chto*? —pregunto.

—No quería molestarle, pero quiero ofrecerme para salir a buscar a Emma Reyes. No por otra razón que no sea la de ayudar a Paige Geraldovna.

—No, Viktor —le respondo—. Si estás ahí fuera, puede ser peor para los dos.

Él asiente pensativo, con los ojos aún clavados en los papeles esparcidos por el suelo.

—Si necesitas mi ayuda…

Tardo un momento en responder, pero hay algo en lo que sí puede ayudarme.

—Ven aquí y ayúdame a darle la vuelta a este escritorio.

PAIGE

—ANDREI, POR FAVOR, NO TRATES ASÍ A EVA. ES UNA PENDIENTE RESBALADIZA. COSAS COMO esta empiezan siendo pequeñas, y luego se hacen más grandes —le digo.

—¿*Cosas como estas*? —pregunta él—. Quieres decir abuso. Yo no soy así. He cuidado de tu padre.

—Contra su voluntad.

—¿Apago las máquinas? —pregunta con sarcasmo.

Es la enésima discusión que tenemos desde que Andrei llegó a casa. Se ha pasado la tarde desmontando los muebles de Eva antes de volver a nuestra suite e interrogarme sobre Kenney. Quiero contarle a Andrei todo lo que quiere saber, pero no tengo ni idea de con quién sale Kenney ni por dónde anda. Aunque he intentado averiguarlo.

Pero resulta que ya no conocemos a la misma gente. Miro fijamente la horrible mirada que me lanza Andrei. Parece un tigre a punto de atacar. Me siento de nuevo nerviosa a su lado, como si el tiempo que pasamos juntos ya no importara.

¿Acaso lo ha olvidado todo?

—No, Andrei —digo, desplomándome en la cama. Me dejo vencer con demasiada facilidad—. No, no hagas eso. Lo admito. Yo también necesito las cuentas. Por el bien de Emma.

—¿Sólo por Emma? —pregunta como si pudiera ver directamente en mi mente. Andrei me mira con el ceño fruncido, disgustado de que yo no admita la verdad—. ¿Estás segura, Paige, de que no sabes dónde está escondida la información de las cuentas?

No sé nada más, y la frustración se apodera de mí.

—Si lo supiera, ¿estaría aquí discutiendo contigo? —espeto.

Nos miramos con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados. Poco a poco, nos damos cuenta de lo ridículo que es lo que nos estamos haciendo. Nuestra rabia se convierte en risa. Me tumbo en la cama, sujetándome el estómago, mientras Andrei se tumba a mi lado.

—Creo que nunca te había visto reír tanto —le digo, mientras me quedo mirándolo.

—Choca con mi imagen —dice, solo sonriendo.

—Andrei, te juro que me he estado estrujando el cerebro para pensar en un escondite. No se me ocurre ninguno. Tengo que volver a la casa y mirar.

Él deja de sonreír, como si se le hubiera pasado un interruptor, y me mira con el ceño fruncido.

—No. Es demasiado peligroso. No pienso volver a dejar que te alejen de mí.

Me siento un poco halagada, pero no tengo tiempo para esas tonterías.

—Necesitamos lo que se pueda haber escondido en esa casa, y estamos perdiendo tiempo.

Él suspira, mirando al techo.

—Parece que ahora eres tú la que tiene el control, Paige.

—Si yo tuviera el control, tú no estarías en la Bratva —digo.

Él me mira fijamente y yo disfruto de la pequeña victoria de sorprenderle de nuevo. Andrei se inclina hacia mí, sus labios se pegan a los míos y mi cuerpo se derrite, respondiendo a los suyos. Siempre lo desearé, pase lo que pase entre nosotros. Sé que nunca desearé tanto a nadie más.

Quiero estar con él y se lo demuestro, rodeando su cadera con mi pierna y manteniéndolo sujeto. Le devuelvo el beso como si fuera lo único que hace seguir. Lo único que me hace sentir viva. Mis manos tiran de su camisa y él se la quita por encima de la cabeza. Andrei me sonríe de esa forma tan sexy que tiene y, al instante, me siento húmeda y deseosa de reconciliarme.

Por un momento, olvido todo mientras él se acomoda entre mis muslos. Jadeo cuando me penetra. Su piel roza lentamente la mía mientras me sujeta con fuerza. Cierro los ojos y me dejo llevar por el placer. Olvido las palabras desagradables y las acusaciones que se han proferido entre nosotros. No me sentiría tan bien si no le amara. Si él no me amara.

Me aferro a su espalda y me aprieto contra él mientras sus embestidas se aceleran. Su aliento caliente me calienta el hombro desnudo. Me retuerzo para que me penetre más profundamente y la sensación va en aumento hasta que la intensidad me hace perder el aliento.

Grito al correrme y mis brazos se tensan alrededor de los hombros de Andrei. Le acaricio el pelo y muevo las caderas hasta que él entierra la cara en la almohada y jadea al correrse también. Levanta la cabeza y me mira, como extrañado de que yo pueda hacerle sentir tan bien.

Me acuesto a su lado, inclinándome hacia él. Nuestras piernas se enredan mientras acaricio suavemente los músculos de su brazo. No nos miramos mientras estamos tumbados uno al lado del otro. Andrei apoya una mano en mi cadera y me abraza con suavidad.

—¿Tienes algún otro secreto, Paige? —me susurra.

—Tú eres el de los misterios —le respondo, sin reproches—. Pensé que sólo eras un hábil encantador en aquella boda, pero cada día descubro más cosas en ti que me gustan.

Su mano se desliza por mi cadera, se posa en mi cintura y Andrei me estrecha contra él.

—Al principio te mantuve al margen porque no importaba. Ahora quiero mantenerte a salvo no dejándote saber

—No me mantienes a salvo —le digo—. Siento haberte ocultado secretos.

—Siento haber hecho lo mismo —responde él—. Eres mi esposa.

—¿Lo soy?

—Por supuesto.

—Pero es falso.

—¿Te parece falso? —me pregunta.

Andrei presiona su boca contra mi frente y vuelve a disculparse por guardar secretos, pero no me dice si tiene más, ¿por qué iba a hacerlo? No le presiono. Me tumbo en sus brazos, satisfecha de tener este momento cerca de él. No puedo dejarlo hasta que Emma esté de vuelta.

Me acurruco más.

—Siento no haberte creído cuando me dijiste que había gente más malvada que tú.

Se tensa debajo de mí.

—¿Confías en mí lo suficiente como para contármelo todo?

—No intentaré irme hasta que todo haya terminado —digo.

—No tienes que irte —susurra, con voz áspera.

—Ya he causado bastantes problemas. Cuando todo termine, quiero irme.

—Entonces no lo discutamos ahora. Trabajemos juntos para recuperar a Emma, encontrar el dinero y volver a una vida normal.

—Pero, ¿qué es normal? —pregunto.

Andrei se lleva la mano a los labios, la mantiene ahí mientras piensa y luego dice:

—No lo sé, Paige.

ANDREI

—No lo entiendo —dice Paige, mientras se sienta en la cama y se calza sus zapatos de cuero negro adornados con finos lazos. La suave curva de su pierna me tienta a empujarla sobre su espalda. Quiero apretar mi cara sobre sus suaves pechos y olvidarme de lo que me espera esta noche.

Quiero que Paige me tranquilice y me dé fuerzas para continuar. Después, cuando todo haya terminado, me la llevaré de aquí.

—Tenemos que mostrarnos —le digo, y me devuelvo al baño, lejos de la tentación—. Escondernos en la casa no nos ayudará a recuperar a Emma. Para saber qué está pasando, tenemos que estar ahí fuera.

Quienquiera que tenga a Emma no le ha dicho nada a nadie. Fingimos que no pasa nada y que está pasando tiempo con su familia. No es raro que una adolescente se vaya sola a visitar a sus parientes. Si seguimos actuando de forma sospechosa, la gente sabrá que Emma es nuestra debilidad. Me recuerdo a mí mismo que no debo entrar en esta situación a los tiros.

Por una buena razón, decido volver al *Flour & Sauce*. El popular restaurante atrae a los ricos, y donde hay riqueza, suele haber problemas.

Vuelvo al dormitorio y le quito de las manos el collar con el que Paige está luchando. El calor de sus dedos me tranquiliza. Todo en ella me hace pensar en mi vida de otra manera. En el pasado, nunca me había parado a pensar en otras opciones. Solo hay una elección que no haré.

Paige lleva a mi hijo, y no voy a repetir mi pasado.

Le abrocho el collar al cuello mientras disimulo mis emociones.

—Además, cuando estamos en *Flour & Sauce* pasan cosas de mierda.

Paige frunce el ceño y coloca la mano sobre el colgante de zafiro.

—¿Quieres decir que *a mí* me pasan cosas de mierda cuando estamos allí?

Nuestra estancia privada da a la planta principal del restaurante, reservé una con cristal

transparente, no tintado. Algunas personas sólo salen para exhibirse, y esta noche quiero que me vean. Nada más servirnos, se produce un alboroto en la entrada y alguien entra montando un escándalo. Los camareros se dispersan en todas direcciones como si alguien hubiera derribado una colmena. Observo el estrado y frunzo el ceño cuando veo a Talia.

Mis hombres entran en la sala, pero les hago señas para que se vayan. Pongo la mano sobre la de Paige. Ella duda en darse la vuelta y mirar a quien tiene la atención de todos.

—Está aquí, ¿verdad? —me pregunta Paige, soltando un suspiro, y yo asiento con la cabeza—. Bien. Quiero que ella vea cómo esto me hace sentir.

Paige se levanta, se inclina hacia mí y me besa apasionadamente, para que todo el lugar pueda verlo. Nunca había sido tan directa, siempre esperando a que yo moviera la ficha. Nunca había sido tan agresiva, y eso me excita. Sé que me está utilizando, pero no me importa. La atraigo hacia mí, olvidando el motivo del beso, y disfruto de cada lenta caricia de su lengua.

Me retiro y miro a nuestro público. Talia me mira desde el otro lado del restaurante antes de dirigirse a su mesa. Su guardia favorito, Valeri Kozlov, la sigue como un perro amaestrado.

Juraría que lo maté hace años.

Valeri sonríe mientras aparta la silla de Talia para que pueda sentarse como la dama que no es.

Anticipo que mi teléfono sonará en sesenta segundos. Pero tarda treinta.

—¿Es ella? —me pregunta Paige.

Asiento con la cabeza.

—Quiere hablar. Quizá tú deberías salir.

Paige se burla y niega con la cabeza.

—No le tengo miedo.

Le agarro la mano por encima de la mesa y le sonrío diciéndole:

—Estoy protegiendo a Talia de ti. Pareces dispuesta a hacerla pedazos. Si Talia tiene información, tenemos que oírla primero.

—Me quedaré de brazos cruzados mientras hablas con ella, pero no saldré de aquí.

Le hago un gesto al guardia, y Talia y su servil son escoltados a nuestra sala privada. Valeri es cacheado mientras a Talia se le permite entrar. Su vestido es demasiado ajustado y corto, y apenas le tapa el cuerpo. Para los demás clientes, parecemos dos parejas disfrutando de una comida.

—Esperaba hablar contigo a solas —dice Talia, esperando a que mi guardia la ayude con la silla. Yari es nuevo y la ayuda. Sus ojos recorren su cuerpo rápidamente, pero sabe que ella es letal.

Valeri tiende su mano antes de sentarse, pero yo no la estrecho. Él la sube y le hace un gesto al camarero, que se apresura a acercarse.

—Puede servirnos nuestras bebidas aquí —le dice y sonríe, parece una copia de cartón de mí

mismo, pero hecha con materiales de segunda.

—Espero que te encuentres mejor —le dice Talia a Paige con voz aguda y dulce—. Andrei te ha hecho pasar por mucho.

—Mis náuseas matutinas han remitido —sonríe Paige con dulzura—. Gracias por preocuparte. *Nuestro* bebé está sano, y eso es lo que importa.

—Sólo estoy aquí como intermediaria —dice Talia y sus ojos se entrecierran hacia mí.

—¿En calidad de qué? —pregunto.

Talia se cubre el regazo con una servilleta de tela mientras responde con displicencia.

—Tu cuñada, Emma, es mi invitada.

Paige se pone en pie de un salto, perdiendo toda la calma y el control, como era de esperar.

—¿Dónde está mi hermana? Si la metes en una de esas celdas, te enterraré bajo una de ellas.

—Paige, querida. Por favor, siéntate —asiento hacia Yari, pero Paige se aparta y vuelve a sentarse.

—Cuidado, querida —le sonríe Talia—. No querrás disgustar al bebé.

Golpeo la mesa con la mano y hago saltar los vasos.

—Estás aquí para hablar de mi cuñada, no de mi bebé, Talia —espeto.

—Sí, Talia. Señoras, retraigamos las garras y hablemos de negocios como las personas razonables que somos —dice Valeri, riéndose.

Talia se tranquiliza rápidamente, moviéndose en su asiento y tirando del dobladillo de su vestido.

—Como he dicho, sólo soy el intermediario.

—¿Quién está al mando? —le pregunto. La conversación se detiene cuando entra el camarero con el vino. Sirve tres copas y rellena la de Paige con agua. El momento de silencio corta la tensión antes de que pueda ir a más.

—No te lo diré porque no puedo —responde Talia cuando el camarero se marcha. Se sienta y levanta la barbilla como una mocosa.

—Ella estaba con su primo —le digo—. ¿Qué le pasó a él? ¿Lo lastimaste?

—No, no soy tan estúpida como para lastimar a un policía —sonríe Talia.

—¿Entonces cómo la atrapaste a ella si no le hiciste nada a él? —inquiere Paige.

Demasiado tarde, Talia se da cuenta de su error: ya dijo la verdad. Ella está a cargo. Talia mira a Valeri. Él sonríe y empieza a soltar chorradas.

—Los vimos juntos, y cuando Kenney fue asaltado, nos abalanzamos sobre ella.

Talia no hace favores. Ella no sabe cómo.

—Así que, ¿te aprovechaste de una situación? —pregunto.

Ella asiente, luego mira a Paige.

—Igual que lo hiciste tú, Andrei —Talia coge su copa de vino, pero no la bebe—. No te preocupes. Estoy tratando bien a la chica. Está durmiendo con el personal a puerta cerrada. Es la única parte de la casa que ha visto —agrega, sonriéndole a Paige.

—¿Qué quieres, Talia? —inquiero con severidad—. No hay ningún intermediario. Hasta ahora, hablar contigo ha sido una pérdida de tiempo.

—No te mentiría, Andrei —responde Talia—. No te prometería algo para luego quitártelo.

Apenas puedo pronunciar las palabras sin gruñir.

—¿Cuándo vas a perder con elegancia?

—¿Perder? —Talia se revuelve el pelo y me mira—. Creo que he ganado. Tengo a Emma.

—Eso no te da lo que quieres. Que soy yo —le respondo fríamente—. Todo lo que hagas no me convencerá de que cambie de opinión.

—Pero si puede cambiar —Talia mira a Paige, sus ojos se detienen en su collar—. ¿La amas, Andrei?

Cojo la mano de Paige y la estrecho con fuerza.

—¿Qué quieres de nosotros?

Talia tuerce los labios, con la mirada fija en nuestras manos entrelazadas.

—¿La *amas*, Andrei?

Dudo. Si digo lo que siento de verdad, matará a Emma.

—Mi mujer y yo tenemos un vínculo.

Suena tan patético que los dos se ríen de nosotros. Paige retira su mano de la mía y yo la dejo ir. Ella ya debe entender cómo me siento realmente. Me estoy esforzando por recuperar a Emma de una pieza. He visto lo que Talia ha hecho a sus enemigos. Ambos lo sabemos.

—Haré un intercambio —sonríe Talia con vertiginoso triunfo—. Un Reyes por un Reyes.

—No, no volverás a hacerme ese truco —digo—. De todas formas, ¿cuál era el propósito de secuestrar a mi mujer?

—¿Cuál era el propósito de tu matrimonio? —contesta Talia—. No has encontrado lo que sea que tu mujer guarda. Te habría ayudado a encontrarlo si hubieras tenido la sensatez de asociarte conmigo. Ella ya no es un activo, ¿verdad, Andrei? Pero aún podría serlo. Así que mi oferta sigue en pie: un Reyes por un Reyes.

—No lo permitiré —gruño.

—Iré —La voz de Paige es tan suave que casi no la oigo. Pero Talia sí.

Me enfrento a Paige, mirándola fijamente a los ojos.

—Paige, no puedes. No lo permitiré.

—Emma no debería estar involucrada en nada de esto —Paige se gira hacia Talia—. Deja ya de decir tonterías. Él ya sabe que me contaste lo del dinero. Esto ya no se trata de matrimonio u orgullo. Se trata de dinero. Siempre ha sido así.

Talia mira a Paige sorprendida de que sea más astuta de lo que ella pensaba. Pero Paige se equivoca. Talia no quiere dinero. Ella quiere poder. Estas cosas que hace son sólo para demostrar que ella también puede manejarlo. Y de repente, estoy fuera de la conversación.

—¿Y no lo dejaste por eso? —pregunta Talia tras una pausa tan leve que podría no haber ocurrido en absoluto—. Quizá lo hagas cuando te envíe la oreja de tu hermana.

Paige se levanta.

—No te atrevas a hacerle daño. Tendrás lo que quieres. Yo iré en su lugar

Me pongo de pie, tirando de Paige hacia mis brazos. Le abrazo fuerte, negándome a dejarla ir. Valeri sonríe hacia los dos, pero cuando ve la cara de Talia, su expresión cambia a preocupación.

—No. Devolverás a la chica —gruño—. Sin más drama. Se acabó, Talia. Cada truco que haces me hace despreciarte más. Hace tiempo que vi tu verdadera naturaleza y sigo sin quererla.

Talia sacude la cabeza con incredulidad.

—¿Y tu mujer? Ha cambiado, Andrei. No es tan débil como cuando empezó. Ha aprendido mucho pasando tiempo contigo. Apenas la reconocí cuando entré —una sonrisa cruel juguetea en sus labios—. Es casi como si me estuviera viendo a mí misma.

—Fuera de aquí —gruño.

Paige se zafa de mi agarre y señala a Talia con el dedo.

—Si le haces daño a mi hermana, nadie podrá protegerte.

—Qué original —Talia se ríe y Valeri se une—. Como si no lo hubiera oído antes.

—Decir y hacer no es lo mismo —dice Paige con frialdad—. No me pongas a prueba, zorra.

ESTA VEZ no conducimos en silencio. Discutimos todo el camino a casa.

—No puedes ocupar su lugar —digo con voz áspera y fuerte—. No en tu estado. No en ninguna condición.

—Estoy embarazada, no enferma.

—No voy a arriesgar a mi bebé por nadie.

—*Nuestro* bebé, Andrei. No soy un útero ambulante —suspira ella con fuerza—. Yo tampoco

pienso arriesgar la vida de nuestro bebé, pero mi hermana está en peligro.

—Ahora sé dónde está. Te la traeré de vuelta. Así como te traje a ti.

Paige se calla y no puedo adivinar lo que está pensando, nos están pasando tantas cosas. Retiro la mano del volante y agarro la suya.

—Paige, es duro, pero no siempre será así.

—¿Piensas dejarlo y convertirte en un vendedor de seguros? Salir de casa a las ocho y volver a las seis. Dejar el trabajo en la oficina.

Suspiro como si el mundo hubiera descargado su peso sobre mi espalda.

—Ni siquiera puedo decirte que sabías con quien te casabas.

Paige suspira.

—Sí lo sabía. Natasha me dijo que una mujer inteligente habría huido de ti. No recuerdo si fue antes o después de que me dijera que tenía suerte.

—No tenías elección, Paige.

—He tenido oportunidades, pero me quedé en la ruta más simple. No puedo seguir escogiendo lo más fácil, Andrei. Eligiendo lo que no moleste a los demás o que haga que yo les guste. Ya no puedo ser la chica buena. Debo salvar a Emma. Soy su hermana mayor. Es mi responsabilidad. Y me arrepentiré de no haberla asumido. Yo la metí en este lío. Además, la amo.

Los faros del Lamborghini se reflejan a lo lejos contra las verjas delanteras, pero saco el coche de la carretera y hago un gesto a los Rover para que nos adelanten. Yari aminora la marcha, pero yo le hago un gesto para que siga. Observo los faros hasta que desaparecen. El carril oscuro es una esfera de soledad donde podemos estar solos de verdad y hablar abiertamente. Me siento seguro con Paige aquí.

—¿Le crees a Kenney? —pregunto.

Paige resopla como si se hiciera la graciosa a propósito.

—Ha sido una mala semilla desde que éramos niños. Fui una estúpida al pensar que había cambiado cuando se unió al cuerpo. Soy una ingenua y obtuve lo que me merecía.

Tiro de ella para acercarla.

—Ser una buena persona no debería ser un castigo.

Ella suspira, hundiéndose contra mi pecho en la oscuridad.

—Andrei, quiero que Emma esté a salvo. Quiero que vaya a la universidad, encuentre un chico y sea feliz.

—¿Y una carrera? —le pregunto.

Ella se ríe.

—Por cómo maneja esa pistola, me da miedo lo que pueda elegir.

—Podría ser policía, una buena policía. Una que proteja a la gente buena como tú.

Paige se mueve más cerca.

—Dijimos que llegaríamos hasta el final —me dice—. Y cuando esto termine…

Tiro de ella más hacia mí.

—Está lejos de terminar.

—Necesitamos un plan, y ya sabes lo que quiero hacer.

Asiento con la cabeza.

—No me gusta que seas el cebo.

—A mí tampoco, pero lo haré por alguien a quien amo.

—Paige, en el restaurante cuando Talia preguntó…

—No tienes que decir nada, Andrei. Yo lo entiendo —dice Paige y baja la mirada a sus pies para evitar mis ojos, el dolor en su voz es inconfundible.

Beso su pelo suavemente, disfrutando del momento, esperando que esté contenta con lo que estoy a punto de darle.

—Entonces, ¿sabes que te amo?

—Tenía mis esperanzas —dice ahora Paige, mirándome a los ojos—. Pero siempre es bueno oírte decir esas palabras en voz alta.

Yo sonrío.

—Te amo, y quiero que seas mi esposa.

Paige me pone las manos en las mejillas y me mira fijamente a los ojos. Lentamente, me acerco a ella y rodeo sus labios con los míos. Este beso carece de la pasión salvaje mostrada en el restaurante, pero hay algo en él que es más fuerte.

Siento algo que no había sentido antes cuando ella me toca. Siento que Paige se deja llevar y se entrega a mí. Ya no es cautelosa ni se cuestiona a sí misma. Las dudas desaparecen cuando el beso se hace más profundo y me recorre un escalofrío por todo el cuerpo.

Tiro de ella y nos sentamos en la oscuridad.

—Haremos nuestra propia trampa —le digo—. Y haremos un intercambio en Los Poconos.

Paige sonríe.

—Tendremos que buscar otro sitio. La posada donde me rescataste no nos aceptará de vuelta.

CUANDO PASO LA ENTRADA, me doy cuenta de que las habitaciones de Eva están a oscuras. Trato

de no salir porque todos están muy ocupados buscando a Emma. Sonya nos espera en la entrada.

Se ha quedado con Eva como acto de solidaridad. Dejará las habitaciones de mamá cuando yo decida ser razonable y no actuar como un matón. Sonya expone sus condiciones mientras la masajista que ha contratado le frota los pies. No puedo seguir enfadado con ellas mucho tiempo.

—¿Dónde está mamá? —le pregunto a Sonya.

—Está en el jardín.

—¿A estas horas de la noche? —contesto y hago una mueca como si estuvieran todos locos—. Hay que traerla de vuelta a la casa. Talia está haciendo de las suyas. Estaremos encerrados. Nadie entra ni sale sin mi permiso.

Miro a Natasha por la ventana del despacho. El haz de su linterna rebota en la oscuridad mientras baja por la pendiente hacia el laberinto. Debería haber quemado esa maldita cosa en cuanto Vasily murió.

Los recuerdos que guarda siguen siendo tan viscerales como cuando era niño y los experimenté por primera vez.

Pero a Eva le gusta, así que lo dejo estar.

PAIGE

LOS CUATRO: ANDREI, DMITRI, NATASHA Y VANYA, LLEVAN HORAS HACIENDO PLANES, encerrados en el despacho mientras yo los observo, sintiéndome inútil.

Andrei discute con Natasha quién sería el más adecuado para cada trabajo. Quién es el mejor conductor, el mejor espía y el mejor tirador. Dmitri examina las rutas de ida y vuelta, incluidas las posibles vías de escape. Vanya controla a los guardias enviados a vigilar. Ellos le envían informes detallados sobre lo que está sucediendo en la casa de Talia y en Los Poconos.

Los detalles son intrincados, hay mucho en juego y el riesgo es real. Quiero involucrarme, pero me abstengo de interferir. El objetivo es recuperar a Emma, no probar que pertenezco.

Viktor vuelve a llamar y expone su caso en cuanto se abre la puerta.

—Yo quiero ir —dice Viktor, entrando casi a empujones en la habitación—. Emma me verá y sabrá que es un rescate.

Esta vez, Andrei cede, sabiendo que Viktor tiene razón. Andrei nunca ha parecido tan preocupado, y está dispuesto a considerar todas las sugerencias que no pongan más en peligro la vida de Emma. Señala a los demás que Talia nunca ha conocido a Viktor, y que puede pasar desapercibido fácilmente vistiendo el uniforme del hotel.

—Recuerda. No intentes ser el héroe —advierte Andrei a Viktor—. Serás nuestros ojos.

Viktor acepta solemnemente y toma asiento junto a Vanya. Me mira y no puedo ni imaginarme lo asustada que debo parecer. Intento parecer valiente, pero no lo consigo. Viktor me dedica una sonrisa comprensiva y noto la tristeza en sus ojos. Una pequeña muestra de comprensión, y siento que se me hace un nudo en la garganta. Viktor siente lo que yo siento más que nadie en la casa. Le devuelvo la sonrisa tímidamente y salgo de la habitación.

—LLEGAN TARDE —Andrei se pasea por la habitación del hotel, esperando la señal de los faros que parpadean tres veces en el aparcamiento—. No hay razón para que lleguen tarde. Es un simple intercambio.

Miro mi reloj, y los números brillantes cambian demasiado despacio. Ha pasado una hora desde

que llegamos al Colonial Inn y aún no hay rastro de ellos. Me acerco a la ventana y me asomo a la oscuridad. ¿Es esto parte del plan de Talia? El intercambio estaba programado para cuando saliera el sol, pero ya hace mucho que se ha ido.

Dmitri me coge de la mano.

—Por favor, Paige, no te acerques a las ventanas.

—Las luces están apagadas —le explico mientras me lleva hasta el sofá.

La habitación del hotel está a oscuras, salvo por la luz ambiental de la lamparilla del cuarto de baño. Los mullidos muebles se han alejado de la puerta y se han acercado a las paredes. Todo ha sido reorganizado, así que, si alguien irrumpe dentro, hay un tiro despejado. Suspiro y me siento pesadamente. Empiezo a entender por qué hacen ciertas cosas.

—Puede que tengan visores infrarrojos en sus armas —me responde—. Más vale prevenir que curar.

Por primera vez, me doy cuenta de que Dmitri forma parte de la Bratva Barinov. El plan era simple. Esperaríamos a que los hombres de Talia llevaran a Emma al aparcamiento del Colonial Inn a las ocho en punto de la noche, y se cambiaría un Reyes por otro. Pero yo no me iría con sus hombres.

Ahora el plan ha cambiado de nuevo. Talia está tarde.

Desde una distancia segura en el sofá, observo el aparcamiento de abajo y espero a ver los faros. Cada vez que un coche entra en el aparcamiento, me pongo en pie y vuelvo a la ventana. Pero no hay señal. Algo malo debe de haber pasado, y mi ansiedad me está volviendo loca, ya que mi nerviosismo empieza a manifestarse. Empiezo a pensar en lo que he estado excluyendo de mi cerebro. Tengo miedo de no volver a ver a Emma.

De repente, el leve estruendo de un todoterreno se oye a lo lejos. ¿Serán ellos? Mi corazón palpita con anticipación, eclipsando mi miedo. Me agarro al cojín del asiento, clavando las uñas en la rígida tela de tweed mientras espero a ver la señal.

El todoterreno se detiene y ahí está. Tres rápidos destellos de luz en la oscuridad. Ha llegado la hora. Corro hacia la puerta que da al pasillo.

—No, Paige —la mano de Andrei se aferra con fuerza a la mía, impidiéndome abrirla—. Tenemos que esperar. Si abres la puerta, no sabremos quién está al otro lado esperando.

—Pero ella está ahí fuera —argumento, señalando la ventana—. Está en ese coche —cuando miro hacia fuera, los faros vuelven a parpadear tres veces más. Intento zafarme de su firme agarre.

Andrei me estrecha en sus brazos, apretándome contra su ancho pecho. Su cuerpo es sólido y firme contra mí, y me tranquiliza mientras recupero el aliento.

—Emma significa mucho para mí —susurra él—. Pero no voy a arriesgar su vida por nadie. Paige, la salvaré.

Le beso suavemente la barbilla y asiento con la cabeza.

—Lo sé. Te he visto salvarme a mí.

Llaman a la puerta antes de que Viktor la abra con una tarjeta con clave. Viste un uniforme azul marino, a juego con el del personal de cocina del hotel. Se asoma a la habitación y sus ojos se adaptan a la poca luz.

—Está despejado —dice antes de alejarse de la puerta.

Bajamos en ascensor y cierro los ojos con fuerza, luchando con mis emociones. El ascensor pita en cada planta como una cuenta atrás burlona hasta que vea a mi hermana. La esperanza y el miedo luchan entre sí en mi pecho y me estrujan el corazón. Abro los ojos, decidida a mantener la calma. Mi odio por Talia me hace ser decidida y fuerte.

El teléfono de Viktor zumba y Andrei se vuelve contra él.

—¡He dicho que nada de contacto! —grita Andrei.

Viktor habla aterrado.

—La matrícula está mal. Vanya dijo que la matrícula del todoterreno que salió de casa era DKY-592. La matrícula del aparcamiento es MNK-943. Cambiaron de coche en la carretera.

Las puertas del ascensor se abren, pero no nos movemos. Andrei se detiene en seco, extendiendo el brazo e impidiéndome salir.

—Viktor. Echa un vistazo más de cerca y luego regresa.

Viktor utiliza la tarjeta llave para detener el ascensor. Inclina la cabeza, sale rápidamente y coge una maleta como si fuera a hacer un recado. Regresa y las puertas se cierran rápidamente.

—¿Qué has visto? —pregunta Andrei.

—Han vuelto a encender las luces, pero sea quien sea, sigue en el coche —Viktor hace una pausa —. Sólo pude ver hombres en el coche.

—Están esperando a que caigamos en una trampa —Maldiciendo, Andrei me mira, y sé lo que va a decir. Sacudo la cabeza, no quiero oírlo—. Viktor. Lleva a Paige a la habitación y espera.

Me abalanzo sobre él como si fuera a atacarle.

—No, Andrei. Ella está ahí fuera.

Me agarra con fuerza.

—Paige, es una trampa.

No me importa si los demás me están viendo derrumbarme. Saldré corriendo y caeré a los pies de Talia, suplicando por mi hermanita. Alargo la mano y me agarro a la chaqueta de Andrei, dispuesta a suplicarle que no corra este riesgo tan tonto. No puedo perderlo todo.

—Sabemos que Emma no está en ese coche —insiste Andrei—. Talia nos ha engañado, Paige.

Sacudo la cabeza con más fuerza y me agarro con más fuerza.

—Llámala. Exígele saber dónde está Emma, pero no caigas en su trampa.

Las puertas del ascensor se abren en nuestra planta y Andrei duda. Ya debe ser obvio que sabemos que algo va mal. Andrei sale del ascensor y nos apresuramos a volver a la habitación. Pero él no me escucha. Me encerrará en el baño y saldrá a enfrentarse a Talia sin mí. Doy tumbos por el pasillo con su mano sujetando mi brazo. Mis súplicas son ignoradas hasta que logro soltarme. Dmitri me agarra antes de que yo pueda huir.

—Paige, tenemos que hacerlo a mi manera —me dice Andrei—. Tienes que estar en un lugar seguro.

Abre las puertas de la habitación y sólo tengo tiempo de detenerme antes de caer al suelo. Andrei se tumba sobre mí mientras saca su pistola de la chaqueta.

Las puertas del patio se rompen en una rápida ráfaga de balas, enviando cristales en todas direcciones.

Los hombres de Talia vinieron a buscarnos. Pero Viktor vio hombres esperando en el todoterreno.

De alguna manera, logro salir de nuevo al pasillo. Tropezando por el pasillo hacia el ascensor, uno de mis zapatos ha desaparecido, y Andrei está detrás de mí, gritando órdenes mientras Dmitri nos cubre la retaguardia.

Un hombre dobla la esquina delante de nosotros y suelto un grito, delatándonos tontamente. Pero me agacho aliviada contra la pared cuando reconozco a Yari.

—¿Los hombres del todoterreno? —pregunta Andrei.

—Intentaron huir —dice Yari y me mira—. La chica no estaba allí. Hemos mirado en el maletero para asegurarnos. Han rodeado el hotel. Salimos y nos dispararan.

—¿Dónde está Natasha? —pregunta Andrei.

—Está en el bosque con sus hombres —responde—. Están maniobrando detrás de ellos.

No volvemos a subir al ascensor. En su lugar, nos apresuramos a bajar las escaleras de incendios. Mis instintos vuelven a mí mientras me quito el otro zapato de una patada para poder correr por mi vida. Viktor utiliza su llave maestra para dejarnos entrar en el sótano, pero algo bloquea la puerta de salida al exterior.

Los hombres empujan la puerta hasta que por fin se mueve y un cadáver cae rodando. Dmitri le sube las mangas de los antebrazos e inspecciona los tatuajes.

—No tiene tatuajes Karamazov —dice.

—¡Le conozco! —Viktor mira el cadáver y su rostro se ilumina al reconocerlo—. Estaba con Gleb Novikov en la fiesta.

MIRO por la ventanilla del Rover mientras Yari nos lleva de vuelta a la mansión. Andrei me coge de la mano y su pulgar me acaricia los nudillos. Hablan entre ellos, repasando lo sucedido,

diciendo cosas que yo preferiría no oír. Afuera el aire es pesado y la niebla cubre la carretera. Me pregunto si ha llovido o si va a llover. No lo sé. Y no me importa. Intento concentrarme en algo que no sea mi cruda decepción.

¿Dónde está Emma? Intento no culparme de nuevo, pero es inútil. Me odio por haberle jodido la vida. Pienso en el sótano de Talia, con sus celdas oscuras y húmedas. Me pregunto si estará en una, fría y hambrienta. Resoplo demasiado fuerte y Andrei me aprieta la mano.

Sé que intenta consolarme, pero solo consigue que me sienta peor. No merezco ninguna amabilidad cuando mi hermana tiene problemas. Problemas que yo he causado. Quería cambiar de lugar con ella porque mi culpa es peor que cualquier dolor.

—Estás sumida en tus pensamientos —me susurra Andrei mientras los demás siguen hablando.

—Sólo me compadezco de mí misma —respondo duramente—. Cuando no debería. Estoy a salvo y de camino a casa. Mientras Emma está retenida contra su voluntad.

—Pronto volverá con nosotros, Paige —desliza su brazo alrededor de mis hombros, tirando de mí hacia él—. Talia no se arriesgaría a hacerle daño a Emma para vengarse.

Suspiro con frustración.

—No entiendo cómo Kenney está involucrado en todo esto —digo.

Dmitri me responde desde el asiento delantero.

—Nos hemos equivocado de Bratva. Igor Karamazov ha sostenido que no ha tenido nada que ver con esto. Bueno, quizá no por su propia cuenta, si Gleb Novikov realmente está alardeando de su recién adquirido poder como jefe de su propia Bratva.

—Eran leales a nosotros —responde Viktor—. Pensé que Gleb sólo me estaba jodiendo aquella noche, pero parece que no.

—Me pregunto —Andrei no les contesta, solo espera a que reanuden su propia conversación—. Quizá Gleb se cargó su propia boda. Ni sus padres ni su novia sobrevivieron. Él es el último que tiene el control. Todo lo que necesita en este momento es un financiero.

—¿De verdad crees que Kenney podría estar involucrado con Gleb? —le pregunto.

Andrei suspira.

—Dijiste que era una mala semilla. Tal vez se enteró de algo que era demasiado tentador para dejarlo pasar. La codicia tiene muchas formas. Para tu padre, vino en forma de dinero. Para Kenney, es el poder.

Me quedo en silencio con mis pensamientos mientras paso el pulgar por mi anillo de boda repleto de diamantes.

¿Acaso yo soy diferente?

Justifiqué las joyas, el dinero y los regalos como compensación por haberme metido en el lío en el que estoy. Me permití creer que estaba bien que se ocuparan de mí para variar. Me convencí a mí misma, pero ¿acaso soy mejor?

¿Estar enamorado lo hace diferente? ¿Lo hace menos criminal?

—Podrían estar trabajando juntos —dice Dmitri, entrometiéndose de nuevo en nuestra conversación—. Talia está involucrada en su plan. Esa mujer no se rendirá fácilmente. Es más peligrosa que un hombre. Incluso si Igor no está directamente involucrado, seguro la está utilizando para dar la vuelta a la tortilla.

Andrei se queda callado mientras fuertes gotas de lluvia empiezan a golpear el parabrisas. Solo con sus pensamientos mientras me abraza con fuerza. Le miro a la cara, a los ojos que miran al frente y a la boca que dibuja una línea sombría. *No quiero saber qué piensa ahora*.

Andrei parece decidido a demostrar a cualquier precio que él no va a perder. ¿Qué le hará él a Talia para recuperar a Emma?

No, la mejor pregunta es *¿qué me dejará hacer a mí una vez que eso suceda?*

No lo sé, y quizás no quiero saberlo. Porque cada vez que pienso en lo que le haré a Talia, me siento aterrorizada y excitada a partes iguales.

Y cada vez es más difícil saber qué parte es la que gana.

PAIGE

YARI DETIENE BRUSCAMENTE EL ROVER FRENTE A LA PUERTA CUANDO UN SEGUNDO ROVER BAJA por el camino. El pesado ambiente que se respira en el Rover nos hace salir de él a toda prisa. Los guardias no titubean en entrar en la mansión y, sin duda, desaparecen en sus habitaciones. No puedo alejarme lo bastante rápido de la ira y la decepción que nos han seguido hasta casa.

Un fuerte estruendo resuena en la distancia como el paso de un tren de mercancías. Y de repente, una fuerte lluvia cae en cegadoras láminas de agua. Grandes gotas oscurecen el camino y brillan en las ventanas. Me empapan el pelo y la ropa mientras me apresuro a entrar. Una parte de mí quiere quedarse fuera y dejar que la lluvia me limpie de este horrible día. Aspiro el aroma limpio de una ducha de verano y entro corriendo. El agua rodea mis pies mientras recupero el aliento en el pasillo.

—¿Dónde está mi madre? —grita Andrei que ya está arriba, mirándonos desde la barandilla superior. No soy la única que mira en dirección a la ventana que da al jardín—. Es demasiado tarde para que esté en el jardín —dice y nota la dirección en la que todos miramos y baja corriendo las escaleras—. Está lloviendo. Tráiganla a casa.

El miedo me paraliza al darme cuenta de lo que podría pasar si Andrei entra en el laberinto. Las luces de seguridad brillan en las ventanas e, impotente, miro a Natasha mientras entra empapada en la casa. Ella me devuelve la mirada, esperando una explicación.

—¿Está Eva en el laberinto? —pregunto estúpidamente—. Andrei ha ido a mirar.

No espero su respuesta. ¿Cómo iba ella a saberlo? Pero las dos sabemos que tenemos que detenerle. Salgo corriendo por la puerta de la terraza y me detengo bajo las brillantes luces de seguridad que iluminan el patio para buscarlo.

Andrei ya está fuera, ignorando la lluvia que empapa su camisa. Protegiéndose los ojos, escudriña el jardín, y entonces debe estar recordando las numerosas veces que rio con Eva cuando se coló en el laberinto. Él se precipita hacia ella como un animal suelto.

—¡Andrei! —grito, corriendo desesperadamente hacia él para detener lo que va a ver.

Natasha oye los gritos y sale corriendo por la puerta de la terraza detrás de mí. Ambas avanzamos a toda velocidad hacia los altos y oscuros setos, pero no somos lo bastante rápidas para detener a Andrei antes de que entre en el arco y desaparezca en la oscuridad.

—¡Eva! —grito, histérica, rezando para que me oiga por encima de la tormenta. Espero que lo haga y sepa que es una advertencia.

Nunca había estado en el laberinto y los espesos setos me desorientan mientras doy vueltas en círculo bajo la lluvia. Las sombras se ciernen bajo la luz artificial y distorsionan el camino, creando un sendero oscuro que no existe. Alargo la mano, tropiezo con las hojas y me agarro a las ramas, intentando mantener el equilibrio. Resbalo y aterrizo en una mancha de barro, sintiéndome desesperada, pero sin rendirme. No puedo hacerlo. Guardé su secreto y ahora todo podría salir mal.

Natasha corre hacia mí mientras grita el nombre de Andrei.

—¿Le has visto? —me pregunta sin aliento. Niego con la cabeza y me señala otro camino. Nos separamos, corriendo a ciegas en direcciones opuestas.

Empapada hasta los huesos, encuentro la salida, pero Andrei la bloquea. Tiene la pistola apuntando a alguien.

¿A Eva?

No. Imposible.

Me pongo detrás de él para ver mejor. Y veo a Eva agarrada fuertemente del brazo de un hombre que nunca he visto antes.

Su misterioso amante. El hombre que vio Emma.

Alto, calvo, con una espesa barba gris. Va bien vestido, y la gabardina oscura de gran tamaño que cubre los hombros de Eva debe ser suya. Se da la vuelta y coge a Eva en brazos. A pesar de su edad, su cuerpo es robusto y delgado. No me cabe duda de que en sus años mozos era bastante guapo.

—Maldito seas Igor Karamazov —gruñe Andrei—. ¿Qué coño haces aquí?

¿Igor Karamazov? ¿Es él? ¿El hombre que ha intentado matar a mi marido? ¿El que ha hecho caer la muerte y la destrucción sobre nuestras cabezas?

Él no se parece a lo que yo esperaba. *¿Pero qué era lo que yo esperaba?* Esperaba a un hombre con aspecto de villano despiadado, no a un anciano abrazado a su amante mientras otro hombre los mantiene a ambos a punta de pistola.

—Andrei Vasilyevich, espera —dice Igor—. Mantengamos la calma.

—Suelta a mi madre —advierte Andrei—. Tus hombres casi nos matan a mi mujer y a mi esta noche. No le harás daño a mi madre.

Miro inmóvil, en estado de shock, les observo como si fuera un espectador y no tuviera nada que ver con el drama que tengo delante. El shock se ha apoderado de mis miembros, congelándome en el sitio. Miro a Eva y a su cara de sorpresa. ¿Se sorprende ella de que la hayan pillado?

¿O está sorprendida de volver a ver a Andrei?

—¡Andrei, por favor, baja el arma! —grita ella por encima de la lluvia—. Igor no está aquí para

hacerte daño.

—¿Por qué si no iba a estar aquí, Madre? —se burla Andrei—. El cobarde envió a sus hombres tantas veces. Quizá ha decidido intentarlo él mismo —dice Andrei y sacude la cabeza con disgusto—. Emma no estaba allí. No ha venido a casa con nosotros esta noche.

Eva se vuelve para mirar a Igor.

—Dijiste que ella vendría a casa. Me dijiste que ella estaba a salvo.

—Eva, cariño…

—¿*Cariño*? —los ojos de Andrei van de Igor a Eva y viceversa.

La comprensión se transforma lentamente en horror en su rostro.

—No —su voz se queda sin aliento, invadida por la incredulidad—. ¡No, dime que no es verdad! ¿Él? ¿Cómo pudiste *con él*?

Natasha sale de entre los setos. Andrei gira sobre sí mismo, apuntándola. Ella levanta los brazos inmediatamente y se queda mirando a Eva y a Igor. En cuanto Natasha ve a Igor, saca también su pistola. Eva se pone delante de Igor, protegiéndole con su pequeño cuerpo.

—¡No, Natasha! —grita Eva—. Esto es un asunto de familia.

—Asuntos de familia —se burla Andrei—. Él no es de la familia. Has cambiado un monstruo por otro peor.

Eva se acerca a Igor y le coge de la mano.

—No, Andrei. Igor es de la familia. *Es mi familia*. Es el padre de Sonya.

El arma de Andrei tiembla mientras mira boquiabierto a Eva.

Se tambalea hacia atrás y casi pierde el equilibrio al resbalar el pie en un charco. Intento ayudarle, pero Andrei se endereza y me empuja hacia atrás.

—Has ido con él —Andrei sacude la cabeza, gritando—. Te has metido en *su cama*. ¿Lo sabía Vasily? ¿Por eso intentó matarte a golpes hace tantos años?

—Lo sospechaba —Eva empieza a llorar mientras sacude la cabeza—. Pero no sabía que había sido Igor.

—Fuiste tú… —dice Andrei y su labio inferior tiembla de dolor y traición mientras va descifrando poco a poco la verdad—. Ayudaste a preparar la boda para matar a Padre. Fuiste tú quien le dio a Igor información sobre mí. Así es como ha podido ir un paso por delante de mí todo este tiempo.

—Por favor, Andrushka —dice Eva, llorando ahora—. Yo nunca quise hacerte daño. Nunca te haría daño, *synochka*.

Igor me mira por primera vez, y la humedad de mi piel no puede compararse con el escalofrío que siento al mirar sus duros ojos.

Me rodeo el cuerpo con los brazos y retrocedo hacia las sombras.

ANDREI

—¡NO LA MIRES! —GRITO, LEVANTANDO MI ARMA DE NUEVO—. NO TE ATREVAS A MIRAR A MI mujer.

La lluvia me cae por el pelo hasta los ojos mientras observo a Igor con mi madre. Las ideas de traición se agolpan en mi cabeza. Todo lo que pensaba de Eva era falso. Me ha engañado por el amor de su amante toda mi vida.

Las mentiras me calan tan hondo que me cuesta respirar mientras sostengo la pistola frente a mí.

—Andrei Vasilyevich, entremos en la casa y saquemos a las mujeres de la lluvia —ofrece Igor, con las manos en alto—. Tenemos asuntos que discutir.

—Contigo no —le advierto—. No tengo nada que discutir contigo.

—Andrei Vasilyevich, por favor —responde Igor—. Gleb Novikov no tenía intención de casarse con Varya. *Planeó* el ataque de su boda, y yo simplemente aproveché las circunstancias para eliminar la carga que tú y tu madre habíais tenido que soportar todos estos años.

—Y a mí después, ¿no? —me burlo—. No finjas que estamos en el mismo bando. ¿Estás utilizando a mi madre para acercarte lo suficiente para degollarme?

—¡Andrushka! —Eva da un pisotón, salpicando agua en el suelo—. Igor no es nuestro enemigo. Sólo se defiende de ti.

Me río ante la audacia de esta mentira. Un oscuro pensamiento se apodera de mí y no puedo pensar con claridad.

—¿Es eso lo que él afirma? —pregunto—. Disparó en mi club nocturno y luego me tendió una emboscada en la carretera. Tienes que decidirte, madre. No puedes tenernos a los dos.

—Andrei Vasilyevich, si yo hubiera querido matarte, ya estarías muerto —insiste Igor—. Sólo te estaba dando una paliza para recordarte que aún no eres el gran hombre.

—Madre —mis ojos se entrecierran hacia mi objetivo—. Aléjate de él. No te lo pido más.

Eva sólo se agarra con más fuerza, y su vestido luce empapado mientras sigue suplicándome. Ambos actúan como si yo estuviera equivocado por no ceder. Como si todo lo que yo he hecho para construir la Bratva fuera la forma de Igor de complacerme.

Sacudo mi cabeza.

—Deberías haber dejado a mi padre —grito mientras el viento se levanta—. ¡Pudiste haber huido todo este tiempo!

—No, Andrushka —responde ella—. Si yo hubiera huido, él te habría apartado de mí para siempre. Una vez fuiste parte de mí, Andrushka. Te amamanté, te sentí patalear en mi vientre. La idea de que Vasily te tomara y te convirtiera en un reflejo de sí mismo era demasiado para mí.

Las gotas de lluvia salpican mi rostro, ocultando las lágrimas que amenazan con brotar de mis ojos. Mi madre me ama, lo sé. Sufrió para no perderme.

¿Pero Igor?

—¿A esto jugabas? —miro a Igor—. Mi madre tiene que reclamar mi legado. Así que por qué no quitar al hijo de en medio.

No hay contesta.

Vuelvo a dirigir mi ira hacia mi madre.

—¿Y Sonya? —le exijo—. ¿Se lo has dicho ya? ¿Le has presentado a su padre?

Eva aprieta las manos.

—Andrushka, por favor, entremos y hablemos.

—¡Hablemos aquí! —grito y vuelvo a mirar a Igor—. ¿Y Paige? ¿Ibas a matarla a ella también?

—¿A la fotógrafa? —asiente Igor, mientras se asoma lentamente delante de mi madre—. En aquel momento, formaba parte del trato con Gleb Novikov y el policía. Este se ofreció a ayudarme con algunos casos pendientes en los tribunales. También se ofreció a devolverme el dinero si ella resultaba muerta. Tu mujer tuvo suerte de tenerte allí.

—¡No hables de ella, joder! —grito—. ¡Te mataré!

—Ella no es Bratva, Andrei Vasilyevich. Ignoras tu propio código para estar con ella —agrega él, y un relámpago lo delinea cuando se acerca a mí.

Sus manos bajan.

Suena un estruendo, pero no del cielo.

Nunca sabré si él estaba buscando su pistola.

PAIGE

No sabría decir qué ocurre primero, si el fuerte estruendo del trueno o el estallido del arma. Eva echa la cabeza hacia atrás y abraza a Igor con fuerza, protegiéndole de la explosión. Los brazos de él la rodean protectoramente mientras sus ojos se abren de par en par, mirando al cielo.

Entrelazados, ambos caen al suelo mojado mientras Sonya aparece en el borde de mi campo de visión. *¿Cuánto tiempo lleva ahí?* Ella entra lentamente en el laberinto y mira fijamente a las dos personas que yacen a sus pies mientras Andrei suelta el arma.

—¿Qué has hecho? —pregunta ella—. Andrei, ¡¿qué has hecho?!

—¡Sonya! —grita Andrei, pero ella huye.

Andrei se da cuenta y se tambalea hacia su madre, alcanzando su cuerpo inerte como si pudiera devolverle la vida.

Los relámpagos iluminan de nuevo los árboles del bosque. Por un segundo, veo los verdes y los marrones iluminarse en la oscuridad. El olor a tierra mojada me llega a la nariz y me doy la vuelta, huyendo de él.

PAIGE

NO PUEDO AFRONTAR LO QUE HA HECHO ANDREI. SÉ QUE LOS DOS ESTÁN MUERTOS PORQUE OIGO un horrible aullido mientras corro hacia la casa. Él ha arruinado nuestras vidas. Emma se ha ido, y yo no puedo dejar este lugar. Él nunca me dejará, no después de lo que ha hecho.

Sonya baja las escaleras a toda prisa, llevando una maleta de la habitación de Eva. Su respiración es agitada mientras se apresura hacia la puerta. No está en condiciones de conducir, y menos con esta lluvia.

—Sonya, no te vayas.

—¿Por qué? —me frunce el ceño—. ¿Para que el hijo de Vasily también me dispare?

El hijo de Vasily… Es la única vez que la he oído referirse así a Andrei.

—No puedes conducir así —le explico—. Puedes esconderte aquí.

—Él tiene llaves de todas las habitaciones —dice ella y se detiene junto a la puerta—. Le advertí que se convertiría en su padre. ¿Pero esto? Ni siquiera Vasily habría hecho *esto* —sus labios tiemblan y ella empieza a llorar, pero cuando intento tocarla, Sonya se aparta.

—Sé lo que se siente —intento explicarle—. Perdí a mi madre. Murió pensando que yo creía que ella era una persona terrible.

Sonya abre la puerta de golpe.

—¿Se supone que eso me hará sentir mejor? ¿Eso hace que esté bien? Te pasó a ti, ¿así que yo debería estar bien con ello? Asesinó a mis padres delante de mí. Es el hijo de Vasily, hasta la médula.

—Sonya —la sigo afuera—. Estás demasiado molesta para irte ahora.

—¿Eso es lo que te dices a ti misma? —me dice, mirándome— ¿Él hace algo indecible, pero tú pones excusas para tener que quedarte? No voy a esperar a que él venga aquí. Y si tú tuvieras sentido común, también te irías.

Intento agarrarla del hombro, pero Sonya me empuja. Pierdo el equilibrio y me agarro desesperadamente a algo para no caerme por las escaleras. Pero la superficie está demasiado resbaladiza por la lluvia. No puedo agarrarme y el hormigón se precipita hacia mi cara mientras grito.

Sonya no se devuelve. Se sube al coche y los neumáticos giran a toda velocidad mientras sale volando por la puerta.

Me agarro el estómago, con una mueca de dolor. Me agarro al chichón que apenas empieza a asomar. Intento ponerme de lado, pero un dolor agudo y punzante me lo impide. Me duele demasiado como para moverme.

Grito de dolor, preguntándome si mi bebé estará bien.

La puerta abierta atrae a Vanya, quien pide ayuda. Pronto me veo rodeada de manos que intentan ayudarme a levantarme. Hago una mueca de dolor cuando me levantan y me llevan a un Rover cercano.

Andrei vuelve. Me coge de la mano y grita a los guardias. Ellos intentan calmarle, pero él arremete y amenaza con dispararles a todos si salgo herida.

Dmitri le llama y suben al asiento delantero. La tormenta pasa y escucho la lluvia golpear el techo mientras el Rover se dirige a Two Rivers.

Lamento mi decisión de quedarme. Me aferré a la esperanza, pero nunca llegó. En todo caso, todo ha empeorado. Intento hacer las paces con lo que me ha ocurrido.

Las palabras de Sonya resuenan en mi cabeza. *Él hace algo indecible, pero tú pones excusas para tener que quedarte.*

Ella tiene razón. He sido una tonta todo este tiempo. He pasado todo este tiempo buscando un resquicio de esperanza en cada nube oscura.

Y ahora, podría yo perder a mi bebé por eso.

Mientras el Rover se dirige a Urgencias, rezo en voz baja y hago una promesa solemne.

Si mi bebé sobrevive, dejaré a Andrei y nunca miraré atrás.

EPÍLOGO

TALIA

TENGO QUE SENTARME EN EL SOFÁ CUANDO OIGO LA NOTICIA DEMENCIAL.

—¿Disparó a Igor *y a* Eva?

Sonya asiente con la cabeza, bebiendo un vaso de vino blanco en el salón. Se ciñe la manta de piel sintética sobre los hombros y se hunde más en el sillón. Las lágrimas dejan largas huellas negras en sus sonrojadas mejillas, y yo la miro como si ella se lo estuviera inventando.

Pero está a punto de amanecer e Igor aún no ha vuelto a su casa.

Me convenció de que no retuviera a la niña en mi casa. Estaba seguro de que Andrei la rescataría fácilmente de allí. Dice que es porque Andrei conoce mi casa como la suya propia. Pero yo sé la verdadera razón: Igor temía que yo torturara a la mocosa porque odio a su hermana.

No se equivoca. Pero no soy un monstruo.

—¿Y estás segura de que están muertos? —pregunto, mirándola severamente.

—Deja de preguntarme eso —Sonya tiene hipo y frunce el ceño con odio—. Yo lo he visto con mis propios ojos. Están muertos. Él les disparó.

Valeri Kozlov me pone la mano en el hombro y yo le miro sonriente.

En silencio, me dice que me aguante. Sonríe a Sonya, le quita la copa de vino vacía de la mano y la sustituye por otra llena hasta el borde.

—Aquí estás a salvo, Sonya Vasileyvna.

—Igorovna —le mira ella fijamente—. Soy Sonya Igorovna. *No soy* hija de Vasily.

No soy lo bastante rápida para evitar que se me abra la boca.

¿Igorovna? ¿Igor Karamazov es, *era su padre*?

Intercambio una rápida mirada con Valeri y extiendo la mano para quitarle la copa de vino a Sonya. Necesito que me cuente más cosas antes de que se duerma bebiendo.

—Puedes quedarte aquí —me siento en la otomana a su lado y le pongo la mano en la rodilla—. Como hija única de Igor, tienes derecho a quedarte en su casa.

Sonya coge el vaso de la mesita y bebe otro sorbo.

—Ellos confesaron y luego Andrei los mató a tiros.

—¿Igor tenía un arma? —le pregunto en voz baja.

—Puede que la tuviera, pero no la sacó —murmura ella—. Andrei le amenazó. Igor, mi padre, le echó mano a algo, pero no tenía un arma en la mano. Él lo hizo por ella —las lágrimas vuelven a brotar con fuerza en ella y tengo que esperar un par de minutos para que continúe—. Él disparó a mis padres por Paige.

Jadeo, fingiendo que me importa.

—Él lo ha hecho todo mal por ella —digo en voz baja.

Miro a Valeri y él sonríe. No hay por qué preocuparse de que Emma aparezca de la nada. Está bien encerrada en el ático, gritando y maldiciendo hasta quedarse ronca.

Me aferro a Sonya, abrazando con fuerza su pequeña figura mientras su cabeza rueda sobre sus hombros.

Yo estaba celosa de ella. Su larga melena rubia, su cuerpo menudo y su sonrisa perfecta. Pero ahora estoy aún más celosa.

La estúpida no tiene ni idea del poder que posee, ni de cómo usarlo.

SONYA SE QUEDA en el dormitorio de arriba hasta bien entrada la mañana. No sé a qué hora se despierta, ni me importa. Lleva horas llorando, y yo no puedo darle palmaditas en la espalda a nadie durante tanto tiempo.

Mi informante vuelve, Igor ha desaparecido en verdad. Antes tenía mejores espías en casa de Andrei, pero huyeron cuando se casó con esa ratona. Tenían miedo de lo que él les haría si los descubría.

Pero si estos últimos rumores son ciertos, tenían buenas razones para estar asustados.

Me siento como en casa en la cocina con un batido de piña que me ha preparado la cocinera. Lo tomo a sorbos en la isla de la encimera, admirando la piscina empotrada de la terraza.

Igor era viejo, pero también estaba en forma. Eva debió ser feliz con él en su cama.

Qué desperdicio.

Unos golpecitos en la puerta del patio me hacen dar un respingo, y frunzo el ceño cuando veo quién es. El detective Kenney Grant está en la puerta con una sonrisa de comemierda en la cara. Emma le ha dejado un feo arañazo en el cuello en su breve forcejeo, y la costra se ha curado en una línea fruncida. Admiré su puntería, pero le advertí a ella que no intentara esa mierda conmigo.

Él se lleva las manos a la cadera para que yo pueda ver la placa que lleva en el cinturón. ¿Piensa

que está en un puto western, enseñando esa cosa? Está claro que el hombre está compensando otra cosa.

Me levanto y me tomo mi tiempo al caminar hacia la puerta. Me doy cuenta por la inclinación de su cabeza de que me está mirando las piernas en mi bikini turquesa.

—¿Vas a la piscina? —me pregunta.

—Muy perspicaz —respondo—. ¿Cómo te has dado cuenta?

Él entra y echa un vistazo a la cocina.

—¿Dónde está Igor?

Me encojo de hombros y me muerdo el labio inferior, lo que le provoca una sonrisa burlona.

—Dígamelo usted, agente.

Pasa a mi lado y se adentra en la cocina.

—Se rumorea que está muerto.

Le dirijo hacia la encimera.

—¿Entonces por qué me preguntas?

—Pensé que podría sorprenderte —me dice.

Me vuelvo a sentar en el taburete y cruzo las piernas.

—¿Te apetece un café?

Niega con la cabeza y se dirige al salón. Le sigo de cerca. La criada no ha recogido las botellas de vino ni los vasos de la noche anterior, que están sobre la mesa.

Me sonríe.

—Parece que alguien ya lo ha celebrado.

Regreso a Kenney hacia la cocina.

—Anoche tuve una noche de chicas.

Él se ríe.

—¿Tienes amigas?

—Vaya al grano, agente —le digo. Por encima de nuestras cabezas, algo golpea el suelo y suena el techo. Kenney se queda mirándolo. Quizá si lo hace el tiempo suficiente, vea lo que es. Agito la mano despreocupadamente—. Tengo un invitado nocturno.

—¿Sigue aquí Emma? —pregunta.

—A salvo y escondida, pero podrías haber llamado si querías saberlo.

Kenney mira detrás de su hombro como si esperara ver a alguien. Vuelve a mirarme con aire

solemne.

—Todas las piezas están en su sitio. Es tu turno.

Valeri baja las escaleras, sin camiseta y húmedo por la ducha.

Kenney sonríe y le tiende la mano.

—Valeri, me alegro de verte. ¿Cuidando de ella?

Qué cojones. ¿Acaso soy una niña?

Valeri le da la mano y se ríe.

—Ella hace un mejor trabajo cuidando de mí.

—Seguro que sí —Kenney se dirige hacia la puerta trasera, dándonos la espalda. Es demasiado arrogante o demasiado confiado. En cualquier caso, es una estupidez.

—Mantenedme informado —se despide con la mano antes de irse.

—Entonces, ¿esa es mi competencia? —Valeri me estrecha en sus brazos desde atrás mientras sus manos empiezan a desabrochar los cordones de mi bikini.

Me meneo contra él, arqueando la espalda mientras sus manos suben para apretarme los pechos. Su polla palpita contra mi culo, como era de esperar. Los hombres son demasiado fáciles de controlar.

—¿Estás celoso de un simple peón? —le digo sin aliento mientras me empujo lentamente sobre su polla cada vez más dura—. ¡Mientras tienes a la reina en tus manos!

Él se ríe entre dientes, me muerde el cuello con los labios mientras me empuja contra el mostrador. Solo es sexo: rápido, duro y sucio. Dejaré que crea que él tiene el control. Incluso le dejaré creer que es una pieza más valiosa en el tablero.

Pero no es un rey. Todavía no lo es.

Y hasta entonces, es tan desechable como el resto.

FIN DEL LIBRO 2

La historia de Paige y Andrei continúa en el Libro 3:

Falsas Ataduras